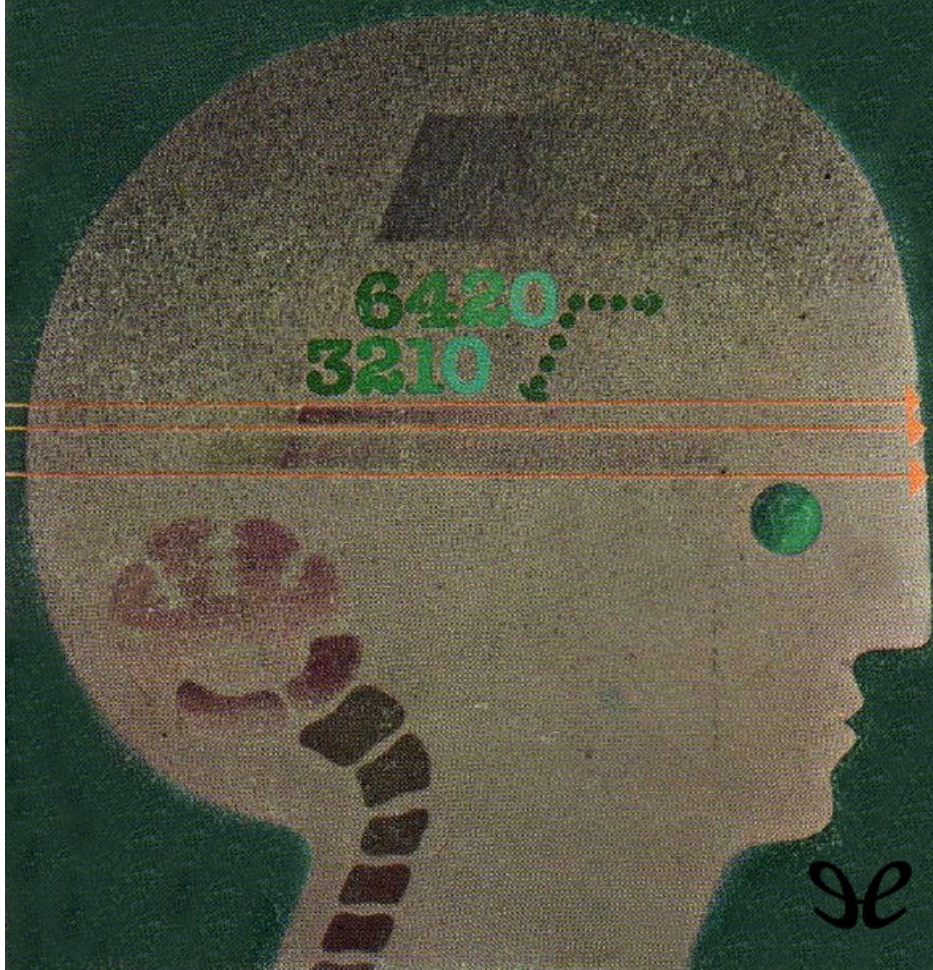


henry kuttner  
**MUTANTE**

CIENCIA FICCION



¿Cómo afrontaría la mayoría de hombres «normales» el complejo problema planteado por la aparición de una minoría de télépatas?

Cuestión hipotética, cierto, pero no por ello menos inquietante, que ha dado lugar a numerosas y muy diversas narraciones de ciencia ficción. Sin embargo, pocas de las obras que han abordado el tema han merecido el apelativo de «clásicos». Entre ellas, *Mutante*, que, junto con *Slan*, de A. E. van Vogt, es la novela de mención inevitable al hablar de telepatía y mutaciones humanas.



Henry Kuttner

# Mutante

ePub r1.0

Titivillus 02.05.16

Título original: *Mutant*

Henry Kuttner, 1953

Traducción: José Manuel Pomares & Horacio Vázquez-Rial

Cubierta: Jorge Sánchez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



## Los astronautas de la mente

Si la conquista del espacio es el tema fundamental de la ciencia ficción aventurosa, por motivos evidentes (pues la extrapolación física de la aventura lleva inevitablemente a trascender el marco de nuestro planeta), la telepatía es seguramente el tema básico de la ciencia ficción psicológica; y las razones no son menos obvias, pues del mismo modo que el hombre del siglo xx se siente «prisionero de la Tierra» a nivel físico, en el plano psicológico se halla encerrado en su propio cráneo, en una sociedad donde la agresividad y la competencia hacen la comunicación cada vez más difícil. Romper las cadenas de la fuerza de gravedad y las de la sociedad existencial se convierten en ansias paralelas, la una, en cierto modo, metáfora de la otra: salir del propio mundo físico para explorar otros planetas; salir del propio mundo interior para explorar otros egos...

Ambos temas —la conquista astronáutica del espacio exterior y la conquista telepática del espacio interior— han evolucionado mucho desde los comienzos de la ciencia ficción hasta ahora. En la ciencia ficción menos madura, la telepatía se presenta a menudo como un «superpoder» que solo ventajas reporta a su poseedor, mientras que en obras más actuales y profundas se analizan otros aspectos, oscuros e inquietantes, de esta facultad hipotética<sup>[1]</sup>.

Una de las desventajas más claras de la telepatía, caso de manifestarse en una minoría humana, sería la prevención social hacia los telépatas, prevención que —la historia es pródiga en ejemplos— podría convertirse fácilmente en abierta persecución. Este tema de la «marginación de los superdotados» ha dado lugar a numerosas e interesantes obras, entre las que hay que destacar dos clásicos indiscutibles: *Slan*, de A. E. Van Vogt, y *Mutante*, de Henry Kuttner. La primera nos enfrenta con una situación de persecución sangrienta de la telepatía a escala global, mientras que la segunda, más sutil, analiza el difícil equilibrio de una sociedad que tolera a la

minoría telepática, pero sin aceptarla realmente. La analogía con los conflictos raciales es obvia; con la particularidad de que los problemas —y las soluciones— específicos planteados por una hipotética sociedad telepática abren tantas y tan variadas posibilidades a la especulación y a la fabulación, que no es sorprendente que, después de tantos años, el tema esté aún muy lejos de agotarse.

Con *Mutante*, obra de referencia obligada al hablar de telepatía y mutaciones humanas, Henry Kuttner ha contribuido de forma decisiva a sentar las bases de una de las más ricas y sugestivas vertientes de la ciencia ficción de todos los tiempos.

CARLO FRABETTI

## Uno

Debía mantenerme vivo, fuera como fuese, hasta que ellos me encontraran. Seguramente, andaban en busca de los restos de mi avión; a la larga darían con ellos, y entonces me hallarían también a mí. Pero resultaba difícil esperar.

Vacío día azul, dilatado sobre los blancos picos; después, la resplandeciente noche propia de esta altitud, vacía también. No se oía ni se vislumbraba avión o helicóptero alguno. Estaba totalmente solo.

Ése era el verdadero problema.

Unos pocos cientos de años atrás, cuando no existían telépatas, los hombres estaban acostumbrados a la soledad. Pero a mí me sería imposible recordar un solo momento en que hubiese estado encerrado en la prisión ósea de mi cráneo, aislado totalmente, por completo, de todos los demás hombres. La sordera o la ceguera no hubieran sido tan importantes. No hubieran tenido ni la mínima importancia para un telépata.

Desde que mi avión se estrelló contra la barrera de picos montañosos, me vi amputado de mis imágenes mentales. En la constante comunicación de las mentes, hay algo que mantiene vivo a un hombre. Un miembro amputado muere por la falta de oxígeno. Yo estaba muriendo por falta de... jamás ha habido una palabra a propósito para expresar qué es lo que hace de todos los telépatas, uno. Pero el caso es que, sin ello, un hombre está solo, y los hombres, solos, no viven mucho.

Escuché, con la parte de la mente que atiende las voces silenciosas de otras mentes. Oí el viento cavernoso. Vi caer la nieve en diluvio, figurando rizos plumosos. Contemplé cómo se hacían más densas las sombras azules. Levanté la vista y vi el pico oriental de color escarlata. Era el ocaso, y yo estaba solo.

Salí afuera, escuchando, mientras el cielo se oscurecía. Una

estrella titiló y se mantuvo firme en lo alto. Otras estrellas, en tanto el aire se enfriaba más, aparecieron, hasta que el cielo, en su marcha hacia el oeste, resplandeció.

Más tarde oscureció totalmente. Entre las tinieblas estaban las estrellas, y allí estaba yo. Yo, tendido, imposibilitado de escuchar siquiera. Mi gente se había desvanecido.

Contemplé el vacío del otro lado de las estrellas.

Nada, a mi alrededor o encima de mí, poseía vida. ¿Por qué yo, al fin y al cabo, había de estar vivo? Hubiera sido fácil, muy fácil, desplomarse en medio de esa quietud, dentro de la cual no existía soledad, puesto que no existía vida. Expandí mi mente en el contorno, y no encontré rastro de otro ser pensante. Penetré de nuevo en mi memoria, y la cosa mejoró un poco.

Los recuerdos de un telépata retroceden un largo camino. Un larguísimo camino, hasta mucho antes de su nacimiento.

Puede divisar claramente en el pasado unos doscientos años, con antelación al momento en que los nítidos y lípidos recuerdos transmitidos telepáticamente comienzan a perder vigor y a esfumarse en recuerdos secundarios, extraídos de libros. Los libros sólo alcanzan en la antigüedad hasta Egipto y Babilonia. Pero éstos no son los recuerdos más importantes, acabados con sugerencias sensoriales, que un anciano comunica telepáticamente a un joven, que a su vez los pasa a través de las generaciones. Nuestras biografías no se encuentran escritas en los libros. Están grabadas en nuestros pensamientos y recuerdos, particularmente las Vidas Clave, transmitidas con la frescura con que fueron vividas en sus tiempos por nuestros grandes líderes.

Pero ellos han muerto, y yo estoy solo.

No. Solo por completo, no. Los recuerdos conservan su vigencia. Burkhalter y Barton, McNey y Linc Cody y Jeff Cody... muertos ya hace mucho, pero aún vibrantemente vivos en mi memoria. Puedo conjurar todos los pensamientos, todas las emociones, el mohoso olor de la hierba —¿dónde?—, la elasticidad del andar ágil de unos pies apresurados... ¿de quién?

Sería tan sencillo relajarse y morir.

No. Aguarda. Vela. Ellos están vivos; Burkhalter y Barton, las Vidas Clave todavía son reales a pesar de que hayan muerto los hombres que una vez las alentaron... Ellos son tu gente. *No estás*

*solo.*

Burkhalter y Barton, McNey y Linc y Jeff no están muertos. Recuérdales. Has vivido sus vidas telepáticamente, mientras aprendías de qué modo las vivieron ellos en su oportunidad, y puedes volver a vivirlas. *No estás solo.*

Así que presta atención. Ve desarrollando el filme. Entonces no te encontrarás solo en manera alguna; serás Ed Burkhalter doscientos años ha, sintiendo el viento helado que sopla en tu rostro desde los picos de la Sierra, oliendo la hierbabuena, extendiéndote mentalmente para echar un vistazo en el interior del pensamiento de tu hijo... *el hijo del flautista...*

Comenzó.

Yo era Ed Burkhalter.

*Esto ocurría hace doscientos años...*

## EL HIJO DEL FLAUTISTA

*El Hombre Verde escalaba las heladas montañas, en tanto que las peladas caras de los gnomos le contemplaban desde las grietas. Éste era solamente un paso más en la infinita, emocionante odisea de Hombre Verde. Ya había corrido muchísimas aventuras: en el País en Llamas, entre los Cambiadores de Dimensión, con los Simios de la Ciudad, que no dejaban de burlarse mientras sus torpes y primitivos dedos jugueteaban con los rayos de la muerte. Los gnomos, sea como fuere, eran maestros en cuestiones mágicas, y trataban de detener con hechizos al Hombre Verde. Pequeños torbellinos de energía pasaban girando bajo sus pies, con la intención de hacer tropezar al Hombre Verde, una figura de maravilloso desarrollo muscular, hermoso como un dios y lampiño de la cabeza a los pies, de un reluciente color verde pálido. Los torbellinos se distribuían según una pauta fascinante. Si se lograba ingeniar un precario sendero a su través —evitando especialmente aquellos de tono amarillo ligero—, se los podía sortear.*

*Y los peludos gnomos estaban atentos, malignos y recelosos, en las grietas de los desfiladeros de hielo...*

Hacía poco que Al Burkhalter había llegado a la madura condición que pueden brindar los ocho años ya cumplidos; estaba sentado indolentemente al pie de un árbol y masticaba una brizna de hierba. Tan inmerso se encontraba en sus ensueños que su padre tuvo que propinarle un suave golpe con el codo antes que sus semicerrados ojos mostraran cierto punto de comprensión. El día era bueno para soñar: un cálido sol y un viento fresco que soplaba hacia el Este desde los blancos picos de la Sierra. La vagamente mohosa fragancia de la hierbabuena fluía por los canales del aire, y Ed Burkhalter se sentía satisfecho de que su hijo formase parte de la segunda generación a contar desde la Explosión. Él mismo había

nacido diez años después de la caída de la última bomba; pero los recuerdos recogidos de otros pueden ser también bastante desagradables.

—Hola, Al —dijo; el muchacho se digno dirigirle una mirada de tolerante aceptación a través de los párpados entrecerrados.

—Hola, papá.

—¿Quieres venir al pueblo conmigo?

—No —contestó Al, abandonándose nuevamente al letargo.

Burkhalter levanto una ceja con aire calculador y giró la cabeza a medias. Dominado por un impulso, hizo entonces algo que raramente hacía sin la autorización de la otra parte; valiéndose de su poder telepático, penetró en la mente de Al. Tuvo que admitir que sentía una renuncia subconsciente a hacerlo, aun cuando Al había superado por completo el desagradable, inhumano caos mental de la primera infancia. En otro tiempo el distanciamiento de la mente de Al había sido por completo escandaloso. Vinieron a la memoria de Burkhalter algunas tentativas fracasadas realizadas antes del nacimiento de Al; eran pocos los que, próximos a ser padres, lograban resistirse a la tentación de experimentar con cerebros embrionarios, y fue debido a ello que en Burkhalter resucitaron pesadillas que no había tenido desde la juventud. Aparecían en ellas enormes masas movedizas y aterradoras vastedades y algunas cosas más. La memoria prenatal era cosa delicada, y se la debía dejar a cargo de los mnemosicólogos calificados.

Pero Al estaba llegando a la madurez, y sus ensueños, como de costumbre, eran de colores brillantes. Burkhalter, ya tranquilizado, con la sensación de haber cumplido su deber como educador, se apartó de su hijo, que seguía masticando hierba y reflexionando.

A la vez, se sintió inundado por una repentina dulzura y la dolorida, inútil piedad que tendían a suscitar en él los seres indefensos, incapaces aún de entrar en pugna con esa extraordinariamente complicada cuestión de vivir. Los conflictos, la competencia, no habían cesado con la abolición de la guerra; la empresa misma de adaptarse al propio ambiente suponía un conflicto, y cada conversación, un desafío. También con respecto a Al existía un doble problema. Sí, el lenguaje era, en efecto, un muro divisorio, y un Calvo podía apreciarlo perfectamente, puesto que

para ellos no existía la comunicación convencional.

Al abandonar la cinta de goma que llevaba al centro de la ciudad, Burkhalter hizo una mueca y pasó sus delgados dedos por su bien conservada peluca. Era frecuente que quienes no le conocían se sintieran sorprendidos al enterarse de que era un Calvo, un telépata. Lo miraban con curiosidad, demasiado corteses para preguntar cómo se sentía uno al ser un fenómeno, aunque sin poder ocultar sus sentimientos. Burkhalter, que sabía ser diplomático, tenía la mejor disposición para llevar la conversación.

—Los míos vivieron cerca de Chicago después de la Explosión. Fue por eso.

—Oh —mirada fija—. Sé que fue debido a eso que hubo tantos... —pausa y alarma.

—...fenómenos o mutaciones. Hubo ambas cosas. Yo aún no sé a qué categoría pertenezco —agregaba, desarmándolos.

—¡Usted no es un fenómeno! —protestaban la mayoría de las veces.

—Bueno, de las zonas cercanas a los blancos de las bombas, afectadas por la radiactividad, salieron algunos especímenes sumamente extraños. Ocurrieron cosas raras en el plasma germinal. Se extinguieron en su mayoría; no podían reproducirse; pero todavía, en centros médicos, es posible hallar unas pocas criaturas... dos cabezas y todo eso, como usted sabe.

No obstante, los otros nunca dejaban de sentirse molestos.

—¿Quiere decir que usted puede leer mi mente... ahora?

—Podría, pero no lo hago. Es una tarea ardua, salvo cuando se hace con otro telépata. Y nosotros, los Calvos... bueno, no lo hacemos, eso es todo.

Un hombre con desarrollo muscular superior al normal no andaría por ahí pegando a la gente; no, a menos que quisiera ser destrozado por la turba. Los Calvos tenían siempre secreta conciencia de un peligro latente: la ley de Lynch. Y los Calvos prudentes no dejaban siquiera entrever que poseían un... sentido adicional. Se limitaban a decir que eran diferentes, como restándole importancia.

Sin embargo, nunca se dejaba de sugerir un interrogante, aunque no todas las veces se planteara en forma explícita.

—Si yo fuera un telépata, yo... ¿cuánto gana usted por año?

Ellos se sorprendían ante la pregunta. Un hombre capaz de leer las mentes de los otros, indudablemente, podría hacer una fortuna si se lo propusiera. Así que, ¿por qué seguía él siendo Ed Burkhalter, experto en semántica en la Ciudad Editorial Modoc, dado que un viaje a una ciudad científica le permitiría echar mano de secretos que lo harían rico?

Había buenas razones, entre las cuales se contaba la autoconservación. Era debido a ellas que Burkhalter, y como él muchos otros, usaba peluca. A pesar de que había muchos Calvos que no la llevaban.

Modoc y Pueblo eran ciudades gemelas, a uno y otro lado de la cadena de montañas que se extendía al sur del desierto que una vez había sido Denver. Pueblo poseía las prensas, las fotolinotipias y las maquinarias que convertían en libros los manuscritos, después de que en Modoc se hubieran ocupado de ellos. Había un helicóptero que volaba a Pueblo, y Oldfield, el gerente, había estado reclamando durante toda la última semana el manuscrito de *Psicohistoria*, escrito por un hombre de New Yale, cuyos fuertes compromisos con los problemas emocionales pasados iban en detrimento de la claridad literaria. Lo cierto era que no confiaba en Burkhalter. Y Burkhalter, que no era cura ni psicólogo, se convirtió en ambas cosas —aun cuando no lo admitiera— para el confundido autor de *Psicohistoria*.

Los edificios de la editorial, bajos y extensos, se asemejaban más a un refugio que a cualquier otra clase de construcción. Tenía que ser así. Los escritores eran personas peculiares, y era a menudo necesario inducirlos a someterse a tratamientos hidroterapéuticos con el objeto de que estuvieran en forma para trabajar con los expertos en semántica en la expurgación de sus libros. Nadie los iba a morder, pero ellos no lo comprendían y, o se acurrucaban en los rincones, aterrorizados, o intimidaban a la gente profiriendo amenazas, en un idioma que pocos podían entender. Jem Quayle, el autor de *Psicohistoria*, no encajaba en ninguno de los grupos. Sencillamente, estaba desconcertado por la intensidad de su propia investigación. Su historia personal lo hacía demasiado propenso a los compromisos emocionales con el pasado... y éste era un

problema grave, teniendo en cuenta que la tesis que estaba elaborando se refería precisamente a esa cuestión.

El doctor Moon, miembro del comité, se sentó cerca de la entrada sur a comer una manzana que peló cuidadosamente con su cortaplumas de plata. Moon era grueso, bajo y deforme. No tenía mucho cabello, pero no era telépata; los Calvos carecían por completo de cabello. Tragó y se agitó al ver a Burkhalter.

—Ed... *urp*... quiero hablarle.

—Cómo no —dijo Burkhalter, deteniéndose amablemente y girando sobre sus talones. Un hábito arraigado lo llevó a sentarse junto al consejero; los Calvos, por razones obvias, no permanecían nunca de pie cuando los no telépatas estaban sentados. Los ojos de los dos se encontraron entonces a un mismo nivel.

—¿Qué ocurre? —preguntó Burkhalter.

—Los del almacén lograron que mandaran algunas manzanas de Shasta ayer. Será mejor que le diga a Ethel que vaya a buscar algunas antes de que las hayan vendido. Pruebe. —Moon se quedó mirando a su compañero mientras éste comía un trozo y asentía.

—Es buena. Le diré que lo haga. Aunque por hoy el helicóptero está en reparaciones; Ethel movió un control que no correspondía.

—Lástima —dijo Moon con tristeza—. En Huron están produciendo buenos modelos; yo he encargado uno nuevo a Michigan. Esta mañana me han llamado de Pueblo para hablarme del libro de Quayle.

—¿Oldfield?

—Nuestro muchacho —confirmó Moon—. Quería saber si no era posible enviarle al menos unos capítulos.

Burkhalter negó con la cabeza.

—No lo creo. Hay algo poco inteligible, precisamente en el comienzo, que tiene que ser clarificado, y Quayle es... —vaciló.

—¿Qué?

Burkhalter pensó en el complejo de Edipo que había descubierto en la mente de Quayle, que era sacrosanto, aun cuando ello impidiera al escritor interpretar a Darius con fría lógica.

—Su pensamiento resulta confuso. No puedo pasarlo por alto; probé con tres lectores ayer y obtuve una reacción diferente de cada uno de ellos. Hasta ahora *Psicohistoria* es cualquier cosa para cualquiera. Los críticos nos apalearán si publicásemos el libro tal

como está. ¿No puede usted hacer esperar a Oldfield un poco más?

—Tal vez —dijo Moon sin mucha convicción—. Tengo a mano una novela intimista a la que puedo dar prioridad. Se trata de algo inofensivo: erotismo del más ligero. Además, está aprobada semánticamente. La hemos estado reteniendo a la espera de un artista, pero puedo poner a Duman a trabajar en ella. Sí, haré eso. Enviaré los originales a Pueblo; él podrá hacer las ilustraciones después. Llevamos una vida divertida, Ed.

—No tan divertida, a veces —dijo Burkhalter. Se puso de pie, saludó con un gesto y fue a ver a Quayle, que estaba descansando en una de las plataformas solares.

Quayle era un hombre delgado y alto, con un rostro preocupado y el aire abstraído de una tortuga sin caparazón. Yacía sobre su lecho de flexiglás; la luz del sol le daba directamente desde arriba, en tanto que los rayos reflejados le llegaban furtivamente desde debajo, a través de la lámina transparente. Burkhalter se quitó la camisa y se dejó caer en una litera similar junto a él. El escritor echó una mirada al lampiño pecho de Burkhalter y en su interior se esbozó una reacción: *Un Calvo... no hay intimidad... ninguno de sus asuntos... cejas y pestañas postizas; además, es un...*

Llegado a este punto, algo desagradable.

Con delicadeza, Burkhalter oprimió un botón, y sobre una pantalla situada en lo alto se proyectó una página de *Psicohistoria*, ampliada y fácilmente legible. Quayle la recorrió con la vista. Había en ella anotaciones en código, hechas por los lectores, que Burkhalter reconoció como expresión de diversas reacciones ante lo que debían haber sido explicaciones francas. Si tres lectores habían atribuido tres significados diferentes a un mismo párrafo... ¿qué quería decir Quayle en realidad? Se introdujo sutilmente, consciente de las inútiles barreras erigidas para evitar la intrusión, barricadas de fango por sobre las cuales su ojo mental pasaba furtivamente, como un penetrante, suave viento. Era imposible para un hombre común impedir que un Calvo penetrara en su mente. Pero los Calvos podían preservar su intimidad de la invasión de otros telépatas... los adultos, claro. Existía un selector de banda psíquica, un...

Llegó. Un tanto confuso. *Darius*: no era simplemente una palabra; tampoco se trataba de una imagen; era en realidad una segunda vida. Aunque dispersa, fragmentaria. Desperdicios de olor y

sonido, y recuerdos, y reacciones emocionales. Admiración y aborrecimiento. Una ardiente impotencia. Un negro tornado, con fragancia de pino; rugiendo a través de un mapa de Europa y Asia. Fragancia de pinos, ahora más fuerte, y horrible humillación e imborrable dolor... ojos... *¡Largo de aquí!*

Burkhalter dejó el micrófono del dictógrafo y se quedó mirando hacia arriba a través de las gafas que tenía puestas.

—Salí tan pronto como me lo indicó —dijo—. Aún estoy afuera.

Quayle seguía en su lugar, respirando pesadamente.

—Gracias —dijo—. Discúlpeme. ¿Por qué no me desafía a duelo...?

—No quiero batirme con usted —dijo Burkhalter—. Jamás he ensangrentado mi daga. Además, comprendo su posición. Recuerde que éste es mi trabajo, señor Quayle, y me he enterado de un montón de cosas... que he vuelto a olvidar.

—Esto es intrusión, me parece. Me digo que no tiene importancia, pero mi intimidad... es importante.

—Podemos seguir intentándolo —dijo Burkhalter con paciencia— desde distintos ángulos, hasta que demos con uno desde el cual no se vea demasiado lesionada la intimidad. Suponga, por ejemplo, que yo le preguntara si admiraba a Darius.

Admiración... y fragancia de pinos... y...

—Le repito que estoy fuera —se apresuro a decir Burkhalter.

—Gracias —murmuró Quayle. Se volvió de lado, como para alejarse del otro hombre—. Es estúpido... —dijo al cabo de un momento— darle la espalda, quiero decir. Usted no necesita ver mi cara para saber lo que estoy pensando.

—Debe usted poner el felpudo de bienvenida para que yo entre —le dijo Burkhalter.

—Tal vez le crea. Sin embargo, he conocido algunos Calvos que eran... que no me gustaron.

—Claro, hay muchos de éstos. Conozco el tipo. Los que no usan peluca.

—Leen la mente —dijo Quayle— y lo embrollan a uno sólo para burlarse. Deberían ser... mejor educados.

Burkhalter parpadeó, molesto por el sol.

—Sí, es cierto, señor Quayle. Un Calvo también tiene sus problemas. Debe orientarse en un mundo de no telépatas; y supongo

que son muchos los que tienen la impresión de que su especialización se desperdicia. *Existen* trabajos para los que un hombre como yo es adecuado...

«¡Hombre!» El fragmento del pensamiento de Quayle llegó hasta él. Lo ignoró; su rostro, como de costumbre, era una máscara, y prosiguió:

—Lo semántico ha sido siempre una cuestión ardua, aun en países en los que se habla más de una lengua. Un Calvo calificado es un estupendo intérprete. Y, si bien no hay ningún Calvo en los cuerpos de detectives, colaboran a menudo con la policía. Es algo así como una máquina capaz de hacer solamente unas pocas cosas.

—Unas pocas cosas más que los humanos —puntualizó Quayle.

Seguramente eso sería cierto, pensó Burkhalter, si pudiéramos competir en términos de igualdad con la humanidad no telépata. ¿Pero acaso confiarían los ciegos en alguien que puede ver? ¿Jugarían al póquer con él? Un súbito, profundo malestar impregnó la boca de Burkhalter de sabor desagradable. ¿Cuál podría ser la solución? ¿Reservas para Calvos? ¿Aislamiento? ¿Y se fiaría una nación de ciegos de quienes tuvieran la visión lo suficiente como para permitirles siquiera esto? ¿O se los quitarían de encima... el remedio seguro, el sistema de control y equilibrio que hacía de la guerra un imposible?

Recordó la desaparición de Red Bank; tal vez hubiera sido justificada. El pueblo estaba resultando demasiado grande, y la dignidad personal era un factor vital; nadie quiere que su prestigio se vea disminuido, en tanto una daga penda de su propio cinturón. Del mismo modo, los miles y miles de pequeñas ciudades que cubrían América, cada una con su especialidad —fabricación de helicópteros en Huron y Michigan, agricultura en Conoy y Diego, textiles y educación y artes y maquinaria—, cada pequeña ciudad tenía puesto su ojo vigilante sobre todas las demás. Los centros científicos y de investigación eran un poco más grandes; nadie ponía objeciones a eso, porque los técnicos nunca hicieron la guerra, excepto bajo presión; pero eran pocas las ciudades pobladas, por más que algunos cientos de familias. Era el régimen de control y equilibrio en el más alto nivel de eficiencia; cuando un pueblo mostraba signos de transformarse en ciudad —y luego en capital, y luego en centro imperialista—, era dispersado. Sin embargo, hacía

mucho que no ocurría algo así. Y lo de Red Bank podía haber sido un error.

Su situación geopolítica era buena; desde el punto de vista sociológico, era aceptable, aun cuando tenían lugar en ella cambios imprescindibles. Había fanfarronería subconsciente. A medida que se producía la descentralización, los derechos del individuo adquirían una importancia mayor. Y los hombres aprendieron.

Desarrollaron un sistema monetario fundado principalmente en el trueque. Aprendieron a volar; nadie conducía automóviles de superficie. Aprendieron cosas nuevas, pero no olvidaron la Explosión, y en lugares secretos, cerca de cada ciudad, estaban ocultas las bombas capaces de exterminarla de un modo total y fantástico, de la misma manera en que bombas similares habían exterminado las ciudades de antes de la Explosión.

Y todo el mundo sabía cómo hacer esas bombas. Era hermosamente, terriblemente sencillo. Los componentes, que se podían encontrar en todas partes, se preparaban fácilmente. Luego, se podía sobrevolar un pueblo en el propio helicóptero, dejar caer sobre él un huevo... y hacer una tachadura.

Fuera de los salvajes descontentos, la gente inadapta que se encuentra en todas las razas, nadie se quejaba. Y las tribus errantes nunca hacían incursiones ni se reunían en grandes grupos... por miedo a una tachadura.

Los artistas también eran inadaptados, en cierta medida, pero no eran antisociales, de modo que vivían donde querían y pintaban, escribían, componían y no salían de sus mundos privados. Los científicos, igualmente inadaptados en otro sentido, se retiraban a sus ciudades, ligeramente más grandes que las otras, acuadrillándose en pequeños universos, y producían notables adelantos técnicos.

Y los Calvos... trabajaban donde podían.

La visión que los no télépatas tenían del medio ambiente no era precisamente similar a la de Burkhalter. Él era extraordinariamente consciente del elemento humano, y atribuía a los valores espirituales una muy profunda significación; sin duda, ello obedecía al hecho de ver a los hombres en un espectro dimensional más amplio. También, en cierto sentido, —e inevitablemente—, miraba a la humanidad desde fuera.

Sin embargo, era humano. La telepatía era una barrera que llevaba a los hombres a desconfiar de él más que si hubiera tenido dos cabezas... en ese caso hubieran podido ser piadosos. Como fuera...

Como fuera, reguló los controles del proyector para permitir la lectura de nuevas páginas del original mecanografiado, que aparecieron vacilantes en la pantalla.

—Avíseme cuando esté dispuesto —dijo a Quayle.

Quayle alisó su cabello gris.

—Estoy muy susceptible —objetó—. Después de todo, ordenar mi material supuso para mí una considerable tensión.

—Bueno, siempre es posible posponer la publicación.

Burkhalter hizo la propuesta con tono despreocupado, y se sintió satisfecho cuando Quayle la rechazó. Él tampoco quería fracasar.

—No, no. Prefiero hacerlo ahora.

—Catarsis mental...

—Sí; tal vez con un psicólogo sí. Pero no con...

—...un Calvo. Usted sabe que son muchos los psicólogos que tienen ayudantes Calvos. Y obtienen buenos resultados.

Quayle encendió un pitillo, inhalando lentamente.

—Supongo... No he tratado mucho con Calvos. O tal vez he tratado demasiado... sin escoger. En una oportunidad vi algunos en un manicomio. ¿Le ofende?

—No —dijo Burkhalter—. Todo mutante corre el riesgo de llegar al límite. Hubo muchísimas frustraciones. Las radiaciones duras produjeron una sola mutación verdadera; los telépatas sin pelo. La mente es un extraño juguete... usted no lo ignora. Es una suspensión coloidal, en sentido figurado, sobre la punta de un alfiler. Si hay alguna imperfección, la telepatía tiende a destacarla. Como usted sabe, la Explosión tuvo por consecuencia una infernal cantidad de alteraciones mentales. No solamente entre los Calvos, sino también entre otras mutaciones que surgieron entonces. Sólo que los Calvos son casi siempre paranoides.

—Y dementes precoces —añadió Quayle, sintiéndose aliviado al descargar el peso de la conversación sobre Burkhalter.

—Y d.p. Sí. Cuando una mente confusa, hereditariamente

perturbada adquiere cualidades telepáticas, es incapaz de gobernarlas. Hay desorientación. Los paranoicos se recluyen en sus mundos privados, en tanto los d.p. sencillamente ignoran la existencia de este mundo. Creo que, aunque haya diferencias entre ellos, obedecen a una etiología común.

—En cierto sentido —dijo Quayle—, es aterrador. No recuerdo que haya habido ninguna situación similar en la historia.

—No.

—¿Cómo cree usted que terminará esto?

—No lo sé —respondió Burkhalter pensativo—. Pienso que seremos asimilados. Todavía no ha pasado tiempo suficiente. Estamos especializados en cierto modo, y somos útiles en algunas tareas.

—Si es que les satisface realizarlas. Los Calvos que no usan pelucas...

—Tienen tan mal genio que me figuro que a la larga los matarán —sonrió Burkhalter—. No se perdería mucho. En cuanto al resto de nosotros, estamos logrando lo que buscamos: ser aceptados. No tenemos antenas ni aureolas.

Quayle hizo un gesto con la cabeza.

—Supongo que me alegra no ser telépata. De todos modos, la mente tiene suficientes misterios, sin necesidad de abrirle nuevas puertas. Le agradezco que me haya permitido hablar. Me parece que he dicho bastante. ¿Continuamos con el manuscrito?

—Claro —dijo Burkhalter, y la procesión de páginas volvió a fluctuar sobre la pantalla, en lo alto. Daba la impresión de que Quayle procedía con menor cautela; sus pensamientos eran más claros, y Burkhalter logró acceder al verdadero significado de muchas de las hasta entonces confusas declaraciones. Trabajaban con facilidad; el telépata volcaba la nueva redacción al dictógrafo y sólo dos veces tuvieron que sortear laberintos emocionales. A mediodía hicieron un alto, y Burkhalter, con un gesto amistoso, se dirigió a su oficina. En el visor había una lista de llamadas; desconectó el aparato, y hubo un destello de preocupación en sus ojos azules.

Habló con el doctor Moon durante el almuerzo. La conversación

duró tanto que sólo gracias a las tazas térmicas el café se conservó caliente; pero Burkhalter tenía que discutir más de un problema. Y conocía a Moon desde hacía mucho. El hombre, entrado en carnes, era uno de los pocos, pensaba, que no sentían rechazos subconscientes por el hecho de que Burkhalter fuera un Calvo.

—Jamás me batí en duelo, Doc. No me lo puedo permitir.

—Tampoco puede permitirse no hacerlo. No puede rechazar el desafío, Ed. Eso no se hace.

—Pero ese individuo, Reilly... ni siquiera lo conozco.

—Yo sí —dijo Moon—. Tiene muy mal genio. Se bate con frecuencia.

Burkhalter dio un sonoro golpe sobre la mesa.

—Es ridículo. ¡No lo haré!

—Bueno —dijo Moon, con sentido práctico—, lo cierto es que su esposa no se va a batir con él. Y si Ethel estuvo leyendo la mente de la señora Reilly, y chismorreando, se ha encontrado con la horma de su zapato.

—¿No ha pensado usted que conocemos los riesgos de hacer algo así? —preguntó Burkhalter en voz baja—. Ni Ethel ni yo andamos por ahí leyendo los pensamientos de la gente. Sería fatal... para nosotros. Y para cualquier otro Calvo.

—No los Calvos. Los que no usan peluca. Ellos...

—Son unos imbéciles. Ensucian el buen nombre de los Calvos. Punto uno, Ethel no lee mentes; no leyó la de la señora Reilly. Punto dos, no chismorrea.

—Es evidente que la Reilly es del tipo histérico —dijo Moon—. Corrió la voz de este escándalo, fuera como fuese, y la señora Reilly recordó que hacía poco había visto a Ethel. Es de las que siempre necesitan una cabeza de turco. Imagino que lo más probable es que ella misma haya hecho pública la cosa y se sintiera obligada a disimular para que su marido no la culpara.

—No voy a aceptar el desafío de Reilly —dijo Burkhalter con determinación.

—Tendrá que hacerlo.

—Escuche, Doc, quizás...

—¿Qué?

—Nada. Una idea. Tal vez surta efecto. Olvídese de ello; creo que he dado con la solución. De todos modos, es la única. Yo no

puedo permitirme un duelo, y no hay más que decir.

—Usted no es un cobarde.

—Los Calvos tememos a una cosa: a la opinión pública —dijo Burkhalter—. Yo se que mataría a Reilly. Ésa es la razón por la que jamás quise batirme.

Moon bebió café.

—Hmmm. Creo...

—No. Tenía que hablarle de otra cosa. Me estoy preguntando si no debería enviar a Al a una escuela especial.

—¿Qué le pasa al muchacho?

—Se está convirtiendo en un hermoso delincuente. Su maestra me llamó esta mañana. Los antecedentes eran dignos de ser oídos. Habla como un idiota y actúa como un idiota. Jugándoles malas pasadas a sus amigos... si es que le queda alguno.

—Todos los niños son crueles.

—Los niños no tienen sentido de la crueldad. Por eso son crueles: carecen de empatía. Pero Al está llegando... —Burkhalter hizo un gesto que mostraba su desamparo—. Se está transformando en un joven tirano. Apparently, según su maestra, nada le interesa.

—Eso no es demasiado anormal, hasta ahora.

—Eso no es lo peor. Se está haciendo muy egoísta. Demasiado. No quiero que llegue a ser uno de los Calvos sin peluca a los que usted se refirió.

Burkhalter no mencionó la otra posibilidad: paranoia, locura.

—Debe tomar elementos de alguna parte. ¿De su casa? Difícilmente. Ed. ¿Por dónde suele andar?

—Los lugares de costumbre. Tiene un medio ambiente normal.

—Se me ocurre —dijo Moon— que un Calvo debe tener posibilidades singulares de educar a su prole. La comunicación mental... ¿eh?

Sí. Pero... no sé. Es difícil —dijo Burkhalter en un tono casi inaudible—; habría deseado no ser diferente. Nosotros no pedimos ser telépatas. Tal vez sea maravilloso, a la larga, pero soy una persona, y tengo mi propio microcosmos. Los que se ocupan de las cuestiones sociológicas a largo plazo tienden a olvidarlo. Pueden imaginar soluciones, pero es cada individuo —cada Calvo— quien tiene que librar su batalla personal mientras viva. Y ni siquiera se

trata de algo bien definido como una batalla. Es peor; es la necesidad de vigilarse a sí mismo cada segundo, de adaptarse a un mundo que nos rechaza.

Moon estaba evidentemente incómodo.

—¿Se está usted autocompadeciendo, Ed?

Burkhalter se sobresalto.

—Sí, Doc, pero lo resolveré.

—Lo haremos —dijo Moon, aunque en realidad Burkhalter no contara con una gran ayuda de su parte. Moon podía tener la mejor voluntad, pero era terriblemente difícil para un hombre común hacerse a la idea de que un Calvo era... su igual. Los hombres buscaban, y encontraban, la diferencia.

De todos modos tenía que ajustar algunas cuestiones antes de ver a Ethel. Podría ocultar fácilmente lo que sabía, pero ella encontraría una barrera mental y empezaría a hacer preguntas. Su matrimonio había sido ideal, gracias a la comunicación adicional, algo que compensaba por un inevitable aislamiento del mundo, no del todo sentido.

—¿Cómo va *Psicohistoria*? —preguntó Moon al cabo de un rato.

—Mejor de lo que yo esperaba. Di con un nuevo modo de tratar a Quayle. Tengo la impresión de que su reserva cede si le hablo de mí. Eso le da la confianza que necesita, lo suficiente para abrirme su mente. A pesar de todo, podremos terminar esos capítulos para Oldfield.

—Bueno. De todos modos, no nos puede venir con prisas. Si nos obligaran a disparar libros a esa velocidad, podrían, según el mismo criterio, hacernos volver a los días de la confusión semántica. ¡Y no lo consentiremos!

—Bueno —dijo Burkhalter, poniéndose de pie—, lo arreglaré. ¡Hasta pronto!

—En cuanto a Reilly...

—No se preocupe.

Burkhalter salió y fue en busca de la dirección registrada en su visor. Llevó la mano a la daga que pendía de su cinturón. Los Calvos no debían batirse, pero...

El pensamiento de un saludo penetró con lentitud en su mente;

bajo el arco de entrada al recinto se detuvo sonriendo al ver a Sam Shane, un Calvo del área de Nueva Orleans que lucía una peluca endiabladamente roja. No se molestaron en hablar.

*Cuestión personal, que compromete el bienestar mental, moral y físico.*

*Un destello de satisfacción. ¿Y tú, Burkhalter?* Durante un instante, Burkhalter entrevió lo que el símbolo de su nombre significaba para Shane.

*Sombras indicadoras de inconvenientes.*

*Un cálido, servicial deseo de ayudar.*

Burkhalter pensó: *En todas partes me encuentro con la misma actitud suspicaz. Somos fenómenos.*

*Es más marcado en otras partes,* pensó Shane. *Somos muchos en Modoc. La gente es invariablemente más suspicaz cuando no trata a diario con... Nosotros.*

*El muchacho...*

*Yo también tengo problemas,* pensó Shane. *Estoy preocupado. Mis dos niñas...*

*¿Delincuencia?*

*Sí.*

*¿Denominadores comunes?*

*No lo sé. Más de uno de Nosotros se ha encontrado frente a situaciones similares con sus niños.*

*¿Caracteres secundarios de la mutación?*

*¿Emergencia en segunda generación?*

*No es seguro,* pensó Shane, frunciendo el ceño mentalmente, su concepto ensombrecido por una pregunta sin respuesta. *Lo consideraremos detenidamente más tarde. Debo irme.*

Burkhalter suspiró y prosiguió su marcha. Las casas se extendían alrededor de la industria central de Modoc; cortó camino a través de un parque hacia su destino. Era un edificio amplio de forma semicircular, pero no había nadie en él; de modo que Burkhalter relegó a Reilly al fondo de su pensamiento hasta más tarde y, tras echar una mirada a su reloj automático, rodeó la colina en dirección a la escuela. Como suponía, era la hora del recreo, y reconoció a Al tendido inmóvil bajo un árbol, a alguna distancia de sus compañeros, envueltos en una agradablemente cruel representación de la Explosión.

Anunció su presencia con un mensaje telepático.

*El Hombre Verde estaba cerca de la cumbre. Los peludos gnomos se arrojaban sobre él, disparando crepitantes rayos luminosos a su víctima, del modo más desleal; pero el Hombre Verde tenía la agilidad necesaria para eludirlos. Las rocas se inclinaban...*

«Al.»

*...hacia dentro, empujadas por los gnomos, a punto de...*

«¡Al!»

El pensamiento y la palabra de Burkhalter fueron juntos, irrumpiendo en la mente del muchacho; rara vez se valía de esa artimaña, por cuanto los jóvenes estaban prácticamente indefensos ante invasiones de esa clase.

—Hola, papá —dijo Al, sin inmutarse—. ¿Qué hay?

—Un informe de tu maestra.

—Yo no he hecho nada.

—Ella me habla de algunos problemas. Escucha: no empieces a preguntarte tonterías.

—No lo hago.

—¿Qué crees tú? ¿Que un Calvo es mejor o es peor que un no Calvo?

Al movió los pies incomodo. No respondió.

—Bueno —dijo Burkhalter—, sí y no. Y te diré por qué. Un Calvo puede comunicarse mentalmente, pero vive en un mundo en que esto es imposible para la mayoría de la gente.

—Son estúpidos —opinó Al.

—No tan estúpidos, ya que están mejor adaptados a su mundo que tú. Con tu mismo criterio, se podría decir que una rana es mejor que un pez porque es anfibia —Burkhalter amplió y explicó brevemente los términos telepáticamente.

—Bueno... Oh, entiendo, de acuerdo.

—Tal vez —dijo Burkhalter lentamente— lo que necesites sea una buena patada en el trasero. Ese pensamiento no fue muy enérgico. ¿Qué pasó?

Al trató de ocultarlo, poniendo la mente en blanco. Burkhalter comenzó a levantar la barrera, asunto fácil para él, pero se detuvo. Al miraba a su padre de un modo muy poco filial... En realidad, como a una especie de invertebrado. Eso era evidente.

—Ya que eres tan egoísta —observó Burkhalter—, tal vez lo

entiendas si te lo explico de otra manera. ¿Sabes por qué no hay ningún Calvo en puestos claves?

—Claro que sí —dijo Al inopinadamente—. Tienen miedo.

—¿De qué?

—De...

La imagen era muy curiosa, una reminiscencia de algo vagamente familiar para Burkhalter.

—De los no Calvos.

—Si desempeñáramos puestos en los que pudiéramos sacar partido de nuestro poder telepático, despertaríamos la envidia de los no Calvos... especialmente si lo hiciéramos bien. Te diré más: si un Calvo inventara una trampa para ratones más eficaz, muchísima gente diría que robó la idea de la mente de un no Calvo. ¿Comprendes?

—Sí, papá —pero no había comprendido. Burkhalter suspiró y levantó la vista. Distinguió a una de las hijas de Shane sobre una colina cercana, sola, sentada, apoyada contra una piedra. Había otras figuras aisladas aquí y allá. Lejos, hacia el este, las estribaciones de las Rocosas se recortaban irregularmente contra el cielo azul.

—Al —dijo Burkhalter—, no quisiera que llevaras una marca sobre tus espaldas. Éste es un mundo estupendo, y la gente que habita en él, toda, es buena gente. Existe la ley de las compensaciones. No es importante para nosotros poseer mucha riqueza o poder, porque ello conspiraría en contra de nosotros... y, de todos modos, no la necesitamos. Nadie es pobre. Encontramos trabajo, lo hacemos y somos razonablemente felices. Gozamos de algunas ventajas que los no Calvos no tienen; en el matrimonio, por ejemplo. La intimidad mental es tan importante como la física. Pero no me gustaría que por ser Calvo te sintieras un dios. No es así. Todavía —agregó con seriedad— puedo darte una zorra si te empeñas en no manifestar lo que estás pensando.

Al tragó saliva y se batió en retirada apresuradamente.

—Lo siento. No lo volveré a hacer.

—Y quédate con la peluca puesta, también. No te la quites en clase. No dejes de usar el adhesivo en el baño.

—Sí, pero... el señor Venner no usa peluca.

—Recuérdame que debemos hacer cierta investigación histórica

acerca de esa clase de gente —dijo Burkhalter—. Probablemente el hecho de no usar peluca sea la única virtud del señor Venner, si es que la consideras una virtud.

—Hace dinero.

—Cualquiera lo haría, con una tienda de ramos generales como la suya. Pero habrás advertido que la gente no le compra si puede evitarlo. Eso es lo que llamo una marca sobre las espaldas. Él lleva una. Existen Calvos como Venner, Al, pero podrías, alguna vez, preguntarles si son felices. Para que lo sepas, yo lo soy. Más que Venner, en cualquier caso. ¿Comprendes?

—Sí, papá.

Al daba la impresión de haberse sometido, pero nada más. Burkhalter, aún preocupado, hizo un gesto con la cabeza y se alejó. Cuando pasó cerca de la piedra contra la que estaba recostada la hija de Shane, llegó a percibir un fragmento de su pensamiento... *en la cumbre de las Montañas Heladas, las rocas volvían rodando hacia los gnomos hasta...*

Se replegó; entrar en comunicación con las mentes sensibles era un vicio del inconsciente, pero con los niños era decididamente desleal. En cuanto a los Calvos adultos, se correspondía simplemente con el gesto instintivo de llevar la mano al ala del sombrero; a veces se obtenía respuesta, a veces no. Cabía la posibilidad de interponer barreras: poner la mente en blanco o concentrarse directamente en un único pensamiento, privado, sin dar lugar a la intrusión.

Desde el Sur venía un helicóptero y una caravana de planeadores: una nave de carga con alimentos congelados de Sudamérica, a juzgar por las marcas. Burkhalter se hizo el propósito de ir a buscar un filete argentino. Quería probar una nueva receta, un asado al carbón, con la salsa adecuada, una variación bien recibida al cabo de una semana de tomar alimentos cocidos con onda corta. Tomates, chile, hmm... ¿qué más? Ah, sí. El duelo con Reilly. Burkhalter tocó la empuñadura de su daga distraídamente e hizo un leve, burlón sonido con la garganta. Tal vez fuera un pacifista innato. No le era fácil pensar seriamente en un duelo, aunque todo el mundo lo hiciera, cuando los detalles de una barbacoa le parecían prosaicos.

Así estaban las cosas. La marea de la civilización crecía a través

de los continentes en olas que duraban siglos; y no obstante ser conscientes de su participación en la marea, la preocupación de los hombres por la comida era mayor en cada ola. Y, a menos que uno midiera cien metros y tuviera el cerebro y la duración de vida de un dios, ¿dónde estaba la diferencia? La gente estaba muy equivocada... la gente como Venner, sin duda un chiflado, no tan tonto como para terminar en un manicomio, pero seguramente un paranoico potencial. Su negativa a usar peluca lo definía como individualista, pero también como exhibicionista. Si no sentía que su falta de pelo era un baldón, ¿por qué, entonces, se tomaba el trabajo de hacer ostentación de ella? Además, tenía mal genio, y si la gente lo trataba a puntapiés, era porque él se lo buscaba; él mismo comenzaba por darse puntapiés.

En cuanto a Al, su evolución lo llevaba a algo cercano a la delincuencia. Ése no podía ser el desarrollo normal de un muchacho, pensó Burkhalter. No tenía la pretensión de ser un experto, pero era aún lo bastante joven como para recordar sus propios años de formación, y él había tenido más desventajas que Al; en aquellos días los Calvos eran una gran novedad y se los veía como algo muy monstruoso. Hubo más de un movimiento organizado con el objeto de aislarlos, esterilizarlos, o inclusive exterminar las mutaciones.

Burkhalter suspiró. Tal vez, de nacer antes de la Explosión, todo hubiera sido diferente. Imposible decirlo. Se puede leer la historia, pero no se la puede vivir. En el futuro, quizá, llegara a haber bibliotecas telepáticas en las que ello fuera posible. Tantas oportunidades, en realidad... y el mundo, hasta ahora, estaba preparado para aprovechar tan pocas... A la larga, se dejaría de mirar a los Calvos como fenómenos, y entonces sería posible un verdadero progreso.

Pero las personas no hacen la historia..., pensó Burkhalter. Los pueblos la hacen. No los individuos.

Se detuvo ante la casa de Reilly, y esta vez el hombre respondió; era un individuo corpulento, pecoso, bizco, con inmensas manos y —advirtió Burkhalter— buena coordinación muscular. Apoyó esas manos en la puerta de estilo holandés y saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Quién es usted, señor?

—Me llamo Burkhalter.

La mirada de Reilly fue de comprensión y recelo.

—¡Ah, sí! ¿Recibió mi mensaje?

—Sí —contestó Burkhalter—. Quiero conversar con usted sobre ello. ¿Puedo entrar?

—Pase —volvió sobre sus pasos, guiando a Burkhalter por un vestíbulo hasta un espacioso salón, donde las paredes de mosaicos transparentes dejaban pasar la luz—. ¿Quiere fijar la hora?

—Quiero decirle que está usted en un error.

—Espere un momento —dijo Reilly, haciendo un gesto con la mano—. Mi esposa no está en casa en este momento, pero me habló de esto con toda franqueza. No me gusta eso de que entren a hurtadillas en la mente de los demás; no es nada limpio. Usted debiera haberle advertido a su esposa que se ocupara de sus propios asuntos... o mantuviera la lengua quieta.

—Le doy mi palabra, Reilly —dijo pacientemente Burkhalter—, de que Ethel no leyó los pensamientos de su esposa.

—¿Ella dice eso?

—Bueno... no se lo he preguntado.

—Claro —dijo Reilly, con aire de triunfo.

—No es necesario. La conozco lo suficiente. Y... bueno, yo también soy Calvo.

—No lo ignoro —dijo Reilly—. Y, por lo que sé, puede estar leyendo mi mente ahora —vaciló—. ¡Salga de mi casa! Quiero mi intimidad. Nos encontraremos mañana al amanecer, si le parece bien. ¡Ahora, váyase!

Daba la impresión de tener algo en la mente, algún viejo recuerdo, tal vez, que no quería revelar. Burkhalter resistió noblemente la tentación.

—Ningún Calvo leería...

—¡Vamos! ¡Váyase!

—¡Escuche! ¡Usted no tendría la menor oportunidad en un duelo conmigo!

—¿Sabe cuántas muescas llevo hechas? —preguntó Reilly.

—¿Alguna vez se batió con un Calvo?

—Mañana haré la muesca más profunda. ¡Váyase! ¿Me oye?

—Pero hombre, ¿no se da cuenta de que en un duelo yo podría leer su mente? —dijo Burkhalter mordiéndose los labios.

—No me preocupa... ¿Qué?

—Siempre le llevaría un movimiento de ventaja. No importa cuán instintivos fueran sus actos, una fracción de segundo antes de realizarlos pasarían por su mente. Y también conocería sus tretas y sus debilidades. Conocería su técnica con toda precisión. Pensara usted lo que pensara...

—No —Reilly negó con la cabeza—. Oh, no. Es usted muy astuto, pero eso es una burda mentira.

Burkhalter dudo un instante, se decidió y comenzó a moverse quitando una silla de en medio.

—Saque la daga —dijo—. Deje la vaina puesta; le mostraré lo que quiero decir.

Reilly avivó los ojos.

—Si quiere que sea ahora...

—No.

Burkhalter apartó otra silla. Desprendió su daga, envainada, del cinturón y comprobó que el gancho de seguridad estuviera colocado.

—Aquí tenemos suficiente espacio. Comience.

Ceñudo, Reilly tiró de su propia daga, la blandió con dificultades, embotada por la vaina, y luego, de pronto, atacó. Pero Burkhalter ya no estaba en su camino; se había anticipado, y hacía llegar la funda de su arma hasta el vientre de Reilly.

—Éste —dijo Burkhalter— hubiera sido el final de la lucha.

Por toda repuesta, Reilly finteó, amagando un violento golpe bajo, para desviar luego la hoja hacia el cuello.

La mano vacía de Burkhalter ya estaba allí; la mano con la que blandía su daga envainada golpeó a Reilly por dos veces a la altura del corazón. Las pecas se destacaban nítidamente contra la palidez del enorme rostro del hombre. Pero aún no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. Intentó unos lances más, estocadas inteligentes, producto de un buen entrenamiento, y falló, porque Burkhalter se le había anticipado. Invariablemente, su mano izquierda cubría el lugar al que Reilly tiraba, y que nunca alcanzaba.

Reilly dejó caer su brazo lentamente. Se humedeció los labios y tragó saliva. Burkhalter volvió a poner la daga en su lugar.

—Burkhalter —dijo Reilly—, usted es un demonio.

—Al contrario. Precisamente, temo arriesgarme. ¿Cree usted

realmente que ser Calvo es una ventaja?

—Pero si se puede leer el pensamiento...

—¿Cuánto tiempo cree usted que viviría si me batiera? Sería demasiado. Nadie lo consentiría, yo terminaría muerto. No puedo batirme porque sería un asesino, y la gente se daría cuenta. Recibí muchos golpes, soporté muchos insultos precisamente por ello. Ahora, si usted quiere, soportaré otro y le pediré disculpas. Admitiré todo lo que usted diga. Pero no puedo aceptar su desafío, Reilly...

—No, ya veo. Y... me alegra que haya venido —Reilly seguía estando blanco—. Me hubiera metido en un buen lío.

—No, por lo que de mí depende —dijo Burkhalter—. Nunca me hubiera batido con usted. Los Calvos, como ve, no somos muy afortunados. Tenemos desventaja... como ésta. Por eso no nos podemos permitir el lujo de correr riesgos enfrentándonos con la gente, y no leemos el pensamiento a menos que nos lo pidan.

—Es más o menos razonable —dijo Reilly, dudando—. Mire, olvidemos el desafío, ¿le parece?

—Gracias —dijo Burkhalter, tendiendo la mano. El otro la cogió con cierto recelo—. Dejaremos las cosas así, ¿eh?

—De acuerdo.

Reilly esperaba con ansiedad la partida de su huésped.

Burkhalter volvió sudando al Centro de Publicaciones, silbando de modo disonante. Ahora se lo podría decir a Ethel; en realidad, se lo tendría que decir, ya que los secretos entre ellos hubieran dado por tierra con la plenitud de su intimidad telepática. No se trataba de que cada uno desnudara su mente ante el otro, sino, más bien, de que cualquier barrera podía ser percibida, y el perfecto *rapport* hubiera dejado de ser perfecto. Por extraordinario que pueda parecer, marido y mujer se las arreglaban para respetarse mutuamente en ese terreno.

Tal vez Ethel se sintiera apenada, pero el trance había pasado, y, además, ella también era Calva. Aunque no lo parecía, con su peluca de cabello castaño rizado y sus largas pestañas arqueadas. Pero sus padres vivían al este de Seattle en tiempos de la Explosión, y permanecieron allí mientras no se estudiaron bien a fondo los efectos de las radiaciones duras.

El viento nevoso soplaba sobre Modoc en dirección al sur, por el

Valle de Utah. Burkhalter deseaba estar en su helicóptero, solo en el azul vacío del cielo. Había paz allí arriba, una extraña paz de la que ningún Calvo gozaba nunca por completo sobre la superficie de la tierra, salvo en lo profundo de un desierto.

Se percibían sin cesar, aunque de modo inconsciente, fragmentos aislados de pensamientos; algo así como el casi inaudible susurro de una aguja sobre un disco fonográfico. Por eso a casi todos los Calvos les gustaba volar y eran expertos pilotos. Los altos desiertos del aire eran su azul retiro.

Sin embargo, estaba en Modoc y llegaría con retraso a su entrevista con Quayle. Burkhalter apresuró el paso. En el vestíbulo principal encontró a Moon; le informó brevemente y con aire de misterio que había resuelto la cuestión del duelo, y continuó su camino dejando al otro con la boca abierta. La única llamada registrada en el visor era de Ethel; supo por la cinta grabada que estaba preocupada por Al y deseaba que Burkhalter fuese a la escuela a averiguar qué ocurría. Bueno, eso ya lo había hecho... a menos que el muchacho se hubiera metido en más problemas desde entonces. Burkhalter se aseguró, valiéndose del teléfono. Todo seguía igual con respecto a Al.

Dio con Quayle en el mismo solarium, y sediento. Burkhalter ordenó un par de tragos, ya que no tenía objeción alguna que hacer en lo referente a las inhibiciones de Quayle. El canoso escritor estaba dedicado a observar un mapamundi histórico-político, en el cual la distribución de la tierra en cada época aparecía descrita por un sistema de luces diferente, según se adentraba en el pasado.

—Mire esto —dijo, haciendo correr sus dedos por la hilera de botones—. ¿Ve como varían las fronteras de Alemania? Y Portugal. ¿Advierte su zona de influencia? Ahora...

La zona se iba reduciendo gradualmente a partir del año 1600, mientras de otros países surgían líneas radiantes, signo del aumento de poder marítimo.

Burkhalter bebió un sorbo.

—Ya no queda mucho de eso.

—No, desde... ¿qué le pasa?

—¿Por qué lo pregunta?

—Parece que le han golpeado.

—No creí que se notara —dijo Burkhalter con ironía—.

Precisamente, he eludido un duelo.

—Esa es una costumbre a la que nunca he hallado demasiado sentido —dijo Quayle—. ¿Qué ocurrió? ¿Cómo pudo usted rechazar un desafío?

Burkhalter se explicó, y el escritor bebió y bufó.

—¡Qué aprieto! Supongo que, a pesar de todo, ser Calvo no es ninguna ventaja.

—Muchas veces es una desventaja evidente.

Llevado por un impulso, Burkhalter habló de su hijo.

—¿Comprende usted mi punto de vista? En realidad, no sé de qué pautas valirme para tratar con un Calvo adolescente. Después de todo, es producto de una mutación. De la que dio lugar a los telepátas, que aún no tuvo tiempo de desarrollarse. Y no disponemos de medios para investigar, porque ni las cobayas ni los conejos engendrarían telepátas. Aunque, como usted sabe, se está intentando. Y... bueno, el hijo de un Calvo necesita de una educación muy especial para hacer frente a su madurez definitiva.

—Usted se adaptó bastante bien, por lo que parece.

—He... aprendido. Como los Calvos más sensatos. Por eso no soy rico, ni intervengo en política. Lo cierto es que compramos la seguridad de nuestra especie al renunciar a ciertas ventajas como individuos. Somos rehenes del destino... y el destino es clemente con nosotros. Pero se nos compensa, en cierto sentido. A cuenta de futuros beneficios —beneficios negativos, a decir verdad, porque lo único que pedimos es ser perdonados y aceptados—, de modo que nos vemos obligados a renunciar a muchos beneficios positivos presentes. Un amoldarse a los hados.

—Pagar al flautista<sup>[2]</sup> —convino Quayle.

—Los flautistas somos nosotros. Los Calvos, como grupo, quiero decir. Y nuestros hijos. De modo que hay un equilibrio; en realidad pagamos por nosotros. Si yo quisiera sacar partido de mi poder telepático de un modo desleal... mi hijo no viviría mucho. Aniquilarían a los Calvos. Al siquiera lo ha aprendido, y se está volviendo muy antisocial.

—Todos los chicos son antisociales —señalo Quayle—. Son absolutamente individualistas. Opino que usted sólo debería preocuparse en el caso de que su desviación de lo normal estuviera vinculada con su condición telepática.

—No se equivoca usted mucho —Burkhalter se introdujo delicadamente en la mente de Quayle, y advirtió que su habitual hostilidad había disminuido considerablemente. Satisfecho, continuó hablando de sus propias dificultades—. Habría que analizar del mismo modo las relaciones del padre del muchacho con los demás hombres. Y un Calvo adulto tiene solamente dos posibilidades: o se adapta totalmente, o perece.

—El medio ambiente tiene tanta importancia como la herencia. El uno complementa a la otra. Si se educa correctamente a un niño, sólo excepcionalmente se hallará en dificultades... a menos que la herencia determine lo contrario.

—Cosa que tal vez esté ocurriendo. ¡Se sabe tan poco acerca de la mutación por la que aparecieron los télépatas! Si la calvicie es un carácter secundario, tal vez... algo más... se evidencie en la tercera, o en la cuarta generación. No estoy demasiado convencido de que la telepatía favorezca realmente a la mente.

—Hmmm. A título personal, le diré, me pone nervioso.

—Como a Reilly.

—Sí —dijo Quayle, aunque no hizo gran caso a la comparación—. Bueno... de todos modos, si una mutación supone un error, desaparecerá. No podrá reproducirse.

—¿Y la hemofilia?

—¿Cuánta gente padece hemofilia? —preguntó Quayle—. Estoy tratando de considerar la cosa desde el punto de vista psichistórico. Si en el pasado hubiesen existido télépatas, las cosas habrían sido diferentes.

—¿Cómo sabe que no los hubo? —preguntó Burkhalter.

Quayle parpadeó.

—Oh. Bueno. Admito que tiene razón. En el medioevo existían los llamados hechiceros... o santos. Los experimentos de Duke-Rhine... aunque, por lo que se sabe, habría que concluir que fracasaron. La naturaleza intenta obtener el... el... el premio gordo; y no siempre lo logra en la primera tentativa.

—Quizá esta vez no lo haya conseguido —era su modo habitual de hablar; la prudencia había hecho que en él la modestia fuera un hábito profundamente arraigado—. Tal vez la telepatía no sea sino

un experimento poco feliz referido a algo absolutamente inimaginable. Tal vez se trate de algo vinculado a una cuarta dimensión sensorial.

—Eso es demasiado abstracto para mí —el interés de Quayle en el asunto le hacía sentirse más seguro; al aceptar a Burkhalter en su condición de telépata, dejaba tácitamente de lado sus objeciones a la telepatía *per se*.

—Los antiguos alemanes creían ser diferentes; lo mismo les ocurría a los japoneses. No tenían la menor duda en cuanto a su pertenencia a una raza superior; estaban seguros de ser descendientes de dioses. Eran de corta estatura; la herencia les hizo conscientes de su naturaleza cuando se enfrentaron con otras razas. Pero los chinos no eran altos, los chinos del sur, quiero decir, y no se sentían disminuidos por ello.

—¿El medio ambiente, entonces?

—El medio ambiente, o espacio vital, sobre el cual se hizo tanta propaganda. Los japoneses hicieron suyo el budismo, y alteraron completamente su esencia al transformarlo en sintoísmo, para adaptarlo a sus necesidades. El fundamento del sintoísmo consistía en guardar obediencia a los superiores y subyugar a los inferiores. ¿Vio alguna vez árboles de rubí japoneses?

—No recuerdo haber visto nada parecido. ¿Qué son?

—Réplicas en miniatura de enredaderas, hechas de rubí, con dijes colgando de sus ramas. El primer árbol de rubí fue hecho con el objeto de atraer a la Diosa Luna, haciéndola salir de una cueva en que se había encerrado, enfurruñada. Cuentan que la dama se sintió tan intrigada por los dijes y por el reflejo de su propio rostro en el espejo, que le servía de respaldo, que salió de su escondite. Todos los japoneses virtuosos estaban ataviados con sus mejores ropas, ése era el cebo. Los alemanes de antaño hicieron algo muy parecido. El último dictador alemán, Hitler, revivió la antigua leyenda de Sigfrido. No dejaba de ser paranoia racial. Los alemanes adoraban al tirano doméstico, no a la madre, y contaban con lazos familiares extremadamente fuertes. Ello se manifestaba en su concepción del Estado. Suponían que Hitler era como el padre de todos; a la larga, llegamos a la Explosión, como consecuencia de ello. Y, al cabo, a las mutaciones.

—Después del diluvio, yo —murmuró Burkhalter, mientras

acababa su bebida. La mirada de Quayle se perdía en el vacío.

—Curioso —dijo al rato—. Ese asunto del Padre de Todos.

—¿Le parece?

—Me pregunto si usted sabe hasta qué punto puede afectar a un hombre.

Burkhalter no respondió. Quayle lo miro con cierta mordacidad.

—Sí —dijo con tranquilidad el escritor—. Usted es un hombre, al fin y al cabo. Tengo que pedirle disculpas, como usted sabe.

Burkhalter sonrió.

—Olvídelo —dijo.

—Me parece que no podré —dijo Quayle—. No me costó demasiado llegar a comprender que lo telepático no es tan importante. Quiero decir con esto que no hace que uno sea *diferente*. He estado hablando...

—A veces la gente tarda años en comprender lo que usted —señaló Burkhalter—. Años de vivir y trabajar junto a lo que ellos imaginan que es un Calvo.

—¿Sabe usted lo que he estado ocultando en mi mente? —preguntó Quayle.

—No, no lo sé.

—Miente usted como un caballero. Gracias. Bueno, se lo diré. Prefiero decírselo voluntariamente. No me preocupa el que usted ya lo sepa por su lectura de mi mente; quiero decírselo por propia elección. Mi padre... creo que lo odié... era un tirano, y recuerdo que en una ocasión, cuando yo era niño y estábamos en las montañas, me pegó a la vista de un montón de gente. Traté de olvidarlo durante mucho tiempo. Ahora —Quayle se encogió de hombros— no me parece tan importante.

—No soy psicólogo —dijo Burkhalter—. Si quiere conocer mi opinión personal, le diré que no tiene ninguna importancia. Usted ya no es un niño, y el hombre con el que yo hablo y trabajo es el adulto Quayle.

—Hmmm. Sí, sí. Supongo que en realidad nunca ignoré la poca importancia de la cuestión. Me inquietaba por lo que consideré una violación de mi intimidad... creo que lo voy conociendo mejor, Burkhalter. Puede usted... entrar.

—Trabajaremos mejor —dijo Burkhalter, sonriendo—. Especialmente en lo que a Darius se refiere.

—Trataré de no mantener reservas mentales —dijo Quayle—. Francamente no me preocupa que conozca usted... las respuestas. Aun cuando sean personales.

—Asegúrese de ello. ¿Quiere abordar ahora la cuestión de Darius?

—Sí —contestó Quayle; ya no había recelo en sus ojos—. Identifico a Darius con mi padre...

Fue fácil y obtuvieron buenos resultados. Lograron más en esa tarde que en toda la quincena anterior. Alegre y satisfecho, por más de una cosa, Burkhalter interrumpió su trabajo para comunicarle al doctor Moon que las cosas estaban mejorando, y luego se fue a su casa, intercambiando en el camino pensamientos con un par de Calvos, sus compañeros de trabajo, que también estaban al fin de su jornada. La luz del oeste ensangrentaba las Rocosas, y el frescor del viento en las mejillas agradaba a Burkhalter, mientras caminaba hacia casa.

Era bueno ser aceptado. Demostraba que era posible. Y un Calvo solía necesitar seguridad, en un mundo poblado por desconocidos suspicaces. Quayle había sido un hueso duro de pelar, pero... Burkhalter sonrió.

Ethel se pondría contenta. En cierto sentido, ella lo pasaba peor que él. Era una consecuencia de su condición de mujer. Los hombres ansiaban desesperadamente que su intimidad permaneciera inviolada frente a una mujer, y en cuanto a las mujeres no Calvas... bueno, decía mucho en favor de la brillantez y el encanto personal de Ethel el que hubiera sido aceptada por los clubs y grupos femeninos de Modoc. Sólo Burkhalter sabía cuán desesperadamente herida se sentía Ethel por el hecho de ser Calva; ni siquiera su marido la había visto nunca sin peluca.

Sus pensamientos le precedieron en la casita de dos plantas de la ladera, y dialogó con ella, cálida e íntimamente, por su intermedio. Fue algo más que un beso. Y, como siempre, estuvo presente el nerviosismo de la expectativa, que aumentaba más y más según se iban abriendo puertas hasta llegar a la última y encontrarse físicamente. *Para esto, pensó él, nací Calvo; vale la pena prescindir de las palabras.*

A la hora de la comida, la comunicación se amplió y llegó a incluir a Al; una presencia intangible, profundamente arraigada, que hacía saber mejor la comida y el agua como vino.

La palabra *hogar* tenía para los telépatas un significado que los no Calvos no alcanzaban a comprender por entero, por cuanto involucraba un vínculo que no podían conocer. Eran leves, inmatrimales caricias.

*El Hombre Verde bajaba la Gran Quebrada roja; los Enanos Velludos trataban de arponearlo mientras lo hacía.*

—Al —dijo Ethel—, ¿sigues pensando en tu Hombre Verde?

Algo absolutamente odioso y frío y mortal vibró en el silencio, como un carámbano que atravesara un dorado, frágil cristal. Burkhalter dejó caer su servilleta y levantó la vista, profundamente molesto. Sintió telepáticamente que se retraía y se apresuró a comunicarse con ella y tranquilizarla. Pero al otro lado de la mesa, el muchachito de mejillas aún redondas, mejillas de niño, seguía en silencio; cautelosamente consciente de que su error había sido garrafal, buscaba refugio en la completa inmovilidad. Su mente era demasiado débil como para resistir un sondeo, lo sabía; permaneció absolutamente quieto, en tanto los nefastos ecos de su pensamiento resonaban en el silencio.

—Sigue, Al —dijo Burkhalter. Se puso de pie. Ethel comenzó a hablar.

—Aguarda, querido. Ciérrale el paso. No hagas caso de eso —el contacto de su mente fue suave y tierno. Él tomó a Al de la mano y le hizo salir al patio tras de sí.

Al miraba a su padre con ojos fijos y avizores.

Burkhalter se sentó en un banco e indicó a Al que se situara a su lado. Habló en voz alta al principio, en honor a la claridad. Y por otra razón: le desagradaba enormemente derribar las débiles defensas del niño; pero fue necesario.

—Piensas en tu madre de un modo muy singular, —dijo—. Y también en mí.

La obscenidad resulta más obscena, lo profano más profano, en la mente de un telépatas; pero eso no era ni lo uno ni lo otro. Era... frío y maligno.

*Y es carne de mi carne*, pensó Burkhalter, con los ojos puestos en el niño y el recuerdo en los tiempos de su propia infancia. *¿Es que la*

*mutación está destinada a ser algo diabólico?*

Al permanecía en silencio.

Burkhalter penetró en la joven mente. Al intentó eludirlo, escapar, pero su padre se lo impidió. Instinto, no razonamiento, en el muchacho; las mentes pueden comunicarse a largas distancias.

No le gustaba hacerlo, porque la sensibilidad irritada se convertía en algo molesto, y las violaciones eran siempre violaciones. Pero debía ser inexorable. Burkhalter hurgó. Algunas veces, con violencia, hacía llegar a Al palabras clave; obtenía por respuesta oleadas de palpitante memoria.

Al fin, sintiéndose enfermo y con náuseas, Burkhalter dejó ir a Al; se quedó solo, sentado en el banco, mirando los picos, tras los cuales moría la luz roja. El blanco de las cumbres purpureaba. Aún estaban a tiempo. El hombre era un necio, había sido un necio desde el comienzo; en caso contrario, hubiera comprendido la inutilidad de una tentativa semejante.

El trabajo de condicionamiento se hallaba en sus comienzos. Al podría ser reeducado. Y lo sería. *Y lo sería.* Pero no aún; no hasta que la cólera de ese momento hubiera cedido paso a la simpatía y la comprensión.

No aún.

Entró en la casa, habló unas palabras con Ethel y se comunicó por televisión con los doce Calvos que trabajaban con él en el Centro de Publicaciones. No todos tenían familia, pero ninguno faltó a la cita, concertada para media hora más tarde en el salón de la trasera de la Taberna Pagana, en la ciudad. Sam Shane había alcanzado a vislumbrar un fragmento de los pensamientos de Burkhalter, y todos ellos leían sus emociones. La simpatía ligada a su sentido telepático les unía muy sólidamente; esperaron a que Burkhalter se repusiera.

Entonces les contó todo. No le llevó mucho tiempo hacerlo, valiéndose de la telepatía. Les habló de los árboles de rubí de los japoneses con sus fulgurantes chucherías; un brillante cebo. Les habló de la paranoia racial y la propaganda. Y les dijo que la propaganda más eficaz era aquélla en que el producto que se quería vender se presentaba recubierto de azúcar, aquella en que el motivo verdadero permanecía oculto.

Un Hombre Verde, sin pelo, heroico... la simbolización de un

Calvo.

Y violentas, excitantes aventuras, carnada para jóvenes peces, de mente maleable, a los que las impresiones podían poner en el peligroso camino de la locura. Los Calvos adultos podían estar alerta, pero ellos no; el umbral de receptividad de los jóvenes telépatas era elevado, y los adultos no leían los libros de sus hijos, salvo para asegurarse de que no hubiese nada dañino en sus páginas. Además, ningún adulto se fijaría demasiado en la mentalidad del Hombre Verde. Muchos de ellos lo aceptaban como un original ensueño de sus niños.

—Yo lo hice —apunto Shane—. Mis niñas...

—Vuelve a recordar ese momento —dijo Burkhalter—. Yo lo hice.

Las doce mentes sincronizaron, en la más alta frecuencia, la longitud de onda de los niños: algo se les hizo repentinamente evidente, que causo en ellos temor y recelo.

—Es él —confirmó Shane.

No necesitaban hablar. Salieron de la Taberna Pagana formando un grupo compacto, ominoso, y cruzaron la calle en dirección al almacén de ramos generales. La puerta estaba cerrada. Dos de los hombres la hicieron ceder empujándola con los hombros.

Atravesaron el local a oscuras y llegaron hasta una habitación trasera en la que, de pie, aguardaba un hombre junto a una silla volcada. Su calva reflejaba la luz emitida por una lámpara que pendía del techo. Sus labios estaban temblorosos.

Sus pensamientos eran suplicantes... anduvo hacia atrás hasta dar contra una implacable, fatal pared.

Burkhalter saco la daga. Otros aceros centellearon un instante...

Y se apagaron.

El alarido de Venner persistió; el pensamiento de su agonía no se apartó de la mente de Burkhalter en su camino a casa. El Calvo sin peluca no había sido un loco. Pero sí un paranoide.

Lo que había tratado de ocultar en sus últimos momentos era amargo. Un tremendo, titánico heroísmo y un aborrecimiento a los no telépatas. Un sentimiento de autojustificación que tal vez fuera insano. Y... *¡nosotros somos el futuro! ¡Los Calvos! ¡Dios nos permita llegar a regir a los hombres inferiores!*

Burkhalter inspiró profundamente y se estremeció. La mutación

no había sido un éxito completo. Un grupo se había adaptado, el de los Calvos que usaban peluca y se ajustaban a su ambiente. Otro grupo era de los dementes y podía ser pasado por alto: estaban en manicomios.

Pero los del grupo intermedio eran paranoides. No eran insanos, y no eran sanos. No usaban peluca.

Como Venner.

Y Venner había buscado discípulos. A pesar del fracaso de su tentativa, había sido un hombre.

Un Calvo... paranoide.

Había otros, muchos otros.

Adelante, enclavado en la oscura ladera, el hogar de Burkhalter se veía como una pálida mancha. Anticipó telepáticamente su llegada, comunicándose con Ethel para tranquilizarla.

Luego fue más allá. Penetró en la mente de un niño dormido que, confundido y desdichado, había llorado por sí mismo hasta rendirse al cansancio. Allí no había sino sueños ahora, algo descoloridos, algo manchados; pero se los podía limpiar, y se los limpiaría.

## Dos

Debí de adormilarme. Fui despertando poco a poco; las resonancias de trueno, profundas y cavernosas, que alcanzara a oír, habían cesado cuando logré abrir los ojos. Entonces comprendí su significado. Eran indicio del paso de un avión a reacción que posiblemente, llegado el amanecer, me buscara. Su cámara para alta velocidad filmaría, registrando el paisaje, y, tan pronto como regresara a la base, la película sería revelada y explorada. Verían los restos de mi aparato... si aparecían en el filme. Pero ¿había sobrevolado el avión la estrecha cortadura en la que me hallaba? No lo sabía.

Traté de moverme. No era fácil. Sentí frío y estaba entumecido. A mi alrededor reinaba el silencio. No sin dificultad, conseguí ponerme de rodillas y luego de pie. El único sonido era el de mi respiración.

Grité, tan sólo para quebrar el silencio de aquella soledad.

Eché a andar para avivar la circulación de la sangre. No era eso lo que quería hacer; hubiese preferido yacer y dormir. Mi mente seguía a la deriva en la oscuridad. En algún momento descubrí que aún seguía en pie, penetrado por el frío.

Reemprendí la marcha y comencé a recordar. No podía correr, pero sí caminar. Eso sería lo mejor; si no, me echaría y moriría. ¿Qué había ocurrido tras la muerte de Venner? La Vida Clave que seguía era la de Barton, ¿no? Barton y los Tres Ratones Ciegos. Pensé en Barton sin dejar de moverme en círculo; me sentí un poco más caliente. Entonces, comencé a retroceder en el tiempo, hasta ser Barton, en Conestoga, algo menos de doscientos años atrás; a la vez era yo mismo y observaba a Barton.

## TRES RATONES CIEGOS

Debajo del helicóptero, agitado por bajas ráfagas huracanadas, el lago se levantaba en olas de blanca espuma. La oscura sombra curva de un róbaló saltó y desapareció. Un barco de vela viró, haciendo rumbo a la orilla más alejada. En la mente de Barton relampagueó un ávido, loco anhelo y luego una intensidad de puro éxtasis, mientras su pensamiento se adentraba en lo profundo de las aguas y llegaba hasta alguna forma de vida en la que hubiese instinto, aunque no razón... sólo la furiosa avidez de vida que ahora, al cabo de quince años, le parecía tan familiar.

No había necesidad de ese sondeo mental; era simplemente una costumbre. En esas tranquilas aguas americanas no se encontraban tiburones, ni cocodrilos ni venenosas serpientes de mar. No era más que un hábito, la educada inteligencia que contribuía a hacer de David Barton un experto en su campo, una de las pocas actividades a las que tenía acceso la minoría constituida por los telépatas Calvos. Y después de pasar seis meses en África, lo que más deseaba no era... *comunicación*... sino algo que aliviara su tensión psíquica. Un Calvo tiene en la jungla más posibilidades de comunión con la naturaleza que el salvaje de Thoreau. Pero a cierto precio. Bajo el espíritu pagano del primitivo late urgente la fuerza del instinto: autoconservación, de modo casi irracional. Barton sólo había dado con esa misma intensa, casi insana pasión por la vida en las pinturas de Rousseau salvadas de la Explosión.

*Cuando los hombres están hartos de verde vino,  
y hastiados de mares carmesí...*

Bueno, estaba de regreso. No lejos de allí, en las afueras de Chicago, había nacido su abuelo. Podía descansar un poco.

Movió las manos sobre los complicados mandos, y el helicóptero

se elevó suavemente, como si por ese medio pudiera eludir lo ineludible. Uno pasaba la mayor parte de su tiempo sobre tierra; y si se era telépata... bueno, por supuesto, ello suponía tantas ventajas como desventajas. Ya nadie linchaba Calvos, claro. Completamente seguros, casi aceptados, tratando cautelosa y voluntariamente de pasar inadvertidos —destacados por sus indefectibles pelucas—, podían colocarse y dar con su modo de vivir. Naturalmente en empleos especializados, que no llegaran a implicar nunca demasiado poder ni demasiados ingresos. Labores en que las propias capacidades sirvieran al mejoramiento del cuerpo social. Barton era naturalista, cazador de grandes y pequeñas piezas. Y ésa había sido su salvación.

Recordaba una asamblea en la que, hacía años, habían participado sus padres y algunos otros Calvos, unidos por la amistad y el mutuo entendimiento profundos y cálidos de siempre. Era el flujo y reflujo de fragmentos de pensamiento impregnados de inquietud en aquella habitación, más que el aspecto de los rostros, lo que aún volvía vívidamente a su memoria. Riesgo, y una sombra, y solidaridad.

*Modo inútil de emplear su energía... no académico... inadaptado a menos... encontrar la labor adecuada...*

No podía recordar las palabras; únicamente los significados absolutos, con sus matices singularizantes y sus sombras de contradicción.

Eso y el... el símbolo mental de su propio nombre. Para ellos no era Dave Barton. Aun cuando cada uno pensara en él de un modo diferente, el núcleo de la intención significativa de todos hacía de él un individuo entre la gente del mundo. El nombre que se podía dar a la llama de un cirio, secreto, jamás pronunciado. Solamente suyo.

Y a causa de ello, y de que cada Calvo *debía* sobrevivir y adaptarse, por la salvación de los mutantes, habían dado con la respuesta. Se podía aceptar en cierta medida que los no Calvos fueran matones; todos llevaban dagas y se batían. Pero los telépatas vivían de prestado. Existían únicamente gracias al clima de buena voluntad que se habían sabido crear. Esa buena voluntad debía mantenerse, y no era posible hacerlo suscitando antagonismos. Nadie se sentiría celoso de un pacífico, estudioso experto en semántica; pero un

D'Artagnan

podría causar envidia... y la causaría. Se imponía entonces hallar una salida para el muchacho, con su curiosa herencia; en él se mezclaban la sangre de dos linajes: la de sus antepasados pioneros, con su ardiente estela, y la de prudentes Calvos.

De modo que encontraron la solución y Barton abrió nuevos caminos en la jungla, enfrentando su perspicacia con la brutal ferocidad de tigres y pitones. De no haberse arribado a esa decisión, Barton podía no haber sobrevivido. Para los no Calvos seguía siendo receloso, intolerante.

No era extravertido; no se lo podía permitir. Estaba cansado — era inevitable— de la incesante sinfonía de pensamiento que subía como marea hasta en los desiertos y los mares. Las barreras mentales no bastaban; al otro lado de tales muros batían torrentes de pensamiento, y se los sentía. Sólo elevándose en el aire era posible escapar por un rato.

El aparato subió con algunas sacudidas. Debajo de Barton, el tamaño del lago disminuía y sus colores se debilitaban. A su alrededor se extendía, más denso que cincuenta años antes, el bosque de Linberlost; pequeñas bandas nómadas de inadaptados llegaban a él constantemente en busca de abrigo de su húmeda soledad, incapaces de adecuarse a la vida comunal de los cientos de miles de poblados esparcidos por América, y temerosos de unirse. Eran antisociales y probablemente terminarían por extinguirse.

El lago se convirtió en un punto y desapareció. Una nave de carga, con su caravana de remolcadores, pasó como un rayo hacia el Oeste, a menor altura, cargada tal vez de bacalao de los poblados de Great Banks, o de uva de los viñedos de Nueva Inglaterra. Los nombres se habían cambiado tanto como el país. La herencia idiomática era demasiado fuerte para ello. Pero no existían ciudades llamadas Nueva York, o Chicago, o San Francisco; había un tabú psicológico en cuanto a eso, una forma ya familiar de fuga, consistente en no poner nunca a ciudades el nombre de algunas de las zonas cancerosas de desolación otrora conocidas como Nueva Orleans o Denver. Los nombres eran tomados de la historia de Estados Unidos, que era ya la historia del mundo; Modoc y Lafitte,

Lincoln, Roxy, Potomac, Mowhasset, American Gun y Conestoga. Lafitte, en el golfo de México, enviaba por barco la delicada carne de pargo a Lincoln y Roxy, situadas en la región dedicada a la agricultura; American Gun producía maquinaria agrícola, y Conestoga, de donde venía Barton, estaba en tierra minera. Poseía también un parque zoológico con animales de zona templada, uno de los muchos que Barton atendía, entre Puget y Florida End.

Cerró los ojos. Los Calvos, necesariamente, tenían conciencia de su posición en la sociedad y, con el mundo extendido debajo al modo de un mapa, resultaba difícil no imaginárselo moteado con cabezas de alfileres de distintos colores; muchas negras y muy pocas blancas. No Calvos y Calvos. Después de todo, había algo que decir en favor de la inteligencia. En la jungla, los monos desnudos hubiesen hecho pedazos a un congénere que vistiese una chaqueta de franela roja.

Ahora, Barton se hallaba en medio de los azules yermos del aire; los torrentes mentales del mundo se habían reducido hasta no ser sino un débil, casi imperceptible rumor. Cerró la cabina, conectó los controles de aire y temperatura, y dejó que el helicóptero se elevara. Se recostó en el mullido asiento; si bien distante, algo en él estaba dispuesto a entrar en acción como impulsado eléctricamente en cuanto el aparato diese la menor muestra de una de sus impredecibles rabietas. Entretanto descansaba, solo, en silencio y vacuidad completos.

Su mente estaba en blanco. Le llenaba una pura calma, una especie de Nirvana. Desde mucho más abajo, desde niveles inferiores del éter, el turbulento mundo enviaba desapacibles vibraciones; pero eran pocas las que llegaban a esa altura. Y no molestaban a Barton. Con los ojos cerrados, por completo relajado, daba la impresión de haber olvidado vivir.

Ésa era la panacea para las mentes anormalmente sensibles. A primera vista, pocos se daban cuenta de que Barton era Calvo; llevaba su peluca castaña muy recortada, y sus años en la jungla le habían hecho delgado hasta parecer casi enfermizo. Los Calvos, naturalmente excluidos de las competiciones atléticas, salvo entre ellos mismos, tendían a ser débiles; pero Barton no lo era. Muchos animales de rapiña, desprevenidos, lo habían encontrado en forma. Ahora descansaba su mente sobrecargada, como cientos de otros

Calvos, muy por encima de la tierra, en la azul calma de las capas superiores del aire.

En algún momento abrió los ojos y miró hacia arriba, a través del panel transparente del techo. El cielo estaba completamente oscuro, y se veían unas pocas estrellas. Estuvo un rato así, echado, limitándose a observar. *Los Calvos, pensó, serán los primeros que perfeccionen los viajes interplanetarios. Allí afuera hay mundos limpios y nuevos, y una nueva raza necesita un nuevo mundo.*

Pero había tiempo para eso. Barton había tardado lo suyo en comprender que lo importante era su raza y no él. Un Calvo no era realmente maduro hasta que adquiría ese conocimiento. Hasta ese momento, no dejaba de ser un peligro potencial. Ahora, no obstante, Barton había encontrado el camino, como muchos Calvos, en el compromiso con su raza. Y éste suponía, principalmente, desarrollar el instinto social y la diplomacia.

Varias horas pasaron como un segundo. Barton encontró un envase de comida concentrada en un compartimiento, hizo un gesto de desagrado a la vista de las cápsulas marrones y las volvió a poner en su sitio. No. Mientras estuviera en América, deseaba gozar de los frutos de la civilización. En África había ingerido bastantes alimentos concentrados para marchitar todos los capullos de su paladar. Ello era debido a que cierto tipo de cacería le resultaba psíquicamente repugnante, después de su contacto mental con animales. No era vegetariano; era capaz de dejar de lado muchas emociones mediante la racionalización. Pero indudablemente —por ejemplo— nunca podría comer mono.

Pero podía comer bagre, y disfrutaba de antemano el placer que le producía la crujiente, desmenuzable, firme y blanca carne entre sus dientes. En esa región se daba el bagre. Barton conocía un restaurante en el centro de Conestoga y condujo el helicóptero hacia un aeropuerto cercano, circundando el poblado con el objeto de que, al volar a baja altura, no se levantarán tormentas de polvo.

Se sentía recobrado, presto a volver a su lugar en el mundo. Por lo que sabía, en Conestoga no vivía ningún Calvo; se sintió sorprendido —agradablemente, por cierto— al sentir una tentativa de comunicación mental. Ello excitaba su curiosidad.

Era el pensamiento de una mujer, y desconocida. Nada más podía decir acerca de su identidad. Era algo así como una mano abierta, amablemente tendida, en busca del apretón de otra mano. Pero la experiencia de Barton como investigador no bastaba. No, ella no le conocía. Había oído hablar de él, tal vez a... ¿Denham? ¿Courtney? En su pregunta, Barton creyó reconocer las claves mentales de personalidad de Denham y Courtney.

Respondió. *Con mucho gusto. Aquí. Un cortés, amistoso saludo, que implica... Usted es una de Nosotros; estoy a su disposición.*

Su nombre, Sue Connaught, con la curiosa coloración propia del modo en que ella sentía su propia identidad... una clave mental que se haría definitivamente inconfundible. La esencia mental del yo puro.

Ella era biólogo, vivía en Álamo, tenía miedo...

*Permítame ayudar*

*Debo verle*

*Urgencia vital  
Peligro, ojos secretamente vigilantes  
Animales cerca... Sue Connaught*

El complicado pensamiento se enredaba y se trababa más, según él apretaba el paso.

*Completamente sola*

*«Yo» entre todo el mundo conocido  
La más absoluta discreción  
Animales... «Yo» estoy en el parque  
zoológico, esperando*

*Voy en seguida; estoy con usted en mis pensamientos; usted es una de Nosotros; por lo tanto, nunca está sola.* Los pensamientos eran más rápidos que las palabras. Las frases, orales o escritas, dificultaban la transmisión de conceptos. Los adjetivos y los adverbios ensombrecían el significado. Pero entre telépatas las ideas puras corrían a la velocidad de la luz. Antes de que el hombre fuera hombre, bastaban los gruñidos para transmitir significados simples. A medida que se desarrolló el lenguaje, se hizo posible matizar. Con la telepatía era posible crear y... comunicar todo un universo.

Aun así, hacían falta comunes denominadores. La muchacha eludía algunas cuestiones vitales, por temor a enfrentarlas.

*¿Qué? ¡Permítame ayudarla!*

*Recelo*

*Aun aquí, el riesgo de que ellos  
Fingir que todo es absolutamente  
normal  
Utilice la comunicación oral  
hasta...*

Su mente se cerró. Confundido, Barton interpuso sus propias barreras. Claro que no siempre se consigue cerrar por completo la mente a las persistentes tentativas de otro telépata. En el mejor de los casos, se puede desdibujar la corriente de pensamientos valiéndose del expediente de superponerle otros, o sumergiendo profundamente las ideas destacadas en la informidad del no pensamiento. Pero había cosas, pensamientos que se resistían. Ni siquiera las educadas mentes de los Calvos alcanzaban a mantenerlos sumergidos por mucho tiempo... el hecho mismo de concentrarse para mantenerlos en lo hondo destaca su turbia, nubosa imagen en el fondo de la mente.

De modo que resulta posible levantar una barrera de oscuridad o confusión voluntarias —el recitado de las tablas de multiplicación es una evasión—, pero ni muy duradera ni muy eficaz. Sólo la gentileza instintiva que los Calvos incorporan junto con el alfabeto hace que baste como barrera el poner la mente en blanco. El poder de una barrera radica más en la mente del otro que en la propia... si se es un verdadero telépata.

Barton, al igual que muchos Calvos, lo era. Desvió inmediatamente la «mirada» cuando los pensamientos de Sue Connaught viraron, apartándose de los suyos. No obstante, él era quien aguardaba el encuentro con mayor ansiedad; quería, de ser posible, descifrar en el rostro de ella lo que le impedía leer su mente.

Las puertas del parque zoológico se abrían ante él.

Barton las atravesó; advirtió la presencia de un grupo numeroso de personas, formado en su mayoría por forasteros que habían sobrevolado el lugar en helicópteros, en busca de los nuevos ejemplares que él había traído.

A pesar de las barreras, podía, como siempre, sentir la presencia de un Calvo; dejó que su instinto le guiara hasta una muchacha delgada, vestida con pantalones y blusa blanca, de pie ante un recinto cercado con barandilla, retenida allí por algo que le llamaba la atención. Su pensamiento, que le precedió, tropezó con una inesperada, desesperada advertencia.

*Barrera! ¡Barrera!*

Su reacción fue instantánea. Se detuvo junto a ella, a la vez que miraba dentro del recinto, al enorme tanque en que, pesadamente, se movía un enorme cuerpo de torpedo. Se dio cuenta de que Sue Connaught había penetrado en la mente del tiburón; lo que allí encontrara tenía un enorme significado para ella.

—De modo que no te gusta —dijo. No había problema alguno en hablar; para un telépata que alzara sus barreras, había más secreto en ello que en el pensamiento.

—No —admitió ella—. Supongo que tiene que ver con los condicionamientos.

—Pero eres biólogo.

—Conejos y cobayas. Aun así, a veces me hacen ruborizar. Pero... carnívoros.

—Prueba alguna vez con una comadreja —sugirió él—. Esto es una locura. Vamos.

La apartó de la multitud; la condujo hacia una terraza en la cual había mesas protegidas por toldos.

—¿Tomamos un cóctel?

—Sí, gracias.

Ella echó una mirada al tanque del tiburón, por sobre el hombro. Barton asintió con la cabeza; podía ser desagradable, caso de no estar acostumbrado. Pero él lo estaba.

—¿Quieres que vayamos a otra parte? —preguntó él, deteniéndose en el gesto de acercarle una silla—. Un parque zoológico puede llegar a ser muy incómodo si no se está...

—No, estamos más seguros aquí. Tenemos que hablar, y lo podemos hacer con más libertad en un lugar como éste. Ninguno de Nosotros vendría aquí por placer.

Echó una «mirada» a su alrededor, a toda aquella furia de pensamiento bestial; luego volvió a oscurecer su mente para protegerse y sonrió a Barton de una manera encantadora.

Se habían conocido, como todos los Calvos, a partir de un instante de semiintimidad. Los no telépatas necesitan tratarse durante semanas para llegar a conocerse; los Calvos lo consiguen sin esfuerzo en su primer contacto, a menudo antes de verse. También es frecuente que la impresión obtenida en el primer encuentro, mental, sea más auténtica que las posteriores, viciadas por el aspecto físico y los gestos habituales del otro. De no ser telépatas, les hubiese llevado un tiempo considerable dejar de ser la señorita Connaught y el señor Barton. Pero, al serlo, se habían evaluado automática e inconscientemente mientras Barton estaba aún en el aire; sabían que, mentalmente, se agradaban. Instantáneamente comenzaron a pensar el uno en el otro como Sue y Dave. Ningún no telépata, escuchándolos a escondidas, hubiese dicho que no eran viejos amigos; no hubiesen sido sinceros comportándose de otra manera una vez que se aceptaron.

—Tomaré un martini —dijo Sue en voz alta—. ¿Te molesta que hable? Ayuda —echó una mirada, esta vez física, a su alrededor, a las jaulas—. No entiendo cómo lo soportas, aun cuando estés acostumbrado. Se me ocurre que para dejar farfullando a un Calvo definitivamente bastaría con encerrarlo en un parque zoológico durante una noche completa.

Barton sonrió y automáticamente su mente comenzó a clasificar las vibraciones de su alrededor: la despreocupación y la trivialidad de los monos, quebrada por una onda de histeria cuando un capuchino percibe el olor de un jaguar; las primitivas, implacables vibraciones de panteras y leones, con su trasfondo de completa, pura confianza; las apacibles, casi graciosas radiaciones de las focas. No se los podía llamar pensamientos racionales; eran cerebros de animales, pero era básicamente la misma organización coloidal lo que había bajo pelos y escamas que bajo la peluca castaño rojiza de Sue Connaught.

Al fin, cuando trajeron los martinis, ella habló:

—¿Alguna vez te has batido en duelo?

Barton, instintivamente, miró a su alrededor. Llevó la mano a la pequeña daga que pendía de su cinturón.

—Soy Calvo, Sue.

—De modo que no lo has hecho.

—Naturalmente, no.

No se molestó en dar explicaciones; ella conocía la razón tan bien como él. Los Calvos no podían arriesgarse a sacar partido de sus dotes especiales, salvo en muy contados casos. Un télépata siempre podía ganar un duelo. Si David no hubiese matado a Goliath, a la larga los propios filisteos, llevados por los celos, hubiesen acabado con el gigante. Si Goliath hubiese sido inteligente, hubiese caminado con las rodillas dobladas.

—Bueno —dijo Sue—. He tenido que tomar mis precauciones. Se trata de algo tan confidencial que no sé quién... —Sus barreras permanecían sólidamente alzadas.

—He pasado seis meses en África. Tal vez no esté al corriente de los sucesos actuales —ambos sentían lo inadecuado de las palabras, y ello los ponía impacientes.

—No actuales... futuros. Las cosas son... ayuda... desde... capacidad —se detuvo, obligándose a volver a la forma gramatical de comunicación, más lenta—. Tengo que encontrar ayuda en alguna parte, y debe ser de alguno de Nosotros. No sólo eso, sino de una clase de persona muy especial. Con tu preparación.

—¿Cómo?

—Porque tú eres naturalista —dijo ella—. He estado buscando por todos lados, pero ya sabes la clase de empleos que Nosotros solemos conseguir. Ocupaciones sedentarias. Expertos en semántica, médicos internistas y psiquiatras, biólogos como yo, asistentes de policía... esto está un poco mejor, pero yo necesito a alguien que... que pueda derrotar a otro Calvo.

Barton la miró fijamente y frunció el ceño.

—¿Un duelo?

—Eso creo —respondió ella—. Aún no lo sé con seguridad. Pero creo que es la única salida. El secreto debe ser absoluto, Dave, absoluto. Si se escapara alguna palabra de esto, sería... muy malo para nosotros.

Él sabía lo que ella quería decir, y frunció los labios en un silbido sin sonido. Esa sombra pasaba siempre sobre todos los Calvos.

—¿De qué se trata?

Ella no respondió directamente.

—Tú eres naturalista. Eso es bueno. Lo que necesito es un hombre que pueda enfrentarse con un télépata en términos de ligera

superioridad. Ningún no Calvo lo haría, aun en el caso de que pudiera hablar de esto con un no Calvo. Lo que debo conseguir es un hombre con mente rápida, que además esté físicamente preparado para responder de forma instantánea.

—Uh, uh...

—No había muchos —dijo—. Aun cuando las mentes se mueven a la misma velocidad, siempre existe una diferencia fraccional en la respuesta muscular. Y estamos demasiado bien entrenados. Los juegos de destreza competitiva...

—He pensado en eso —dijo Barton—. Más de una vez, también. Ningún juego basado en la guerra nos conviene.

—Ningún juego en el que uno se deba enfrentar al oponente. Me gusta el golf, pero no podría jugar al tenis aunque quisiera.

—Bueno —dijo Barton—, yo no boxeo ni practico lucha. Ni tampoco juego al ajedrez. Pero sí a frontón-azar... ¿has visto alguna vez un partido?

Ella asintió.

—La pared está llena de relieves; nunca se sabe de qué modo va a rebotar la pelota. Además, además, la pared está dividida en secciones que se deslizan al azar. Se puede controlar la fuerza, pero no la dirección. Es algo singular. Es nuevo y naturalmente no está difundido, pero un amigo mío tiene uno. Un hombre llamado Denham.

—Él me habló de ti.

—Me lo imaginé.

—Durante quince años te has dedicado a cazar toda clase de animales, desde tigres hasta cobras reales. Eso exige tener sentido de los momentos precisos. No cualquier persona puede percibir la presencia de una cobra...

—Cuida tu barrera —dijo Barton ásperamente—. Sentí algo. ¿Qué es lo que anda mal?

Ella dejó escapar un trémulo suspiro.

—Tengo muy poco control. Vámonos de aquí.

Atravesaron todo el zoológico. Cuando pasaron cerca del tanque del tiburón, Barton bajó la vista y se encontró con los preocupados ojos de la muchacha.

—¿Algo así?

—Algo así —asintió ella—, pero a Ellos no los podemos meter en

jaulas.

Comiendo bagre y bebiendo vino de Shasta, ella le contó...

A Ellos no los podemos enjaular. Astutos, peligrosos, y muy cuidadosos. Constituían, entre las tres variedades de telépatas, el grupo intermedio. La misma mutación, pero... *pero*.

Las radiaciones duras eran pura dinamita. Cuando al delicado cerebro humano se incorpora una función completamente nueva, se altera un hermoso y antiguo equilibrio. Así fue como resultaron tres grupos; uno era un fracaso total, que había traspuesto la frontera mental de la locura, la demencia precoz y la paranoia. Otro grupo, al que pertenecían Sue Connaught y Barton —la enorme mayoría—, estaba adaptado al mundo no telepático. Usaban peluca.

Pero el grupo intermedio era paranoide... y sano.

Entre esos telépatas se encontraban los egoístas inadaptados, los que durante largo tiempo se habían negado a llevar peluca, y que se jactaban de su condición superior. Tenían la astucia y el sentido de completa autojustificación propios de los verdaderos tipos paranoides, y eran esencialmente antisociales. Pero no estaban locos.

Y no se los podía enjaular. Porque eran telépatas y era imposible enjaular la mente.

Terminaron con un pastel de cacao brasileño, café y licor del Mississipi, preparado por los monjes del monasterio de Swanee. Barton puso en contacto la punta de su cigarrillo con el papel de ignición del paquete. Aspiró el humo.

—No se trata entonces de una gran conspiración.

—Esas cosas comienzan lentamente. Unas pocas personas..., pero comprendes el peligro.

Barton asintió.

—Claro que lo comprendo. Pero es muy mal remedio. Unos cuantos Calvos paranoides, poniendo en práctica un loco plan de sabotaje... Sin embargo preferiría que me dijeras más. Por ejemplo: ¿por qué yo? ¿Por qué tú?

Para un no telépata, la pregunta hubiese resultado poco clara.

Pero Sue alzó las cejas y respondió:

—Tú, porque posees los reflejos de los que hablé y porque yo tuve la suerte de encontrarte antes de llegar a estar lo bastante desesperada para buscar un sustituto. En cuanto a mí —vaciló—, ésa es la parte más extraña. Nadie hubiera podido dar con ellos, a no ser accidentalmente. Porque la telepatía, por supuesto, no es algo que pueda permanecer oculto. El telépata actúa como una emisora. Cualquier mente receptiva puede interceptar su mensaje. El momento en que se reúne la gente suficiente para erigir una ciudad, es fácil de *advertir*. Y el momento en que se reúnen Calvos y forman alguna organización, también. Por eso los paranoides no suelen crear demasiadas dificultades, excepto individualmente. Agruparse sería lo mismo que izar una bandera... que pudiese ser vista por todos.

—¿Y entonces?

—Entonces buscan modos especiales de comunicarse. Un código absolutamente secreto e impenetrable. Además, no es un simple código. En ese caso podríamos detectar su existencia y seguirle el rastro, aun cuando no pudiéramos descifrarlo. Se trata de una buena banda de frecuencia en la comunicación telepática enteramente nueva, hasta ahora desconocida para nosotros. No sé cómo lo hacen. Tal vez sea algo parcialmente mecánico, tal vez no. Los niños poseen un nivel de percepción más elevado, pero podemos llegar hasta sus pensamientos. Esto es como una radiación mental ultravioleta, ¿comprendes lo que ello supone?

Barton expelió humo por las ventanas de su nariz.

—Sí. Anula el equilibrio de fuerzas... por completo. Hasta ahora, la descentralización garantizó la paz. Nadie se atrevió a organizarse ni a estirar las piernas fuera de la manta. Se podía detectar a quien lo hiciera. Pero esos *bichos*<sup>[3]</sup> usan una capa invisible —apretó los puños—. ¡Esto puede adquirir proporciones mundiales! ¡La única forma de organización contra la que no podemos luchar!

—Pero hay que combatirla —dijo ella—. Hay que aniquilarla. Y pronto, antes de que nadie sospeche. Si los no Calvos la descubrieran, habría una ola de anticalvismo que podría acabar con nosotros. Si así ocurriera, la gente no se detendría a hacer diferencia entre el grupo antisocial y el sociabilizado. Dirían: «Hemos estado alimentando a una serpiente, y ahora tiene

colmillos. Matémoslos a todos.»

Al otro lado de la ventana, pasó un hombre a caballo, haciendo ruido; el ruido urgente de los cascos penetra en el cerebro de Barton.

—¿Cuántos son?

—Ya te he dicho que están en sus comienzos. Sólo unos pocos. Pero pueden extenderse. Supongo que su mayor dificultad inmediata estriba en entrenar neófitos en su truco telepático especial. Por eso creo que debe de ser físicamente autoinducido. Los aparatos serían demasiado evidentes. Y requerirían movilidad; nunca saben cuándo tienen que comunicarse entre sí. No se puede andar por ahí con grandes aparatos.

—Se los puede camuflar —dijo Barton—, o pueden ser muy pequeños.

—Tal vez —dijo ella—, pero está esa muchacha... Melissa Carr. Regulaba su onda sin valerse de ningún aparato. Debe de tratarse de alguna variante de la mutación.

—¿Melissa Carr? —repitió Barton—. ¿Dónde encaja ella?

—Oh, no te lo he dicho. Es mi contacto. He estado en comunicación con ella durante aproximadamente una semana, aunque ayer dejó entrever, de modo muy casual, lo que conocía de esa banda de pensamiento especial.

—¿Entonces no es uno de ellos?

—Estoy segura de que no. Es algo muy extraño. Inclusive la manera en que se me acercó por primera vez.

»Yo llevaba un vestido de fiesta, y noté su inquietud deslizarse en mi mente... Era como una especie de Cenicienta. Yo llegaba a percibir con cuánto placer observaba mi vestido, un modelo de Mozambique, y mi bolso de Karel. Estuvo mentalmente pegada a mí toda la noche. Y después...

Después se había establecido la comunicación. Pero pasaron varios días antes de que Melissa hablara de las señales telepáticas que había sintonizado involuntariamente.

—Sospechaba su importancia, pero aparentemente el peligro no la impresionaba mucho. Quiero decir con esto que no se le había ocurrido necesario hacer algo. Hay cierto misterio en Melissa; he llegado a considerar, inclusive, la posibilidad de que fuese un miembro expulsado del grupo. A veces se niega absolutamente a

responder a mis señales. Pero ahora, cuando ya me ha hablado de esto —de Faxe—, creo que la he convencido de la existencia de serios riesgos. Sam Faxe. Es uno de los paranoides y, por lo que he podido averiguar, está tratando de sabotear ciertos experimentos en Galileo.

—¿Por qué?

—Esto es lo que no sé. En apariencia los paranoides están tan compenetrados con su plan fundamental que ni siquiera necesitan pensar en él. Sus pensamientos y su acción inmediata son una misma cosa. Y siempre se movilizan en esa longitud de onda especial que nosotros no podemos detectar. Solamente Melissa, por lo que yo sé, puede hacerlo, y debe de haber nacido dotada de esa especial receptividad.

—Existen casos así —acordó Barton—. Las diferencias entre mutantes son, por cierto, muchas más que las que hay entre no mutantes. En cuanto a su proyecto a largo alcance, ya conoces al tipo paranoide. Se figuran que los Calvos están hechos para regir el mundo. Miran a los seres humanos corrientes como a especies inferiores. Y resulta significativo que estén realizando experiencias de sabotaje. Me pregunto cuál será el asunto que están cocinando en Galileo.

—No sé —dijo Sue—. Melissa sabe muy poco de tecnología.

—Puedo tratar de enterarme por medio de Denham. Él vive en Galileo.

—Fue allí, donde lo conocí. Pero también es probable que tú puedas saber sacar más de Melissa que yo. No es prudente —vaciló, sustituyendo una palabra común por términos mentales inimaginables— insistir demasiado con ella en la comunicación telepática; pero es necesario, claro. Si sientes que de algún modo ella está investigando, desvíate inmediatamente.

—¿Hubo algún intento en ese sentido?

—No. Todavía no. Pero *debemos* mantenernos en la oscuridad.

Sue no le había preguntado a Barton si estaba dispuesto a ayudar; sabía que lo estaba. El sentido de preservación de la especie estaba profundamente arraigado en cada Calvo, si bien en los del tipo paranoide se encontraba deformado y distorsionado. Ahora, la

mente de Sue se extendía, investigando, preguntando, buscando la cerradura a la que su llave correspondiera. Y la respuesta fue casi inmediata. Fue como si una mano reuniera a otras dos; fue la presentación que mentalmente hizo Sue de Melissa Carr y Barton. Él se sintió algo torpe, tímido y casi desconfiado, y entonces... se estrecharon. Transmitió amistad y una cálida seguridad. Tomó instantáneamente conciencia de una fuerte femineidad que le significaba casi atracción sexual. Un tanto nebulosamente, sintió lo que Melissa Carr representaba para sí misma: la intangible conciencia del yo viviente, diferente en cada individuo, y la suavidad del ensortijado cabello... ¿cabello? Peluca... y la suavidad de una boca en el conocimiento de los dedos delicadamente posados en ella. Primero, una solemne retractación con sombras de color y aroma, y luego algo equivalente a una reverencia, puramente mental, con un deje singularmente anticuado. A partir de allí, supo que nunca podría confundir la mente de Melissa Carr con la de ningún otro Calvo.

*Melissa, éste es Dave Barton.*

*Reconocimiento y una sombra de placer. Una pregunta: ¿confianza? Tanto peligro...*

*Absoluta confianza, sí... fuerte afirmación*

*Urgencia*

*Muchos (diferentes) mensajes  
intensos  
Sombra de amenaza de Sam Faxe  
Una mancha explosiva  
extendiéndose en Galileo  
No poder hablar —otro símbolo  
para «hablar»— mucho  
Posible riesgo personal*

Y todos esos niveles de significación a un mismo tiempo, tres mentes entrelazándose como una rueda de colores, enfocadas al blanco punto central de revelación y verdad. No había límites, como los habituales en la conversación oral. Los pensamientos se entremezclaban y agitaban como luces en preguntas, respuestas y aseveraciones, y, a despecho de la concentración, los tres tenían tiempo para intercambiar los más íntimos claroscuros; todo valor hallaba su traducción tonal. Era precisamente la capacidad que

poseían para establecer esa clase de comunicación lo que hacía que las mesas redondas fueran tan populares entre los Calvos; el juego lógico y sensible de las mentes que podía devenir éxtasis en la plenitud de la conciencia común. No existía, hablando en términos físicos, la poligamia entre Calvos, pero mentalmente el grupo social se expandía, dotando de una profundidad y una riqueza adicional a su vida.

Pero esto no pasaba de ser una mera insinuación de la verdadera comunicación. Barton buscaba claves en lo que Melissa le decía. No era un técnico en cuestiones por el estilo, de modo que enfocaba la cuestión desde otro ángulo; el del naturalista preparado para investigar colores miméticos, acostumbrado a desenmarañar las laberínticas huellas de los animales depredadores.

—¿Cuántos?

—Tres.

—¿Sólo tres?

—Tres... e imágenes de Galileo y otras ciudades, símbolos de nombres e identidades. Una sensación de comunión sombría, vínculos de odio...

Y de pronto Barton captó algo curiosamente, turbadoramente familiar en la mente de ella. No supo qué era. Pero de momento bastó para que el flujo de la comunicación se interrumpiera, mientras se lo preguntaba.

No tenía importancia; volvió a concentrarse. ¿Tres?

*Símbolo*

| Conocido nombre Sam Faxé  
| Poderosa codicia  
| Pesado letargo

Se evocaban otras connotaciones, pero él pensó que ahora conocería a Sam Faxé.

Los otros símbolos resueltos en nombres: Ed Vargan, mezclado con un curioso concepto de diferencia de tamaño; y Bertam Smith, donde se presentía una crueldad análoga a la de los carnívoros sanguinarios. No obstante, había una diferencia; Barton había penetrado en la mente de una comadreja en pleno festín, y el torrente de éxtasis le había alarmado. Smith era inteligente, si bien,

como los demás, poseía la singular condición de... ¿de qué?

Oscuridad. Distorsión. Ceguera.

*Sí, pensó Sue, están ciegos. Cegados por su paranoia. No alcanzan a ver este mundo... como nosotros pretendemos que es.*

Y la visión que Melissa tenía de los tres: pequeñas cosas malignas corriendo en la oscuridad, con los dientes al descubierto. Los identificaba, entendió Barton, con... ¿qué?... con ratones; ella tenía horror a los ratones. Le resultaban mucho más espantosos que los insectos o las serpientes. Indudablemente, era capaz de comprender las fobias; él mismo temía anormalmente al fuego. La mayoría de los Calvos eran fóbicos en mayor o menor grado, un precio que conllevaba su superior sensibilidad mental.

*Pensó: «Yo» debo actuar rápidamente. Si interceptan la comunicación, cabe la posibilidad de que se escondan. «Yo» debo acabar con ellos de una sola vez. ¿Pueden leer tu mente?*

*No conocen la existencia de Melissa Carr.*

*Pero si uno de ellos es asesinado, estarán sobre aviso. Debes mantenerte a buen recaudo. ¿Dónde te encuentras ahora?*

*Negativa, negativa completa.*

*Sería mejor que me lo dijeras, así...*

*Nadie puede encontrarme en tanto no piense en el lugar en que estoy. No hay índices direccionales para la telepatía.*

El concepto que ella expresara era mucho más amplio que el de la telepatía en sí misma; era el símbolo de toda una especie y su unidad.

*¿Puedes decirme dónde se encuentran Vargan y Smith?*

*Claro; conversan con toda libertad en su longitud de onda particular; Vargan está en Rye; Smith está en Huron.*

*¿Cómo logras interceptar sus comunicaciones en esa longitud de onda?*

*Confusión. Un indefenso encogerse de hombros mental ¿de nacimiento?*

Barton pensó: *Si uno de ellos muere, los demás estarán advertidos. Permanece muy atenta. No vaciles en retransmitir los planes que interceptes. No deben escapar.*

Melissa pensó en las tres pequeñas, grises, malignas cositas

huyendo precipitadamente. Barton hizo una mueca indescifrable.

*Mira como corren*, le dijo. *Mira hacia donde corren*. Llevó la mano a la daga. No era un cuchillo para trincar, pero lo haría.

No hubo mucho más. Melissa retransmitió algunos de los pensamientos que había captado, y confirmó las sospechas de Barton acerca de la amenaza de los paranoides. A largo alcance, eran mortales para la totalidad de los grupos de mutantes. Las muertes individuales no tenían gran importancia en esa época de duelos, pero arriesgarse a comprometer la buena voluntad de los demás hacia la especie entera era una táctica de locos. Aparentemente, no existía motivo alguno. ¿Pura malevolencia? No era lógico, y los paranoides procedían siempre de un modo lógico, aun cuando su estructura intelectual se erigiera sobre una piedra angular falsa. Faltaba la única clave capaz de dar sentido al conjunto. El hecho de ser naturalista y disponer de la preparación correspondiente no garantizaba a Barton hallarla. Los animales no hacen sabotaje. Ni los pájaros ensucian sus propios nidos.

Después de que Melissa los hubo dejado, Sue no pudo ocultar su impaciencia.

—Quiero ayudar —dijo, esta vez oralmente—. Debe de haber algún modo.

—No lo hay. Sabes bien que esto requiere una destreza muy especial. Tú eres biólogo. No reaccionas de modo instantáneo, como yo lo hago, y si me acompañaras distraerías mi atención. Debo estar concentrado.

—¿Entonces los matarás?

—Claro que lo haré. Afortunadamente son sólo tres, según Melissa. No mintió; podría asegurarlo.

—Oh, es sincera —consintió Sue—. Pero tampoco hay dudas de que está ocultando algo.

Barton se encogió de hombros.

—Eso no importa. Esto exige actuar rápidamente. No puedo investigar mucho. Si llego a suscitar inquietudes o preguntas en las mentes de no Calvos, los paranoides comenzarán a preocuparse. Tengo que erradicar esos *bichos* antes de que la infección se extienda. Hay gran cantidad de Calvos paranoides dispuestos a

adherirse a un movimiento como ése, en la medida en que se les capacite para dominar la longitud de onda secreta.

—¿Y entonces qué haré?

—Eso no es importante ahora —contestó Barton—. Tu tarea ha terminado. Ahora me corresponde a mí.

Se pusieron de pie a un tiempo. Afuera, en la acera, se separaron con un apretón de manos pleno de profunda significación. A su alrededor bullía la despreocupada vida nocturna, brillantemente iluminada; un símbolo del vasto e intrincado sistema de control y equilibrio que conservaba la unión de los seres civilizados. Los seres civilizados que toleraban a los Calvos y, si bien tal vez un poco a regañadientes, les daban la oportunidad de ganarse su salvación. Ambos pensaban en lo mismo: cuán fácilmente esa sencilla multitud podía convertirse en una turba sedienta de sangre. Ya había ocurrido, cuando los Calvos aún eran nuevos en el mundo, y el peligro seguía latente.

De modo que Barton se fue solo con la comisión no explícita de toda su especie, que le demandaba hacer aquello para lo que había sido condicionado desde su nacimiento. La especie era lo importante; no los individuos. Su helicóptero ya estaba a punto, y partió hacia Galileo, en la costa atlántica, pensando aun en la empresa que debía acometer. Estaba tan abstraído que sólo las señales de radio le impedían chocar con otros aparatos. Pero al fin las luces de la ciudad de los técnicos aparecieron en el horizonte.

Como todas las comunidades dedicadas a la tecnología, Galileo era más grande que la mayoría de los poblados. Los científicos eran gente pacífica y ninguna de sus ciudades había sido arrasada. Niágara, con sus inmensas fuentes energéticas, estaba más densamente poblada que Galileo, pero esta última ocupaba un área mucho mayor. Debido a lo peligroso de algunos experimentos, su extensión abarcaba kilómetros, en vez de ser una de las impenetrables, compactas urbanizaciones que eran modelo impuesto en América.

A ello se debía la existencia de transportes de superficie, cosa poco habitual. Barton se dirigió a la casa de Denham —no había apartamentos, por supuesto, en una cultura sumamente individualista aunque respetuosa de la interdependencia— y tuvo la buena fortuna de encontrarlo allí. Denham era un Calvo apacible,

de cara redonda, cuyas pelucas se habían venido haciendo, año a año, más grises, hasta llegar al blanco. Saludó a Barton efusivamente; lo hizo oralmente, porque había gente en la calle, y los Calvos se guardaban muy bien de hacer ostentación de sus poderes.

—Dave. No sabía que habías regresado. ¿Qué tal por África?

—Mucho calor. No he jugado al frontón-azar durante seis meses. Creo que estoy perdiendo forma física.

—No da esa impresión —dijo Denham, con una mirada envidiosa—. Entra. ¿Bebes algo?

Conversar acerca de cosas intrascendentes mientras bebían una copa. Sólo que no... conversaron. Barton actuaba en la plenitud de su conciencia; no quería decirle demasiado a Denham, debido especialmente a la presencia de Sam Faxe allí, en Galileo; no dejó de mencionar el tema, pero no entró en detalles. Evidentemente, el problema era más difícil de lo que había esperado. Terminaron en la sala de juegos, con pantalones cortos, enfrente de un muro surcado por innumerables relieves, dividido en segmentos que se movían erráticamente. Allí jugaron al frontón azar. Era sencillo predecir la fuerza con que Denham iba a lanzar la pelota, pero no había medio humano alguno de determinar el ángulo de rebote. Anduvieron a saltos un buen rato, haciendo mucho ejercicio y conversando telepáticamente durante todo el tiempo.

Denham señaló que su juego favorito seguía siendo el tiro. Y, más aún, la ruleta. Podía jugar ambos con sus amigos no Calvos, mientras que el bridge y el póquer... ¡Uh! ¿Quién iba a jugar al póquer con alguien capaz de leer la mente?

Barton estuvo de acuerdo en que mientras las cosas dependieran de la suerte o la fuerza física, era posible participar; pero no había demasiadas oportunidades. La lucha y el boxeo suponían una planificación lógica. Pero cabía competir en muchas otras pruebas olímpicas: tiro, salto de altura, carreras. En todo aquello en que no fuese necesario enfrentarse al oponente. Los juegos de competencia directa, como el ajedrez, estaban vedados.

*Bueno, pensó Denham, tú te dedicas a una actividad que implica cierta competencia.*

¿La caza? El pensamiento de Barton pasó rasando el terreno hasta detenerse sobre un tigre aletargado, recién alimentado; el animal tenía una profunda conciencia de su fuerza, como si se tratara de una zumbante dínamo. Esto se unía sutilmente en la mente del naturalista con el hombre, y con algo, vago e informe, similar al símbolo con el cual Melissa identificaba a Sam Faxe. En su cerebro se estableció una analogía con la persona de Faxe, del modo en que un acorde musical lo hace con su complemento. Si Denham conocía a Faxe, era probable que respondiera.

Y lo hizo. La alegría embargó a Barton cuando captó el trozo aislado de pensamiento, llegando a través de cosas sin valor, pasando con dificultad por entre los detritus intelectuales de Denham. Recordaba a un intérprete grueso y poco competente que servía como enlace entre técnicos de diferentes grupos lingüísticos. Barton se apresuró a cambiar de tema, con el fin de que Denham no concediera demasiada importancia a su ideación mnemónica.

Una vez logrado su objetivo, Barton comenzó a sentirse impaciente por partir. Permitió a Denham ganar la partida; éste se sintió hasta tal punto satisfecho por ello que aceptó la excusa presentada por Barton acerca de una cita imprecisa sin evidenciar escepticismo. Un hombre que acababa de regresar a América al cabo de dos años de vivir en la jungla debía de andar en busca de cosas más excitantes que el frontón. Pero había sido muy amable de parte de Barton esa visita.

Barton se paseó por las calles, bordeando los parques, aparentemente en calma, mientras su receptiva mente absorbía los pensamientos que bullían a su alrededor. Ahora que sabía que buscar, no le parecía difícil, aunque llevara tiempo. De tanto en tanto le llegaban confusos trozos de información. Y no dejó de lado un recurso del que los Calvos se valían muy rara vez: introdujo preguntas esenciales en las mentes de los no Calvos.

Era imprescindible hacerlo, por cuanto Barton sólo podía leer aquello que se encontrara por sobre el umbral de la vigilia consciente. Y requería un esfuerzo realmente tremendo introducir siquiera un leve impulso estimulador en una mente no receptiva. El hombre medio carece de condiciones telepáticas, y comunicarse con

él en ese nivel es tan difícil como hacer pasar una aguja entre baldosas estrechamente ajustadas. Era posible que, en circunstancias especiales, captara pensamientos, pero no era capaz de reconocerlos en su calidad de impulsos de otra mente.

Al terminar, Barton estaba sudando. Pero se las había arreglado para recoger un caudal considerable de información. Por otra parte, lo había hecho de un modo tan sutil que ni el propio Faxé, caso de sintonizarlo, sospecharía nada. Un crecido número de personas había pensado en Faxé esa noche; no pasaban de ser pensamientos vulgares, excepto para Barton, empeñado en reunir las piezas del rompecabezas. Un poco de aquí y otro de allá. Por fin, obtuvo la imagen: un intérprete, alterando levemente el significado de lo que un tibetano quería comunicarle a un bengalí, y volcándolo todo a su vez a un fisioquímico norteamericano. Tarea sumamente sencilla, ya que los técnicos, inmersos en su labor, tendían a ser cada vez menos sensibles a los aspectos más delicados de las relaciones humanas; de resultados de todo ello, cierto aparato que se estaba construyendo en Galileo terminaría por crear dificultades.

Ni siquiera Faxé sabía exactamente cómo se llegaría a ello, pero sus elementales conocimientos técnicos bastaban para que pudiera ensombrece las palabras. Un matiz de significación en la mente de un hombre, un tono ligeramente diferente en la de otro, cuando ambos debían haber coincidido con toda precisión... ésas, y otras cosas, indicaron a Barton que Faxé era un traidor a su especie.

Además, descubrió donde vivía.

Ahora, frente a la casa de Faxé, intentó comunicarse con Melissa Carr. Sus pensamientos se encontraron casi inmediatamente en el nivel de radiación normal.

*Maneja esto con cuidado, recomendó, usa generalidades.* Y volvió a tener clara conciencia de la femineidad de ella, de la suavidad del rizado cabello y la delicadeza de una mejilla llena, juvenil. El fresco aire de la noche traía como un jirón de perfume.

*Acuerdo.*

*¿Puedes localizar a los otros pronto y con exactitud?*

*Sí... En...*

*Mantente sintonizada... Tú sabes qué.*

Acuerdo nuevamente, y esa coquetería disimulada, delicadamente femenina, dulce y curiosamente atractiva. Barton

percibió en ella cierto temor, y se sintió fuertemente impulsado a protegerla. Empezó a tomar forma en su mente una imagen de Melissa Carr, si bien, como él sabía, era inevitablemente parcial. Los conceptos mentales y los visuales podían llegar a diferir muchísimo. Pero pensó que Melissa tendría un rostro pequeño, triangular, frágil y de rasgos delicados, y que ese rostro estaría enmarcado por rizos brillantes y negros como el azabache. Tenía la impresión de estar viendo sus facciones *desde dentro*, invirtiendo el proceso corriente, en el cual la cara de un individuo ayuda a formarse un concepto de lo que hay detrás.

¿Cómo lo lograría?

Cruzó la calle, maravillado por esa feliz circunstancia: de entre toda la gente del mundo, sólo ella era capaz de sintonizar la longitud de onda especial de...

*¡Barrera!*

Estaba en la galería de entrada, frente a una puerta cerrada. Una duda y una pregunta atravesaron la fibrosa madera, tocaron su mente y retrocedieron. Instantáneamente, el hombre que se encontraba dentro de la casa levantó una barrera con el fin de protegerse.

Muy bien. Mientras su mente se viera limitada por esa circunstancia, era probable que Faxé no pudiera emplear la longitud de onda especial para comunicarse con los otros paranoides. O... ¿o acaso podía hacerlo?

Barton anduvo hacia una ventana circular. Nada podía ver a través del cristal, de una sola dirección. Tras echar una mirada a su alrededor para asegurarse de que estaba solo, levantó el pie e hizo añicos el vidrio. Con cautela, pasó por el boquete. Entró en una habitación bien amueblada; de pie, apoyado en el muro y mirándole de frente, había un hombre grueso. Lo masculino del decorado le hizo pensar que posiblemente Faxé viviera solo; era lo normal en un tipo paranoide puro, que requería una esposa subyugada. Faxé no se casaría con una telépata y ninguna no Calva soportaría la vida con él durante mucho tiempo.

Veinte años atrás, Faxé no hubiese llevado peluca; no obstante, los individuos de sus características habían adquirido cierta noción

de la prudencia desde entonces. Su peluca era de un amarillo rabioso y no condecía con su pesado, tosco rostro.

Y de pronto la barrera desapareció de la mente de Faxé; su cerebro quedó desierto y blanco, y Barton sintió pasar por el cuerpo la urgente advertencia de Melissa: *Está avisando a los otros...*

Barton extrajo la daga del cinturón y se precipitó hacia adelante. Instantáneamente, la barrera de Faxé se volvió a levantar, a la vez que sacaba a relucir su arma, aferrada por una mano regordeta. Al batirse con otro telépata, es conveniente estar protegido mentalmente, de modo de mantener ocultas las propias intenciones. Desde el momento mismo en que se sintió seriamente amenazado, Faxé no volvió a bajar su barrera.

Barton se acercó, con una expresión en sus ojos calculadores similar a aquélla que podía tener al observar la vibrante cabeza de una cobra. Sin apartar el pulgar en la empuñadura de la daga, la sostuvo a la altura del muslo. El gordo se separó de la pared, balanceándose sobre los talones, esperando.

Después de todo, fue muy sencillo. No era necesaria la telepatía para eludir el golpe de un arma manejada de modo tan torpe. Con una precisión quirúrgica, Barton colocó su acero en el lugar adecuado, y se aseguró de que Faxé no se hubiese comunicado con sus colegas antes de morir. Luego, satisfecho, salió de la casa por la puerta delantera y anduvo tranquilamente en busca de un transporte de superficie.

Lo encontró. Envío por delante su pensamiento tratando de comunicarse con Melissa. En alguna parte, muy lejos, en la oscuridad, ella lo oyó y respondió:

*¿Recibieron la llamada de Faxé?*

*No. No; fuiste muy rápido, y ellos no esperaban que él tratara de localizarlos.*

*Bien. Entonces, ahora les toca a Vargan y Smith.*

*¿Esta noche?*

*Sí.*

*Bueno. No creo que puedas alcanzarme mañana.*

*¿Por qué no?*

*Evasión. Vargan... en Rye.*

*Escucha. Es importante. Si son sólo tres, bien. Pero si intentan comunicarse con otros, ¡házmelo saber sin vacilar!*

Sí. Eso fue todo. Pero la personalidad de Melissa persistía en Barton cuando hizo enfilarse su helicóptero hacia el Noroeste, en medio de la noche. El hecho de haber dado muerte a aquel individuo no le afectaba en absoluto. Los patrones morales habituales no hacían variar su actitud. Indudablemente había cierto toque de fanatismo en el modo en que los Calvos tomaban la traición al grupo. Y además, no se trataba de una traición vulgar. Faxe y su gente habían descubierto un medio de comunicación singular, que constituía la más seria amenaza sufrida por la especie desde sus orígenes... más grave que la de los linchamientos ocurridos en las décadas inmediatamente posteriores a la Explosión.

El esquema mental del que Barton se valía era el que imponía su condición de cazador. Esta vez sus presas eran humanas; empero no dejaban de ser tan sanguinarias como el más depredador de los animales de la jungla. Las bestias mataban para comer. Darwinismo elemental; y la ley fundamental de la naturaleza. Pero los tres paranoides habían violado otro principio básico: la preservación de la especie. La amenazaban.

Barton pensó que, en cualquier cultura nueva, el parpadeo de débiles luces subterráneas —las innumerables antorchas constituidas por las ciudades esparcidas por América— debía crear conflictos. Indudablemente los Calvos eran una cultura nueva. Hasta entonces no pasaban de ser un embrión, una mutación tendente a un fin por el momento inconcebible. Pero era el primer paso adelante verdadero que la humanidad había dado en un millón de años. Las mutaciones anteriores, tal vez por su insignificancia, no habían tenido trascendencia alguna para el género humano. En este caso, por acción de las radiaciones duras, se habían abierto miles de puertas a lo probable. Y detrás de cada una de ellas, una trampa.

Porque existen caracteres dominantes y secundarios. Para los Calvos la falta de pelo era algo secundario, pero podía haber latentes rasgos de importancia primordial susceptibles de manifestarse en la tercera o cuarta generación. Esa extraordinaria manera, subtelepática, de comunicarse... ¿era natural? En el caso de Melissa, todo parecía indicar que sí; empero, Faxe y los demás podían haberse valido de una artimaña. En todo caso, en cada Calvo estaba latente la posibilidad. Y ello no dejaba de ser peligroso.

Era, en el sentido más estricto del término, un foco de infección.

Podían ser contaminadas células sanas. La conspiración podía extenderse; Barton imaginó una organización clandestina de paranoides, perfectamente oculta, comunicándose en absoluto secreto, planificando... algo. La idea no era agradable.

Se preguntó cuántos Calvos integrados estarían en condiciones de combatir una amenaza semejante. No muchos; no estaban preparados para la lucha. La guerra, desde las bombas atómicas, se había hecho imposible; pero había batallas de un nuevo tipo. Aquella propaganda del temor capaz de hacer pesar el problema de las bombas era impracticable, dada la necesidad de centralización urbana que todo grupo requería para poder organizarse y constituir un peligro. Pero no habría necesidad de tal concentración humana, si los paranoides estuvieran en condiciones de comunicarse de modo instantáneo y secreto. El ciego azar había llevado a Melissa hasta ellos, pero no siempre se puede depender de él.

Sintió el contacto del pensamiento de Melissa.

*Vargan llamó a Smith; Smith está en vuelo hacia Rye.*

*¿Qué es lo que saben?*

*Vargan le dijo a Smith que viniera inmediatamente. Nada más.*

*¿A Rye?*

*Debe de tratarse de una nueva reunión. Dio instrucciones. Melissa las retransmitió para Barton.*

*De acuerdo. Sigue alerta.*

Confuso y algo preocupado, Barton aumentó la velocidad del helicóptero. Se dirigía al Norte, hacia el lago Erie, evitando pasar por Conestoga. No tardaría mucho en llegar a Rye. Pero... ¿habría logrado Faxé comunicarse, a pesar de todo? Un mensaje telepático supone solamente un instante. Tal vez Vargan hubiera recibido el SOS del gordo. Y si Faxé había enterado a sus cómplices de su muerte a manos de un Calvo, y del porqué... Barton se encogió de hombros. De todos modos, lo estarían esperando. Ya sabrían que Faxé estaba muerto. Bastaba con que hubiese hecho una última llamada —por incoherente que ésta fuera— para que lo supieran. No cabían errores en ese caso; el modo en que la vida abandona un cuerpo —por incoherente que éste sea— es único. Cuando intentaran dar con él, encontrarían simplemente la nada, una especie de curioso hiato en el éter, como si el vacío aún no hubiera terminado de cerrarse en torno del lugar ocupado por un hombre

una hora atrás. Era clarísimo; ningún télépata entraría de buena gana en ese blanco estremecedor. Pero seguramente no habría faltado alguna mente receptiva en las cercanías que lo percibiera; sin situación ostensible alguna de por medio, la noticia ya en conocimiento de los Calvos del lugar. *Uno de Nosotros ha muerto*. Sí, Vargan y Smith ya lo sabían. Pero lo más probable era que no estuvieran enterados del modo en que se habían desarrollado los sucesos. Podía haberse tratado de un accidente o de una enfermedad. Podía haber sido... asesinado. Estarían obligados a actuar partiendo de esa suposición. Estarían esperando.

El aeropuerto de Rye más próximo a su lugar de destino estaba desierto; cuando aterrizó, la única señal de actividad en él era el titilar de las luces automáticas de las pistas. Las informaciones de Melissa eran precisas. Anduvo un kilómetro hasta un camino, que se convertía a partir de un punto en una estrecha vereda, en la que la luz de la luna dejaba caer fantásticos dibujos por entre las hojas temblorosas, y se detuvo ante una casa sin iluminar. Mientras aguardaba, llegó hasta él un pensamiento.

*Entra.* Era Vargan; la singularidad de su esquema de comunicación lo reveló. *Entra.* Pero Vargan no conocía a Barton; irradiaba a ciegas, consciente tan sólo de que había un Calvo esperando ante la puerta.

Se encendió una luz. Se abrió la puerta. Un hombrecillo de poco más de metro cincuenta de estatura, con una cabeza extraordinariamente grande, se detuvo en el umbral; tan sólo una negra silueta.

*¿No hay trampas?*

Había una trampa; no tenía que ver sino con la ventaja numérica. Barton consideró respondida su pregunta. Vargan fue retrocediendo a medida que el otro avanzaba; Barton no tardó en encontrarse en el interior de la habitación, observando detenidamente a su adversario.

El rostro de Vargan se salía de lo común; sus ojos saltones traslucían preocupación. Su peluca arratonada estaba sin peinar. Sus lentes reflejaban luces, y durante un instante sus ojos midieron a Barton. Luego sonrió.

—De acuerdo —dijo de modo audible—. Pase y siéntese.

Era evidente su desprecio. Dirigirse oralmente a otro Calvo cuando no hacía falta ser prudente, resultaba insultante. Barton no se sorprendió.

*Paranoide*, pensó. Vargan respondió mentalmente: *¡Superior!*

Se abrió la puerta de la cocina para dar paso a Bertam Smith; un gigante rubio, bien parecido, con ojos de un azul claro y rostro inexpresivo. Smith traía una bandeja con botellas, vasos y hielo. Saludó a Barton con un gesto.

—Vargan quería hablarle —dijo—. No veo razón alguna para ello, pero...

¿Qué le ocurrió a Faxe? —preguntó Vargan—. No importa. Tome algo primero.

*¿Veneno?*

*Negativa sincera. Somos más fuertes que tú...*

Barton aceptó una copa y se sentó en una silla incómoda; no quería estar demasiado relajado. En el plano mental procedía con cautela, a pesar de que era consciente de la inutilidad de las precauciones. Vargan, con su aspecto de pez jiboso, se dejó caer en un sillón y vació su copa de un trago. Miraba fijamente hacia adelante.

—Ahora dígame, qué le ocurrió a Faxe.

—Lo maté —respondió Barton.

—Era el más débil de todos...

*¿Todos?*

*Nosotros tres...*

*Bueno. Sólo quedan dos.*

Vargan sonrió burlonamente.

—Usted está seguro de poder matarnos, y nosotros estamos seguros de poder matarlo. Y dado que nuestras convicciones son intangibles —es imposible medir la confianza que cada uno tiene en sí mismo—, podemos hablar de igual a igual. ¿Cómo llegó a enterarse de nuestros sistemas de comunicaciones?

No podía evitar pensar en Melissa. A veces la mente se toma demasiadas libertades.

—Tendremos que matarla también a ella —dijo Smith—. Y a esa otra mujer... Sue Connaught, en la que está pensando.

No servía de nada seguir ocultando cosas. Barton se comunicó

telepáticamente con Melissa. *Saben. Escucha. Si usan su longitud de onda secreta, házmelo saber inmediatamente.*

—Inmediatamente es bastante rápido —dijo Vargan.

—Los pensamientos son rápidos.

—Muy bien. Usted nos subestima. Faxe era el miembro más reciente de nuestro grupo; carecía de una mente rápida y eso hizo fácil su tarea. Nuestros cerebros, merced a un esfuerzo de educación, son más rápidos que el suyo.

Dudaba; en realidad, no podía estar *seguro*. Su actitud estaba condicionada por el egotismo.

—¿Green —dijo Barton— que pueden llevar a cabo su proyecto, cualquiera que éste sea?

—Sí —respondió Smith; en su mente, deslumbrante como la luz del sol, una ciega, fanática convicción—. Debemos.

—Está bien. ¿Qué es lo que se proponen?

—Preservar la especie —contestó Vargan—. Pero de una manera activa, no pasiva. Nosotros, los Calvos —aún empleaba ese término a pesar de usar peluca— no estamos dispuestos a inclinarnos ante una especie inferior como la del Homo Sapiens.

—Volvemos a lo de siempre. ¿Quién dijo que los Calvos son superiores? Sencillamente poseen un sentido más.

—Eso es lo que diferencia al hombre de la bestia. Un sentido adicional. La inteligencia. Ahora ha aparecido una especie nueva. Su singularidad es la telepatía. Habrá una nueva especie, a la larga, caracterizada por la... presciencia. No lo sé. Pero sé que los Calvos son el porvenir del mundo. Dios no nos hubiese dado nuestro poder si no pretendiera valerse de él.

No pasaba de ser un simple duelo verbal; pero había algo más. La curiosidad de Barton estaba exacerbada por más de una razón.

—¿Está tratando de convencerme?

—Claro. Cuantos más partidarios logremos para nuestra causa, más cerca nos encontraremos de nuestros fines. Si usted se niega, lo mataremos.

La posibilidad de la reserva mental reposaba sobre imponderables. De nada servía la semántica ante la absoluta divergencia de opiniones.

—¿Cuál es su plan?

—Expansión —Vargan pasó la mano por su descuidada peluca castaña—. Y secreto total, por supuesto. En cuanto al sabotaje... acabamos de empezar. A la larga llegará a ser importante. Precisamente ahora estamos concretando nuestros esfuerzos sobre nuestras *posibilidades*...

—Sabotaje... ¿Y qué pueden ofrecer a cambio?

Una tremenda ola de autosuficiencia llegó hasta Barton.

—A nosotros mismos. Somos hombres superiores. Cuando nuestra especie sea libre, cuando ya no estemos esclavizados por simples humanos, podremos... ¡ir a las estrellas, si así lo deseamos!

—¿Esclavizados? No veo las cosas del mismo modo.

—Usted no. Usted está condicionado a aceptar cobardemente el alimento que le quieren dar. Eso no es lógico. No es justo ni natural. Cuando surge una especie nueva, está destinada a reinar.

—¿Recuerdan los linchamientos de épocas pasadas? —preguntó Barton.

—Por supuesto que sí —asintió Vargan—. Los humanos cuentan con algo de lo que nosotros carecemos: su superioridad numérica. Y están organizados. Nuestro porvenir depende de la destrucción de esa organización... ¿Cómo se mantiene?

—Mediante la comunicación.

—Lo cual nos obliga a remontarnos hasta la tecnología. El mundo es un aparato que funciona bien, con la humanidad sentada ante los mandos. Si la máquina se detiene...

—¿Se cree usted capaz? —rió Barton.

Nuevamente brilló en la mente de Smith el sentimiento fanático de la autosuficiencia. *¡Cien... mil simples humanos... no pueden equipararse a uno de nosotros!*

—Bueno —dijo Vargan, con algo más de cordura—, todavía diez hombres pueden linchar a un Calvo, gracias a que aún no ha cundido entre ellos la desorganización y el caos social. Eso, por supuesto, es lo que nosotros estamos buscando. Llevarlos al caos. Estamos tratando de provocar un estallido. Entonces podremos tomar el poder... después de abatir a los humanos.

—¿Y cuánto tiempo llevara eso? ¿Un millón de años?

—Tal vez —dijo Vargan—, si no fuéramos telépatas y no dispusiéramos de la longitud de onda secreta. Dicho sea de paso,

lleva tiempo aprender a valerse de ella, pero casi todos los Calvos están en condiciones de hacerlo. No obstante, somos cuidadosos; no habrá traidores entre nosotros. ¿Cómo podría haberlos?

Era imposible. Cualquier pensamiento que supusiera vacilación, traición, podía ser leído. Sería una organización perfecta. Vargan mostró su acuerdo.

—¿Se da cuenta? Miles de Calvos, conspirando para llevar a la humanidad a una crisis, haciendo sabotaje, asesinando cuando fuere necesario... y siempre evitando la menor sombra de sospecha.

—Al menos, usted conserva el sentido suficiente como para darse cuenta de eso —dijo Barton—. Hasta la menor sospecha sería fatal.

—Lo sé. *Ira*. Los humanos nos toleran, y nosotros se lo permitimos. Se lo permitimos. Es hora de que ocupemos el lugar que nos corresponde.

—De alguna manera, lentamente, lo estamos logrando. Después de todo, somos intrusos en un mundo de no Calvos. Los humanos nos han aceptado. A la larga, su confianza y tolerancia para con nosotros serán absolutas.

—¿Y viviremos para siempre dependiendo de esa tolerancia, como minoría indefensa? ¿Comiendo las migajas que nuestros inferiores tengan la buena voluntad de arrojarlos... a condición de que les llamamos las botas?

—¿Cuántos Calvos inadaptados hay?

—Muchos.

—De acuerdo. También se sentirán inadaptados en el Cielo. La gran mayoría se adapta. Yo realizo la actividad que quiero...

—¿Está seguro? ¿Nunca se sintió siquiera levemente irritado al verse observado por la gente de un modo especial... por su condición de Calvo?

—Nunca nadie es completamente feliz. Indudablemente, un mundo de Calvos me resultaría mucho más agradable; pero todo llega a su tiempo. Existen cantidad de mundos que terminarán por estar a nuestra disposición. Venus, por ejemplo.

—De modo que nos corresponde sentarnos y esperar los viajes interplanetarios —se burló Vargan—. ¿Y entonces qué? Habrá consignas. La Tierra para los humanos. Venus para los Calvos. Usted está loco. ¿Nunca se le ocurrió pensar que los Calvos son la nueva

especie?

Miró a Barton y prosiguió.

—Veo que sí. Todos nosotros hemos pensado en lo mismo. Pero se nos preparó para desentendernos de la idea. Escuche. ¿Y qué es lo que demuestra la condición dominante de una nueva especie? Su capacidad de dominio. Y nosotros la tenemos; disponemos de un poder que ningún no Calvo podría igualar jamás. Somos como dioses que fingieran ser humanos porque ello agradara a los humanos.

—No somos dioses.

—Comparados con los humanos... somos dioses. ¿Le agrada, acaso, la idea de educar a sus hijos en el temor, condicionándolos a no ofender nunca a sus inferiores, obligándoles a usar... pelucas?

Vargan había llevado su mano a la cabeza; se expresaba con vehemencia.

—Éste es el estigma de nuestra cobardía. El día en que podamos andar sin pelo en un mundo sin pelo... entonces nos habremos hecho cargo de nuestra herencia. ¿Puede decir acaso que estoy equivocado?

—No —contestó Barton—. Tal vez tenga razón. Pero somos una pequeña minoría; el riesgo es demasiado grande. Y ya que habla de los niños, le diré que puede agregar algo en cuanto a los linchamientos. No es algo agradable. Quizá usted logre llevar a cabo sus proyectos. Pero el caso es que está seguro de que no fracasará. Y precisamente ésa es una actitud de loco. Se niega a admitir argumentos que puedan contradecir su posición. Si tan sólo se escapara un susurro de todo esto, todos los Calvos del mundo, con o sin peluca, serían destruidos. Los... humanos... no podrían hacer otra cosa para su propia protección. Y yo no podría culparles por ello. Acepto su lógica... en cierta medida. Y usted es peligroso porque dispone de la banda telepática secreta. Pero es un paranoide, y eso significa que está ciego. En general, estamos logrando las cosas que nos propusimos; y es el descontento de unos pocos Calvos paranoides lo que los lleva a autoerigirse en sabios de la especie. Si su idea se difundiera...

—Ello indicaría la existencia de un terreno fértil, ¿no?

—Existen más Calvos inadaptados —admitió Barton—. Yo mismo podría haber sido uno de ellos, si no hubiera dado con un

estilo de vida adecuado.

Durante unos instantes se entretuvo en sus propias preguntas. Su trabajo en la jungla era fascinante, pero ¿cómo se hubiera sentido si cada vez que retornara de él se encontrara en una cultura de Calvos? Un mundo al que hubiese pertenecido como no podía pertenecer en realidad ningún no telépata, en su día y en su edad.

Barton salió de su espejismo. A la vez, llegó a su mente violentamente una advertencia de Melissa, antes de lo que hubiese podido llegar una palabra; y él reaccionó con igual velocidad, saltando sobre sus talones y levantando su silla a manera de escudo. No había captado la orden de Vargan; ésta la había emitido en la longitud de onda secreta. El cuchillo arrojado por Smith chocó con ruido contra el asiento de plástico de la silla y salió despedido hacia una de las paredes.

*Vargan atacará mientras Smith recupera su arma.* Melissa tenía miedo; retrocedía ante la idea de la violencia. Las emociones chocaban de un modo imprevisible dentro de la habitación; pero sus pensamientos llegaban constantemente hasta la mente de Barton. Éste se abalanzó sobre la daga caída mientras Vargan corría hacia él. En ese momento, los dos volvieron a la longitud de onda telepática corriente, pero con una diferencia.

Barton podía haberse mantenido en guardia frente a un solo hombre. O a dos hombres que actuaran en conjunto. Pero en este caso existían acuerdos previos. Smith luchaba independientemente, y lo mismo hacía Vargan. A la mente de Vargan llegaban informaciones sobre dos modelos tácticos. Vargan estaba concentrado en el duelo, derecha, izquierda, finta, nueva finta... Barton estaba preparado para acabar con ese único enemigo; pero Smith había levantado la silla derribada y volvía al ataque. Sus pensamientos también eran confusos. *La silla abajo... no, hacia arriba... no...*

En toda treta coexisten dos esquemas mentales: uno dominante y otro recesivo. En uno de ellos se encontraba la clave de la verdad. Pero Vargan y Smith intentaban actuar fundándose únicamente sobre impulsos, confundiendo adrede sus pensamientos con el fin de confundir los de Barton. Y estaban teniendo éxito. Más de una vez se transmitían mensajes por la banda especial, de modo que las advertencias de Melissa se agregaban al caos.

Smith recuperó su daga. Derribó una mesa. Barton había dado por seguro que sus enemigos actuarían al unísono; una punta aguda rasgó su manga. Empezó a manar sangre de un profundo corte. En la jungla, donde la emoción, el tropismo, el instinto, son más fuertes que la inteligencia, Barton se había valido muchas veces de una artimaña similar; pero en esos casos su propia fuerza mental era el factor determinante. Ahora sus antagonistas no eran bestias irracionales; eran predadores altamente inteligentes.

El denso, punzante olor de la sangre llegó a su garganta, trayendo consigo una sensación de náuseas. Erizado como un gato, cauteloso, Barton seguía retrocediendo, sin osar situarse entre las dagas de sus enemigos. De pronto, Melissa advirtió: *¡Es una acometida!* Smith y Vargan se lanzaron sobre él, armas en mano.

*Corazón... clavícula... golpe alto... fintas...*

Confusos y caóticos, los pensamientos llegaban hasta él como un torbellino. Se volvió para enfrentarse a Smith, comprendió que era un error y no llegó a agacharse a tiempo. La daga de Vargan rasgó su bíceps izquierdo. En ese momento, Barton supo que había fracasado; los dos paranoides eran más fuertes que él.

Se apresuró a coger la silla, con el propósito de emplearla como escudo, pero en el último momento, antes de que su mente pudiera ser leída, la arrojó contra el tubo de luz. Siguió un estrépito de cristales rotos. En la oscuridad, Barton se lanzó precipitadamente hacia la puerta. Ellos comprendieron su intención, y se le anticiparon; sabían que todo dependía de la rapidez con que actuaran. No pudieron detenerle. Sintió un fuerte golpe en la mandíbula, propinado con una rodilla; atontado, se tambaleó a izquierda y derecha. Tal vez eso lo salvó.

Pasó con violencia entre ellos, pensando en su helicóptero. Fuga y ayuda. Percibió el pensamiento de Vargan: *el atajo*.

*Gracias, pensó burlonamente.*

El atajo ahorrraba tiempo, y él tenía piernas largas. Además, los otros no habían acordado nada en cuanto a eso. Trató de no pensar. Fuga y ayuda; los detalles se agregarían más tarde. Los paranoides le seguían de cerca.

*Inútil; lo logrará.*

*Alcanzar mi helicóptero.*

*De acuerdo. Le seguiremos el rastro.*

Pero se desviaron. Barton captó la preocupación que dominaba en sus mentes, se concentró, y corrió. Escapar de los paranoides no era cosa fácil, ahora que lo conocían. No volverían a permitir que interfiriera en sus pensamientos.

El aeropuerto seguía estando vacío, con la excepción de su helicóptero. Se instaló en él y lo puso en marcha, dirigiéndose al Sudoeste; le guiaba un vago presentimiento acerca de Sue Connaught. Melissa no podía ser útil en esos momentos; él no sabía siquiera dónde encontrarla. Pero Sue estaba con Conestoga, y entre los dos...

Era necesario prevenirla también. Se comunicó telepáticamente con ella, a través de la oscuridad y la distancia.

*¿Qué ocurre?*

Se lo dijo.

*Consigue un arma. Protégete. Voy para allá.*

*Pienso...*

*Trata de no pensar en nada. Ellos lo sabrán.*

Melissa, aterrorizada, llegó hasta su mente con enorme esfuerzo.

*¿Cómo puedo ayudar?*

*No reveles dónde estás. Si fracasamos, cuenta la verdad a otros Calvos. Los paranoides deben ser destruidos.*

Sue: *¿Puedo interceptar el helicóptero en que vienen?*

No. No lo intentes. Me siguen, pero no pueden anticipárseme.

Una sombra grotesca se recortó contra la luz de la luna; el helicóptero perseguidor que seguía la huella de Barton. Éste improvisó un vendaje para su brazo herido. Después de considerarlo, envolvió su antebrazo izquierdo en gruesas tiras de tela. Un escudo, en caso...

No podía planificar su táctica. Sería fatal. Los telépatas no podían jugar entre sí al ajedrez ni a nada semejante; automáticamente se traicionarían. Podían jugar a frontón-azar, porque existía en él un factor variable, la pared móvil. Si se pudiera introducir un factor casual...

Le llegó, cargada de ansiedad, la pregunta de Vargan: *¿Como cuál?*

Barton se estremeció. Debía arreglárselas de alguna manera para

actuar fundado en los impulsos, sin ningún plan preconcebido. En caso contrario, fracasaría irremediabilmente.

Llamó a Melissa.

*¿Están empleando la banda secreta?*

No.

*Si fracasamos, quedas a cargo de todo. Vargan y Smith deben morir. No se trata sencillamente de matar a tres hombres; es algo más importante. Si otros paranoides se hacen cargo de su proyecto... si logran llegar a enseñar a alguien la técnica de uso de su longitud de onda secreta, este movimiento suicida crecerá. Y los no Calvos lo descubrirán alguna vez, inevitablemente. Ello significaría la aniquilación de todos los Calvos de la Tierra. Porque los humanos no pueden permitirse el lujo de conceder oportunidades. Si fracasamos en nuestro propósito respecto de los paranoides... es el fin de toda nuestra especie.*

Divisó las luces de Conestoga. Ningún plan todavía. Tratar de no pensar en ninguno.

*Debe haber un modo, le instó Vargan. ¿Cuál es?*

Sue irrumpió en el diálogo.

*Me acerco a mi helicóptero.*

Debajo estaba el parque zoológico, ya oscuro, con excepción de la plateada luz de la luna. Otro aparato, brillante, apareció con el fin de interceptarlos.

*Me estrellaré contra ellos... pensó Sue.*

*Loca, pensó Barton. ¡No los pongas sobre aviso!*

Pero hubo una nueva idea, afirmándose en su propia mente, y reaccionó en el acto. Los controles mecánicos no eran instantáneos. Debido a la decisión de descender hasta un nivel inferior, donde una colisión con el aparato de Sue no fuera fatal, Vargan se había situado demasiado cerca de Barton. Y éste llevó bruscamente sus manos a los controles.

Vargan leyó el pensamiento tan pronto como éste fue concebido. Pero su máquina no podía moverse con la misma velocidad. Los ingenios se encontraron con un crujido de hierros retorcidos. Con un aullido de metal torturado, los dos vehículos se precipitaron al vacío. Los dispositivos automáticos de seguridad entraron en acción—no habían sido perjudicados—, pero sólo la baja altitud salvó a Barton y sus enemigos de la muerte.

Se estrellaron en la zona central del zoológico, cerca del tanque

del tiburón. Vargan leyó los pensamientos de Barton y se comunicó urgentemente con Smith por medio de la telepatía: *¡Matarlo! ¡Pronto!*

Barton logró librarse de los restos del aparato. Sintió a Sue en lo alto, pronta a aterrizar, y le ordenó: *Intenta encender las luces. Iluminación completa. Despierta a los animales.*

Eludió a las dos figuras que se le acercaban. Arrancó el vendaje de su brazo, permitiendo que el olor de la sangre fresca inundara el aire y... dejó escapar un grito.

Desde el helicóptero de Sue se proyectaban rayos de luz, penetrando en las jaulas, deslumbradores.

*Matarlo*, pensó Vargan. *¡Pronto!*

Se oyó el ronquido asmático de un león. Barton, en una rápida maniobra, se acercó al tanque y arrojó su vendaje tinto en sangre por sobre la barandilla. Hubo una violenta corriente que convirtió el agua en espumas al despertar el enorme tiburón.

Y, desde jaulas y tanques, desde las bestias despertadas por un torbellino de luz y sonido y olor a sangre... llegó la variable.

Sue había conectado la sirena de su helicóptero, y su ráfaga demoledora rugía en la noche. Aquí y allá resplandecían arabescos de luz. Barton vio detenerse a Smith y hacer un gesto con la cabeza. Vargan corría hacia él; su rostro estaba contraído.

Sus pensamientos eran... confusos. Ya no se trataba de una partida de ajedrez. Lo era de frontón, con una variable imprevisible y brutal.

Porque los animales no son inteligentes en el sentido pleno del término. Lo suyo es el instinto, el tropismo, una terrible pasión con todo el poder de lo primitivo. Hasta los no telepáticos encuentran turbador el rugido de un león hambriento. Para un Calvo...

Lo que provenía del gran tanque era lo peor de todo. Impresionaba inclusive a Barton. Los paranoides no podían comunicarse; a duras penas lograban pensar, aplastados por el torrente bestial de hambre y furia que derramaba en la noche.

Ni podían ya leer la mente de Barton. Estaban como atrapados por los deslumbradores rayos de linterna. Telepáticamente estaban ciegos.

Barton, merced a su preparación de naturalista, tenía un mejor control. Tampoco para él la cosa era agradable. No obstante, el hecho de estar habituado a tigres y tiburones, lobos y leones, le proporcionaba cierta estabilidad ante las emisiones mentales de las fieras. Percibió el pánico en la retirada de Melissa, y alcanzó a captar que Sue apretaba los labios e intentaba desesperadamente mantener el control. En un kilómetro alrededor de ese Niágara mental era imposible la comunicación telepática; salvo para un tipo de mente muy especial.

La mente de Barton era ese tipo.

Dado que podía leer los pensamientos de Vargan y Smith, en tanto ellos no llegaban a leer los suyos, la batalla concluyó de su parte. Tuvo que matar a los dos antes de que llegara ninguna ayuda. El secreto de los paranoides debía permanecer oculto para siempre.

Entonces, con la aguzada hoja de su daga, terminó su misión. Smith murió en silencio. Desde la mente de Vargan, en sus últimos momentos, llegó un desesperado, apasionado grito: *¡Loco! Para destruir tu propia especie...*

Luego, el silencio, mientras se extinguían las sirenas del helicóptero, y se apagaban sus luces. Sólo los gritos de los animales y el torbellino en el enorme tanque.

—Echarán tierra sobre el asunto —dijo Barton—. Se ha hecho muchas veces ya. Afortunadamente hay algunos Calvos vinculados a las altas esferas del poder judicial. Ni siquiera a ellos les diré mucho, pero... los enteraré del problema en rasgos generales. Quedará como una cuestión personal. De todos modos, el duelo es legal.

La luz del atardecer reverberó sobre el Ohio. El pequeño bote escoró, a merced de una ráfaga, y Sue movió la caña del timón, en respuesta al pensamiento de Barton. Bajo la quilla, el suave susurro del agua.

—Pero no puedo comprender a Melissa —agregó.

Sue no contestó. Él la interrogó con los ojos.

—Tú te comunicaste con ella hoy. ¡Por qué yo no puedo hacerlo?

—Es difícil —contestó Sue—. ¿Por qué no lo olvidas?

—No.

—Más tarde... en cosa de una semana o así...

Él recordó la delicadeza, la recatada coquetería femenina de Melissa, y el terror que había rodeado su desaparición la última noche.

—Quiero asegurarme de que está bien.

—No... dijo Sue, y trató de ocultar un pensamiento. Estuvo a punto de lograrlo, pero su éxito no fue total. Algo, una clave, un símbolo, se evidenció en su mente.

—¿Una matriz alterada? —preguntó Barton, mirándola a los ojos —. Cómo pudo ella...

—Dave —dijo Sue—, por favor, no te comuniques con ella ahora. No le gustaría...

No obstante, con la llave a mano y la puerta cerrada, lista para ser abierta... Barton echó al vuelo su inquietud, telepáticamente, investigando, interrogando. Y, muy lejos, algo se estremeció en respuesta.

¿Melissa?

Silenciosamente, Sue gobernaba el timón. Al cabo de un largo rato, Barton tiritó. Su rostro estaba tenso; había nuevas líneas en torno de su boca.

—¿Lo sabías? —preguntó.

—No hasta hoy —contestó Sue. Por alguna razón ninguno de los dos deseaba valerse de la telepatía en ese momento.

—Lo... lo ocurrido en el zoológico debe de haber sido la causa.

—No es permanente. Debe de tratarse de un ciclo.

—De modo que por eso ella podía sintonizar la longitud de onda secreta —dijo Barton ásperamente—. Esa mutación... a veces se acerca demasiado a la frontera. ¡Su mente... *ésa* era su mente! —Sus manos temblaban.

—Suele tratarse de una cuestión cíclica —dijo Sue serenamente —. Lo que ahora me pregunto es... ¿hablará? ¿Pueden sus pensamientos ser captados por...?

—No hay peligro —dijo Barton—. Mi propia experiencia basta para demostrarme que no hay duda sobre ello. De otra manera, yo... no lo hubiera superado. En ese estado, carece de memoria para todo aquello que ocurra cuando... está en sus cabales.

Los labios de Sue se crisparon.

—No sabe que ha perdido la cordura. Sólo es consciente de que algo anda mal. Por eso no quiere decirnos dónde está... ¡Oh, Dave! ¡Somos tantos, tantos mutantes, los que perdemos el rumbo alguna vez! Es un precio tremendo.

Él asintió, con expresión preocupada. Como fuere, siempre había un precio. Y si el pagarlo brindara seguridad a los mutantes...

Aunque la realidad no era ésa. Barton veía ahora con claridad que había terminado una era en la vida de los Calvos: hasta ayer el camino a seguir parecía evidente a sus ojos. Pero ayer había sido exterminado un peligro proveniente del mismo corazón de la especie, un peligro que constituiría una amenaza potencial permanente para el mundo hasta que los Calvos o los humanos desapareciesen por completo de la faz de la Tierra. Porque en el futuro no faltarían otros telépatas que tropezaran con la misma piedra. Ésta, empero, ya había sido descubierta. Y no se debía permitir que prosiguiera en el mismo lugar.

*Por ti, oh hijo del hombre, he enviado a alguien a guardar la casa de Israel.*

*Debemos estar en guardia, pensó. Siempre en guardia.* Y comprendió de pronto que en las últimas horas había dado un larguísimo paso hacia su maduración. Había iniciado su camino sin objetivos prefijados, abierto a cualquier posibilidad mental que le llamara la atención. Luego había encontrado una labor adecuada a su persona, y dedicado a ella, confortablemente adaptado, había acabado por ser adulto. Hasta ayer... hasta hoy. No bastaba con cazar animales. Su verdadera tarea no había dejado de estar ante sus ojos en ningún momento; empero, era tan vasta que aún no la podía ver con toda claridad. Aunque sus contornos fueran demasiado claros. Se trataba de una tarea que no podría llevar a cabo solo. Requeriría el concurso de muchos otros. Requeriría una vigilancia constante de allí en adelante, sobre todo el mundo. Hoy, acaso por primera vez en casi doscientos años, los Cruzados volvían a nacer.

No dejaba de ser sorprendente, pensó, que hubiera sido una mujer desequilibrada la encargada de hacerle llegar la primera advertencia. Ni siquiera la locura era inútil en el progreso de la especie. Llamaba la atención que los tres estadios en los mutantes hubiesen interactuado de un modo tan íntimo en el conflicto

reciente. Locos, cuerdos, cuerdos-paranoides. Y a la vez resultaba reveladoramente típico que aun en el combate mortal la interdependencia de los tres niveles fuese tan completa.

Miró a Sue. Se comunicaron mentalmente, y en la profunda, cálida tranquilidad del encuentro no hubo lugar para la duda ni para el arrepentimiento. Era, al fin y al cabo, su herencia. Y valía la pena pagar cualquier precio que el futuro les exigiera... esa confianza en la unidad íntima, a través de cualquier oscuridad, a través de cualquier distancia. Aquello que alentaba en sus corazones no se extinguiría hasta la muerte del último Calvo.

## Tres

Nevaba.

No había sino nieve. El mundo estaba completamente aislado por ese torbellino de copos blancos. Hasta el momento, no había logrado comunicarme con mi gente ni siquiera telepáticamente; me encontraba rodeado por sólidos bloques de piedra, y sólo los picos constituían mi horizonte. El aislamiento y la soledad eran completos.

No podía hacer nada. Me envolví en las mantas y esperé. El aire era algo más cálido; pero no sería el frío lo que acabara conmigo, sino la soledad.

Comencé a sentir que toda mi vida anterior había sido un sueño y que nada existía en realidad con excepción de mí mismo.

Mis pensamientos comenzaron a arremolinarse. No podía detenerlos. Sabía que me acercaba al punto crítico. La nieve a mi alrededor, moviéndose de un modo muy semejante al de mis ideas, y no había nada que la detuviera. No había anclas.

Salvo en el pasado.

Volví a él, tratando de dar con algo sólido. La época posterior a la de Barton, aun cuando Barton siguiera vivo. La época de McNey y Lincoln Cody. La única historia —de entre todas las de las Vidas Clave— donde era necesario hacer suposiciones. Porque había una hora en la vida de McNey de la que ningún otro telépata había sido testigo, que sólo podía cubrirse por inferencia. Sin embargo, los telépatas que habían conocido a McNey durante años y muy íntimamente, tenían la cualificación suficiente para llenar esa página de detalles perdidos.

La historia del León y el Unicornio estaba completa. Retrocedía hacia la época y la mente de McNey, olvidando por un rato la nieve y la soledad; descubriendo en el pasado aquello que necesitaba; en el momento en que McNey decidió esperar a que el paranoide

Sergei Callahan entrara en su casa...

## EL LEÓN Y EL UNICORNIO

La mejor forma de mantener un secreto consiste en evitar dar la impresión de que se está en posesión de él. McNey silbó unos compases de Grieg, y las vibraciones pusieron en acción un delicado mecanismo. El ámbar opaco de los muros y el techo dio paso a una fría transparencia. El cristal polarizado hizo de las suyas con el resplandor rojizo del ocaso. El sol se ponía tras los montes Catskill. El cielo, sin nubes y de un azul profundo, pendía, vacío, por encima de él. Pero el helicóptero de Barton ya había llegado, y pronto estaría allí también Callahan.

El hecho de que Callahan se hubiese atrevido a ir proporcionaba una horrible evidencia del peligro. Veinte años atrás, hubiese bastado con una daga para dar por finalizado el asunto. Pero esa clase de solución no podía ser eterna. Barton se había valido del acero y, si bien no había fracasado por completo, tampoco se podía decir que su éxito fuera total. La amenaza había crecido.

McNey, de pie junto a su escritorio, se pasó una mano por la frente. Miró luego su palma húmeda con curiosidad. Hipertensión. El resultado de esa desesperada, agotadora tentativa de ponerse en comunicación con Callahan, y la sorpresa de encontrarlo demasiado fácil. Y el papel de Barton como catalizador... mangosta y serpiente.

No debían batirse... aún no. Era necesario evitar por algún medio que Barton matara a Callahan. La hidra tenía más de cien cabezas, y el Poder también. En él yacía el gran peligro, la tremenda arma secreta de los telépatas locos.

No; locos, no. Eran paranoides fríamente lógicos, anormales en sólo un sentido: su ciego y perverso odio a los no telépatas. En unos veinte o treinta años, cuarenta quizá, su número no se había hecho mayor, pero había mejorado su organización. Ya las células cancerosas estaban dispersas por todas las ciudades de América, desde Modoc a American Gun, desde Roxy hasta Florida End.

*Estoy viejo, pensó McNey. Tengo cuarenta y dos años, pero me siento viejo. El brillante sueño que me inspirara... se desvanece, arrasado por una pesadilla.*

Se miró a un espejo. Era un hombre corpulento, de largas piernas, pero dulce. Sus ojos eran demasiado bondadosos, inadecuados para la batalla. Su cabello —la peluca que todos los Calvos telépatas usaban— era todavía oscura; pero pronto la cambiaría por otra, gris.

Estaba cansado.

Se había ausentado con un permiso de Niágara, una de las ciudades de los científicos. Pero no había licencias en su tarea secreta. Era una labor que muchos Calvos llevaban a cabo, sin que ningún no telépatas sospechara de su existencia... una combinación de política y exterminio. No se debía permitir que los Calvos paranoides sobrevivieran. Eso era un axioma.

La ciudad se extendía sobre la ladera de la colina. McNey dejó errar su mirada por ella, más allá de los bosquecillos de pinos y de zumaques, por el remanso del arroyo, donde las truchas se ocultaban entre las sombras. Abrió parcialmente la pared, permitiendo la entrada del aire fresco. Silbó distraídamente la frase que ponía en funcionamiento la emisión supersónica, destinada a mantener a raya a los mosquitos. Vio venir por el estrecho sendero inferior una figura delicada, vestida con pantalones claros y blusa. Reconoció en ella a Alexa, su hija adoptiva. El fuerte instinto familiar de los Calvos hacía que la adopción fuese un hecho corriente entre ellos.

El sol del ocaso se reflejó en su lacio cabello. McNey se comunicó telepáticamente con ella.

*Creía que estabas en la ciudad. Marian está de compras.*

La muchacha alcanzó a percibir una sombra de turbación en su mente.

*¿Intrusión, Darryl?*

*Durante una o dos horas...*

*Acuerdo. Los manzanos de la colina están en flor y yo no soporto el olor. Marian me preguntó... iré a bailar un rato.*

Se sintió abatido cuando la vio alejarse. En el perfecto mundo telepático no había necesidad del secreto ni de la evasión. Ése, sin embargo, era uno de los inconvenientes del sistema paranoide... la

longitud de onda misteriosa inhallable, valiéndose de la cual podían comunicarse. Lo que se había dado en llamar el Poder. Era, pensó McNey, una característica secundaria de la mutación, como la calvicie; no obstante, su terreno de acción era mucho más estrictamente limitado. Daba la impresión de que sólo los Calvos paranoides lograban desarrollar el Poder. Lo cual implicaba dos mutaciones separadas y distintas. Considerando el delicado equilibrio de la maquinaria mental, no era improbable.

La verdadera comunicación era esencial para la vida. Los telépatas eran más sensibles que los no telépatas; el matrimonio entre ellos era más completo; la amistad, más cálida; la especie, una sola unidad vital. Porque no se podía ocultar ningún pensamiento. Los Calvos, cortésmente, se abstenían de toda tentativa de comunicación cuando la mente de otro se empeñaba; no obstante, ese mismo mecanismo se había hecho innecesario. No tenía por qué haber secretos.

Tanto Marian como Alexa conocían la conexión de McNey con la organización, pero había un acuerdo tácito al respecto. Sabían sin necesidad de que mediaran las palabras, cuándo McNey no deseaba contestar preguntas. Y, fundándose en la profunda confianza que proviene de la comprensión telepática, se abstenían de hacer preguntas y de interferir en sus pensamientos.

Alexa tenía veinte años. Ya había experimentado la sensación de ser una intrusa en un mundo lleno de otra gente. Porque los Calvos seguían siendo intrusos, a pesar de todas las racionalizaciones. La humanidad estaba formada en su gran mayoría por no telépatas... y el miedo, el rechazo y el odio estaban latentes en ese gigantesco tribunal que juzgaba día tras día a los mutantes Calvos.

La pena capital, McNey lo sabía perfectamente, era la sentencia que seguiría a un veredicto negativo. Y si alguna vez los pulgares se volvían hacia abajo...

Si los no telépatas llegaban a saber alguna vez lo que los paranoides estaban haciendo...

Barton subía por el sendero. Andaba con paso ágil y elástico, como un joven, si bien ya pasaba de los sesenta. Su peluca era de color gris acero; McNey alcanzaba a percibir la cautela que era

rasgo dominante de los pensamientos del cazador. Técnicamente, Barton era un naturalista, un experto en caza mayor. No obstante, sus batallas eran a veces con humanos.

*Arriba, Dave, pensó McNey.*

*Entendido. ¿Ya está allí?*

*Callahan llegará pronto.*

La mentalidad de cada uno de ellos tenía caracteres inconfundibles. El símbolo semántico absoluto de que se valía McNey para designar a Callahan era más sencillo; en el caso de Barton, aparecía coloreado por asociaciones provenientes de media vida de conflicto con un grupo al que había llegado a odiar de modo casi patológico. McNey no supo nunca lo que yacía detrás del violento aborrecimiento de Barton. Una o dos veces había llegado a captar fugaces imágenes mentales de una muchacha, ya muerta, que en alguna ocasión había ayudado a Barton; pero las representaciones de ese tipo no tenían nunca mayor claridad ni precisión que las que pueden tener los reflejos luminosos sobre el agua agitada.

Barton subió. Su rostro moreno estaba cubierto de arrugas; dominaba en él un esbozo de sonrisa tan ladeado que era casi una mueca de desprecio. Se echó sobre una tumbona y acomodó su daga de modo de tenerla a su alcance; en sus pensamientos se leía el deseo de beber. McNey sirvió whisky y soda. El sol había terminado de ocultarse tras los montes, y el viento se hacía más frío. El mecanismo de inducción automática comenzó a entibiar la atmósfera de la habitación.

*Suerte de dar conmigo. En mi camino al Norte. Dificultades.*

*¿Referidas a nosotros?*

*Siempre.*

*¿Qué pasa esta vez?*

Los pensamientos de Barton se hicieron más explícitos.

*Riesgo para Calvos*

*Calvo sin peluca unido a  
Marginados  
IncurSIONES en poblados  
Uno sin peluca no adiestrado  
telepáticamente*

*¿Sin peluca? ¿Paranoide?*

*Sé poco. No puedo establecer comunicación.*

*Pero... ¿Marginados?*

Los pensamientos de Barton reflejaron su mueca.

*Salvajes. Investigaré. No permitir a los humanos que nos asocien con esa gente.*

McNey estaba en silencio, reflexionando. Había pasado mucho tiempo desde la Explosión, desde que las radiaciones duras dieran lugar a las primeras mutaciones, llevando a la descentralización de la cultura. Pero los Marginados, los descontentos que se negaban a unirse a los poblados, que habían huido a los bosques y a los lugares apartados y vivían la vida salvaje de los nómadas, siempre en pequeños grupos, por temor a las omnipresentes bombas atómicas, provenían de aquellos días. No se los veía a menudo. Desde los helicópteros se divisaban de cuando en cuando figuras furtivas que marchaban en fila india a través de los campos de Limberlost o las tierras bajas pantanosas de la Florida, así como en cualquier lugar donde hubiese antiguos bosques. Porque los bosques eran el lugar en que, por necesidad, se escondían. Ocasionalmente hacían breves incursiones sobre poblados aislados... tan pocas, sin embargo, que nadie consideraba que los Marginados constituyeran una amenaza. Cuando mucho, una molestia; además, en su mayor parte se mantenían alejados de las ciudades.

Encontrar un Calvo entre ellos era algo tan singular como asombroso. Los telépatas formaban una unidad de especie, subdivididos tan sólo en grupos familiares. Según los niños crecían, eran asimilados.

*Debe de haber alguna conspiración de paranoides. No sé de qué clase.*

McNey vació su copa de un trago.

*Inútil matar a Callahan, como ya sabes, señaló.*

*Tropismo, dijo inexorable, Barton, por medio de sus pensamientos. Cuando les atrapo, acabo con ellos.*

*No...*

*Hay algunos métodos que surten efecto en ellos. He utilizado adrenalina. No pueden prever los actos de su oponente en una lucha, porque no pueden prever los suyos. No se los puede combatir enfrentándose a ellos como en una partida de ajedrez, Darryl. Hay que llevarlos al límite de sus poderes. Yo he acabado con algunos*

*obligándolos a luchar contra máquinas, que no reaccionan de modo tan instantáneo como la mente. En realidad... sombra de amargura... tenemos que atrevernos a actuar sin planes previos. Los paranoides pueden leer nuestros pensamientos. ¿Por qué no acabar con esa posibilidad?*

*Porque no debemos comprometernos.*

La tremenda ola de ardiente, violenta furia, hizo retroceder a McNey. La negativa de Barton era asombrosamente enfática.

McNey hizo girar su copa, observando la densidad de su contenido.

*Pero los paranoides están en expansión.*

*¡Encontremos entonces un modo de limitar su poder!*

*Lo estamos intentando. No logramos dar con él.*

*Busquemos una longitud de onda secreta para nosotros.*

Los pensamientos de McNey se tornaron imprecisos. —Barton, mentalmente, desvió la mirada—. Pero atrapó un trozo de algo. Hizo un esfuerzo para no formular la pregunta que ardía en su interior.

—Todavía no, Dave —dijo McNey en voz alta—. No debo siquiera pensar en ello; tú lo sabes.

Barton asintió. Él también comprendía el peligro que significaba hacer planes con demasiada antelación. No había, hasta el momento, barrera mental alguna que pudiera detener el poder de captación de los paranoides.

*No mates a Callahan, rogó McNey. Déjame hacerlo a mi manera.*

Barton accedió de mala gana.

*Viene. Ahora.*

Su mente, extraordinariamente disciplinada, preparada para percibir la presencia de radiaciones de inteligencia, había captado fragmentos dispersos a través de la distancia. McNey suspiró, dejó a un lado su vaso y se pasó la mano por la frente.

*Ese Calvo que está con los Marginados, pensó Barton. ¿Puedo traerlo aquí si es necesario?*

*Por supuesto.*

Entonces llegó un pensamiento distinto, confiado, fuerte, claro. Barton se movió, incómodo. McNey emitió una respuesta.

Al cabo de un minuto apareció Sergei Callahan; se detuvo a la entrada, mirando cautelosamente al naturalista. Era un hombre delgado, rubio, de rasgos delicados, con cabello largo y tupido, en forma de melena. Los paranoides solían llevar pelucas de un tipo tan exagerado por afectación... afectación e inadaptación natural.

No daba la impresión de ser peligroso, pero McNey sintió su entrada en la habitación como la de un animal feroz. ¿Qué significaba el león, como símbolo, según los medievalistas? ¿El pecado carnal? No llegaba a recordarlo. Pero captó en la mente de Barton resonancias de un pensamiento similar... *un carnívoro, a punto de atacar*.

—¿Cómo están? —preguntó Callahan. A McNey le resultó evidente el significado del hecho de expresarse mediante palabras: el paranoide clasificaba a sus huéspedes como miembros de una especie inferior y los trataba con desprecio y paternalismo. Era típico en ellos.

McNey se puso de pie; Barton no.

—¿Quiere sentarse?

—Sí, claro —Callahan se dejó caer sobre una tumbona—. Usted es McNey. He oído hablar de Barton.

—Estoy seguro de ello —dijo con tranquilidad el cazador. McNey sirvió bebidas con manifiesta impaciencia. Barton no probó la suya.

A pesar del silencio, había algo en la habitación que participaba de la cualidad sonora de la cuarta dimensión. No hubo tentativa alguna en el sentido de una comunicación telepática directa, pero un Calvo jamás guarda silencio mental completo, salvo en la estratosfera. Como una toccata y fuga distante, apenas audible, los pensamientos introspectivos murmuraban oscuramente. Instintivamente, cada uno de los presentes trataba de adaptar el propio ritmo mental al de los otros, del mismo modo en que los soldados buscan acomodar su paso al de los demás. Pero Callahan estaba fuera de todo compás susceptible de ser seguido y la atmósfera vibraba vagamente por la discordancia.

El individuo tenía una gran confianza en sí mismo. Los paranoides rara vez se sentían asaltados por las dudas que acosaban a los Calvos normales, la persistente, inevitable pregunta que los telépatas sabían hacerse a sí mismos: *¿Alteración o verdadera*

*mutación?* A pesar de las generaciones transcurridas desde la Explosión, aún era demasiado temprano para decirlo. Los biólogos habían realizado sus experiencias, lamentablemente limitadas por la carencia de controles adecuados, debido a que los animales no podían desarrollar la función telepática. Solamente la sustancia coloidal propia del cerebro humano poseía la fuerza potencial que, como facultad, seguía siendo un misterio.

Por aquel entonces la situación estaba comenzando a aclararse un poco. Al principio había habido tres clases de sujetos distintos, no reconocidos hasta que el caos subsiguiente a la Explosión se hubo ordenado por medio de la descentralización. Estaban los Calvos auténticos, sanos, tipificados por McNey y Barton. Estaban los locos, fruto de un útero cósmico pleno de fecundidad, las criaturas teratológicas a que daba lugar la acción de las radiaciones sobre el plasma germinal: gemelos unidos con dos cabezas, cíclopes, fenómenos siameses. Resultaba esperanzador el que los nacimientos de tales monstruos se hubiesen reducido casi a cero.

Entre los Calvos normales y los telépatas insanos se encontraba una variante de la mutación: los paranoides, con su loca fijación egotista. En los primeros tiempos, los paranoides se negaban a usar pelucas y, si la amenaza se hubiese previsto en esa época, habría sido fácil acabar con ellos. Pero las cosas cambiaron. Se hicieron más astutos. No había casi nada, en realidad, que distinguiera a un paranoide de un Calvo normal. Se camuflaban bien y se mantenían a buen seguro, salvo por algunos deslices ocasionales que daban a Barton y sus cazadores una oportunidad de valerse de las dagas que pendían de todos los cintos.

Una guerra —completamente secreta, absolutamente clandestina por necesidad— en un mundo inconsciente de la lucha a muerte que se desarrollaba en la oscuridad. Ningún no telépata sospechó jamás lo que ocurría. Pero los Calvos lo sabían.

McNey lo sabía, y se sintió mareado al pensar en la responsabilidad que ello implicaba. Uno de los precios que los Calvos debían pagar por la supervivencia era la deificación de la especie, la identificación del ser individual, la familia y los amigos con la mutación de los telépatas en general. Esto no incluía a los paranoides, predadores que amenazaban la seguridad de todos los Calvos de la Tierra.

McNey se preguntaba, observando a Callahan, si éste habría dudado de sí mismo alguna vez. Era probable que no. El sentimiento de inferioridad llevaba a los paranoides al culto de su propio grupo, por obra de su egotismo; la consigna era: *¡Somos superhombres! El resto de las especies son inferiores.*

No eran superhombres. Pero subestimarlos hubiese sido un error garrafal. Eran implacables, inteligentes y fuertes. No obstante, no eran tan fuertes como creían. Un león podía acabar fácilmente con un cerdo salvaje, pero una manada de cerdos era capaz de dar buena cuenta de un león.

—No si no lo encuentran —replicó Callahan, sonriendo.

McNey hizo una mueca despectiva.

—Hasta los leones dejan rastro. Ustedes no pueden llevar adelante sus proyectos indefinidamente sin que los humanos sospechen algo. Y lo saben.

En los pensamientos de Callahan se vio el desprecio.

—No son telépatas, y aun cuando lo fueran, nosotros contamos con el Poder. Y ustedes no pueden interferir en ese nivel.

—Pero, sin embargo, podemos leer vuestras mentes —acotó Barton. Sus ojos brillaban—. Hemos llegado a estropear varios de vuestros planes valiéndonos de ese hecho.

—Accidentes —dijo Callahan, haciendo un gesto con la mano—. No perjudicaron en lo más mínimo nuestro programa a largo plazo. Además, ustedes sólo pueden leer aquello que se encuentre por encima del umbral de la conciencia. Pensamos en otras cosas, además de la Conquista. Y cada vez que acordamos dar algún nuevo paso, lo llevamos a cabo con la mayor celeridad posible, de modo de minimizar el riesgo de que los detalles puedan ser leídos por algún traidor.

—De modo que somos traidores —dijo Barton.

Callahan lo miró.

—Ustedes son traidores al destino de nuestra especie. Después de la Conquista, ajustaremos cuentas.

—Entretanto —dijo McNey—, ¿qué será de los humanos?

—Morirán.

McNey se acarició la frente.

—Ustedes están ciegos. Si un Calvo matara a un humano, y se descubriera, habría una desgracia. Aunque también podría pasar sin

mayores consecuencias. Si ocurrieran dos o tres muertes así, se harían preguntas y se formularían conjeturas. Hace mucho que no se linchan Calvos, pero bastaría con que un humano inteligente tuviese la menor sospecha de lo que está ocurriendo para que se pusiera en práctica un programa de alcance mundial para acabar con todos los Calvos. No olvide que no es difícil reconocernos —dijo tocando su peluca.

—No ocurrirá tal cosa.

—Subestiman a los humanos. Siempre lo han hecho.

—No —replicó Callahan—, eso no es cierto. En cambio, ustedes siempre nos subestimaron. Ni siquiera conocen sus propias posibilidades.

—La función telepática no nos convierte en superhombres.

—Nosotros creemos que sí.

—Correcto —dijo McNey—; podemos llegar a estar de acuerdo en eso. Quizá ocurra lo mismo en otras cosas.

Barton no ocultaba su enfado. Callahan le echó una mirada.

—Usted dice que conoce nuestro plan. De ser cierto, sabe que es imposible detenerlo. Los humanos, a quienes tanto temen, cuentan con sólo dos puntos fuertes: número y tecnología. Si acabamos con la tecnología, podremos alcanzar la centralización y eso es todo lo que Nosotros necesitamos. Aún no lo podemos lograr, claro está, por las bombas atómicas. En el momento en que nos reuniéramos y nos evidenciáramos... ¡blam! De modo que...

—La que terminó con la Explosión fue la última de las guerras —dijo McNey—. Debe ser la última. Este planeta no podría sobrevivir a otra.

—Podría. Y nosotros podríamos. Pero la humanidad no.

—Galileo no cuenta con ninguna arma secreta —dijo Barton.

Callahan le hizo una mueca.

—¿Así que usted siguió la pista de esa información? No olvide, empero, que es mucha la gente que está comenzando a creer que Galileo puede llegar a constituir una amenaza. Cualquiera de estos días alguien, de Modoc o de Sierra, dejará caer un huevo sobre ella. No será cuestión nuestra. Los humanos, y no los Calvos, serán los autores del bombardeo.

—¿Quién echó a rodar el rumor? —preguntó Barton.

—Habrá más, muchos más. Sembraremos la discordia entre las

ciudades... un programa publicitario a largo plazo. Culminará en otra Explosión. El hecho mismo de que los humanos sean susceptibles de hacer caso de tales chismes revela su incapacidad para regir; una cosa que les es intrínseca. Algo así no podría ocurrir en un mundo de Calvos.

—Otra guerra —dijo McNey— supondría el desarrollo de sistemas de anticomunicación. Esto tendría su importancia para ustedes. La vieja norma de dividir para reinar. En tanto la radio, la televisión, el helicóptero y el tráfico aéreo ligero mantengan unidos a los humanos, estarán centralizados como especie.

—Su razonamiento es correcto —dijo Callahan—. Cuando hayamos logrado reducir a la humanidad a un estadio de mayor vulnerabilidad, estaremos en condiciones de centralizarnos y actuar. Como usted sabe, no son muchos los cerebros verdaderamente creadores de tecnología. Los vamos destruyendo... cuidadosamente. Y podemos hacerlo gracias al grado de centralización alcanzado en el plano mental, debido al Poder, sin exponernos a riesgos físicos.

—Salvo por lo que se refiere a Nosotros —puntualizó Barton, con amabilidad.

Callahan movió la cabeza lentamente, negando.

—No pueden matarnos a todos. El que acabaran conmigo en este momento, no tendría importancia alguna. Yo soy un coordinador; pero no soy el único. Indudablemente, ustedes pueden descubrir a alguno de Nosotros, pero no a todos, y no han conseguido descifrar nuestro código. Es ése el punto en que siempre fracasan, y seguirán fracasando.

Barton se quitó el cigarrillo de los labios, con un gesto de enfado.

—Sí. Tal vez fracasemos en cuanto a eso. Pero ustedes no ganarán. No pueden. Hace mucho que vengo previendo el *pogrom*. Si sobreviene, será de un modo justificado, y yo no lo lamentaré, dado que arrasará con todos ustedes. Nosotros también caeremos, y tendrán la satisfacción de saber que su loco egotismo ha acabado con toda la especie.

—No me ofende —dijo Callahan—. Siempre afirmé que su grupo constituía una falla de la mutación. Somos Nosotros los Superhombres, sin temor alguno a ocupar nuestro lugar en el universo... mientras ustedes se contentan con vivir de las migajas

que los humanos dejan caer de su mesa.

—Callahan —dijo de pronto McNey—, esto es suicida. No podemos...

Barton saltó de su silla, y se paseó a pasos largos, con el ceño furiosamente fruncido.

—¡Darryl! ¡No mendiguemos a los cerdos! ¡Esto es más de lo que puedo tolerar!

—¡Por favor! —exclamó McNey, dominado por un sentimiento de indefensión e impotencia—. Debemos recordar que nosotros tampoco somos superhombres.

—No se comprometa —le espetó Barton—. No debe haber paz alguna con estos lobos. Lobos... ¡Hienas!

—No habrá compromisos —dijo Callahan. Se puso de pie. Su cabeza leonina se recortaba, oscura, contra el cielo púrpura—. McNey, he venido a verle por una sola razón. Usted es tan consciente como yo de que los humanos no deben conocer nuestro plan. Déjenos actuar por nuestra cuenta, y puede estar seguro de que jamás lo sospecharán. Pero si sigue tratando de entorpecer nuestra acción, tenga en cuenta que ello sólo servirá para incrementar los riesgos de que nos descubran. Una guerra clandestina no puede ser tal eternamente.

—De modo que, después de todo, ve el peligro —observó McNey.

—Usted es un imbécil —dijo Callahan, con tono casi tolerante—. ¿No se da cuenta de que también estamos luchando por usted? Déjenos actuar por nuestra cuenta. Cuando hayamos barrido a los humanos, este mundo será de los Calvos. Puede encontrar un lugar en él. No me diga que nunca ha pensado en una civilización de Calvos, completa y perfecta.

—He pensado en ella —admitió McNey—. Pero no la llegaremos a construir con sus métodos. Nuestra solución consiste en la asimilación gradual.

—¿Para ser absorbidos nuevamente en la desviación humana? ¿Para que nuestros hijos se degraden hasta el punto de volver a ser hombres con pelo? No. McNey. Usted no es consciente de su propia fuerza; y, para colmo, tampoco lo es de su debilidad. Déjenos en paz. Si no lo hace, suya será la responsabilidad de cualquier ataque de que seamos objeto.

McNey miró a Barton. Se relajó. Se dejó caer en la tumbona.

—Después de todo, Dave —susurró—, tienes razón. No se puede pactar con ellos. Son paranoides.

La burla en la sonrisa de Barton se acentuó.

—Váyase —dijo—. No lo mataré ahora. Pero sé de quién se trata. Piénselo. No vivirá mucho... le doy mi palabra.

—Usted puede morir antes —dijo suavemente Callahan.

—Váyase.

El paranoide se volvió y se encaminó al exterior, recorriendo el sendero, a grandes zancadas. Barton escancié un sorbo en su vaso y lo bebió de un golpe.

—Me siento sucio —dijo—. Tal vez esto me quite el mal sabor de la boca.

McNey permanecía inmóvil en su asiento. Barton observaba la sombría figura del paranoide, con desagrado.

*¿Qué mosca te ha picado ahora?, pensó.*

*Deseo... deseo vivir en un mundo de Calvos. No tendría por qué ser aquí, en la Tierra. En Venus, o quizá en Marte. En Calixto... en cualquier parte. Un lugar en el que pudiéramos tener paz. Los telépatas no están hechos para la guerra, Dave.*

*Tal vez eso sea bueno para ellos, no obstante.*

*Piensas que soy débil. Sí, lo soy. No soy un héroe. Ni un cruzado. Después de todo, lo importante es el microcosmos. ¿Cuánta podría ser nuestra lealtad para con la especie si la unidad familiar, el individuo, se ve obligado a sacrificar todo aquello que pueda significar algo para él?*

*Las sabandijas deben ser destruidas. Nuestros hijos vivirán en un mundo mejor.*

*Nuestros padres también decían eso. ¿Y dónde estamos?*

*Podríamos decir que seguimos sin haber sido linchados. Barton apretó el hombro a McNey. Seguir trabajando. Dar con la respuesta. El código de los paranoides debe ser descifrado. Entonces podré acabar con ellos... ¡Con todos ellos!*

La mente de McNey se ensombreció.

*Presiento un pogrom. No sé cuándo. Pero nuestra especie aún no se ha enfrentado a una crisis de tal magnitud.*

*También vendrá una respuesta, pensó Barton. Me voy. Tengo que encontrar a ese Calvo que anda entre los Marginados.*

*Adiós, Dave.*

Miró desaparecer a Barton. El sendero quedó desierto. Esperó luego el regreso de Mariam y Alexa de la ciudad, y, por primera vez en su vida, dudó de su retorno.

Ahora estaban entre enemigos, enemigos potenciales que, a una palabra, convertirían todo en horcas y fuego. La seguridad por la que los Calvos habían luchado durante generaciones se les iba de las manos. Antes de que pasara mucho tiempo, podrían encontrarse en las mismas condiciones —sin hogar y sin amistad— que los Marginados...

Una civilización excesivamente permisiva lleva a la anarquía, en tanto que una demasiado rígida cae ante huracanados vientos de cambio. La normativa humana es arbitraria; de modo que sus líneas demarcatorias también lo son. En la cultura descentralizada, el animal social tenía más posibilidades de dar con su lugar adecuado que en todos los milenios anteriores. El sistema monetario se fundaba en el trueque, que a su vez se regía por los criterios de artesanía, talento y horas-hombre. Supongamos que un individuo pasaba sus ratos de ocio pescando en la costa de California; pues bien: sus presas podían proporcionarle un aparato de televisión construido en las mismas condiciones por un habitante de Galileo amante de la electrónica... al que también le gustase el pescado.

Era una civilización permisiva, pero no carecía de rigideces. Había insatisfechos. Después de la Explosión, esos antisociales se habían segregado de las ciudades que iban surgiendo a lo largo de América; preferían internarse en los bosques, donde el individualismo era algo disculpable. Se reunieron allí gentes de muy diversas características. Había entre ellos desechos humanos y vagabundos, desclasados y chiflados, sujetos de apariencia corriente y holgazanes profesionales... inadaptados, antisociales, y todos aquellos que, sencillamente, no podían ser absorbidos por ninguna forma de vida urbana, ni en las condiciones semirrurales de las ciudades de la época. Algunos habían andado por los caminos viejos, otros habían seguido el recorrido de las autopistas de un mundo aún dependiente del transporte de superficie; algunos eran tramperos o cazadores... porque aun en los tiempos de la Explosión el continente norteamericano había contado con enormes extensiones boscosas.

Se internaron en los bosques. Quienes habían sido originalmente

hombres de los bosques, sabían muy bien cómo sobrevivir, cómo colocar trampas para cazar pájaros, venados y conejos. Sabían las bayas que podían recoger y las raíces que podían extraer. Los otros...

Al final, o aprendieron, o se murieron. Pero al principio buscaron lo que creyeron que era el camino más fácil. Se convirtieron en bandoleros que se lanzaban en grupos contra las ciudades unificadas, llevándose el botín... alimentos, licores y mujeres. Se equivocaron al creer que el renacimiento de la civilización significaba su colapso. Se agruparon en bandas y las bombas atómicas encontraron objetivos y murieron.

Al cabo de algún tiempo ya no quedaban grandes grupos de Marginados. La unidad se convirtió en algo inseguro. Unos pocos se pudieron integrar y se instalaron en las zonas más templadas del norte, mientras que otros permanecían en zonas más tropicales.

Su estilo de vida se convirtió en una combinación entre la de los pioneros norteamericanos y la de los indios. Emigraban constantemente. Volvieron a aprender a utilizar el arco y la lanza, pues no mantenían contacto con las ciudades y no podían asegurarse armas de fuego con facilidad. Se quedaron en los bajíos de la corriente del progreso, hombres de los bosques resistentes, curtidos, con sus mujeres pieles rojas, orgullosos de su independencia y de su capacidad para sobrevivir en un ambiente salvaje.

Escribían poco. Pero hablaban mucho y, por las noches, alrededor de las fogatas de los campamentos, cantaban antiguas canciones, *Barbara Allen*, *Oh, Susana* y las baladas populares que duraron mucho más tiempo que los senados y parlamentos. De haber cabalgado sobre caballos, habrían conocido las canciones basadas en los modelos rítmicos del paso equino; pero, tal como vivían, andaban y sólo conocían canciones que se cantaban durante las marchas.

Jesse James Hartwell, jefe de su pequeña banda de Marginados, estaba supervisando el asado de filetes de oso sobre el fuego del campamento, y su voz de bajo sonaba amortiguada y suavizada por los pinos que separaban el campamento del arroyo. Su mujer piel roja, Mary, también estaba cantando y los demás se les unieron; eran cazadores y sus esposas, pues el término piel roja ya no tenía

el sentido despectivo que tuvo antes. La actitud de los Marginados hacia sus esposas era una versión más realista de las actitudes de los caballeros medievales.

*Traed la vieja corneta, muchachos,  
y cantaremos otra canción...*

Estaba oscureciendo por la parte que daba al arroyo. Habían tardado en encontrar un lugar adecuado para acampar aquella noche; la caza del oso les había retrasado y después les resultó difícil encontrar agua fresca. Al igual que sucedía siempre que la tribu se sentía irritable, se produjeron burlas semiserias a expensas de Lincoln Cody. Para cualquier grupo era quizá natural percibir la diferencia mental —o superioridad— de un Calvo, compensándola mediante el sarcasmo sobre su evidente diferencia física.

Sin embargo, ellos nunca habían relacionado a Linc con los Calvos de la ciudad. Durante generaciones, los telépatas habían llevado pelucas. Y ni siquiera el propio Linc sabía que era un telépata. Sabía que era diferente, y eso era todo. No recordaba el accidente de helicóptero, del que fuera extraído su cuerpo infantil por la madre de Jesse James Hartwell; adoptado en la tribu, se había criado como un Marginado, siendo aceptado como tal. Pero aunque le consideraban como a uno de los suyos, se mostraban demasiado predispuestos a llamarle «cabeza pelada»... y no simplemente como una burla.

*Cantadlo como solíamos cantarlo, con cincuenta mil,  
mientras marchábamos a través de Georgia...*

Había veintitrés miembros en la banda de Hartwell. Hacía ya muchas generaciones, uno de sus antepasados luchó con el Gran Ejército de la República y estuvo con Sherman durante su marcha. Y un contemporáneo de aquel soldado, cuya sangre también corría por las venas de Hartwell, había llevado el uniforme gris de los confederados, muriendo a las orillas del Potomac. Ahora, veintitrés proscritos Marginados, descartados por la civilización, se encontraban apelonados alrededor de la fogata, asando el oso que habían matado con lanzas y flechas.

El coro rompió a cantar vigorosamente:

*¡Hurra! ¡Hurra! Celebramos el aniversario.*

*¡Hurra! ¡Hurra! La bandera que hace a los hombres libres.*

*Cantamos desde Atlanta hasta el mar,  
mientras marchábamos a través de Georgia.*

Allí donde estuvo Atlanta había ahora un paisaje gris, lleno de desolación. Ahora, Georgia estaba salpicada de luminosas y limpias ciudades, y los helicópteros zumbaban, yendo hacia el mar o regresando de él. La Gran Guerra entre los Estados sólo era un recuerdo, ensombrecido por los conflictos, aún mayores, que habían seguido. Sin embargo, en aquel tranquilo bosque norteno, unas voces vigorosas volvían a despertar el pasado.

Linc se frotó los hombros contra la tosca corteza del árbol y bostezó. Estaba masticando la boquilla de una pipa estropeada, sintiéndose agradecido por aquel momento de soledad. Pero podía percibir..., sentir..., comprender fragmentos extraviados de pensamientos que le llegaban desde la zona situada alrededor de la fogata. Él no sabía que eran pensamientos, pues, por todo lo que sabía, tanto Hartwell como los otros podían sentir exactamente las mismas reacciones. Sin embargo, y como le sucedía siempre, la relación le hacía sentirse ligeramente infeliz, y se sintió agradecido por... aquel algo... que le decía que Cassie se estaba acercando.

Se apartó suavemente de la sombra y percibió junto a él a una muchacha delgada y bonita, un año más joven que sus diecisiete años. Estaban casados desde hacía menos de un año. Linc aún se extrañaba de que Cassie le pudiera haber amado, a pesar de su cráneo pelado y reluciente. Deslizó los dedos por entre el negro y brillante pelo, disfrutando de su sensual sensación y de la forma en que se rizaba suavemente entre la palma de la mano, escapándosele.

—¿Estas cansada, querida?

—No. Y tú, Linc, ¿te encuentras mal?

—No es nada —contestó él.

—Has estado actuando de una forma muy extraña desde que atacamos aquella ciudad —murmuró Cassie, tomándole la mano morena y trazando un dibujo con su dedo índice sobre la palma callosa—. ¿Piensas quizá que no debíamos haberlo hecho?

—No pienso nada, Cassie —respondió él, suspirando y rodeándola con su brazo por la cintura—, pero es el tercer ataque en este año...

—¿No estarás poniendo en entredicho a Jesse James Hartwell?

—Suponte que lo estuviera haciendo, ¿qué pasaría?

—Bueno, en ese caso —contestó Cassie con solemnidad—, será mejor que empieces a considerar un rápido abandono de nosotros dos. A Jesse no le gustan las discusiones.

—Tampoco a mí —observó Linc—. Quizá ahora que estamos dirigiéndonos hacia el sur ya no se producirán más ataques.

—De todos modos, tenemos los cuerpos llenos y eso es mucho más de lo que conseguimos al otro lado de la línea canadiense. Nunca había visto un invierno como éste, Linc.

—Está haciendo mucho frío —admitió él—, pero conseguiremos pasarlo. Una cosa es...

—¿Qué?

—Quisiera que vinieras con nosotros en los asaltos. No puedo hablar con nadie más al respecto. Me siento muy extraño. Parecía como si hubiera voces dentro de mi cabeza.

—Eso es una locura. O más bien una simple conjetura.

—No soy ningún brujo. Lo sabes muy bien, Cassie.

—Y tampoco has estado fumando la hierba de la locura —se refería a la marihuana que crecía en estado salvaje en los campos; su mirada busco la de él—. Dime cómo lo pasas, Linc. ¿Mal?

—No lo paso ni mal ni bien. Algo se mezcla en mi cabeza, y eso es todo. Es como una especie de sueño, sólo que yo estoy despierto. Veo imágenes.

—¿Qué clase de imágenes, Linc?

—No lo sé —contestó, mirando hacia la oscuridad donde el arroyo saltaba y chapoteaba alegremente—, porque la mitad del tiempo no me afecta a mí cuando sucede. Me siento caliente y frío por dentro. A veces es como una música en el interior de mi cabeza. Pero cuando asaltamos esa ciudad, me resultó bastante doloroso, Cassie —cogió un trozo de madera y lo lanzó a distancia—. Me sentía como esa corteza llevada por el agua. Todo parecía presionarme desde todas partes.

—No te preocupes por eso —le dijo Cassie, besándole suavemente—. Todo el mundo se siente confundido de vez en

cuando. Una vez que avancemos más hacia el sur y la caza sea buena, te olvidarás de tus disparates.

—No los puedo olvidar ni siquiera ahora. Tú haces que me sienta mejor. El simple hecho de estar contigo me reconforta. Amo el olor de tu pelo, querida —Linc apretó el rostro contra los rizos fríos, negros y abundantes de la muchacha.

—Bueno, entonces no me los cortaré.

—Será mejor que no lo hagas. Has de tener pelo suficiente para nosotros dos.

—¿Crees tú que eso me importa, Linc? Boone Curzon está calvo y es muy elegante.

—Boone es viejo. Tiene cerca de cuarenta años. Ésa es la razón. Tenía pelo cuando era joven.

Cassie recogió un trozo de musgo y lo colocó adecuadamente sobre la cabeza de Linc. Sonrió, medio burlonamente y dijo:

—¿Qué te parece eso? ¿Has encontrado a alguien en alguna parte que tenga pelo verde? ¿Te sientes mejor ahora?

Él se limpió el cráneo, atrajo a Cassie y la besó.

—No quisiera abandonarte nunca. No me siento preocupado en absoluto cuando tú estás cerca de mí. Sólo esos asaltos me agitan.

—Supongo que ya no habrá más.

Linc miró hacia la oscuridad. Su rostro joven, curtido y bronceado por el estilo de la vida rudo que llevaba, parecía repentinamente sombrío. De repente, se levantó.

—Tengo el presentimiento de que Jesse James Hartwell está planeando otro.

—¿Presentimiento? —preguntó ella, observándole, con expresión preocupada—. Quizá no sea así.

—Quizá —dijo Linc, con un acento de duda—. Pero mis presentimientos suelen realizarse en la mayor parte de las ocasiones.

Miró hacia el fuego y sus hombros se estremecieron.

—¿Linc?

—Está tramándolo, Cassie. Sentado allí y pensando en la comida que conseguimos en esa última ciudad. Es su vientre el que le está haciendo pensar en eso. No estoy dispuesto a acompañarle.

—Será mejor que no empieces nada.

—Voy a... a hablar con él —dijo Linc, de una forma casi

inaudible, avanzando hacia el resplandor que iluminaba los árboles.

Desde el círculo de luz de la fogata, un hombre lanzó un sonido interrogativo: el extraño ulular de una lechuza, lúgubre y sollozante. Linc comprendió la inflexión y contestó con el graznido de un cuervo. Los Marginados tenían un lenguaje propio que utilizaban cuando se encontraban en territorio peligroso, pues no había unidad entre las tribus y algunos Marginados eran cortadores de cabelleras. También había unos pocos grupos caníbales, pero esos degenerados eran odiados y asesinados por el resto cada vez que se presentaba una oportunidad.

Linc penetró en el campamento. Su figura era grande, robusta y musculosa, y su poderoso torso se arqueaba bajo la chaqueta de piel de gamo, adornada con flecos, que llevaba puesta. Su calvicie estaba oculta ahora por una gorra de piel de ardilla. Se habían levantado algunos refugios temporales, con colgadizos y techos recubiertos de hojas, proporcionando así un mínimo de intimidad; algunas mujeres estaban muy ocupadas, cosiendo. Junto a donde se había instalado la cocina, Bethsheba Hartwell estaba repartiendo filetes de oso. Jesse James Hartwell, un gigante fornido como un buey, con una nariz en forma de gancho y una cicatriz en la mejilla que emblanquecía la mitad de su barba, comía con apetito la carne y las galletas, mojándolas en una verde sopa de tortuga, parte del botín del último asalto. Sobre un mantel inmaculadamente blanco situado ante él había caviar, sardinas, caracoles, entremeses y otras delicadezas de las que iba picando con un diminuto tenedor de plata que parecía perderse en su enorme y peluda mano.

—Ven y come, cabeza pelada —tronó Hartwell—. ¿Dónde está tu mujer? Estará muy hambrienta.

—Ahora viene —contestó Linc.

No sabía que Cassie estaba acurrucada entre la maleza, con un cuchillo arrojadizo entre las manos. Sus pensamientos estaban enfocados hacia el jefe, y aún podía sentir lo que él había llamado su presentimiento y que, en realidad, no era más que telepática subdesarrollada. Sí, Hartwell estaba pensando en emprender otra incursión.

Linc cogió un filete de Bethsheba. No le quemó las callosas

manos. Se sentó en cuclillas cerca de Hartwell y mordió la jugosa y succulenta carne. Sus ojos no se apartaban del rostro del hombre barbudo.

—Ahora estamos fuera del Canadá —dijo al fin—. Está empezando a hacer un poco de calor. ¿Seguiremos viajando hacia el sur?

—Puedes apostar a que sí —contestó Hartwell, asintiendo—. No tengo el menor deseo de perder otro dedo por congelación. Incluso aquí hace demasiado frío.

—Entonces, habrá caza. Y los cuernos salvajes aparecerán pronto. Tendremos mucha comida.

—Pasa las galletas, Bethsheba. ¡Brr! Cuanto más comamos, Linc, más grasa tendremos para el próximo invierno.

—Pero esas cosas no engordan —dijo Linc, señalando el mantel blanco.

—De todos modos, son buenas. Prueba algunas de estas huevas de pescado.

—Sí... ¡Puf! ¿Dónde está el agua?

Hartwell se echó a reír y Linc dijo:

—El próximo verano, ¿volveremos hacia el norte?

—No hemos votado aún. Yo diría que no. Por mí, creo que sería mejor ir hacia el sur.

—Más ciudades. No es nada seguro seguir con estas incursiones, Jesse.

—Nadie puede encontrarnos en cuanto regresamos a los bosques.

—Pero ellos tienen armas de fuego.

—¿Asustado?

—No me asusta nada —contestó Linc—. Pero creo saber que estás pensando en otra incursión. Y te estoy diciendo que no cuentes conmigo.

Los pesados hombros de Hartwell se encogieron. Extendió la mano para coger una sardina, la comió con lentitud y después volvió la cabeza hacia el muchacho. Sus párpados estaban semicerrados.

—¿Cobarde?

Pero aquello fue más bien una pregunta, así es que no era obligación entablar una pelea.

—Me has visto luchar contra un oso pardo llevando sólo un cuchillo.

—Lo sé —admitió Hartwell, frotándose la línea blanca de su barba—. Sin embargo, un tipo siempre se puede volver cobarde. No estoy diciendo que sea así, entiéndelo. Pero da igual; nadie va a tratar de volverse atrás.

—Cuando hicimos la primera incursión, nos estábamos muriendo de hambre. La segunda... bueno, ésa también puede pasar. Pero no veo ninguna ventaja en seguir, sólo para que puedas comer huevas de pescado y gusanos.

—Eso no es todo, Linc. También hemos conseguido mantas y cosas que necesitamos. En cuanto echemos las manos encima de algunas armas de fuego...

—¿Te estás haciendo demasiado perezoso para manejar el arco?

—Si lo que tienes son ganas de luchar —advirtió Hartwell con lentitud—, te puedo obligar a hacerlo. Si no es así, será mejor que te calles.

—Está bien —dijo Linc—. Pero te estoy advirtiendo que no cuentes conmigo para más incursiones.

En las sombras, la mano de Cassie se apretó con mayor fuerza alrededor de la empuñadura del cuchillo. Pero, de repente, Hartwell se echó a reír y lanzó el hueso de la costilla que estaba comiendo contra la cabeza de Linc. El joven esquivó el hueso y le miró con el ceño fruncido.

—Deja que llegue el día en que tu estómago empiece a roer —dijo Hartwell—. Entonces cambiarás de opinión. Pero dejemos la cuestión por ahora. Trae a esa mujer tuya y haz que coma algo; está demasiado delgada —y volviéndose hacia los árboles gritó—: ¡Cassie! Ven acá y come algo de sopa de pescado.

Linc se había vuelto, ajustándose la chaqueta. Ahora, su rostro parecía menos sombrío, aunque seguía mostrándose pensativo. Cassie enfundó el cuchillo y avanzó hacia la fogata. Hartwell la llamó con señas.

—Vamos, toma algo —dijo.

El ambiente volvía a estar en calma. No hubo más fricciones, aunque Cassie sabía que Linc se encontraba en un estado de ánimo

propicio para la discusión. Sin embargo, el buen humor de Hartwell parecía a prueba de todo, excepto cualquier insulto directo. Hizo pasar entre todos la botella de whisky que había conseguido como botín... una invitación extraña, pues la tribu sólo podía destilar licor cuando se instalaban en algún sitio durante una temporada, lo que no sucedía con mucha frecuencia. Linc no bebió mucho. Bastante después de que la fogata se hubiera ido apagando, cuando ya escuchaba los ronquidos de los que dormían a su alrededor, Linc permanecía aún despierto, preocupado y tenso.

Algo... alguien... le estaba llamando.

Era como uno de sus presentimientos. Era como lo que había sentido durante las incursiones. Era como la sensación que le producía el tener cerca de sí a Cassie, aunque percibió ahora una diferencia extraña y excitante. Notaba una simpatía hacia aquella llamada extraña que nunca había sentido con anterioridad.

De un modo confuso e indefinible, se fue despertando en su mente algo profundo y oculto que contestó a aquella llamada de un ser semejante.

Al cabo de un rato, se irguió, apoyándose sobre un codo y miró a Cassie. Su rostro estaba parcialmente oculto bajo la profunda oscuridad de su mata de pelo. Tocó su cuerpo caliente con suavidad. Después, se deslizó sin hacer el menor ruido, saliendo del refugio, y se quedó de pie, mirando a su alrededor.

Escuchó el susurro de las hojas y el chapotear del agua del arroyuelo. Nada más. La luz de la luna salpicaba el campamento aquí y allá. Una rata de los bosques se deslizó suavemente por entre las hierbas. El aire era frío y vigorizante, con una frescura que escoció en las mejillas y los ojos de Linc.

Y, de repente, sintió miedo, al pensar en antiguos cuentos populares. Recordó las historias que le contaba su madre adoptiva sobre hombres que se podían convertir en lobos, sobre el fantasma que se deslizaba como el viento por los bosques solitarios, sobre el Hombre Negro que compraba las almas... los temores oscuros e indefinibles de la niñez se despertaron para transformarse en una realidad de pesadilla. Había matado a un oso pardo con su cuchillo, pero nunca había permanecido solo en los bosques, durante la noche, mientras una llamada sonaba en su mente, silenciosamente, haciendo que su sangre acelerara su marcha en una ardiente

respuesta.

Sentía miedo, pero el aliciente era demasiado fuerte. Se volvió hacia el sur y salió andando del campamento. El entrenamiento de sus instintos le permitió avanzar sin hacer el menor ruido. Cruzó el arroyuelo, posando de modo inaudible sus sandalias sobre las piedras, y subió la suave pendiente de una colina. Allí, sentado en un tronco de árbol derribado, esperándole, había un hombre.

Tenía la espalda vuelta hacia Linc, quien no podía ver otra cosa que su torso inclinado y la cabeza, pelada y brillante. Por un momento, Linc sintió el terrible temor de ver su propio rostro cuando el hombre se volviera hacia él. Se llevó la mano al cuchillo. La confusa agitación de su cerebro se hizo verdaderamente caótica.

—Hola, Linc —dijo una voz en tono bajo.

Linc no había hecho ningún ruido, y lo sabía. Pero, de algún modo, aquella figura oscura había sentido su presencia. ¿Sería el Hombre Negro...?

—¿Acaso tengo aspecto de negro? —preguntó la voz.

El hombre se levantó, volviéndose hacia él. Mostraba una mueca —no, una sonrisa—, y su rostro era oscuro y arrugado. Llevaba ropas de la ciudad.

Pero no era el Hombre Negro. No tenía ninguna pata hendida. Y la simpatía, cálida y sincera, que irradiaba de su presencia, hizo que Linc sintiera mayor confianza, a pesar de sus recelos.

—¿Me ha llamado usted? —preguntó Linc—. Estoy tratando de saberlo.

Sus ojos recorrieron el cráneo pelado.

—Me llamo Barton —dijo el hombre—, Dave Barton.

Levantó algo gris —¿una cabellera?—, poniéndoselo cuidadosamente sobre la cabeza. La expresión de su rostro indicaba diversión.

—Me siento desnudo sin mi peluca. Pero tenía que mostrarme ante usted como un... un... —buscó la palabra que correspondiera exactamente con el símbolo telepático, pero no la encontró—. Para que viera que usted es uno de nosotros —terminó diciendo.

—No lo soy...

—Es usted un Calvo —afirmó Barton—, pero no lo sabe. Lo puedo leer en su mente.

—¿Leer en mi mente? —preguntó Linc, dando un paso hacia

atrás.

—¿Sabe usted lo que son los Calvos, los telépatas?

—Claro —contestó Linc, nada convencido—. He oído contar historias. No sabemos mucho sobre la vida en las ciudades. Escuche —prosiguió, sintiendo renacer de nuevo las sospechas—, ¿cómo es que ha podido llegar hasta aquí? ¿Cómo es que...?

—He venido a buscarle.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque es usted uno de Nosotros —contestó Barton con paciencia—. Veo que tengo que explicarle muchas cosas. Quizás desde el principio. Así es que...

Hablaron. Podría haber sido mucho más difícil si los dos no hubieran sido Calvos. Aunque Linc no estaba entrenado telepáticamente, podía, a pesar de todo, recibir la suficiente información telepática como para aclarar las cuestiones que surgían en su mente. Y Barton habló de la Explosión, de las fuertes radiaciones —lo que parecía griego para Linc, hasta que Barton utilizó simbolismos telepáticos—, y, sobre todo, del hecho increíble de que Linc no era simplemente un fenómeno sin pelo de su tribu. Había otros Calvos, muchos Calvos.

Eso era importante, Linc captó en seguida las implicaciones. Captó algo del profundo y cálido entendimiento que se producía entre los telépatas, de la estrecha unidad de la raza, de la sensación de *pertenencia* que él nunca había tenido. Sólo ahora, allí, entre los bosques, a solas con Barton, fue consciente de la existencia de una intimidad mucho más genuina de la que había sentido hasta entonces.

No tardó en comprender. Hizo preguntas. Y, al cabo de un rato, también las hizo Barton.

—Jesse James Hartwell está detrás de todas esas incursiones. Sí, yo también participé. ¿Quiere decir que todos ustedes llevan pelucas?

—Naturalmente. Se trata de una gran civilización a la que pertenecemos todos. Nosotros somos parte de toda la estructura.

—Y... ¿nadie se ríe de ustedes por su calvicie?

—¿Acaso tengo aspecto de ser calvo? —preguntó Barton—. Claro que hay inconvenientes. Pero también hay muchas ventajas.

—¡Comprendo! —Linc respiró profundamente—. Gente... de la

misma clase... de su propia clase... —pero no pudo seguir.

—Los no Calvos no siempre nos dieron las mismas oportunidades. Tenían un poco de miedo de nosotros. Desde nuestra niñez se nos entrena para no aprovechar las ventajas de nuestros poderes telepáticos frente a los humanos.

—Sí, eso lo puedo comprender. Tiene sentido.

—Entonces, sabrá por qué he venido, ¿verdad?

—Creo comprenderlo —contestó Linc con lentitud—. Esas incursiones... la gente puede empezar a pensar que en ellas hay implicado un Calvo... Yo soy un Calvo.

Barton asintió, con un gesto de cabeza.

—Los Marginados no importan. Unas pocas incursiones... podemos ocuparnos de ellos. Pero el que uno de Nosotros esté implicado en el asunto, es malo.

—Esta misma noche le he dicho a Jesse James Hartwell que no iba a tomar parte en ninguna incursión más —dijo Linc—. Él no me obligará a hacerlo.

—Sí... eso puede ayudar. Escuche, Linc. ¿Por qué no se viene a casa conmigo?

Los años de experiencia pasados en los bosques hicieron que Linc se detuviera.

—¿Yo? ¿Ir a una ciudad? Nosotros no hacemos eso.

—¿Nosotros?

—Los... Marginados. Yo no soy un Marginado, ¿verdad que no? Maldita sea, todo esto es... —se pasó una mano por la barbilla y añadió—: Estoy muy confundido, Barton.

—Te voy a decir una cosa —dijo Barton, comenzando a tutearle—. Ven conmigo ahora y observa por ti mismo cómo es nuestro estilo de vida. Nunca has sido entrenado para utilizar tu función telepática, así es que eres como un hombre ciego. Échale un vistazo a nuestra estructura, y después decide tú mismo lo que quieres hacer.

Cuando estaba a punto de mencionar a Cassie, Linc se detuvo. Temía que si hablaba de ella, Barton pudiera retirar su oferta. Y, después de todo, no era como si intentara abandonar para siempre a Cassie. Sólo sería cuestión de una semana o dos, y después podría regresar a la tribu.

A menos que se llevara a Cassie con él... ahora.

No. De algún modo se sentiría avergonzado de admitir que él, un Calvo, se había casado con una Marginada. Aunque se sentía orgulloso de Cassie... sí, eso era cierto. Nunca la abandonaría. Sólo que...

Se encontraba solo. Se sentía terrible y abrumadoramente solo, y lo que había captado en la mente de Barton, así como las propias palabras de Barton penetraban en él como una fuerza arrolladora. Un mundo al que él pertenecía; un mundo en el que nadie le llamaría cabeza pelada, en el que nunca se sentiría inferior con respecto a los hombres con pelo de la tribu. Una peluca propia.

Sólo por unas pocas semanas. No podía desaprovechar aquella oportunidad. ¡No podía! Cassie le estaría esperando cuando él regresara.

—Iré contigo —dijo al fin—. Estoy dispuesto ahora mismo. ¿Te parece bien?

Pero Barton, que había leído en la mente de Linc, dudó un momento antes de contestar.

—Como quieras —admitió finalmente—. Vámonos.

Tres semanas más tarde, Barton estaba sentado en el solarium de McNey, con una mano indolentemente apoyada sobre sus ojos para resguardarlos del sol.

—Linc está casado con una muchacha Marginada —dijo—. No sabe que nosotros estamos enterados.

—¿Acaso importa? —preguntó McNey, que tenía un aspecto muy cansado y parecía preocupado.

—Supongo que no. Pero pensé que sería mejor mencionarlo, a causa de Alexa.

—Ella conoce muy bien su propia mente. Y a estas alturas ya debe de saber también que Linc está casado. Ha estado entrenándole telepáticamente desde hace varias semanas.

—Ya me he dado cuenta de eso en cuanto llegué.

—Sí —dijo McNey, frotándose la frente—, ésa es la razón por la que nos estamos comunicando oralmente. Las conversaciones telepáticas distraen a Linc cuando hay más de una persona; aún está aprendiendo los procesos de selectividad.

—¿Qué tal te parece el chico?

—Me gusta. Sin embargo, no es... lo que me había esperado.

—Se ha criado con los Marginados.

—Es uno de Nosotros —dijo McNey con decisión.

—¿No presenta síntomas de tendencias paranoides?

—Definitivamente no. Alexa está de acuerdo con eso.

—Bien —dijo Barton—. Eso me tranquiliza. Era lo único de que tenía miedo. En cuanto a la muchacha Marginada, ella no es uno de Nosotros, y no podemos permitirnos el lujo de debilitar la raza mediante matrimonios mixtos o los humanos. Eso ha sido un axioma casi desde la Explosión. Creo que si Linc se casa con Alexa o con cualquier otra de Nosotros, eso será un bien, y podemos olvidarnos de cualquier otro compromiso previo.

—Eso depende de ella —observó McNey—. ¿Se ha producido alguna otra incursión de los Marginados?

—No. Pero ellos no me preocupan demasiado. Sergei Callahan se ha ocultado. No puedo localizarle, y quiero hacerlo.

—¿Sólo para matarle?

—No. Tiene que conocer a otros paranoides clave. Quiero sacarle esa información. No puede ocultar permanentemente su mente... y un vez que le tenga donde quiero tenerle, le quedarán muy pocos secretos ocultos.

—Estamos luchando por una batalla perdida.

—¿De veras?

—No puedo hablar aún —dijo McNey, con una violencia reprimida—. Ni siquiera puedo permitirme a mí mismo pensar en el problema. Yo... todo está actuando en ese sentido. El nudo gordiano es una sola ecuación que tiene que ser solucionada. Pero aún no. Porque en cuanto la resuelva, se podrá leer mi mente. Primero tengo que solucionar todos los detalles secundarios. Después...

—¿Si?

—No lo sé —la sonrisa de McNey era amarga—. Encontraré una respuesta. No he permanecido ocioso.

—Si pudiéramos hacer saltar el Poder —dijo Barton—. Si sólo pudiéramos descifrar el código paranoide...

—O si tuviéramos un código propio... —añadió McNey.

—Impenetrable.

—Sería imposible utilizando cualquier medio mecánico. No podría salir bien ninguna revuelta porque tendríamos que saber la

clave y nuestras mentes podrían ser leídas por los paranoides. No quiero pensar en ello durante algún tiempo, Dave. En los detalles sí. Eso es diferente. Pero no en el problema en sí mismo. Podría... tenerlo solucionado antes de estar preparado.

—Los paranoides están ahora muy ocupados —dijo Barton—. Su propaganda se está extendiendo. Aún continúa hablándose sobre esa arma secreta de Galileo.

—¿Acaso no lo han desmentido los galileanos?

—No es algo tan concreto. No se puede eliminar fácilmente una campaña de rumores. Eso es lo que puede provocar una pelea. Se puede luchar contra una persona, o contra una cosa, pero no contra un rumor. Un rumor que se extiende.

—¡Pero las bombas atómicas! Después de todo...

—Lo sé. Es lo mismo. Algún exaltado se va a asustar lo bastante como para pasar a la acción alguno de estos días. Dirá: «Galileo tiene un arma secreta. No estamos seguros. Nos van a atacar.» Así es que echará mano de su arma. Después de algo así, se producirán otros incidentes.

—Con Nosotros en el centro. No podemos permanecer neutrales. Creo que se producirá un *pogrom*, Dave. Más tarde o más temprano, se producirá.

—Sobreviviremos.

—¿Lo crees? ¿Con las manos de todos los no Calvos dispuestas a destrozar a los telépatas, ya sean hombres, mujeres o niños? No nos darán cuartel. Necesitamos otro mundo; un mundo nuevo...

—Eso tendrá que esperar hasta que consigamos naves interestelares.

—Y mientras tanto, viviremos de prestado. Puede que sea mejor permitir a la raza humana volvernos a asimilar.

—¿Regresión?

—Nos encontraremos en la posición de un unicornio en medio de una manada de caballos. No nos atrevemos a utilizar el cuerno para defendernos. Por lo tanto, tenemos que aparentar ser caballos.

—El león y el unicornio —dijo Barton— luchaban por conseguir la corona. Bien, Callahan y sus paranoides son el león, muy bien. Pero ¿y la corona?

—Inevitablemente —dijo McNey— tienen que haber unas reglas. Dos especies dominantes no pueden existir en el mismo planeta, ni

siquiera en el mismo sistema. Los humanos y los telépatas ni siquiera pueden dividir el gobierno. Nos estamos sometiendo ahora. Eventualmente y siguiendo un camino diferente, llegaremos a alcanzar el mismo objetivo que persigue Callahan. ¡Pero no lo haremos degradando o esclavizando a los humanos! Nuestra arma es la selección natural. La biología esta de nuestra parte. Si sólo pudiéramos vivir en paz con los humanos hasta que...

—...les expulsemos de las ciudades —dijo Barton.

—Los humanos no deben sospechar que el león y el unicornio están luchando entre sí. Ni deben saber por qué están luchando. Porque si llegan a saberlo, nunca sobreviviremos al *pogrom*. No habrá refugio. Nuestra raza es débil, debido al medio ambiente y a la adaptación.

—Estoy muy preocupado por Callahan —dijo Barton de repente—. No sé lo que está planeando. Cuando lo descubra, puede que ya sea demasiado tarde. Si pone en marcha algo que no pueda ser detenido...

—Seguiré trabajando —prometió McNey—. No tardaré en poder darte algo muy pronto.

—Espero que sea así. Bueno, esta noche vuelo a St. Nick. Oficialmente, sólo para comprobar el estado del zoológico allí. Pero, en realidad, mis motivos son muy distintos. Quizás pueda descubrir allí la pista de Callahan.

—Te acompañaré hasta el pueblo.

McNey acompañó a Barton. Ambos salieron al aire cálido y primaveral, mirando a través de la pantalla transparente hacia el televisor donde Alexa estaba sentada con Linc.

—De todos modos, ellos no parecen estar preocupados —dijo Barton.

McNey se echo a reír.

—Está emitiendo su columna para la grabadora. Alexa es una especialista en problemas del corazón. ¡Espero que no tenga que resolver nunca un problema propio!

—...si le amas —decía Alexa ante el micrófono—, cástate con él. Y si él te ama, no opondrá ninguna objeción a llevar a cabo pruebas psiquiátricas y a comparar las hojas de equilibrio *id*. Estás considerando el permanecer junto a otra persona durante toda la vida, y ambos debéis leer los contratos antes de firmarlos —se las

arreglaba para parecer un gato con crema en los bigotes—. Pero recordad siempre que el amor es lo más importante del mundo. Si lo descubriste así, siempre será primavera en vuestros corazones. ¡Buena suerte!

Alexa apretó un conmutador.

—Y treinta, Linc. He terminado mi trabajo diario. Es una clase de trabajo que puede realizar un Calvo... editor de problemas del corazón en el telediario. ¿Crees que te gustaría hacerlo?

—No —contestó Linc—. No sería... no es mi camino.

Llevaba puesta una camisa de seda azul y pantalones cortos de azul más oscuro; una recortada peluca morena cubría su cráneo. Sin embargo, aún no se había acostumbrado a ella y se la tocaba con inquietud.

—«No sería» es menos correcto que «no es» —dijo Alexa—. Pero no te preocupes, sé lo que quieres decir y eso es más importante que la corrección de la construcción gramatical. ¿Quieres más lecciones?

—No. Al menos durante un rato. Me canso con facilidad. Hablar sigue siendo para mí más natural.

—Por el momento lo encontrarás algo incómodo. Las terminaciones personales son: tú hablas, él habla, *parlons*, *parlez*, *parlent*... Pero telepáticamente ya no se utilizan esos vestigios.

—¿Vestigios?

—Claro —afirmó Alexa—. Vestigios del latín. Los romanos no utilizaban los pronombres. Simplemente decían *amo*, *amas*, *amant* —se aclaró mentalmente las ideas y añadió—: y las terminaciones te daban el pronombre correcto. Ahora, el *nous*, *vous* e *ils* se utilizan en lugar del nosotros, vosotros y ellos. Así es que las terminaciones son innecesarias. Si te estás comunicando con un telépata suizo, puedes encontrarte preguntándote por qué sigue pensando en una muchacha como *ello*. Pero entonces sabrías lo que *ello* significa para él, una cosa que no sabrías si sólo te comunicaras oralmente.

—Me resulta bastante difícil —dijo Linc—, aunque estoy captando los matices. Esa petición que tuvimos anoche fue... —buscó una palabra, pero no hizo falta, porque Alexa captó el significado directamente de su mente.

—Lo sé. Hay una intimidad que es maravillosa. Ya sabes que nunca me he sentido mal por haber sido adoptada. *Sabía*

exactamente el lugar que ocupaba en las vidas de Marian y de Darryl, y también sabía lo que ellos sentían por mí. Sabía que pertenecía al grupo.

—Debe ser una sensación muy agradable —dijo Linc—. Creo que estoy empezando a captarla.

—Claro. Eres uno de Nosotros. En cuanto domines bien la función telepática, no te quedará ninguna duda al respecto.

Linc observó el juego de la luz del sol sobre los rizos de color de bronce de Alexa.

—Supongo que pertenezco a vuestra clase de gente.

—¿Te alegra el haber venido con Dave?

—No te lo puedo decir, Alexa —contestó, mirándose las manos—. No te puedo decir lo maravilloso que es. Durante toda mi vida, me había sentido en la oscuridad, pensando que era un ser anormal, no sintiéndome nunca completamente seguro de mí mismo. Después, con todo esto... —indicó el televisor—. Son milagros mágicos, eso es lo que son. Y todo lo demás.

Alexa comprendió lo que había en su mente. A través de él, sentía la embriagadora excitación de un exiliado que se reúne con los de su propia clase. Hasta el visor, el símbolo familiar de su trabajo, adquiriría un nuevo esplendor, aunque se trataba del modelo normal de pantalla doble, la superior para las noticias y la inferior para el telediario de veinticuatro horas que era recibido, registrado en película de hilo, quedando disponible posteriormente para cualquier referencia que se necesitara. Los botones seleccionaban la publicación, y los discos permitían enfocar hacia las páginas, ya fuera sobre las imágenes de acción o sobre los textos impresos. El formato, desde luego, era tan importante como el valor de las noticias. La gran pantalla oculta en la pared de un extremo de la habitación se utilizaba para obras de teatro, conciertos, películas y dibujos animados. Pero para conseguir las atracciones sensuales adicionales del gusto, el tacto y el olor, aún se tenía que ir a los teatros, porque un equipo especial de esa clase aún resultaba demasiado caro para un hogar de tipo medio.

—Sí —dijo Alexa—, eres uno de Nosotros. Y tienes que recordar que el futuro de la raza es muy importante. Si te quedas, no debes hacer nunca nada que le pueda hacer daño.

—Recuerda lo que me has estado diciendo sobre los paranoides

—dijo Linc, asintiendo—. Supongo que ellos son como las tribus caníbales entre los Marginados.

Sintió cómo se le deslizaba la peluca, se levantó, dirigiéndose hacia un espejo y se la ajustó.

—Marian está afuera —dijo Alexa—. Quiero verla. Espérame, Linc. Volveré.

Ella se marchó y Linc, comprobando difícilmente aquellos poderes recién descubiertos, sintió cómo el pensamiento de la muchacha se extendía sutilmente hacia la rolliza y hermosa mujer que se estaba moviendo por entre las flores, equipada con guantes y *spray*.

Se dirigió hacia el clavilux y, con un dedo, tocó una melodía, canturreando:

*En el hermoso mes de mayo,  
cuando los capullos verdes se abrían,  
el joven Jemmy Grove agonizaba en su lecho,  
de amor por Barbery Allen.*

El recuerdo de Cassie surgió en su mente. Lo obligó a retroceder hacia las sombras, junto con los Marginados y la vida nómada que había conocido. Aquella ya no era su vida. Cassie... se las arreglaría bien. Uno de aquellos días iría a buscarla, y se la traería consigo, para vivir los dos juntos entre los Calvos. Sólo que... sólo que ella no era un Calvo. Ella no era como Alexa, por ejemplo. Desde luego, era tan bonita como ella; sin embargo, se habían metido por medio todas aquellas razones sobre el futuro de la raza. Si, ahora, él se casaba con una mujer Calva y tenía hijos e hijas Calvos...

Pero él ya estaba casado. ¿De qué servía pensar en todo aquello? Para las gentes de la ciudad un matrimonio con una mujer marginada no sería considerado como algo indisoluble, pero, de todos modos, esas ideas no eran más que una especie de poligamia.

Bien, superaría aquel obstáculo cuando llegara el momento. Primero tenía que aprender a manejar bien todo aquel asunto de la telepatía. Lo estaba consiguiendo, pero con lentitud, pues no había estado condicionado desde la infancia, como sucedía con otros Calvos. El poder latente tenía que ser despertado y dirigido... no del mismo modo en que se puede hacer con un niño, sino permitiendo que la madurez y la capacidad de Linc captara y comprendiera el

objetivo.

Marian llegó, acompañada de Alexa. La anciana se quitó los guantes y se limpió unas gotas de sudor de sus sonrosadas mejillas.

—Hola, Linc —le saludó—, ¿qué tal te va?

—Muy bien, Marian. Tendrías que haberme pedido que te ayudara allí.

—Necesito el ejercicio. Esta mañana he ganado un kilo y medio discutiendo con ese Gatson, en la tienda. ¿Sabéis lo que quería venderme como fruto del pan fresco?

—¿Qué es eso?

—A ver si captas esto.

Marian formó ciertos conceptos mentales en los que se veía incluido la vista, el tacto y el gusto. Alexa sintió cómo la boca se le hacía agua ante el olor del fruto del pan. Linc poseía sus propios niveles arbitrarios para establecer comparaciones y al cabo de un segundo había asimilado perfectamente el significado; a partir de entonces, sería capaz de reconocer un fruto del pan. Marian lanzó una rápida pregunta mental. Linc le contestó.

*A la ciudad (Darryl McNey), por la ventana (hace diez minutos).*

—Un poco confuso —observó Marian—, pero he captado la idea. No debe de tardar mucho en volver. Tengo ganas de tomar un baño. ¿Qué os parece si preparo unos bocadillos?

—¡Estupendo! —dijo Alexa—. Te ayudaré. Linc sabe más que nadie sobre cómo pescar truchas, aunque no sabe lo que es una mosca artificial.

—Lo único que pretendo es pescar —dijo Linc—. Únicamente lo suficiente para comer. Más de una vez he tenido que pescar a través de agujeros hechos en el hielo para no morir de hambre.

Más tarde, con su duro y bronceado cuerpo extendido en el banco de arena, junto al estanque, disfrutó de la cálida luz del sol, mientras observaba a Alexa. Delgada y atractiva, con unos pantalones cortos de color blanco, trataba de pescar, de un modo inexpresivo, mientras McNey, con la pipa en la boca, trabajaba en un lugar agradable, bajo unas ramas que lanzaban su sombra sobre el agua. Marian comía tranquilamente unos bocadillos, observando con gran interés las actividades de una comunidad de hormigas. La profunda y no expresada camaradería de la familia y de la raza se percibía en el ambiente; era un lazo que se extendía, llegando hasta

Linc, para atraerle hacia su simpático centro. *Eso es*, pensó; *yo pertenezco a esto*. Y la mente de Alexa le contestó con bastante confianza: *Tú eres uno de Nosotros*.

Los meses transcurrieron muy rápidamente para Linc, rotos por las visitas ocasionales de Dave Barton, cuya actitud parecía cada vez más preocupada. El tiempo fue acompañado por el verde que cubrió los árboles y las matas, el suelo y los prados, a medida que la primavera dejó paso al verano y el verano empezó a decantarse hacia un no muy lejano otoño. Ahora, raras veces pensaba ya en los Marginados. Entre el pequeño grupo se había producido una especie de tácita aceptación de la situación. Linc tenía la sensación, sin que esta surgiera conscientemente en su mente, de que Alexa sabía muchas cosas sobre su pasado, y que no sacaría a relucir el tema de Cassie a menos que lo hiciera él mismo. No tenía la menor duda de que la estaba empezando a amar. Después de todo, Alexa era de su propia clase, mientras que Cassie nunca lo había sido.

Pero, a pesar de todo, seguía soñando con Cassie. A veces, se sentía solo, incluso entre su propia gente. En tales ocasiones, se mostraba ansioso por terminar con su entrenamiento telepático y por unirse a Barton en la lucha contra los paranoides. Por su parte, Barton también ansiaba alistar a Linc, pero le advertía contra el peligro de moverse demasiado pronto.

—Los paranoides no son tontos, Linc —le dijo—. No debemos subestimarlos. He conseguido sobrevivir durante todo este tiempo porque soy como un cazador entrenado para los grandes juegos. Mis reacciones son un poco más rápidas que las tuyas, y siempre trato de maniobrar para situarles en una posición en la que la telepatía no pueda ayudarles. Si un paranoide se encuentra en el fondo de un pozo seco, puede leer en tu mente la intención de descargar sobre su cabeza una carga de ladrillos... pero no puede hacer gran cosa por evitarlo.

—¿Tienes alguna noticia sobre Callahan? —preguntó McNey.

—Ni una sola palabra desde hace meses. Hay algún plan... quizás un gran impulso en el campo de la propaganda, quizás el asesinato de tecnócratas clave. No sé lo que es. No he podido leer las mentes que conocieran las respuestas correctas. Pero creo que pronto va a pasar algo; eso es lo único que he conseguido descubrir. Tenemos que estar preparados para ese momento. Tenemos que

descubrir su código... o crear un código propio. Siempre la misma canción, Darryl.

—Lo sé —dijo McNey, mirando fijamente el cielo azul y vacío—. No hay mucho que te pueda decir ahora, ni siquiera pensarlo. Ya sé, ya sé, la misma canción.

—Pero no has fracasado, ¿verdad? Dentro de pocas semanas puedes haber hecho cosas muy importantes.

—Mirad este código —dijo entonces Linc—. He estado pensando que los Marginados poseen una especie de código. Como éste —imitó entonces algunos trinos y llamadas de animales—. Nosotros sabemos lo que significa, pero nadie más lo sabe.

—Los Marginados no son telépatas. Si lo fueran, tu código no sería un secreto durante mucho tiempo.

—Supongamos que tienes razón. Sin embargo, me gustaría poner manos a la obra contra los paranoides.

—Ya tendrás tu oportunidad —dijo Barton—. Pero, mientras tanto, el encontrar una nueva arma para nosotros es tarea de Darryl.

—Ya lo sé todo al respecto —comentó McNey con aspecto de cansancio—. No hacen falta más estímulos, Dave, por favor.

—Tengo que hacer un trabajo hacia el sur —dijo Barton levantándose y frunciendo el ceño—. Te veré cuando regreses, Darryl. Mientras tanto, cuídate. Si este asunto... sea cual sea, estalla pronto, no corras ningún riesgo. Eres vital para Nosotros, mucho más que yo mismo.

Haciendo una inclinación de cabeza en dirección a Linc, se marchó. McNey permaneció con la mirada fija, sin ver. Linc dudó un momento, planteó entonces un pensamiento interrogativo y se encontró con un rechazo abstracto. Finalmente, se marchó, bajando las escaleras.

No pudo encontrar a Alexa. Terminó por salir al jardín, dirigiéndose hacia el arroyo. Sus ojos captaron entonces un brillo de color y se dirigió hacia él.

Alexa estaba sentada sobre una roca. Tenía abierta la cremallera de su ligero vestido para permitir que la brisa la refrescara un poco. El calor era tan intenso que se había quitado la peluca y su cabeza pelada aparecía brillante e incongruente, incompatible con sus pestañas y sus cejas postizas. Era la primera vez que Linc la veía sin

peluca.

Instantáneamente, al captar su pensamiento, ella se levantó y comenzó a ponerse la peluca. Pero su brazo se detuvo en medio del movimiento. Le miró, medio interrogativamente, y él vio cómo el dolor y la creciente comprensión surgían en sus ojos.

—Póntela, Alexa —dijo Linc.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó ella, mirándole fijamente.

—No es... no es...

Alexa se encogió de hombros y se volvió a colocar la peluca.

—Eso ha sido... extraño —dijo ella, hablando deliberadamente en voz bastante alta, como si no quisiera permitir que su mente se deslizara hacia los canales de la intimidad telepática, donde se podía sentir el dolor de un modo tan inflexible—. Estoy tan acostumbrada a que los Calvos sean... calvos. Nunca pensé antes que la vista pudiera ser... —no terminó su pensamiento en voz alta; al cabo de un momento, añadió—: Tienes que haberte sentido más desgraciado de lo que tú mismo admites. Si has sido condicionado contra la visión de la calvicie hasta... hasta ese punto...

—No lo estaba —denegó Linc inútilmente—. Yo no... tú no deberías pensar...

—Está bien. No puedes evitar reacciones que se encuentran tan profundamente arraigadas como ésa. Algún día cambiarán los criterios de belleza. El no poseer pelo será considerado como algo hermoso. Hoy por hoy, no es así, al menos para un hombre con tu formación psicológica. Has tenido que sentir de un modo muy intenso que eras inferior a causa de tu calvicie...

Linc se quedó allí, sintiéndose en una situación violenta, incapaz de negar el pensamiento que había acudido tan vivamente a su mente, ardiendo por dentro de vergüenza y consternación, sabiendo que ella había captado con tanta claridad como él mismo la fea imagen de su calvicie en el pensamiento de él. Era como si Linc le hubiera acercado un espejo distorsionante al rostro y le hubiera dicho en voz alta: «Éste es el aspecto que tienes para mí.» Como si la hubiera abofeteado gratuitamente con el sarcasmo de su... anormalidad.

—No te preocupes —dijo Alexa, con poca firmeza, pero sonriendo—. No puedes evitar que la calvicie te dis... te moleste. Olvídalo. No es como si estuviéramos ca-casados... o algo así.

Se miraron en silencio. Sus mentes se tocaron, se apartaron y se volvieron a tocar, cautelosamente, con ligeros pensamientos que iban de un punto a otro, con tanta cautela como si las ideas fueran témpanos de hielo que podían hundirse bajo todo el peso del enfoque consciente.

*Creía que te amaba... quizás te amaba... sí, yo también..., pero ahora no puede haber... (negativa repentina, rebelde) no es cierto, nunca podrá haber ajuste completo entre nosotros... no como si fuéramos gente normal... siempre recordaríamos esa imagen sobre el aspecto que yo tenía (eliminación abrupta de la memoria) (repudio agonizante del asunto) no, eso no ayudaría... entre nosotros siempre habrá... demasiado profundamente arraigado... y de todos modos Cas... (repentina obturación de las dos mentes a la vez, antes de que el pensamiento-imagen tuviera siquiera tiempo para formarse).*

Alexa se levantó.

—Me voy a la ciudad —dijo—. Marian está en el peluquero. Yo... me haré una permanente, o algo.

—Él la miró, indeciso, sin mostrarse muy dispuesto a dejarla marchar, aunque sabía tan bien como ella todo lo que se había discutido, sopesado y descartado durante la pasada e inaudible conversación.

—Adiós, Alexa —dijo él, al fin.

—Adiós, Linc.

Linc permaneció durante un largo rato observando el camino, incluso después de que ella hubiera desaparecido. Tendría que marcharse. Él no pertenecía a aquel grupo. Aun cuando después de aquello le fuera posible acercarse a Alexa, sabía que no podría quedarse. Ellos eran... anormales. A partir de ahora, él vería la calvicie, la despreciable y risible calvicie que había odiado en sí mismo, con mucha mayor claridad que las pelucas que llevaban. De algún modo, y hasta aquel preciso momento, no se había dado cuenta por completo...

Bien, no se podía marchar sin decírselo a Darryl. Lentamente, arrastrando un poco los pies, se volvió hacia la casa. Al llegar al césped lateral envió un pensamiento interrogativo e inexperto.

Algo le contestó desde el laboratorio del sótano; era como una

vibración rara, extraña, perturbadora, que percibió brevemente en su interior y que después se apartó de él. No era McNey. Era... un intruso.

Linc bajó las escaleras que conducían al sótano. Se detuvo al llegar abajo, tratando de ordenar la enmarañada confusión de su mente al mismo tiempo que se atrevía a enviar hacia adelante algunos haces mentales exploratorios. La puerta estaba abierta. McNey se encontraba en el suelo, con la mente en blanco, mientras la sangre le manaba de un costado.

¿El intruso?

*Quién...*

*Sergei Callahan.*

*Dónde...*

*Oculto. Y armado.*

*Yo también lo estoy, pensó Linc, sacando el cuchillo de su vaina.*

*Telepáticamente no estás entrenado. No puedes ganar en una lucha.*

Probablemente, eso era cierto. Entre los Calvos, la telepatía ocupaba el lugar de la presciencia. Cualquier Calvo podía leer los pensamientos de un no Calvo, adelantándose a él y dominándolo, y Linc aún no estaba lo suficiente entrenado en la utilización de la función telepática.

De todos modos, lo intentó, con cierta indecisión. Y, de repente, supo dónde estaba Callahan.

Detrás de la puerta, desde donde podía atacar a Linc por la espalda cuando el joven entrara en el laboratorio. No había esperado que el Calvo no entrenado descubriera la emboscada hasta que fuera demasiado tarde, y en el mismo momento en que Linc se daba cuenta de la situación, Callahan se movió, dispuesto a saltar.

Todo el peso de Linc se lanzó contra la hoja de la puerta, que osciló con fuerza hacia atrás, contra la pared. Callahan quedó atrapado. Cogido e impotente entre las dos planchas de metal —la puerta y la pared—, trató de resistir, de moverse con libertad. Su mano, sujetando un cuchillo, se extendió hacia fuera. Linc sujetó con fuerza su propia arma, se puso de espaldas contra la puerta y apretó, apoyándose más firmemente sobre los pies. El marco de la puerta le permitía ejercer mucha fuerza. Las venas de su frente empezaron a hinchársele a medida que apretaba la puerta hacia atrás con toda su energía.

¿Qué había dicho Dave Barton en una ocasión? «Matadlos con máquinas...»

Esto era una máquina... una de las más antiguas. La palanca.

De repente, Callahan empezó a gritar. Su pensamiento, agonizante, clamaba en petición de gracia. Dentro de un instante, le abandonaría toda su capacidad de resistencia.

—¡No... *no me aplastes!* —rogó.

Su capacidad de resistencia le falló.

Los pesados hombros de Linc se agitaron. Percibió un terrible grito mental de Callahan, mucho más agonizante que el sonido audible que emitió, y Linc permitió que la puerta se apartara lentamente de la presión que ejercía contra la pared. Un cuerpo se desmoronó con ese movimiento. Linc cogió su cuchillo y lo utilizó con eficacia. Después, se volvió hacia McNey.

Había un charco de sangre en el suelo, pero McNey seguía con vida. Callahan no había tenido tiempo de terminar su tarea.

Linc quedó completamente abstraído tratando de proporcionarle los primeros auxilios.

Ya había terminado todo.

Era más de medianoche. En el laboratorio del sótano, McNey se encontraba reclinado en su sillón, haciendo muecas de dolor cuando sentía la presión de las vendas alrededor de sus costillas. Miró las luces fluorescentes, suspiró y se pasó una mano por la frente.

Su mano permaneció suspendida en el aire, sobre la libreta. Faltaba una ecuación. No estaba muy dispuesto a pensar en ella ahora.

Pero el trabajo estaba casi terminado. Eso proporcionaría a los Calvos un arma que serviría, al menos, contra los paranoides. No podían interceptar la onda secreta de los paranoides, pero podrían...

Aún no. No tenía que pensar aún en eso.

Hasta el mismo Linc le había ayudado, sin saberlo, gracias a una sugerencia que hizo. Gritos miméticos. Sí, ésa era una respuesta. Los paranoides nunca sospecharían...

Aún no.

Bueno, Linc había regresado junto a su tribu de Marginados y

junto a su esposa. Al final, las fijaciones psicológicas implantadas en la mente del muchacho demostraron ser mucho más fuertes que los lazos de la propia raza. Algo muy lamentable, porque Linc tenía algo que muy pocos Calvos poseían... una dureza innata, una fortaleza llena de recursos que podría ser muy útil en los oscuros días que aún tenían que llegar.

Los días oscuros que aún podrían ser retrasados por algún tiempo, si...

Marian estaba dormida. McNey realizó un esfuerzo para apartar su pensamiento de ella. Después de tantos años de matrimonio, estaban tan acostumbrados el uno al otro que incluso un pensamiento tan casual como aquél podía despertarla. Y hasta que ella no se quedó dormida, no se atrevió a dirigir su mente hacia aquel último problema: No podía haber secretos entre Calvos.

Pero éste sería un secreto... el único que le daría a Dave Barton un arma útil contra los paranoides. Se trataba del código impenetrable que McNey había estado investigando desde hacía dos años.

Era un método de comunicación secreta entre los Calvos.

Y ahora... a trabajar rápido. *¡Muy rápido!*

McNey actuaba con rapidez. Hizo unos pocos ajustes en la máquina que tenía ante sí, aumentó su rápida minuciosidad y observó cómo se iba desarrollando la fluidez de energía. Al cabo de un momento, algo surgió por una pequeña abertura, situada en un extremo del instrumento; era una fina malla de hilo, con unos pocos accesorios ligeramente curvados. McNey se quitó la peluca, se colocó la malla de hilo en su cabeza y volvió a situar la peluca sobre ella. Después de echarse un vistazo en el espejo, hizo un gesto de asentimiento, satisfecho del resultado.

Ahora, la máquina sería puesta en permanente funcionamiento, con objeto de construir estas capas comunicadoras en cuanto se le administraran las necesarias materias primas. La matriz había quedado construida dentro de la misma máquina, y el resultado final era un artilingio comunicador, que se podía ocultar fácilmente bajo la peluca y que, con el tiempo, llevaría todo Calvo no paranoide. En cuanto a la naturaleza del artilingio...

El problema había consistido en encontrar un medio secreto de comunicación, análogo a la banda de onda indetectable de los

paranoides. Y la telepatía en sí misma, no era más que una oscilación trifásica de energía electromagnético-gravitatoria, que emanaba del coloide especializado del cerebro humano. Pero la telepatía, *per se*, podía ser captada por cualquier mente sensible que estuviera en contacto con la mente emisora.

Así pues, el truco había consistido en hallar un método de transmisión artificial. El cerebro, cuando es adecuadamente estimulado por la energía eléctrica, emitirá energía electromagnético-gravitatoria, indetectable, excepto para los telépatas, puesto que no existen instrumentos lo bastante sensibles para captar esta emisión. Pero cuando los paranoides percibieran tales radiaciones, sin la indispensable ayuda de una de las pequeñas capas construidas por McNey, no sospecharían la existencia de un código.

Porque sólo estarían escuchando —sintiendo— sonidos parásitos.

Se trataba de una cuestión de camuflaje. Las ondas serían enmascaradas. Se enmascararían en una banda de onda que nadie utilizaba, porque esa banda en particular se encontraba demasiado cerca de la empleada por los comunicadores de radio utilizados a miles en los helicópteros privados. Para estas radios era normal la banda de cinco mil megaciclos; quince mil megaciclos se manifestaban en forma de un intensivo sonido parásito, y el invento de McNey consistía simplemente en añadir más haces de sonidos parásitos a aquella interferencia armónica.

Cierto que los descubridores de dirección podrían recibir las señales y localizarlas..., pero los helicópteros, al igual que los Calvos, se encontraban diseminados por todas partes, y, además, los Calvos viajaban mucho, tanto por necesidad como por placer. Los paranoides podrían localizar la fuente de los quince mil megaciclos que emanaba de las mallas de hilo conductor..., ¿pero por qué razón iban a querer localizarla?

Se trataba de una adaptación del código de los Marginados, que imitaba las llamadas de los animales. Una persona recién llegada a los bosques no buscaría ningún tipo de lenguaje en el grito de una lechuza... y los paranoides no irían a buscar ninguna clase de mensajes secretos en lo que, aparentemente, sólo eran sonidos parásitos.

Así pues, y gracias a estos casquetes ligeros y fáciles de colocar, el problema quedaba finalmente resuelto. La fuente de energía sería una emisión automática de energía libre, una disminución casi imperceptible a partir de cualquier generador eléctrico, y la máquina maestra, que era la que producía los comunicadores, permanecería permanentemente oculta. Nadie, excepto el propio McNey, conocería los principios del nuevo sistema de comunicación. Y como la máquina estaría bien protegida, los paranoides nunca sabrían cómo se hacían aquellos artilugios, del mismo modo que tampoco lo sabría el propio Barton. Barton sólo se daría cuenta de su efectividad, y eso sería todo. La lista de materias primas que se necesitaban fue grabada en el tubo de alimentación de la máquina; no se necesitaba nada más. De este modo, Barton no conocería ningún secreto que pudiera revelar inadvertidamente a los paranoides, pues los secretos se encontraban todos ocultos en la propia máquina, así como en otro único lugar.

McNey se quitó la capa de malla y la dejó sobre la mesa. Apagó la máquina. Después, trabajando con rapidez, destruyó las fórmulas, así como todos los rastros de notas o materias primas. Escribió una breve nota a Barton, explicándole lo que necesitaba.

Después de todo aquello no le quedaba mucho más tiempo. McNey se dejó caer en su sillón, con su rostro, agotado, sin expresión alguna. Su aspecto no parecía el de un héroe. Y, precisamente entonces, no estaba pensando en el futuro de la raza de los Calvos, ni en el hecho de que el otro lugar donde estaba oculto el secreto era en su propio cerebro.

A medida que sus manos desataban el vendaje que le rodeaba las costillas, estaba pensando en Marian. Y a medida que su vida comenzó a escapársele junto con la sangre que empezó a perder por su herida abierta: *Quisiera poder despedirme de ti, Marian. Pero no debo tocarte, ni siquiera con la mente. Estamos demasiado cerca el uno del otro. Te despertarías y...*

*Espero que no te sientas demasiado sola, querida...*

Estaba regresando. Los Marginados no eran su gente, pero Cassie era su esposa. Así es que había traicionado a su propia raza, había traicionado el mismo futuro y ahora ya había atravesado tres

estados en pos de la tribu nómada. Cuando los vientos del otoño soplaban fríamente a través de las desnudas hojas de los árboles, llegó al fin al término de su búsqueda. Ella estaba allí, esperando. Ella estaba allí, justo detrás de aquella sierra. Lo podía percibir, sentir, y su corazón aceleró su marcha ante el regreso a casa.

Traidor. Un hombre no podía importar mucho para la vida de una raza. Habría unos cuantos niños Calvos menos que si se hubiera casado con Alexa. Los Calvos tendrían que ingeniárselas para salvarse a sí mismos...

Pero no estaba pensando en nada de todo aquello mientras dejaba atrás el último obstáculo y echaba a correr hacia donde Cassie estaba sentada, cerca de la fogata. Estaba pensando en Cassie, en la brillante oscuridad de su pelo y en las suaves curvas de sus mejillas. La llamó por su nombre, una y otra vez.

Ella no pareció creérselo al principio. Él vio la duda reflejada en sus ojos y en su mente. Pero aquella duda se desvaneció cuando él se encontró a su lado, una figura extraña con sus exóticas vestiduras de ciudad, y la tomó en sus brazos.

—Linc —dijo ella—, has vuelto.

—He vuelto —consiguió decir él.

Permaneció en silencio, pensando por un momento. Pasó algún tiempo antes de que Cassie pensara en mostrarle algo por lo que se esperaba que él pudiera manifestar algún interés.

Lo hizo. Sus ojos se abrieron mucho, hasta que Cassie se echó a reír y dijo que no era aquél el primer niño que había nacido en el mundo.

—Yo... nosotros... ¿quieres decir...?

—Claro. Nosotros. Éste es Linc junior. ¿Te gusta? También es como su papá.

—¿Qué?

—Cógelo.

Cuando Cassie colocó al niño en sus brazos, Linc comprendió lo que ella quería decirle. La pequeña cabeza no tenía pelo alguno, y no se notaba la menor señal de pestañas y cejas.

—Pero... tú no eres calva, Cassie. ¿Cómo...?

—Pero tú sí que lo eres, Linc. Ésa es la razón.

Linc la rodeó con su brazo libre y la atrajo hacia sí. No podía imaginarse el futuro; no podía darse cuenta de las implicaciones de

aquel primer resultado de la mezcla de razas. Sólo sentía un profundo e inarticulado alivio al darse cuenta de que aquel niño era como él. Era algo mucho más profundo que el deseo humano normal de perpetuar la propia especie. Era un verdadero alivio. Después de todo, no había fallado por completo ante su raza. Alexa nunca daría a luz niños suyos, pero, a pesar de todo, sus hijos tampoco necesitaban proceder de un tronco extraño.

Ese profundo y pervertido sentido del humor con el que le habían tratado los Marginados, no debería afectar a su hijo. *Le entrenaré, pensó. Lo sabrá todo desde el principio. Aprenderá a sentirse orgulloso de ser un Calvo. Y después, si ellos le necesitan alguna vez... No, si Nosotros le necesitamos alguna vez... él estará dispuesto a actuar allí donde yo fracasé.*

La raza continuaría. Era bueno, satisfactorio y correcto que la unión de un Calvo con un ser humano pudiera tener como resultado el nacimiento de niños Calvos. La línea no tenía por qué llegar a un final por el hecho de que un hombre se casara con alguien de otra clase diferente. Un hombre tenía que seguir su instinto, tal y como había hecho Linc. Era bueno pertenecer a una raza que permitía incluso aquella traición a su tradición, sin aplicar por ello ninguna pena. La línea era demasiado fuerte para ser rota. La más dominante, continuaría su evolución.

El invento de McNey quizá pudiera retrasar el día del *pogrom*. Quizá no fuera así. Pero si llegaba ese día, los Calvos continuarían su evolución. Clandestinamente, ocultos, perseguidos, pero tenían que continuar. Y quizá fuera entre los Marginados donde pudieran hallar el refugio más seguro. Porque ahora contaban entre ellos con un emisario...

*Quizá esto fue correcto, pensó Linc rodeando a Cassie y al hijo con el brazo. En otra ocasión, pertenecí a esto. Ahora, ya no pertenezco. Nunca volveré a ser feliz como lo fui antes. Sé demasiadas cosas. Pero aquí soy un lazo de unión entre la vida pública y la vida secreta de los refugiados. Quizá algún día necesiten ese lazo de unión.*

—Linc —musitó Cassie, y frunció el ceño.

Desde la distancia llegó hasta ellos el sonido creciente de unas canciones. Eran los hombres de la tribu, que regresaban después de la caza. Se sintió un poco sorprendido al darse cuenta de que ya no sentía la antigua, profunda, desconcertante desconfianza hacia

ellos. Ahora comprendía. Les conocía como ni ellos mismos llegarían a conocerse nunca. Durante los pasados meses, había aprendido lo suficiente como para poder evaluar aquel conocimiento. Los Marginados ya no eran los descontentos y los desechos de la civilización. Generaciones enteras de oprimidos les habían destilado. Los norteamericanos, en sí mismos, siempre habían sido una destilación de los pioneros, de los espíritus aventureros expulsados del viejo mundo. Aquella tensión oculta volvía a surgir ahora en sus descendientes. Sí, cierto, los Marginados eran nómadas ahora; sí, eran hombres de los bosques; eran luchadores. Así fueron los primeros norteamericanos. Formaban aquella misma rama dura que algún día volvería a dar cobijo a los oprimidos y a los perseguidos.

A través de los árboles, la canción les llegaba cada vez con mayor claridad. Jesse James Hartwell, con su poderosa voz de bajo, dirigía a los demás.

*¡Hurra! ¡Hurra! Celebramos el aniversario.*

*¡Hurra! ¡Hurra! La bandera que hace a los hombres libres.*

## Cuatro

La noche había vuelto a caer. Me encontraba tendido, mirando las frías estrellas centelleantes, y sentía cómo mi mente se volcaba hacia ese interminable espacio de infinitud.

Sentía la cabeza muy clara.

Había permanecido tendido allí durante mucho tiempo, sin moverme, mirando hacia las estrellas. La nieve había dejado de caer desde hacía algún rato, y las luces de las estrellas brillaban, arracimadas en montones de un ensombrecido azul.

No valía la pena seguir esperando más. Me llevé la mano al cinturón y saqué el cuchillo. Dejé la hoja cruzada sobre mi muñeca izquierda y permanecí pensativo un momento. Aquello podría tardar demasiado. Había formas más rápidas; lugares en los que el cuerpo era mucho más vulnerable.

Pero me sentía demasiado cansado para moverme. Dentro de un momento apretaría la hoja del cuchillo, con un movimiento rápido y pesado. Después, todo habría pasado. No valía la pena estar esperando allí el rescate, y yo estaba ciego y sordo y mudo, allí, detrás de la barrera de montañas. La vida había desaparecido por completo del mundo. Todo había desaparecido; las pequeñas motas de color brillante que poseen hasta los insectos; el extraño y pulsante latir de la vida que fluye con una marea gigantesca a través del universo, emanando quizá de los organismos microscópicos que existían en todas partes... la luz y el calor. Todo había desaparecido. Parecía como si el alma hubiera sido consumida y vaciada de todo.

Inconscientemente, tuve que haber enviado un pensamiento en petición de ayuda, porque escuché una respuesta en el interior de mi mente. Casi grité, antes de darme cuenta de que la respuesta había llegado desde mi propia mente. Se trataba de algún tipo de memoria reasumida a través de asociaciones.

*Tú eres uno de los nuestros*, había dicho el pensamiento.

¿Por qué tenía que recordar eso ahora? Eso me hacía pensar en... Hobson. Hobson y los Mendigos de Terciopelo. Porque McNey no había solucionado el último problema.

La siguiente batalla de la guerra se había librado en Sequoia.

¿Debía recordarlo?

La hoja de cuchillo estaba extendida sobre mi muñeca, como un hilo frío. Sería demasiado fácil morir. Mucho más fácil que seguir viviendo, ciego y sordo y solo.

*Tú eres uno de los nuestros*, volvió a decirme mi pensamiento.

Y mi mente regresó a una luminosa mañana en una ciudad cercana a la antigua frontera canadiense, y volví a sentir el olor del aire frío y lleno de aroma de pino, y los pasos rítmicos de un hombre que andaba a lo largo de la calle Redwood... hace cien años.

# MENDIGOS DE TERCIOPELO

## I

Fue como pisar una serpiente. Aquella cosa, oculta en la hierba fresca y verde, se retorció bajo el pie y se volvió y pegó con odio. Pero el pensamiento no era el de un reptil o una bestia; sólo el hombre era capaz de la malignidad que, en realidad, no era otra cosa que una perversión del intelecto.

El rostro oscuro de Burkhalter no cambió de expresión; su paso tranquilo no se alteró. Pero su mente regresó instantáneamente de aquella ciega malevolencia, preparada y alerta, mientras por todo el pueblo los Calvos detenían imperceptiblemente su trabajo o sus conversaciones, a medida que sus mentes se ponían en contacto con la de Burkhalter.

Ningún humano se dio cuenta.

Bajo la brillante luz solar de la mañana, los que se encontraban en la calle Redwood se inclinaron cariñosa y amistosamente ante Burkhalter. Pero una sensación de intranquilidad se extendió a lo largo de la calle; era el mismo aire frío y amenazador que había estado soplando durante días a través de los pensamientos de todos los telépatas de Sequoia. Delante había unos pocos comerciantes madrugadores, algunos niños que acudían a la escuela, un grupo reunido en el exterior de la barbería, uno de los doctores del hospital.

*¿Dónde está?*

La repuesta llegó rápidamente. *No lo puedo localizar. Pero cerca de ti...*

Alguien... una mujer por los tonos armónicos de su pensamiento, envió un mensaje matizado por la confusión

emocional, casi histérica. *Uno de los pacientes del hospital...*

Instantáneamente, los pensamientos de todos los demás se acercaron a ella, tranquilizándola, con una actitud cálida, llena de amistad y comodidad. Hasta Burkhalter tuvo tiempo para enviar un claro pensamiento de unidad. Reconoció, entre los demás, la fría y competente personalidad de Duke Heath, el sacerdote-médico Calvo, con sus sutiles gradaciones psicológicas que sólo podían ser sentidas por otro telépata.

*Es Selfridge*, le dijo Heath a la mujer, mientras los otros Calvos escuchaban. *Sólo está bebido. Creo que yo estoy más cerca, Burkhalter. Ya voy.*

Un helicóptero giró allá arriba, llevando tras él, oscilantes, los planeadores de transporte, estabilizados por sus giróscopos. Se elevó sobre la cadena montañosa occidental y se dirigió hacia el Pacífico. A medida que el zumbido de su motor se iba debilitando, Burkhalter pudo escuchar el apagado rugido de la catarata, valle arriba. Era vívidamente consciente de la blancura espumosa del agua, cayendo del elevado risco; de las laderas de las colinas que rodeaban Sequoia, llenas de pinos, abetos y secoyas; del ruido distante de la fábrica de celulosa. Enfocó el pensamiento hacia estas cosas limpias y familiares para librarse de la enfermiza suciedad que soplaba desde la mente de Selfridge hasta la suya. Entre los Calvos, la sensibilidad y sensibilidad iban cogidas de la mano, y Burkhalter se había preguntado más de una vez cómo se las arreglaba Duke Heath para conservar su equilibrio a la vista del trabajo del hombre entre los pacientes psiquiátricos del hospital. La raza de los Calvos había evolucionado demasiado rápidamente; no eran agresivos, pero la supervivencia de la raza dependía de la competencia.

*Está en la taberna*, dijo el pensamiento de una mujer. Automáticamente, Burkhalter se apartó del mensaje; sabía muy bien de qué mente procedía. La lógica le dijo instantáneamente que la fuente no importaba... al menos en esta ocasión. Barbara Pell era una paranoide; en consecuencia, un enemigo. Pero tanto los paranoides como los Calvos estaban desesperadamente ansiosos por evitar una ruptura abierta. Aunque sus objetivos últimos se encontraban muy apartados, sus caminos corrían paralelamente a veces.

Pero ya era demasiado tarde. Fred Selfridge salió de la taberna, parpadeó bajo la luz del sol, y vio a Burkhalter. El rostro delgado, de mejillas huecas del comerciante se contrajo en una mueca amarga. La enmarañada malignidad de su pensamiento pareció ir por delante de él a medida que avanzaba hacia Burkhalter, haciendo oscilar una mano cerca del *misericordia* que colgaba de su cinturón.

Se detuvo delante de Burkhalter, impidiendo el paso del Calvo. Su mueca se ensanchó.

Burkhalter se había detenido. Un pánico seco le atenazaba la garganta. Sentía miedo, no por sí mismo, sino por su raza, y todos los Calvos de Sequoia lo sabían... y observaban.

—Buenos días, Fred —dijo.

Selfridge no se había afeitado aquella mañana. Se llevó la mano a la mejilla barbuda y dejó caer los párpados.

—Señor Burkhalter —dijo—. *Cónsul* Burkhalter. Es bueno que esta mañana recuerde usted llevar su peluca. Las cabezas peladas se pueden constipar con facilidad.

*Gana tiempo*, le ordenó Duke Heath. Voy en seguida. *Yo lo arreglaré*.

—No he pulsado ningún hilo para conseguir este trabajo, Fred —dijo Burkhalter—. La ciudad me ha nombrado cónsul. ¿Acaso puede culparme por eso?

—Usted sí tocó los hilos —dijo Selfridge—. Sé distinguir muy bien los chanchullos cuando los veo. Fue usted maestro de escuela en Modoc, o en alguna aldea. ¿Qué demonios sabe usted de los Marginados?

—No tanto como usted —admitió Burkhalter—. Es usted quien ha tenido la experiencia.

—Claro. Claro que la he tenido. Así es que se coge a un maestro a medio formar y se le nombra cónsul para los Marginados. Un novato que ni siquiera sabe que entre esas bestias hay tribus caníbales. He estado comerciando con los hombres de los bosques desde hace treinta años, y sé muy bien cómo tratarlos. ¿Es que les va a contar bonitas historias sacadas de sus libros?

—Haré lo que se me diga que haga. Yo no soy el jefe.

—No. Pero quizá lo sean sus amigos. ¡Relaciones! Si yo hubiera tenido las mismas relaciones que usted, estaría tranquilamente

sentado, como usted, consiguiendo buenos méritos por el mismo trabajo. Sólo que yo haría ese trabajo mejor... mucho mejor.

—No estoy interfiriendo en sus negocios —dijo Burkhalter—. Usted sigue comerciando, ¿no es cierto? A mí sólo me preocupan mis propios asuntos.

—¿De veras? ¿Y cómo sé lo que les dice a los Marginados?

—Mis informes están abiertos a cualquiera.

—¿Sí?

—Claro. Mi trabajo consiste únicamente en promover relaciones pacíficas con los Marginados. No tengo la misión de llevar a cabo ningún comercio, excepto lo que *ellos* mismos quieran... y entonces les enviaré a tratar con usted.

—Eso me parece bien —dijo Selfridge—. Excepto por una cosa. Usted puede leer mi mente y contar a los Marginados todos mis secretos sobre mi negocio.

La guardia de Burkhalter se aflojó un tanto. No lo podría haber evitado. Había permanecido en las cercanías mentales del hombre todo el tiempo que pudo, aunque aquello era como respirar aire viciado.

—¿Tiene miedo de eso? —preguntó y sintió inmediatamente haber dicho aquellas palabras.

En su mente, las voces gritaron: ¡*Cuidado!*

—Así es que después de todo lo hacen, ¿eh? —preguntó Selfridge, enrojeciendo—: Todas esas hablaturías sobre que ustedes, los cabezas peladas, respetan la intimidad de la gente... ¡claro! ¡No es nada extraño que consiguiera usted el puesto de cónsul! Leyendo las mentes...

—Un momento —dijo Burkhalter—. No he leído la mente de un no Calvo en toda mi vida. Ésa es la única verdad.

—¿De veras? —el comerciante sonrió con una mueca burlona—. ¿Y cómo diablos sé yo que no me está mintiendo? Puede usted mirar dentro de mi mente y ver si estoy diciendo la verdad o no. Lo que necesitan los Calvos es que alguien les enseñe cuál es su lugar, y por dos monedas, yo...

La boca de Burkhalter se contrajo, en un gesto rígido.

—No voy a entablar un duelo —dijo, con esfuerzo—. No estoy dispuesto a entablar un duelo.

—¿Ah no? —dijo Selfridge, y esperó, haciendo oscilar la mano

sobre la empuñadura de su daga.

Y se produjo el dilema de siempre. Ningún telépata podía perder un duelo con un no Calvo, a menos que deseara cometer un suicidio. Pero tampoco se trataba de ganar. Los Calvos preferían humillarse y pedir disculpas. Una minoría que vive por tolerancia, no debe revelar nunca su superioridad, pues, en caso contrario, no sobrevivirá. Un incidente así podría abrir el dique que los telépatas habían erigido penosamente contra la creciente marea de la intolerancia.

Porque el dique era demasiado largo. Abarcaba a toda la humanidad. Y resultaba imposible vigilar cada centímetro de toda aquella increíble ribera de costumbres, orientaciones y propaganda, aunque los principios básicos ya eran instilados en todos los Calvos desde su infancia. Algún día, el dique se rompería, pero cada hora que transcurría significaba la acumulación de un poco más de fuerza...

—Un tipo como tú, Selfridge —dijo entonces la voz de Duke Heath—, estaría mejor muerto.

Burkhalter se sintió repentinamente conmovido. Dirigió la mirada hacia el sacerdote-médico, recordando la sutil tensión que había captado recientemente bajo la profunda calma de Heath, preguntándose si no sería aquélla la explosión. Entonces, captó el pensamiento en la mente de Heath y se relajó, aunque de mala gana.

Junto al calvo se encontraba Ralph Selfridge, una copia más ligera y pequeña de Fred. Estaba sonriendo con bastante timidez.

—Escucha, Heath —dijo Fred Selfridge, mostrando sus dientes—. No trates de permanecer en esa posición. No tienes ninguna posición. Tú eres un sucedáneo. Ningún cabeza pelada puede ser un verdadero sacerdote o un médico.

—Claro que pueden —dijo Heath—. Pero no lo hacen —su rostro redondo y juvenil se contrajo en una mueca burlona—. Escúchame...

—No voy a escuchar...

—¡Cállate!

Selfridge parpadeó, lleno de asombro. Fue cogido por sorpresa, y

no supo ni utilizar su daga o sus puños. Mientras dudaba, Heath siguió hablando, de mal humor.

—He dicho que estarías mejor muerto y eso era lo que quería decir. Este muchacho hermano tuyo cree que eres alguien tan excelente que te imita en todo lo que haces. ¡Y mírale ahora! Si la epidemia llega a Sequoia, no tendrá resistencia suficiente para elaborar anticuerpos, y el joven idiota no quiere que le administre dosis preventivas. Supongo que cree poder vivir sólo del whisky, como tú.

Fred Selfridge frunció el ceño, mirando a Heath, observó después fijamente a su hermano menor y volvió a mirar al médico-sacerdote. Finalmente, sacudió la cabeza, tratando de aclarar sus pensamientos.

—Deja a Ralph solo. Él está bien.

—Bueno, entonces empieza a ahorrar para pagar los funerales —comentó Heath con crueldad—. Como sucedáneo de médico, sería capaz de darte ahora mismo un pronóstico... *rigor mortis*.

—Espera un momento —dijo Selfridge, apretando los labios—. El muchacho no está enfermo, ¿verdad?

—Hay una epidemia hacia el cruce de Columbia —informó Heath—. Se trata de una de las nuevas mutaciones virales. Si llega hasta aquí, habrá problemas. Es un poco como el tétanos. Una vez que se ven afectados los centros nerviosos no se puede hacer nada. Las dosis preventivas ayudarían bastante, especialmente cuando un hombre tiene el tipo de sangre adecuado... como el de Ralph.

Burkhalter captó una orden, emitida desde la mente de Heath.

—Tú mismo podrías tomarte algunas dosis, Fred —siguió diciendo el sacerdote-médico—. Sin embargo, tu tipo de sangre es el B, ¿verdad? Y eres lo bastante fuerte como para resistir una infección. No obstante, este virus es algo nuevo, una mutación de la antigua epidemia de gripe.

Siguió su camino. Al otro lado de la calle alguien le llamo por su nombre y el cónsul se apartó, sin que nadie se diera cuenta de su marcha, excepto una mirada de soslayo que le lanzó Selfridge.

Una muchacha delgada, de pelo rojizo, estaba esperando debajo de un árbol, en la esquina. Burkhalter frunció imperceptiblemente

el ceño al darse cuenta de que no podía evitarla. Nunca le era posible controlar del todo la tormenta de sensaciones que se producían en su interior al ver o pensar en Barbara Pell. Se encontró con sus luminosos y estrechos ojos, llenos de alfilerazos de luz. Observó su redondeada delgadez, que parecía tan suave y que, según pensó, sería tan dura al tacto como su mente lo era ante el contacto del pensamiento. Su brillante peluca roja, casi demasiado exuberante, dejaba caer unos pesados rizos sobre el rostro cuadrado y alerta, moviéndose como los tentáculos rojos de una medusa sobre sus hombros cuando ella volvía la cabeza. Curiosamente, ella tenía un típico rostro de pelirroja, de pómulos salientes, peligrosamente vivo. Hay una cierta cualidad en las personas de pelo rojo que va mucho más allá que el simple color del pelo, pues, desde luego, Barbara Pell había nacido sin ningún pelo, como cualquier otro Calvo.

—Eres un tonto —dijo ella suavemente cuando él llegó a su lado—. ¿Por qué no te libras de ese Selfridge?

—No —contestó Burkhalter, sacudiendo la cabeza—. Y no trates tú de hacer nada por tu cuenta.

—Yo fui quien te avisó de que estaba en la taberna. Y llegué aquí antes que nadie, excepto Heath. Si trabajáramos juntos...

—No podemos.

—Docenas de veces os hemos salvado a vosotros, traidores —dijo la mujer amargamente—. ¿Esperaréis hasta que los humanos os quiten la vida?

Burkhalter echo a andar y se volvió hacia el camino que subía la colina, saliendo de Sequoia. Sabía muy bien que Barbara Pell le seguía mirando, desde atrás. Podía verla con tanta claridad como si tuviera ojos en la espalda; podía ver aquel rostro luminoso y peligroso, su hermoso cuerpo, sus brillantes, hermosos y locos pensamientos.

Porque, al margen de todo lo odiosos que pudieran ser, los paranoides eran tan hermosos y tentadores como indicaba la belleza de Barbara Pell. Peligrosamente tentadores. Un mundo libre, en el que los Calvos pudieran andar y vivir y pensar con seguridad, sin tener que seguir sojuzgando las capacidades de sus mentes a unos límites artificiales, del mismo modo que, en otros tiempos, los hombres doblaron sus espaldas como muestra de humillación ante

sus dueños. Una inclinación es algo humillante, pero hasta la mente del siervo puede desplegarse con libertad. Limitar la mente es limitar el alma, y ninguna humillación puede ser peor que ésta.

Pero no había ningún mundo como el que soñaban los paranoides. El precio sería demasiado caro. ¿De qué le serviría a un hombre, pensó Burkhalter de mal humor, ganar todo el mundo si con ello perdía su alma? Esas palabras pudieron haber sido pronunciadas en relación con esto, y no con otra cosa, de tan bien como se adaptaban a ello. El precio tenía que ser el convertirse en asesino, y quien pagara ese precio, se convertiría automáticamente en alguien que mancharía el mismo mundo que había comprado con ello, hasta el punto de que, si era una criatura normal, nunca disfrutaría de lo que le habría costado tanto conseguir. Burkhalter recordó en su mente el fragmento de un verso y saboreó de nuevo la amarga melancolía del poeta que lo escribió, quizá mucho más completamente de lo que jamás soñara el propio poeta.

*Veo muy lejos el país*

*en el que nunca podré estar.*

*El corazón va hacia donde no pueden ir los pasos,*

*hacia la tierra prometida.*

La mente de Barbara Pell envió tras él una furiosa flecha envenenada llena de burla y odio. *Eres un tonto. Todos sois unos tontos. No os merecéis la telepatía si la degradáis. Si os unierais a nosotros en...* El pensamiento dejó de ser articulado y se convirtió de pronto en una gran mancha roja, salpicada de sangre, maloliente, como si toda la mente de la mujer se estuviera bañando deliciosamente en la sangre de todos los seres humanos.

Burkhalter apartó su pensamiento de todo contacto con los enfermizos pensamientos de ella. Lo que querían ya no era una vida libre, se dijo a sí mismo, dándose cuenta repentinamente de ello... Lo que ahora estaban buscando no era más que la consecuencia de la codicia. Habían perdido de vista la idea de un mundo libre. Todo lo que querían era matar.

*¡Tonto, tonto, tonto!*, le gritaron los pensamientos de Barbara Pell, tras él. *¡Espera y verás! Espera hasta que... uno por dos es dos, dos por dos son cuatro, tres por dos son...*

*Están tramando algo*, pensó Burkhalter con severidad. Y envió su

mente, a modo de prueba, tratando de traspasar la repentina barrera artificial con la que ella había intentado ocultar un pensamiento del que hasta ella misma se dio cuenta de que era indiscreto. Ella luchó con rencor contra aquella exploración. Él sólo sintió unas vagas y sangrientas visiones, agitándose detrás de la barrera. Entonces, ella se echó a reír sin producir ni un sonido, y lanzó sobre él un claro y terrible pensamiento paranoide, una imagen de una repugnante claridad, que chapoteó contra su rostro con su sorprendente enrojecimiento.

Apartó su mente con una suavidad que fue puro reflejo. Resultaba tan peligroso tocar el fuego como pensamientos similares a los de ella. Era una de las formas en que cualquier paranoide apartaba los pensamientos inquisitivos de un no paranoide cuando llegaba la necesidad. Y, desde luego, ningún Calvo soñaría siquiera en explorar otra mente a menos que fuera invitado a hacerlo así. Burkhalter se estremeció.

Desde luego, estaban tramando algo. Debía informar del episodio a quienes se ocupaban de saber lo que hacían los paranoides. La mente de Barbara Pell no era, en cualquier caso, la más propicia para revelar mucha información sobre planes secretos. Ella era una simple ejecutante, no una planificadora. Apartó fastidiosamente sus pensamientos de ella, del mismo modo en que un gato se sacude el agua.

Subió el camino de escalones que salía de Sequoia hasta llegar a su casa, cerrando deliberadamente su mente a todas las cosas que quedaban tras él. Después de andar durante quince minutos, llegó a su rústica cabaña de troncos y plástico, construida cerca de la sombra del Bosque Occidental Canadiense. Éste era su consulado, y únicamente la cabaña de los hermanos Selfridge se encontraba más allá, entre la espesura que se extendía hacia el norte, hasta el mar de Beaufort, que se mezclaba con el Océano Ártico.

En su mesa de despacho, una luz roja indicaba que había un mensaje en el terminal del servicio neumático que se introducía unos nueve kilómetros en el bosque. Lo leyó cuidadosamente. Una delegación de Marginados llegaría pronto; eran representantes de tres grupos tribales. Bien...

Comprobó los suministros, observando por televisión el estado del almacén general, y después se sentó tras su mesa de despacho,

dispuesto a esperar. Heath no tardaría en aparecer por allí. Mientras tanto, cerró los ojos y concentró su atención en el fresco olor de los pinos que penetraba por la ventana abierta. Pero el fresco y limpio aroma se vio manchado por errantes corrientes de pensamiento que corrompían el aire.

Burkhalter se estremeció.

## II

Sequoia se encontraba cerca de la frontera del antiguo Canadá, que ahora se había convertido en una inmensa extensión de terreno selvático, cubierta desde hacía tiempo por el bosque. Su industria consistía en la obtención de productos derivados de la celulosa, y existía también un inmenso hospital psiquiátrico que justificaba el elevado porcentaje de Calvos existente en el pueblo. Por lo demás, Sequoia sólo se distinguía de los cientos de miles de ciudades que salpicaban América por el reciente establecimiento de una misión diplomática, el consulado, que representaba un medio de contacto oficial con las tribus errantes que se habían ido retirando hacia los bosques a medida que se desplegaba la civilización. Era una ciudad situada en un valle, bordeada por cuevas dotadas de escalones, con sus enormes coníferas y las cataratas de agua blanca que descendían de las montañas nevadas. No muy al oeste, más allá del estrecho de Georgia y de la isla Vancouver, se encontraba el Pacífico. Pero había muy pocas carreteras. El transporte era aéreo. Y las comunicaciones se mantenían principalmente por medio del telerradio.

En Sequoia vivían, más o menos, unas cuatrocientas personas; era pues, un pequeño pueblo bastante independiente que intercambiaba sus productos especializados por alimentos procedentes de Lafitte, libros de Modoc, cuchillos de berilio-acero y arados motorizados de American Gun, ropas de Dempsey y Gee Eye. Las fábricas textiles de Boston habían desaparecido junto con Boston; aquella humeante y gris desolación no había cambiado desde que se produjera la Explosión. Pero en América aún quedaba mucho terreno, al margen de lo rápidamente que pudiera aumentar

la población; la guerra había diezmado mucho la población. Y, a medida que fue avanzando la tecnología, también se progresó en la utilización de terrenos áridos e infértiles, y los fuertes utensilios de la planta de *kudzu* habían abierto vastas extensiones de terreno, listo para la labranza. Pero la agricultura no era la única industria. Los pueblos se especializaron, sin llegar nunca a convertirse en ciudades grandes, sino enviando a parte de sus habitantes hacia nuevas zonas para fundar otros pueblos... o más bien extendiéndose como cañas de frambuesa, para arraigar allí donde encontraban tierra.

Deliberadamente, Burkhalter no estaba pensando en la mujer de pelo rojo cuando entró Duke Heath. Pero el sacerdote-médico captó la tensa y negativa imagen mental y movió la cabeza.

—Barbara Pell —dijo—. La he visto.

Los dos hombres se tocaron apenas la superficie de sus mentes. Eso no podía enmascarar sus pensamientos, pero si cualquier otro cerebro intentaba explorar, se produciría una advertencia instantánea durante la que ellos podrían tomar sus precauciones. Sin embargo, era necesario que la conversación se mantuviera oralmente y no telepáticamente.

—Pueden oler cómo se aproximan los problemas —dijo Burkhalter—. Se han estado infiltrando últimamente en Sequoia, ¿verdad?

—Sí. Desde el momento en que ocupaste este consulado, empezaron a llegar —Heath se mordisqueó los nudillos—. En el término de cuarenta años, los paranoides han creado una verdadera organización.

—Sesenta años —corrigió Burkhalter—. Mi abuelo ya los vio venir en el 82. Hubo un paranoide en Modoc... un lobo solitario por aquella época, pero fue uno de los primeros síntomas. Y desde entonces...

—Bueno, han crecido cualitativa y no cuantitativamente. Ahora, ¡hay más verdaderos Calvos que paranoides! Desde el punto de vista psicológico son anormales. Odian el casarse con no Calvos. Mientras que *nosotros* lo hacemos, así es que los rasgos dominantes continúan... se extienden.

—Por el momento —observó Burkhalter.

—No hay ninguna epidemia en el cruce de Columbia —dijo Heath, frunciendo el ceño—. Tenía que apartar a Selfridge de ti de algún modo, y posee un fuerte sentido paternal con respecto a su hermano. Así lo conseguí..., pero eso no será permanentemente. Con todo ese ir y venir, la parte se iguala al todo. Tú has conseguido el consulado; él posee un pequeño y bonito negocio con los Marginados; él te odia... así es que te ataca en tu parte más vulnerable. Por otra parte, él también racionaliza. Se dice a sí mismo que si tú no tuvieras la poca limpia ventaja de ser un Calvo, nunca habrías conseguido el consulado.

—No fue limpio.

—Tuvimos que hacerlo —dijo Heath—. Los no Calvos no deben descubrir lo que estamos creando entre los Marginados. Algún día, la gente de los bosques puede ser nuestro único refugio. Si un no Calvo hubiera conseguido el consulado...

—Estoy trabajando en la oscuridad —dijo Burkhalter—. Todo lo que sé es que tengo que hacer lo que me digan los Mudos.

—Yo tampoco sé mucho más que tú. Los paranoides tienen su Poder... esa banda secreta de comunicación que no podemos interceptar... y únicamente los Mudos tienen un método para luchar contra esa arma. No olvides que aun cuando nosotros no podemos leer la mente de un Mudo, los paranoides tampoco. Si conocieras sus secretos, tu mente sería como un libro abierto... cualquier telépata podría leerla.

Burkhalter no dijo nada. Heath suspiró y observó el brillo de las agujas de los pinos bajo la luz del sol, al otro lado de la ventana.

—Para mí tampoco es fácil ser un sucedáneo —dijo—. Ningún no Calvo puede ser un sacerdote, del mismo modo que no puede ser un médico. Pero yo tengo que serlo. Los médicos del hospital lo sienten con mucha mayor fuerza que yo mismo. Saben los numerosos casos psicóticos que han podido ser curados gracias a que somos capaces de leer las mentes. Mientras tanto... —y se encogió de hombros.

—Lo que necesitamos es un nuevo país —dijo Burkhalter, que se había quedado mirando hacia el norte.

—Lo que necesitamos es un nuevo mundo. Y algún día lo tendremos.

Una sombra se dibujó en la puerta. Los dos hombres se volvieron. Una pequeña figura se encontraba allí; era un hombre pequeño y algo grueso, de pelo rizado y corto y suaves ojos azules. La daga que pendía de su cinto parecía algo incongruente, como si aquellos dedos regordetes fueran incapaces de sostener con fuerza la empuñadura del arma.

Ningún Calvo leería a propósito la mente de un no telépata, pero se produce un reconocimiento instintivo entre los Calvos. Así es que tanto Burkhalter como Health se dieron cuenta instantáneamente de que el extraño era un telépata... y después, tras aquel pensamiento, se dieron cuenta con asombro de la vaciedad del lugar donde tenían que estar los pensamientos. Era como avanzar sobre el hielo duro y darse cuenta de pronto de que aquello no era más que agua clara. Sólo unos pocos hombres podían guardar sus mentes por completo de aquella forma. Eran los Mudos.

—Hola —dijo el extraño, adelantándose y apoyándose en la esquina de la mesa—. Veo que me conocen. Mantendremos la conversación oralmente, si no les importa. Puedo leer sus pensamientos, pero ustedes no pueden leer los míos —sonrió burlonamente, añadiendo—: No vale la pena preguntarse por qué, Burkhalter. Si usted lo supiera, los paranoides también lo sabrían. Bien, me llamo Ben Hobson —se detuvo y continuó al cabo de un instante—. Problemas, ¿verdad? Bien, ya abordaremos eso más tarde. Ahora, permítame que les diga lo que tengo que decirles.

Burkhalter envió una mirada de soslayo hacia Heath.

—Hay paranoides en el pueblo. No diga demasiadas cosas, a menos que...

—No se preocupe. No lo haré —aseguró Hobson—. ¿Qué saben sobre los Marginados?

—Son descendientes de tribus nómadas que no se unieron a los pueblos después de la Explosión. Una especie de gitanos. Gentes de los bosques. Bastante amistosos.

—Correcto —dijo Hobson—. Ahora, lo que les voy a decir es conocido en general, incluso entre los paranoides. Ustedes también deben saberlo. Hemos detectado algunas células entre los Marginados... Calvos. Todo empezó por puro accidente, hace unos cuarenta años, cuando un Calvo llamado Linc Cody fue adoptado por los Marginados y criado por ellos sin que éste conociera cuál

era su herencia. Más tarde lo descubrió. Él vive aún con los Marginados, y también sus hijos.

—¿Cody? —preguntó Burkhalter con lentitud—. He oído contar historias sobre el Cody...

—Propaganda psicológica. Los Marginados son bárbaros. Pero queremos que mantengan una actitud amistosa, y queremos también que despejen el camino para unirnos a ellos si algún día llegara a ser necesario. Hace veinte años, comenzamos a construir en los bosques un símbolo viviente que sería aparentemente un chamán y, en realidad, un delegado para nosotros. Utilizamos una farsa. Linc Cody se vistió con un traje apropiado, le entregamos artilugios y finalmente los Marginados mismos crearon la leyenda de Cody... una especie de espíritu benevolente de los bosques que actúa como un controlador sobrenatural. Él les gusta a ellos, le obedecen y le temen; especialmente porque puede aparecer en cuatro lugares al mismo tiempo.

—¿Cómo es eso? —preguntó Burkhalter.

—Cody tuvo tres hijos —explicó Hobson, sonriendo—. Es a uno de ellos a quien ustedes verán hoy. Su amigo Selfridge ha organizado un pequeño complot. Cuando esa delegación de Marginados llegue aquí, está previsto que uno de sus jefes le asesine. Yo no puedo interferir personalmente en el asunto, pero Cody lo hará. Es necesario que usted siga el juego. No demuestre en modo alguno que espera tener problemas. Cuando Cody aparezca, todos los jefes quedarán muy impresionados.

—¿No habría sido mucho mejor no decirle a Burkhalter lo que le espera? —preguntó Heath.

—No, y por dos razones. Él puede leer las mentes de los Marginados, le doy carta blanca en eso; y, además, debe seguir el juego a Cody. ¿De acuerdo, Burkhalter?

—De acuerdo —asintió el cónsul.

—Entonces me marchó —dijo Hobson, irguiéndose y sonriendo aún—. Buena suerte.

—Espere un momento —pidió Heath—. ¿Qué me dice de Selfridge?

—No le maten. Ninguno de ustedes dos. Saben que ningún Calvo puede entablar un duelo con un no Calvo.

Burkhalter apenas si le estaba escuchando. Sabía que tenía que

mentar el pensamiento captado por sorpresa en la mente de Barbara Pell, y había estado retrasando el momento de pronunciar su odiado nombre, abrir las puertas de sus pensamientos lo bastante como para que su imagen se deslizara en ellos, una imagen hermosa, un cuerpo deliciosamente hermoso, una mente brillante, peligrosa y loca...

—Hace un momento he visto a uno de los paranoides en el pueblo —dijo al fin—. Barbara Pell. Una tarea nauseabunda, contactar con esa mujer. Permitted que se deslizara algo sobre sus planes. Los encubrió demasiado rápidamente para que yo pudiera extraer mucho, pero usted puede pensar sobre el particular. Supongo que están detrás de algo planeado para muy pronto.

—Gracias —le dijo Hobson, sonriéndole—. Les estamos vigilando. También tendremos un ojo puesto en esa mujer. Muy bien entonces, buena suerte.

Se marchó. Burkhalter y Heath se miraron el uno al otro.

El Mudo descendió tranquilamente por el camino que conducía al pueblo. Su boca estaba contraída mientras silbaba; sus mofletudas mejillas vibraban. Al pasar junto a un elevado pino, sacó repentinamente su cuchillo y saltó al otro lado del árbol. El hombre que se había ocultado allí fue cogido por sorpresa. La hoja penetró inexorablemente en su cuerpo. El paranoide sólo tuvo tiempo para lanzar un desesperado grito mental antes de morir.

Hobson limpió el cuchillo, lo enfundó y continuó su camino. Bajo la morena peluca, un mecanismo, en forma de cuero cabelludo, empezó a funcionar. Ningún Calvo y ningún paranoide podía recibir las señales que Hobson estaba enviando y recibiendo ahora.

—Saben que estoy aquí.

—A veces lo saben —le dijo una voz sin sonido—. No pueden captar estas frecuencias moduladas que utilizan los casquetes, pero pueden percibir la presencia del escudo. Pero mientras ninguno de ellos sepa por qué...

—Acabo de matar a uno.

—Una sabandija menos —fue la respuesta, fríamente satisfecha.

—Creo que permaneceré algún tiempo por aquí. Los paranoides se han estado infiltrando. Así lo creen tanto Burkhalter como Heath.

Parece que existe algún plan que aún no puedo leer; los paranoides sólo piensan en él en su propia banda.

—Entonces, quédate. Mantente en contacto. ¿Qué hay de Burkhalter?

—Lo que sospechábamos. Está enamorado de la paranoide Barbara Pell. Pero él no lo sabe aún.

En el pensamiento de respuesta se notó tanto un estremecido aborrecimiento como una involuntaria simpatía.

—No puedo recordar que haya sucedido nada parecido con anterioridad. Él puede leer la mente de esa mujer, sabe que es una paranoide...

—El darse cuenta de la presencia de ese sentimiento le molestaría mucho, Jerry —dijo Hobson, sonriendo—. Al parecer, has elegido al hombre erróneo para este trabajo.

—No es eso lo que dicen los informes sobre Burkhalter. Siempre ha llevado una vida retirada y su carácter está por encima de todo reproche. Su nivel de empatía era muy elevado. Y enseñó sociología durante seis años en New Yale.

—La enseñó, pero creo que las enseñanzas permanecieron remotas a él mismo. Sólo hace seis semanas que conoce a Barbara Pell. Y ya está enamorado de ella.

—¿Pero cómo... aun subconscientemente? Por simple instinto, los Calvos rechazan y odian a los paranoides.

Hobson llegó a las afueras de Sequoia y continuó andando, pasando junto a la plaza donde se encontraba la poderosa y aislada estación energética.

—Es algo perverso —le dijo al otro Mudo—. Algunos hombres sólo se sienten atraídos por mujeres feas. No puedes discutir con una cosa así. El hecho es que Burkhalter se ha enamorado de una paranoide, y confío con todas mis fuerzas en que nunca se dé cuenta de ello. Puede llegar a suicidarse. O puede ocurrir cualquier cosa. Ésta es... —su pensamiento se movió entonces con un lento énfasis—. Ésta es la situación más peligrosa con la que los Calvos se han enfrentado jamás. Aparentemente, nadie prestó mucha atención a lo que dijo Selfridge, pero el daño ya ha sido hecho. La gente ha escuchado. Y los no Calvos siempre han desconfiado de nosotros. Si se produce un golpe, nos convertiremos automáticamente en las víctimas propiciatorias.

—¿Tan grave es, Ben?

—El *pogrom* puede comenzar en Sequoia.

Una vez iniciada la partida de ajedrez, no había forma alguna de detenerla. Era acumulativa. Los paranoides, la rama deformada de la mutación telepática paralela, no estaban locos; existía en ellos una patología psiconeurótica. Únicamente alimentaban una ilusión básica: ellos eran la superraza. Sobre esa base construían su edificio de sabotaje planetario.

Los no Calvos les superaban en número, y no podían luchar contra la tecnología que había florecido durante los días de la descentralización. Pero si la cultura de los no Calvos era debilitaba, arruinada...

Asesinatos, hábilmente enmascarados como duelos o accidentes; sabotajes secretos en cientos de ramos económicos, desde la ingeniería hasta la publicidad; propaganda, mostrada cuidadosamente en los lugares adecuados... y la civilización se dirigía hacia un colapso, a no ser que hubiera algo capaz de impedirlo.

Los Calvos, la verdadera mutación no paranoide, estaban luchando por la antigua raza. Tenían que hacerlo. Sabían, como no podían saber los ciegos paranoides, que los no Calvos llegarían a saber cuál era el juego, y que entonces nada podría detener un gran *pogrom* a escala mundial.

Una de las ventajas que tuvieron los paranoides por un tiempo fue una banda especializada a través de la cual se podían comunicar telepáticamente, en una longitud de onda que no podía ser interceptada. Después, un técnico Calvo perfeccionó los casquetes de comunicación, con una modulación de alta frecuencia que también era indetectable. Mientras un Calvo llevara aquel casquete debajo de su peluca, su mente únicamente podría ser leída por otro Mudo.

Así fue como se llamó a un pequeño grupo de exterminadores, dedicados a destruir a los paranoides por completo. Se trataba, de hecho, de una fuerza de policía, que trabajaba en secreto y que nunca se quitaban los casquetes, que les apartaban de la completa unidad tan importante en la vida psíquica de la raza de los Calvos.

Habían renunciado voluntariamente a una gran parte de su herencia. Resultaba una paradoja curiosa el hecho de que sólo limitando estrictamente su poder telepático pudieran estos pocos Calvos utilizar su arma contra los paranoides. Luchaban para ganar tiempo y llegar a una unificación definitiva, cuando la mutación dominante se hubiera hecho numéricamente tan poderosa que no existiera en todo el mundo necesidad alguna de establecer barreras mentales o prohibiciones psíquicas.

Mientras tanto, los seres más poderosos de la raza de los Calvos no podían conocer, excepto a un nivel muy limitado, la sutil satisfacción de la más amplia comunicación mental, cuando cien o mil mentes se unían para sumergirse en la profunda y eterna paz que sólo podían conocer los telépatas.

Ellos, en cierto sentido, también eran mendigos de terciopelo.

### III

—¿Qué te pasa, Duke? —preguntó Burkhalter de repente.

—Nada —contestó Heath, sin moverse.

—No me digas eso. Parece como si tus pensamientos estuvieran atrapados en arenas movedizas.

—Quizá lo estén —admitió Heath—. Lo cierto es que necesito un descanso. Me gusta este trabajo, pero a veces me agota.

—Bueno, tómame unos días de descanso.

—No puedo. Estamos demasiado atareados. Nuestra reputación es tan buena que estamos recibiendo casos de todas partes. Somos uno de los primeros sanatorios mentales en los que se lleva a cabo psicoanálisis a cargo de Calvos. Desde luego que, durante años, esto se ha mantenido *sub rosa*. A la gente no le gusta la idea de que los Calvos se introduzcan en las mentes de sus familiares. Sin embargo, como hemos empezado a demostrar muy buenos resultados... —elevó los ojos y siguió diciendo—: Podemos ser de gran ayuda incluso en las enfermedades psicosomáticas, y nos las arreglamos muy bien en los trastornos de la personalidad. La gran pregunta, ya lo sabes, es *por qué*. Por qué han estado poniendo veneno en la comida de los pacientes, por qué les observan... y todo eso. Una vez

que esas preguntas han sido contestadas por completo, solemos encontrar las claves adecuadas. Y el paciente medio se abre como una almeja cuando el psiquiatra le pregunta. Pero —la excitación de Heath aumento—, ésta es la cosa más grande que se ha producido en la historia de la medicina. Ha habido Calvos desde la Explosión y sólo ahora los médicos nos están abriendo las puertas. En definitiva, se trata de empatía. Un psicótico cierra su mente, de modo que es una persona muy difícil de tratar. Pero *nosotros* tenemos las llaves que nos conducen hacia su mente...

—¿De qué tienes miedo? —preguntó Burkhalter con tranquilidad.

Heath se detuvo, examinándose las uñas.

—No se trata de miedo —contestó finalmente—. No es más que ansiedad profesional. ¡Oh, al diablo con eso! En realidad, es algo más simple. Lo puedes expresar en forma de un axioma. No puedes tocar la brea sin mancharte.

—Comprendo.

—¿De veras, Harry? En realidad, sólo es eso. Mi trabajo consiste en visitar mentes anormales, y no de la forma en que lo hace un psiquiatra normal. Yo me introduzco en esas mentes. Comparto y siento sus puntos de vista. Conozco todos sus terrores. El horror invisible que les espera en la oscuridad no es para mí una simple palabra. Yo estoy cuerdo y veo a través de los ojos de cientos de hombres locos. Mantente un momento alejado de mi mente, Harry.

Heath se volvió y Burkhalter dudó un instante.

—Está bien —dijo Heath, mirando a su alrededor—. De todos modos, me alegro de que hayas mencionado este asunto. Con demasiada frecuencia descubro que estoy siendo demasiado empático. Entonces, dejo las cosas por un tiempo, o me enzarzo en cualquier discusión. Voy a ver si puedo promover una discusión conjunta esta noche. ¿Quieres participar?

—Desde luego —contestó Burkhalter.

Heath hizo una casual inclinación de cabeza y después se marchó. Su pensamiento regresó hacia Burkhalter.

*Es mejor que no esté aquí cuando vengan los Marginados. A menos que tú...*

*No, contestó el pensamiento de Burkhalter. Estaré bien.*

*Muy bien. Vienen a traerte algo.*

Burkhalter abrió la puerta a tiempo para recoger las provisiones que le traía el recadero de la tienda, que había aparcado su triciclo junto a la casa. Le ayudó a descargar los paquetes, comprobó que la cerveza estaba lo bastante fría y apretó algunos botones para asegurarse de que tendría suficientes refrescos a mano. Los Marginados comían en abundancia.

Después, dejó la puerta abierta y se relajó, sentado tras su mesa de despacho, esperando. Hacía calor en el interior del despacho. Se dejó el cuello abierto e hizo que las paredes fueran transparentes. El aire acondicionado empezó a enfriar la habitación, y la vista del valle que se extendía allá abajo era igualmente refrescante. Los altos pinos movían sus ramas al compás del viento.

Esto no era como New Yale, una de las ciudades más grandes, intensamente especializada en la educación. Sequoia, con su gran hospital y su industria de celulosa, era más bien una unidad completa y redonda. Aislada del resto del mundo, excepto por las comunicaciones aéreas y por la televisión, era un pueblo limpio y atractivo, que se extendía, con sus colores blancos y verdes y plásticos pastel, alrededor de las rápidas aguas del río que se apresuraban a bajar hacia el mar.

Burkhalter se llevó las manos a la nuca y bostezó. Se sentía inexplicablemente fatigado, como se había sentido de vez en cuando durante varias semanas. No es que su trabajo fuera duro; al contrario. Pero la reorientación con respecto a este nuevo trabajo no sería tan fácil como había esperado. Al principio no había supuesto que se producirían estas situaciones en las que había que rizar el rizo.

Barbara Pell, por ejemplo. Era una mujer peligrosa. Ella, quizás más que ningún otro, era el espíritu guía de los paranoides de Sequoia. No en el sentido de una acción planeada, no. Pero era incendiaria, como una llama. Era una líder innata. Y allí había ahora demasiados paranoides, lo que le hacía sentirse incómodo. Provistos superficialmente de buenas razones, se habían infiltrado en trabajos o misiones o puestos de gente que se encontraba de vacaciones; pero lo cierto era que la ciudad estaba llena de ellos. Los no télépatas seguían superándoles en número, tanto a los Calvos como a los paranoides, como sucedía a una mayor escala en el resto del mundo.

Recordó a su abuelo. Ed Burkhalter. Si algún Calvo había odiado alguna vez a los paranoides, Ed Burkhalter fue el primero. Y posiblemente, por muy buenas razones, puesto que uno de los primeros complots de los paranoides —un simple intento individual por aquel entonces—, había tratado de inculcar indirectamente la mente del hijo de Ed, el padre de Harry Burkhalter. Extrañamente, Burkhalter recordaba más vívidamente el delgado y duro rostro de su abuelo que el más suave y amable de su propio padre.

Volvió a bostezar, tratando de sumergirse en la calma de la vista que podía divisar al otro lado de las ventanas. ¿Otro mundo? Un Calvo quizás sólo pudiera ser completamente libre de aquellos preocupantes fragmentos de pensamientos que él sentía ahora cuando se encontrara inmerso en las profundidades del espacio. Y sin tener que sufrir aquella continua distracción, pudiendo disponer de la mente con la más entera libertad... Se desperezó lujuriosamente, tratando de percibir la sensación de su cuerpo sin gravedad, y extendiendo aquella sensación paralelamente a su mente. Pero era imposible.

Los Calvos habían nacido antes de su tiempo, desde luego... una mutación precipitada artificialmente por la acción de la radiactividad sobre los genes y los cromosomas humanos. En ese sentido, su actual medio ambiente era erróneo. Burkhalter jugó inútilmente con la idea de una raza inmersa en las profundidades del espacio, con la mente de cada individuo tan delicadamente armonizada que hasta la más cercana de las personalidades extrañas interferiría con el suave proceso de un pensamiento perfecto. Agradable, pero impracticable. Sería como una vía muerta. Los telépatas no eran superhombres, como afirmaban los paranoides; en el mejor de los casos, poseían únicamente un sentido fatalmente milagroso... fatal porque se había visto mezclado con la arcilla común. En un verdadero superhombre, la telepatía sería simplemente un sentido más entre una docena de otros sentidos inconcebibles.

El nombre y el rostro de Barbara Pell volvió a deslizarse en sus pensamientos, y aquel maravilloso cuerpo, tan peligroso y tan fascinante como el fuego. Ella, por ejemplo, se consideraba a sí misma, sin el menor género de dudas, como una persona

estrictamente superior, como todos los telépatas deformados de su clase.

Pensó en su brillante y estrecha mirada, y en su boca roja, con su sonrisa burlona. Pensó en los rizos rojos, moviéndose como serpientes sobre sus hombros, y en los pensamientos enrojecidos, moviéndose como serpientes por su mente. Dejó de pensar en ella.

Se sentía muy cansado. La sensación de fatiga, desproporcionada en relación con la energía que había gastado, le rodeó abrumadoramente. Si los jefes de los Marginados no venían, sería agradable dar un paseo aéreo. Los cerrados muros de las montañas quedarían abajo a medida que el avión se elevara en el azul vacío, cada vez más alto, hasta quedar suspendido en el espacio sobre un confuso paisaje informe, medio oculto por las nubes que pasaran. Burkhalter pensó en el aspecto que tendría el suelo: una ilustración nebulosa e irreal. En su ensoñación, llegó incluso a adelantarse lentamente para tocar los controles del aparato. El avión se inclinó hacia abajo, cayendo cada vez a una mayor velocidad hasta que se dirigió de un modo suicida hacia un mundo que se extendía hipnóticamente bajo él, como una alfombra mágica en expansión.

Alguien estaba llegando. Burkhalter apartó instantáneamente aquellos pensamientos de su mente y se levantó. Al otro lado de la puerta abierta sólo se veía el bosque vacío, pero entonces pudo escuchar los tonos, primeramente débiles y después crecientes, de una canción. Los Marginados, al ser una nación de nómadas, cantaban a medida que marchaban antiguas canciones y baladas de gran simplicidad que habían llegado hasta ellos, sin cambio alguno, desde la Explosión, aún cuando hubieran olvidado el significado original de los cantos.

*Verdes crecen las lilas, todas llenas de rocío.*

*Estoy solo, querida, desde que tuve que marchar de tu lado...*

Los antepasados de los Marginados habían cantado aquella canción a lo largo de las fronteras del Antiguo México, mucho antes de que la guerra fuera cualquier cosa menos algo distantemente romántico. El abuelo de uno de los actuales cantores había sido un mexicano que recorrió la costa californiana, evitando los pueblos y

siguiendo una perezosa ruta migratoria que finalmente le llevó a los bosques canadienses. Se llamó Ramón Álvarez, pero su nieto se llamaba Kit Carson Alvers y su barba negra se estremecía al cantar.

*Pero en nuestro próximo encuentro confío en demostrar mi lealtad y cambiar las lilas verdes por el rojo, el blanco y el azul.*

No había juglares entre los Marginados... todos ellos lo eran, que es como el pueblo mantiene vivas las canciones. Cantando, bajaron por el camino y se quedaron en silencio al ver la casa del cónsul.

Burkhalter observó. Era como si un capítulo del pasado estuviera desarrollándose vívidamente ante sus propios ojos. Había leído algo sobre los Marginados, pero hacía sólo seis semanas que se había encontrado con uno de los nuevos pioneros. Sus bizarros vestidos aún poseían poder suficiente para intrigarle.

Aquellos vestidos combinaban el funcionalismo con la decoración. Las chaquetas de piel de gamo, que podían armonizar con cualquier modelo de luz y sombras del bosque, estaban orladas con borlas anudadas; Alvers llevaba un gorro de piel de castor, y los tres hombres portaban sandalias confeccionadas con una suave pero dura piel de cabritilla. De sus cinturones pendían cuchillos envainados; eran cuchillos de goma, más planos y cortos que las dagas que llevaban las gentes de la ciudad. Sus rostros mostraban un gran vigor, una enjuta y curtida independencia de espíritu que les convertía a todos ellos en hermanos. Desde hacía varias generaciones, los Marginados habían estado esforzándose por llevar una vida en zonas salvajes, con armas tan bastas como el arco que uno de ellos llevaba colgado de los hombros; la ética del duelo nunca se había desarrollado entre ellos. No entablaban duelos. Mataban cuando matar parecía necesario... para sobrevivir.

—Entren —invitó Burkhalter, dirigiéndose a los tres recién llegados—. Yo soy el cónsul... Harry Burkhalter.

—¿Ha recibido nuestro mensaje? —preguntó uno de los jefes, alto, de aspecto escocés, con una poblada barba de color rojizo—. Esa cosa que instalaron ustedes en el bosque parecía algo malo.

—¿El convertidor de mensajes? Trabaja perfectamente.

—Bastante bien. Yo soy Cobb Mattoon. Este de aquí es Kit Carson Alvers y este otro Umpire Vine.

Vine estaba bien afeitado; era un enorme hombretón que parecía un oso; sus agudos ojos morenos lanzaban miradas de soslayo a su alrededor. Emitió un gruñido taciturno y le estrechó la mano a Burkhalter. Los otros hicieron lo mismo. Cuando el Calvo estrechó la mano de Alvers se dio cuenta de que éste era el hombre que pretendía matarle. A pesar de ello, no dio ninguna muestra de saberlo.

—Me alegro de que estén aquí. Siéntense y tomen algo de beber. ¿Qué prefieren?

—Whisky —gruñó Vine.

Sus enormes manos acariciaron el vaso. Frunció el ceño al ver el sifón, sacudió la cabeza y se bebió de un trago una cantidad de whisky que hizo emitir a Burkhalter un sonido de simpatía.

Alvers también bebió whisky. Mattoon, en cambio, bebió ginebra con limón.

—Tiene usted aquí una buena cantidad de bebidas —dijo, mirando el bar que Burkhalter había abierto—. Puedo distinguir algunas de las etiquetas, pero... ¿qué es eso?

—Drambuie. ¿Quiere probarlo?

—Claro —contestó Mattoon y su nuez, casi oculta por el pelo rojo, se movió—. Muy bueno. Mucho mejor que el licor de maíz que destilamos en los bosques.

—Si han andado mucho, tendrán hambre —dijo Burkhalter.

Sacó la mesa oval, seleccionó algunos platos del convertidor, y permitió que se sirvieran ellos mismos, lo que hicieron sin ninguna ceremonia.

Alvers le miró desde el otro lado de la mesa.

—¿Es usted uno de los Calvos? —preguntó de repente.

—Sí, lo soy —contestó Burkhalter—. ¿Por qué?

—Así que es usted uno de ellos —dijo Mattoon, que le miraba fijamente, con franqueza—. Nunca he visto a un Calvo de cerca. Quizás lo haya visto, pero con las pelucas nunca se puede estar seguro.

Burkhalter sonrió con una mueca, reprimiendo una sensación familiar de nauseabundo disgusto. Otras personas le habían mirado fijamente y con asombro por la misma razón.

—¿Acaso parezco un monstruo, señor Mattoon?

—¿Cuánto tiempo hace que es cónsul? —preguntó Mattoon.

—Seis semanas.

—Está bien —dijo el corpulento hombre y su voz sonó con un tono de amistad, aunque fuera dura—. Tiene que recordar que no hay nada de tratamientos señoriales con los Marginados. Yo soy Cobb Mattoon. Cobb para los amigos; Mattoon para los demás. Por lo demás, no parece usted un monstruo. ¿Se mete la gente con los Calvos por eso?

—A veces lo hacen —contestó Burkhalter.

—Una cosa —dijo Mattoon, cogiendo una chuleta—. En los bosques no prestamos ninguna atención a esa clase de cosas. Si un tipo ha nacido de una forma algo diferente, no nos burlamos de él por eso. No lo hacemos mientras permanezca con la tribu y juegue limpio. No tenemos Calvos entre nosotros, pero si los tuviéramos, creo que podrían ser tratados mucho mejor que aquí.

Vine gruñó y se sirvió más whisky. Los ojos negros de Alvers estaban continuamente fijos en Burkhalter.

—¿Está leyendo mi mente? —preguntó Mattoon.

Alvers respiró profundamente. Sin mirarle, Burkhalter contestó:

—No. Los Calvos no lo hacemos. No es saludable.

—Eso es cierto. El preocuparse por sus propios asuntos es una regla muy buena. Ya comprendo cómo va a jugar usted. Mire, ésta es la primera vez que venimos hasta aquí, Alvers, Vine y yo. Usted no nos ha visto antes. Hemos oído rumores sobre este consulado —tartamudeó un poco al pronunciar aquella palabra poco familiar para él—. Hasta ahora, hemos tratado con Selfridge a veces, pero no hemos tenido contacto alguno con gentes de las ciudades. Ya sabe por qué.

Burkhalter lo sabía. Los Marginados habían sido proscritos que evitaban los pueblos y que a veces emprendían incursiones contra ellos. Eran unos fuera de la ley.

—Pero ahora está llegando una nueva época. No podemos vivir en las ciudades; tampoco queremos hacerlo. Pero hay espacio suficiente para todo el mundo. Aún no comprendo por qué se han creado estos consulados para nosotros. Sin embargo, estamos dispuestos a ver qué pasa. Tenemos una palabra que obedecemos.

Burkhalter también sabía aquello. Era la palabra de Cody,

extendida a través de las tribus de Marginados... una palabra que no se atreverían a desobedecer.

—Algunas de las tribus de Marginados deben ser eliminadas —dijo—. No muchas. Ustedes mismos lo hacen cuando se las encuentran...

—Los caníbales —dijo Mattoon—. Sí. Los matamos.

—Pero son una minoría. El grupo principal de Marginados no tiene ningún roce con las gentes de las ciudades. Y viceversa. Queremos que no se produzcan más incursiones.

—¿Cómo cree que va a poder impedirlo?

—Si una tribu ha pasado un invierno malo, no tiene por qué morirse de hambre. Nosotros conocemos métodos para producir alimentos. Es un método barato. Podemos permitirnos el entregarle comida cuando tengan hambre.

Vine dejó caer con fuerza el vaso de whisky sobre la mesa y gruñó algo. Mattoon hizo un gesto en el aire con la palma de la mano.

—Tranquilo, Umpire. Él no sabe... Escuche, Burkhalter. Los Marginados emprendemos a veces incursiones, eso es cierto. Cazamos y luchamos por conseguir lo que tenemos. Pero no pedimos limosna.

—Estoy hablando de un intercambio —dijo Burkhalter—. Un intercambio honrado. No podemos colocar escudos protectores alrededor de todos los pueblos. Y no podemos utilizar los Huevos contra los nómadas. El que se produzcan una gran cantidad de incursiones representaría una molestia para nosotros, eso es todo. No ha habido muchas incursiones últimamente; han estado disminuyendo cada año. Pero ¿por qué tienen que producirse? Si eliminamos las motivaciones, los efectos también desaparecerán.

Inconscientemente, investigó el estado de la mente de Alvers. Había allí un pensamiento, sutilmente agazapado, pero ansioso por salir; era como el ávido estado de alerta de un carnívoro... y la idea de un arma oculta. Burkhalter se retiró de su exploración. No quería saber. Tenía que esperar a que Cody se moviera, aunque la tentación de provocar un combate abierto contra Alvers empezaba a serle demasiado fuerte. Sin embargo, eso sólo contribuiría a enemistarle con los otros Marginados; ellos no podían leer la mente de Vine como Burkhalter.

—¿Intercambiar qué? —gruñó Vine.

Burkhalter tenía preparada la contestación.

—Pielés. Hay una gran demanda de pielés. Son elegantes —no mencionó que se trataba de una novedad creada artificialmente—. Pielés, por un lado, y...

—No somos pielés rojas —dijo Mattoon—. ¡Mire lo que les pasó a ellos! No necesitamos nada de las gentes de la ciudad, excepto cuando pasamos hambre. Entonces... bueno, quizás podamos llevar a cabo intercambios.

—Si los Marginados se unen...

—En los viejos tiempos —observó Alvers frunciendo el ceño, en voz alta—, las tribus que se unificaron fueron exterminadas por los Huevos. ¡No nos vamos a unir ahora, hermano!

—Sin embargo, está hablando honradamente —dijo Mattoon—. Tiene sentido. Fueron nuestros abuelos los que se pelearon con los pueblos. Nos las hemos arreglado bastante bien. Mi tribu no pasa hambre desde hace siete inviernos. Emigramos, vamos hacia donde las cosechas naturales son buenas y nos las arreglamos.

—Mi tribu no hace ninguna incursión —dijo Vine, sirviéndose después más whisky.

Mattoon y Alvers sólo habían bebido dos vasos; Vine, en cambio, seguía bebiendo, aunque su capacidad parecía ilimitada. Alvers dijo:

—Parece un trato razonable. Pero hay algo que no me gusta. Este tipo es un Calvo.

Vine giró su enorme torso y se quedó mirando a Alvers fijamente.

—¿Y qué tienes contra los Calvos? —preguntó.

—No sabemos nada sobre ellos. He oído contar historias...

Vine dijo algo rudo. Mattoon se echó a reír.

—No estás siendo amable, Kit Carson. Burkhalter es nuestro anfitrión. No vayas diciendo palabras groseras por ahí.

Alvers se encogió de hombros, apartó la mirada y se desperezó. Se llevó una mano hacia el interior de la chaqueta, como para rascarse... y de repente, el pensamiento del asesinato llegó a la mente de Burkhalter, pegándole como una piedra lanzada por una

honda. Tardó una décima de segundo en poner en marcha su fuerza de voluntad para permanecer inmóvil, mientras la mano de Alvers aparecía con una pistola empuñada.

Los otros Marginados no tuvieron tiempo para ver el arma, ni tampoco para interferir. El pensamiento de la muerte se anticipó a la bala. Una llamarada de cegadora luz carmesí resplandeció en la habitación. Algo que se movía como una invisible ráfaga de aire, resplandeció entre ellos; después, cuando sus ojos pudieron volver a ver, se encontraron en el mismo lugar en que estaban cuando saltaron de sus sillas, mirando asombrados a la figura situada frente a ellos.

Llevaba puesto un ajustado traje escarlata, con un cinturón negro muy ancho; su rostro estaba cubierto por una inexpresiva máscara plateada. Bajo ella surgía una barba negro-azulada, que le caía en rizos sobre el pecho. Bajo el ajustado vestido se apreciaba un voluminoso desarrollo muscular.

Con un brusco movimiento, lanzó al aire la pistola de Alvers y la cogió. Después, con una sonrisa profunda y burlona, apretó el arma entre sus manos, convirtiendo la pistola en un amasijo de metal retorcido.

—Querías romper una tregua, ¿eh? —dijo—. Pequeño insignificante. Lo que necesitas, Alvers, es que la luz del día te saque todo lo malo que llevas dentro.

Se adelantó y lanzó la palma abierta de su mano contra el costado de Alvers. El sonido del golpe se extendió por toda la habitación. Alvers fue elevado en el aire y lanzado contra la pared más alejada. Lanzó un grito, se encogió en un ovillo, y se quedó allí, inmóvil.

—Levántate —dijo Cody—. No estás herido. Quizás una costilla rota, eso es todo. De haberte pegado en la cabeza, te habría partido el cuello. ¡Levántate!

Alvers se las arregló para ir levantándose poco a poco, con la cara mortalmente pálida y sudando. Los otros dos Marginados lo observaban todo, impasibles y alertas.

—Más tarde hablaré contigo, Mattoon. Vine, ¿que tenéis que ver vosotros con todo esto?

—Nada —contestó Mattoon—. Nada, Cody. Lo sabes.

La máscara de plata se mostraba impasible.

—Tenéis suerte de que lo crea así. Y ahora, escuchad. Lo que voy a deciros tiene validez. Decidle a la tribu de Alvers que tiene que encontrarse un nuevo jefe. Eso es todo.

Se adelantó. Sus brazos se estrecharon alrededor de Alvers y el Marginado lanzó un grito, lleno de un pánico repentino. Se produjo un nuevo resplandor rojizo y cuando los presentes pudieron volver a ver, las dos figuras habían desaparecido.

—¿Tiene algo más de whisky, Burkhalter? —preguntó Vine.

## IV

Cody estaba en comunicación telepática con el Mudo Hobson. Al igual que los otros tres Cody éste llevaba el mismo casquete de frecuencia modulada que los Mudos; a cualquier Calvo o paranoide le era imposible conectar con aquella camuflada longitud de onda.

Habían transcurrido dos horas desde la puesta del sol.

*Alvers está muerto, Hobson.* La telepatía no conocía coloquialismos que puedan ser expresados mediante los símbolos del lenguaje.

*¿Necesario?*

*Sí. Es vital una obediencia absoluta al Cody.* (Un curioso concepto que comprendía a cuatro seres en uno solo). *No se puede permitir que nadie desafíe al Cody y salga indemne.*

*¿Alguna repercusión?*

*Ninguna. Mattoon y Vine son agradables. Se las arreglan con Burkhalter. ¿Qué hay de malo con él, Hobson?*

En el mismo instante en que hizo la pregunta, el Cody supo la respuesta. Los telépatas no tienen secretos, excepto los subconscientes... y el casquete de los Mudos podía incluso ahondar un poco en la mente secreta.

*¿Enamorado de una paranoide?* El Cody quedo impresionado.

*No lo sabe. No debe darse cuenta aún. Tendrá que ser reorientado. Eso llevará tiempo. No podemos permitirnos tenerlo precisamente ahora en la vía muerta. Están a punto de surgir problemas.*

*¿Cuáles?*

*Fred Selfridge. Está borracho. Ha descubierto que el jefe Marginado*

*ha visitado hoy a Burkhalter. Teme que su negocio esté siendo afectado a espaldas suyas. Le he dicho a Burkhalter que se mantenga apartado de todos.*

*Entonces, me quedaré por aquí por si se me necesita. No me marcharé a casa todavía.* Rápidamente, Hobson captó la imagen de lo que el concepto «casa» significaba para el Cody; un valle secreto situado en la zona selvática canadiense, cuyos alrededores sólo eran conocidos por quienes llevaban los casquetes, que nunca podrían desvelar inadvertidamente el secreto. Era allí hacia donde los técnicos de los Calvos enviaban sus productos especializados... a través de los Mudos. Productos que habían permitido la construcción de un cuartel general totalmente equipado en el corazón del bosque; se trataba, desde luego, de una centralización, pero su localización estaba perfectamente a cubierto del peligro de ser descubierta por cualquiera, ya fuera amigo o enemigo. De aquel laboratorio situado en un valle de los bosques procedían los instrumentos que habían convertido al Cody en una figura legendaria entre los Marginados... una especie de Paul Bunyan que combinaba una increíble destreza física con la más pura magia. Sólo una figura así podría haber conseguido el respeto y la obediencia de los emigrantes de los bosques.

*Hobson, ¿está Burkhalter convenientemente oculto? O puedo yo...*

*Está oculto. Se está llevando a cabo una discusión, pero Selfridge no podrá encontrar su rastro.*

*Muy bien. Esperaré.*

El Cody cortó la comunicación. Hobson envió su pensamiento, a través de oscuros kilómetros de distancia, hacia otra docena de Mudos, desparramados por todo el continente, desde Niágara hasta Salton. Cada uno de ellos estaba preparado para la movilización secreta que, a partir de ahora, podría llegar a ser necesaria.

La tormenta había tardado en acumularse unos noventa años; cuando estallara, se produciría un verdadero cataclismo.

Dentro del círculo de la discusión común, se producía una tranquila y completa paz que únicamente un Calvo podía percibir. Burkhalter situó su mente entre los demás, colocándola en su sitio, tocando y reconociendo brevemente a los amigos mientras ocupaba

su lugar en el cerrado circuito telepático. Captó la débil inquietud de Duke Heath y de sus pensamientos. Después, la profunda calma del informe los abarcó a los dos por completo.

Al principio, y desde las franjas exteriores del remanso psíquico, llegaron ondas y corrientes de una ligera perturbación; eran las distracciones casuales inevitables en toda sociedad gregaria y especialmente entre unos Calvos hipersensibles. Pero la purificación de la antigua costumbre del confesionario no tardó en empezar a ser efectiva. No podía haber barreras entre los Calvos. La unidad básica de la familia era mucho más completa que entre los no telépatas y, por extensión, todo el grupo de los Calvos estaba unido con lazos no menos fuertes, gracias a su intangible sutilidad.

Confianza y amistad: estas cosas eran ciertas. No podía existir desconfianza cuando quedaba eliminada la barrera intermedia del lenguaje. La antigua soledad de cualquier organismo altamente especializado e inteligente quedaba mitigada del único modo posible: mediante una intimidad incluso más estrecha que la del matrimonio, que llegaba a trascenderle.

Cualquier grupo minoritario se ve automáticamente perjudicado mientras mantenga con integridad sus peculiaridades; eso lo hace sospechar. Sólo que, durante toda su historia social, los Calvos habían sido capaces de mezclarse en términos de igualdad con el grupo mayoritario, conservando al mismo tiempo los estrechos lazos que les unían. Lo que resultaba paradójico, puesto que los Calvos eran quizá los únicos que deseaban la asimilación racial. Podían permitírsela, puesto que la mutación telepática era dominante: los hijos de un padre Calvo y de una madre no telepática, o viceversa, eran Calvos.

Pero, a pesar de todo, necesitaban la seguridad y la calma que les proporcionaban aquellas discusiones en mesa redonda; eran como un símbolo de la batalla pasiva que los Calvos habían estado librando durante generaciones. En ellas, los telépatas encontraban una completa unidad. Aquello no destruía ni destruiría nunca el vital instinto de competitividad; más bien lo estimulaba. Se producía un intercambio. Y aquello también era religión en el más puro sentido de la palabra.

Al principio, con unos sentidos que los no Calvos apenas podrían comprender, se tocaba las mentes de los amigos, con delicadeza y

sensibilidad. Había allí un lugar para uno, y uno era bien recibido. Lentamente, a medida que se iba extendiendo la paz, uno se aproximaba al centro, esa situación prácticamente indescriptible en espacio y tiempo, que era una síntesis de mentes inteligentes y vitales. Sólo por analogía se podía sugerir algo de aquella situación.

Queda uno semidormido. Es como en el momento en que la conciencia regresa lo suficiente como para permitir darse cuenta de que no se está despierto, pudiéndose apreciar así la completa y tranquila relajación del sueño. Si se pudiera mantener la conciencia mientras se duerme... eso sería.

Allí no actuaba ninguna droga. El sexto sentido es elevado a su más alto grado de actuación, entremezclándose con los otros sentidos y tirando de ellos. Cada Calvo contribuye. Al principio, las dificultades y las perturbaciones, la falta de equilibrio emocional y los problemas son captados por el conjunto, examinados y disueltos en el agua cristalina del informe común. Después, limpios y fortalecidos, los Calvos se aproximan al centro, donde las mentes se unen en una sola y única sinfonía. Matices de color apreciados por uno de los miembros, sombras de sonido y luz y sensación: cada elemento forma una delicada nota dentro de toda la orquestación. Y cada nota es tridimensional, pues lleva consigo la reacción personal e individual del Calvo al estímulo.

Aquí, una mujer recuerda la sensual sensación del suave terciopelo contra la palma de su mano, con su correspondiente impacto mental. Allí, un hombre transmite el intenso y cristalino placer de haber resuelto una difícil ecuación matemática, lo que representa el contrapunto intelectual a la sensación producida por el terciopelo. Poco a poco, el informe conjunto va aumentando hasta que sólo parece existir una mente única que actúa en perfecta cohesión; una armonía en la que no existe ninguna disonancia.

Entonces, esa mente única comienza a crecer. Comienza a pensar, convirtiéndose de hecho en un coloide psíquico, en un gigante intelectual que obtiene su fortaleza y su cordura a través de todas y cada una de las emociones, sentidos y deseos humanos.

En aquel instante, se estrelló contra aquella unidad un mensaje mental que, por un momento, hizo vibrar a todas las mentes juntas en un abrazo final desesperado en el que se entremezclaron el temor, la esperanza y la amistad. La unión se disolvió. Cada Calvo

esperó entonces, recordando el pensamiento de Hobson, que decía:

*El pogrom ha comenzado.*

No había enviado el mensaje directamente. La mente de un Mudo que lleve su casquete no puede ser leída excepto por otro Mudo. Fue Duke Heath, que se encontraba con Hobson en las afueras del hospital, quien escuchó la advertencia oral por parte de este último y la transmitió a los demás Calvos. Después, sus pensamientos continuaron expandiéndose por toda Sequoia.

*Venid al hospital. Evitad a los no Calvos. Si sois vistos, podéis ser linchados.*

En docenas de hogares, se encontraron los ojos en los que, de repente, había surgido el terror. En aquel preciso momento y en todo el mundo, algo eléctrico se extendió con una insufrible tensión de mente en mente. Nadie de los no Calvos se enteró de nada. Pero, con la rapidez del pensamiento, la noticia se extendió por todo el planeta.

Desde los miles de Calvos esparcidos por los pueblos, desde los helicópteros y los vehículos de superficie, llegó un pensamiento tranquilizador. *Somos uno, decía. Estamos contigo.*

Eso... por parte de los Calvos. Por parte de los paranoides, inferiores en número, llegó un mensaje de odio y triunfo. *¡Matad a los hombres peludos!*

Pero ninguna persona no telépata situada fuera de Sequoia sabía lo que estaba ocurriendo.

Había una vieja casa de plástico situada cerca de las afueras del pueblo, donde Burkhalter se había ocultado. Ahora, salió al frío tranquilo de la noche a través de una puerta lateral. Sobre él, la luna llena brillaba con un color amarillo. Una luz difusa llegaba hasta allí arriba, procedente de la calle Redwood, y unos caminos algo más oscurecidos marcaban el trayecto de las otras calles del pueblo. Los músculos de Burkhalter estaban rígidos. Sintió su cuello tenso, con una sensación cercana al pánico. Generaciones de temor habían creado en todos los Calvos una fobia violenta y ahora que las predicciones se empezaban a cumplir...

Barbara Pell acudió deslumbrantemente a sus pensamientos, y cuando su mente la llamó, la de ella tocó la suya, salvaje y fieramente, recreándose con un triunfo del que todo el ser de él se apartaba, aunque, en contra de todo buen juicio, algo parecía obligarle a recibir el mensaje de Barbara Pell.

*Está muerto, Burkhalter. ¡Está muerto! ¡He matado a Fred Selfridge!* La palabra es «matar», pero en la mente de un paranoide no es una palabra, ni siquiera un pensamiento, sino una sedienta sensación de triunfo, húmeda de sangre, un pensamiento aullante del que se aparta instintivamente toda mente cuerda.

*¡Estúpida!*, gritó Burkhalter a través de las distantes calles, captando en su mente algo de la actitud salvaje de ella, de modo que no pudo controlarse. *Eres una loca idiota. ¿Has empezado tú todo esto?*

*Él estaba empezando a buscarte. Era peligroso. De todos modos sus palabras habrían empezado el pogrom... la gente empezaba ya a pensar.*

*¡Esto tiene que detenerse!*

*¡Será detenido!* El pensamiento de la mujer mostraba una terrible confianza en sí misma. *Hemos hecho planes.*

*¿Qué ha ocurrido?*

*Alguien me vio matar a Selfridge. Se trata de su hermano Ralph, que habló de... la antigua ley del linchamiento.* El pensamiento de Barbara Pell era atolondrado de tanto triunfo como sentía.

Entonces, él lo escuchó. El grito aullante de la multitud, lejos aún, pero aumentando. El sonido de la mente de Barbara Pell fue como combustible para una llama. Él captó el terror en ella, pero se trataba de un terror perverso que disfrutaba con lo que temía. La misma furia, sedienta de sangre, se percibía en el griterío de la multitud y en la llama roja en que se había convertido la loca mente de Barbara Pell. Se estaban acercando a ella, cada vez más cerca...

Por un momento, Burkhalter fue una mujer corriendo por la calle en penumbras, tropezando, recuperándose, apresurándose, con una multitud dispuesta a lincharla pisándole los talones.

Un hombre... un Calvo... se interpuso en el camino de la multitud. Se quitó la peluca y la hizo oscilar ante ellos. Entonces, Ralph Selfridge, con su delgado rostro cubierto por el sudor, gritó con una voz llena de odio, haciendo que la marea se revolviera

contra esta nueva presa. La mujer continuó corriendo, desapareciendo en la oscuridad.

Cogieron al hombre. Cuando un Calvo muere, se produce un repentino vacío en el éter, un vacío mortal que ningún telépata estará dispuesto a tocar voluntariamente con su mente. Pero antes de que aquella negrura comenzara a ser, el agónico pensamiento del Calvo se extendió por toda Sequoia, produciendo un impacto sorprendente y mil mentes se tambalearon por un instante ante él.

*¡Matad a los hombres peludos!*, gritaban los pensamientos de Barbara Pell, voraces y locos. Así eran las furias. Cuando la mente de una mujer se desata, cae en abismos de absoluto salvajismo, en los que la mente del hombre nunca cae por completo. Desde tiempos inmemoriales, la mujer ha vivido mucho más cerca del abismo que el hombre... ha tenido que hacerlo así para defender a su descendencia. La mujer primitiva no se podía permitir escrúpulos. Ahora, la locura de Barbara Pell era la locura roja y desorbitada de las fuerzas primarias. Y era como algo fiero que encendía algo en toda mente que tocaba. Burkhalter sintió como unas pequeñas llamas se acercaban a los bordes de sus pensamientos y toda la fábrica que era su identidad se estremeció y retrocedió. Pero sintió también otras mentes en el éter, mentes de paranoides locos, que se extendían hacia la de ella y se arrojaban extáticamente al holocausto.

*¡Matadles! ¡Matad...! ¡Matad!*, rugía su mente.

*¿En todas partes?*, preguntó Burkhalter, sintiéndose aturdido por la presión percibida desde el vértice de un odio exultante. *¿En todo el mundo, esta misma noche? ¿Se han rebelado los paranoides en todas partes, o sólo en Sequoia?*

Y entonces, sintió de repente la última y definitiva capacidad de odio de Barbara Pell. Ella contestó al pensamiento y, por la forma en que lo hizo, él se dio cuenta de lo terriblemente malvada que era la mujer de pelo rojo. Si ella se hubiera perdido en aquella flameante intoxicación de la multitud, él hubiera seguido odiándola, pero no habría tenido necesidad alguna de despreciarla.

Ella contestó con frialdad, con una parte de su mente apartada de la furia vengativa que se alimentaba de la multitud aullante, y la pasó como una antorcha para que los demás paranoides pudieran incendiar su odio.

Barbara Pell era una mujer extraña y compleja. Poseía una rara cualidad inflamatoria que quizá no había ejercido tan completamente ninguna otra mujer desde Juana de Arco. Pero ella no se entregó por completo al fuego que se encendió en su interior ante el pensamiento y el olor de la sangre. Se estaba entregando deliberadamente al baño de sangre, revolcándose deliberadamente en el frenesí de su locura. Y, a medida que se revolcaba, pudo aún contestar, con una frialdad mucho más terrible que su propio ardor.

*No, sólo en Sequoia*, dijo la mente que un instante antes había exhortado ciegamente a todos al asesinato. *Ningún ser humano debe vivir para contarlo*, dijo, en figuras de pensamiento que destilaban veneno helado, mucho más ardiente que la ardorosa sed de sangre existente en los pensamientos que transmitía. *Nos hemos apoderado de los campos de aviación y de la estación energética. Estamos armados. Sequoia está aislada del resto del mundo. El pogrom se ha desatado aquí... sólo aquí. Como un cáncer. Debe ser detenido aquí.*

¿Cómo?

¿Cómo se destruye un cáncer? El veneno burbujeaba en el pensamiento.

Radio, pensó Burkhalter. Radiactividad. Bombas atómicas...

¿Vais a contaminar?, preguntó.

Le contestó una afirmación tan fría que quemaba. *Ningún humano debe vivir para contarlo. Las ciudades han sido contaminadas otras veces... por otras ciudades. En este caso, se le pueden achacar las culpas a Pinewood. Ha existido una rivalidad entre esa ciudad y Sequoia.*

*Pero eso es imposible. Si los teleaudios de Sequoia no emiten...*

*Estamos enviando mensajes falsificados. Cualquier helicóptero que venga será detenido. Pero tenemos que terminar con rapidez. Si escapa un solo ser humano...*

Los pensamientos de Barbara Pell se disolvieron en un grito inhumano e inarticulado, recogido ávidamente por un coro de otras mentes que se hicieron eco de él.

Burkhalter interrumpió bruscamente el contacto. Se sintió un poco sorprendido al descubrir que, durante todo aquel intercambio de pensamientos, se había estado dirigiendo hacia el hospital,

dando un rodeo por las afueras de Sequoia. Ahora, escuchó con su mente consciente el griterío distante que aumentó y se desvaneció de nuevo hasta producirse casi el silencio, para volver a aumentar después. La bestia loca que andaba suelta aquella noche por las calles podía ser sentida hasta por quien no fuera un telépata.

Se movió en silencio por entre las sombras, sintiendo náuseas y estremecimientos, tanto por su contacto con una mente paranoide, como por el temor ante lo que había pasado y lo que aún tendría que suceder.

Juana de Arco, pensó. Ella también tenía aquel Poder capaz de inflamar la mente. Ella también había escuchado... «¿voces?». ¿Habría sido quizá una telépata inconsciente nacida mucho antes de su tiempo? Pero, al menos, hubo cordura tras el poder que ella ejerció. Con Barbara Pell, en cambio...

Cuando la imagen de la mujer acudió de nuevo a su mente, el pensamiento de ella le volvió a tocar, urgente, repelentemente frío y controlado en medio de todo aquel holocausto que ella había puesto deliberadamente en marcha. Evidentemente, algo había tenido que ocurrir para poner en marcha sus planes, porque...

*Burkhalter, le llamó ella inaudiblemente. Escucha, Burkhalter, cooperaremos contigo. No teníamos la intención de hacerlo, pero... ¿dónde está el Mudo Hobson?*

*No lo sé.*

*El alijo de Huevos ha desaparecido. No podemos encontrar las bombas. Necesitamos horas antes de poder transportar otra carga de Huevos desde la ciudad más cercana. Ya está en camino. Pero cada segundo que perdamos aumenta el peligro de ser descubiertos. Encuentra a Hobson. Él es la única mente a la que no podemos llegar en Sequoia. Sabemos que nadie más que él puede haber ocultado las bombas. Consigue que Hobson nos diga dónde están. Hazle comprender, Burkhalter. Ésta no es una cuestión que nos afecte únicamente a nosotros. Si se llega a conocer lo que está sucediendo, todos los telépatas del mundo estarán amenazados. El cáncer debe ser extirpado antes de que se extienda.*

Burkhalter sintió unas asesinas corrientes de pensamiento que se movían a través de él. Se volvió hacia una casa que estaba a oscuras, se escondió tras unos matorrales y esperó allí hasta que la multitud pasó junto a él, con sus brillantes antorchas. Se sintió

enfermo y desamparado. Lo que vio en los rostros de los hombres era algo horrible. ¿Había existido este odio y esta furia durante generaciones y bajo la superficie... esta loca violencia de la multitud capaz de estallar contra los Calvos a la menor provocación?

El sentido común le decía que la provocación había sido suficiente. Cuando un telépata mataba a un no telépata, no era un simple duelo... era un asesinato. Los dados estaban echados. Y, durante semanas, no se había realizado ningún tipo de propaganda psicológica en Sequoia.

Los no Calvos no estaban matando simplemente a una raza extraña. Estaban convencidos de que los Calvos eran unos conquistadores potenciales de su mundo. Hasta ahora, nadie había sugerido que los telépatas se comían a los niños, pero eso no tardaría mucho en ser sugerido, pensó Burkhalter con amargura.

Menos mal que la descentralización estaba ayudando a los Calvos, porque permitía un corte temporal de las comunicaciones. Las sinapsis que conectaban Sequoia con el resto del mundo estaban bloqueadas; pero no podría estarlo indefinidamente.

Cruzó un patio, saltó una valla y se encontró entre los pinos. Sintió el impulso de seguir andando, directamente hacia el norte, hacia los territorios salvajes en los que pudiera dejar atrás toda aquella turbamulta y furia. Pero en lugar de hacerlo así, dobló hacia el sur, dirigiéndose hacia el hospital. Afortunadamente, no tendría que cruzar el río; sin duda alguna, los puentes estarían vigilados.

Se produjo un nuevo sonido, discordante e histérico. El ladrido de los perros. Los animales, en general, no podían recibir los pensamientos telepáticos de los humanos, pero la tormenta de corrientes mentales que se estaba produciendo ahora en Sequoia había hecho elevar la frecuencia —o la energía— hasta alcanzar niveles muy altos. Y los pensamientos de miles de telépatas, esparcidos por todo el mundo, estaban enfocados ahora hacia el pequeño pueblo situado cerca de las costas del Pacífico.

*¡Escucha! ¡Escucha! ¡Los perros ladran!*

*Los mendigos están llegando a la ciudad...*

Pero había otro poema, pensó, tratando de recordar. Otro poema que se adaptaba mejor a la situación. ¿Cómo era...?

*Las esperanzas y temores de todos estos años...*

## V

El estúpido ladrido de los perros fue mucho peor. Aquellos ladridos y aquella locura salvaje llegaron hasta el hospital como las olas crecientes de una poderosa marea. Y los pacientes también eran receptivos; fue necesario aplicar duchas frías e hidroterapia y, en algunos casos, se tuvieron que poner camisas de fuerza.

Desde la ventana, Hobson miraba el pueblo que se extendía allá abajo.

—No pueden llegar hasta aquí —dijo.

Heath, agotado y pálido, pero con una nueva luz en sus ojos, asintió, mirando a Burkhalter.

—Has sido uno de los últimos en llegar. Siete de los nuestros han resultado muertos. Uno de ellos era un niño. Hay otros diez que aún están tratando de llegar. El resto... está a salvo aquí.

—¿Hasta qué punto están a salvo? —preguntó Burkhalter, bebiendo el café que Heath le había proporcionado.

—Más que en ninguna otra parte. Este lugar fue construido de modo que los pacientes irresponsables no se pudieran escapar. Esas ventanas son irrompibles. Y el aislamiento actúa en ambos sentidos. La muchedumbre no puede penetrar aquí. Al menos, no lo podrá hacer de una forma fácil. Por otra parte, el edificio es a prueba de incendios.

—¿Y qué me dices del personal? Me refiero a los no Calvos.

Un hombre de pelo gris, sentado en un despacho cercano, dejó de escribir algo en un bloc de notas, para mirar a Burkhalter y sonreírle con sequedad. El cónsul le reconoció. Era el doctor Wayland, psiquiatra jefe.

—La profesión médica —dijo Wayland—, ha trabajado con los Calvos desde hace tiempo, Harry. Especialmente los psicólogos. Si existe algún no Calvo capaz de comprender el punto de vista telepático, somos nosotros. Nosotros no somos combatientes.

—El trabajo del hospital tiene que continuar —dijo Heath—. Aún ante una situación como ésta. Sin embargo, hemos hecho algo sin precedentes. Hemos leído las mentes de todos los no Calvos que se encuentran dentro de este edificio. Tres miembros del personal sentían una aversión preconcebida hacia los Calvos y simpatizaban con la chusma linchadora. Les pedimos que se marcharan. En estos

momentos, no existe el peligro de que aquí actúen quintacolumnistas.

—Había otro hombre... el doctor Wilson —dijo Hobson con lentitud—. Se dirigió al pueblo, tratando de razonar con la multitud.

—Hemos conseguido traerle aquí —dijo Heath—. Ahora, le están administrando plasma.

—Muy bien —dijo Burkhalter, dejando la taza de café—. Hobson, usted puede leer mi mente. ¿Qué me dice?

El rostro redondo del Mudo permaneció impassible.

—Nosotros también teníamos nuestros planes. Claro que fui yo quien escondió los Huevos. Ahora, los paranoides no los encontrarán.

—Están trayendo más Huevos. Sequoia va a ser contaminada. Y eso no lo puede impedir usted.

Sonó un zumbido. El doctor Wayland escuchó atentamente una voz que le llegó por el transmisor, recogió unos cuantos gráficos clínicos y se marchó. Burkhalter señaló con el índice hacia la puerta por donde se había marchado el médico.

—¿Qué hay de él? ¿Y del resto del personal? Ellos lo saben, ahora.

—Saben mucho más de lo que quisiéramos que supieran —admitió Heath, frunciendo el ceño—. Hasta esta misma noche, ningún no telépata había sospechado siquiera la existencia de un grupo paranoide. No podemos confiar en que Wayland mantenga la boca cerrada al respecto. Los paranoides *son* una amenaza para los no Calvos. El problema consiste en que el hombre de tipo medio no establecerá ninguna diferenciación entre los paranoides y los Calvos. ¿Acaso esa gente de allá abajo está sabiendo distinguir? —preguntó, echando un vistazo por la ventana.

—Es un problema —admitió Hobson—. La lógica más pura nos dice que ningún no Calvo debe sobrevivir para poder hablar de esto. ¿Pero es ésa la mejor contestación?

—No veo ninguna otra forma —contestó Burkhalter, sintiéndose muy incómodo y pensando de repente en Barbara Pell, con lo que el Mudo le lanzó una penetrante mirada.

—¿Qué te parece a ti, Heath?

El sacerdote-médico se dirigió hacia el despacho y revolvió algunas historias clínicas.

—Usted es el jefe, Hobson. Yo no sé qué hacer. Estoy pensando en mis pacientes. Aquí está Andy Pell. Tiene contraída la enfermedad de Alzheimer... psicosis senil precoz. Le han salido muchas arrugas. No puede recordar bien las cosas. Es un viejo muy amable. Se mancha la ropa con la comida, habla de modo casi incomprensible y se mete con las enfermeras. Supongo que no representará ninguna pérdida para el mundo. ¿Por qué establecer, entonces, una línea? Si vamos a tener que matar, no puede haber excepciones. El personal no Calvo que está aquí tampoco puede sobrevivir.

—¿Es así como piensas?

—¡No! —exclamó Heath, con un gesto penetrante y malhumorado—. No es eso lo que siento. El asesinato en masa supondría cancelar el trabajo realizado durante noventa años, desde que nació el primer Calvo. Eso significaría situarnos al mismo nivel que los paranoides. Los Calvos no matamos.

—Matamos paranoides.

—Hay una diferencia. Los paranoides se encuentran en términos de igualdad con respecto a nosotros... Y... ¡Oh! No sé, Hobson. El motivo sería el mismo... salvar nuestra raza. Pero, de algún modo, uno no mata a un no Calvo.

—¿Ni siquiera a una multitud linchadora?

—No lo pueden evitar —dijo Heath con tranquilidad—. Probablemente, es un sofisma distinguir entre paranoides y no Calvos, pero, en realidad, *existe* una diferencia. Significaría una gran diferencia para nosotros. No somos asesinos.

Burkhalter hundió la cabeza. Volvía a notar una insoportable sensación de fatiga. Se esforzó a sí mismo, para encontrarse con la tranquila mirada de Hobson.

—¿Sabe usted algo más? —preguntó.

—No —contestó el Mudo—. Sin embargo, mantengo abierta la comunicación. Estamos tratando de encontrar un medio.

—Otros seis han llegado aquí sanos y salvos —dijo Heath—. Otro más ha sido asesinado. Aún hay gente que trata de llegar.

—La multitud aún no ha descubierto nuestro rastro hasta el

hospital —dijo Hobson—. Veamos. Los paranoides se han infiltrado en Sequoia con una considerable fuerza y están bien armados. Se han apoderado de los campos aéreos y de la estación energética. Están enviando mensajes falsos por teleaudio, de modo que en el exterior no surgirá ninguna sospecha. Están desarrollando un juego de espera; en cuanto llegue otro cargamento de Huevos, los paranoides los lanzarán sobre el pueblo y arrasarán Sequoia. A nosotros también, desde luego.

—¿No podemos matar a los paranoides? No tienes ningún problema en eliminarlos, ¿verdad, Duke?

Heath sacudió la cabeza y sonrió.

—Eso no resolvería la situación —dijo Hobson—. El problema continuaría existiendo. Podríamos interceptar el helicóptero que se dirige hacia aquí con los Huevos, pero eso sólo significaría aplazar la cuestión. Otros cien helicópteros serían cargados con Huevos y emprenderían el vuelo hacia Sequoia; algunos de ellos podrían pasar. Hasta cincuenta cargamentos de bombas serían demasiado peligrosos. Ya saben cómo actúan los Huevos.

Burkhalter lo sabía. Un solo Huevo era suficiente para borrar Sequoia del mapa, por completo.

—El asesinato justificado no me preocupa —dijo Hobson—. Pero matar a los no Calvos... si participara de algún modo en eso, la mancha de Caín no sería un simple símbolo. La tendría en mi frente... o más bien en el interior de mi cabeza. Allí donde cualquier Calvo la podría ver. Si pudiéramos utilizar la propaganda con respecto a esa muchedumbre...

—No queda tiempo —observó Burkhalter, sacudiendo la cabeza—. Y aunque consiguiéramos enfriar los ánimos de los linchadores, eso no impediría que se extendiera la noticia de lo que está sucediendo aquí. ¿Has escuchado las frases que lanzan, Duke?

—¿La muchedumbre?

—Sí. A estas alturas ya han creado una buena imagen de maldad. Nunca hemos mantenido en secreto nuestras discusiones colectivas y alguien ha tenido una brillante idea. Somos polígamos. Puros polígamos mentales, pero eso lo están extendiendo ahora por todo el pueblo.

—Bien —dijo Heath—. Supongo que tienen razón. La norma es arbitraria, ¿no es cierto? ¿No se implanta automáticamente a través del grupo? Los Calvos *son* variantes de esa norma.

—Las normas cambian.

—Únicamente en casos de crisis. Se necesitó la Explosión para que se produjera la descentralización. Además, ¿cuál es el verdadero nivel de los valores? Lo que es justo para los no Calvos, no siempre es justo para los telépatas.

—Hay un nivel básico de moral...

—Semántica —dijo Heath, volviendo a guardar sus historias clínicas—. Alguien dijo alguna vez que los manicomios no encontrarán nunca su verdadera función hasta que el noventa por ciento de la población este loca. Entonces, el grupo cuerdo podrá retirarse a los manicomios —se echó a reír ásperamente—. Pero ni siquiera se puede encontrar un nivel básico en los casos de psicosis. Hay muchas menos esquizofrenias desde que se produjo la Explosión; la mayor parte de los casos proceden de las ciudades. Cuanto más trabajo con los pacientes psicópatas, menos estoy dispuesto a aceptar cualquier nivel arbitrario como verdadero. Este hombre, por ejemplo —añadió, cogiendo una historia clínica—, ha padecido una importante desilusión familiar. Afirma que cuando él muera, desaparecerá el mundo. Bueno... pues quizá en este caso particular tenga razón en lo que dice.

—Tú mismo pareces ya un paciente —comentó Burkhalter sucintamente.

—Heath —dijo Hobson levantando una mano—, sugiero que administre sedantes a los Calvos que hay aquí. Incluyéndonos a nosotros. ¿No sientes la tensión?

Los tres permanecieron en silencio por un momento, escuchando telepáticamente. Burkhalter fue capaz de seleccionar acordes individuales dentro de la discordante melodía de pensamientos que estaba siendo enfocada hacia el hospital.

—Los pacientes —dijo—. ¿Eh?

Heath frunció el ceño y apretó un botón.

—¿Fernald? Trae sedantes... —dio una rápida prescripción, apagó el comunicador y se levantó—. Hay demasiados pacientes psicóticos que son sensibles —dijo, dirigiéndose a Hobson—. Podemos encontrarnos ante una situación de pánico. ¿Ha captado

ese pensamiento depresivo...? —formó una rápida imagen mental—. Será mejor que le administre una dosis a ese hombre. Y será mejor que compruebe también los casos violentos.

Pero, a pesar de lo dicho, esperó. Hobson permaneció inmóvil, mirando por la ventana. Al cabo de un momento, asintió.

—Ése es el último —dijo—. Ahora, todos Nosotros estamos aquí. En Sequoia no quedan más que paranoides y no Calvos.

—¿Ha pensado ya en alguna respuesta? —preguntó Burkhalter, encogiéndose de hombros con incomodidad.

—Aunque la tuviera, no se la diría, ya sabe. Los paranoides podrían leer su mente.

Aquello era cierto. Burkhalter pensó en Barbara Pell, que se encontraba en alguna parte del pueblo... quizá detrás de unas barricadas en la estación energética o en el campo de aviación. Dentro de él se movía una emoción confusa e indefinible. Captó entonces la penetrante mirada de Hobson.

—No hay voluntarios entre los Calvos —dijo el Mudo—. Usted no pidió verse envuelto en esta crisis. En realidad, yo tampoco. Pero en el momento en que nace un Calvo, se presenta automáticamente voluntario para realizar tareas peligrosas, y se mantiene continuamente preparado para una movilización instantánea. Lo que ha sucedido es que la crisis se ha presentado precisamente en Sequoia.

—Habría ocurrido en cualquier otra parte y momento.

—Cierto. Ser un Mudo tampoco es nada fácil. Nosotros estamos desconectados. Nunca podemos participar en una verdadera discusión colectiva. Únicamente nos podemos comunicar por completo con otros Mudos. Y tampoco podemos renunciar nunca.

Un Mudo no podía revelar la existencia del casquete, ni siquiera a otro Calvo.

—Nuestra mutación no durará otros mil años, supongo. Nosotros hemos dado el salto —dijo Burkhalter.

—No lo hemos hecho nosotros. Pero lo estamos pagando. Los Huevos fueron el fruto del conocimiento, en cierto sentido. Si el hombre no hubiera utilizado la energía atómica como lo hizo, las mutaciones telepáticas hubieran pasado por un periodo de gestación completo. Nunca habrían aparecido hasta que el planeta no estuviera preparado para ellas. Quizá no se trate exactamente de la

expresión «preparado» —matizó—; pero, desde luego, no habría desencadenado toda esta barahúnda.

—Echo la culpa a los paranoides —dijo Burkhalter—. Y... en cierto sentido... a mí mismo.

—Usted no tiene que ser culpado de nada.

—Creo que soy culpable, Hobson —dijo Burkhalter, frunciendo el ceño—. ¿Quién, si no, precipitó la crisis?

—Selfridge... —Hobson le estaba observando.

—Barbara Pell —corrigió Burkhalter—. Ella fue quien mató a Fred Selfridge. Desde que llegué a Sequoia ella ha estado persiguiéndome.

—Así es que mató a Selfridge para molestarle a usted. Eso no tiene sentido.

—Cuadraba dentro del plan paranoide general. Al menos, creo que fue así. Pero eso era lo que ella deseaba también. No podía tocarme cuando yo era cónsul. ¿Pero dónde está ahora el consulado?

El rostro de Hobson mostraba una expresión muy grave. Un interno Calvo llegó en aquel momento, ofreció sedantes y agua, y los dos se tragaron en silencio los barbitúricos. Hobson se dirigió hacia la ventana y observó el flamear de las antorchas, en el pueblo. Su voz sonó débilmente.

—Están subiendo —dijo—. Escuche.

El distante griterío aumentó mientras ellos permanecieron en silencio. Cada vez más cerca y más claro. Burkhalter se adelantó, para colocarse al lado de Hobson. Ahora, el pueblo era un enjambre de antorchas encendidas y un río de luz enfilaba hacia el camino que conducía al hospital.

—¿Pueden entrar? —preguntó alguien con voz ansiosa.

—Tarde o temprano lo harán —contestó Heath, encogiéndose de hombros.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó el interno con un matiz de histeria en su voz.

—Ellos confían en su superioridad numérica —dijo Hobson—. Y eso es realmente importante. Pero no están armados. Supongo que no lo están, a excepción de los cuchillos... Pero tampoco necesitan

armas para hacer lo que creen que van a hacer.

Se produjo un silencio mortal en la habitación. Después, con un debilitado tono de voz, Heath preguntó:

—¿Qué *piensan*...?

—Mire —dijo el Mudo, indicando con un gesto hacia la ventana.

Todos los presentes se acercaron al cristal. Mirando por encima de los hombros de los demás, los presentes vieron la vanguardia de la multitud subiendo por el camino, tan cerca que ya se podían distinguir con claridad unas antorchas de otras, así como los primeros rostros distorsionados que gritaban. Eran rostros cegados por el odio y la intención de matar.

Con una voz imparcial, como si el inminente desastre fuera ya una cosa del pasado, Hobson dijo:

—Ya tenemos la respuesta... Ahora la sabemos. Pero hay otro problema que no puedo solucionar y que quizá sea el más importante de todos.

Miró hacia la nuca de Burkhalter que estaba observando el camino y que, de pronto, se inclinó y exclamó:

—¡Mirad! ¡Allí, en los bosques!... ¿Qué es? Algo que se está moviendo... ¿gente? Escuchad... ¿qué es?

Después de que pronunciara las dos o tres primeras palabras, nadie más le prestó atención, pues todos ellos lo pudieron ver. Todo ocurrió muy rápidamente. En un momento, la muchedumbre estaba subiendo el camino, y al momento siguiente unas formas como sombras habían salido de entre los árboles en un orden compacto y disciplinado. Y por encima del terrible griterío de la gente, se elevó un grito enorme, un chillido que heló la sangre.

Era el grito característico que en otros tiempos fue el de los rebeldes. Doscientos años antes había sonado sobre los campos de batalla de la Guerra Civil. Después, emigró hacia el oeste, junto con los rebeldes conquistadores, y se convirtió en el grito de los *cow-boys*. Tras la Explosión, se movió y se extendió junto con los hombres del Oeste, los hombres altos y salvajes que no podían soportar los reglamentos de vida establecidos en las ciudades. Ahora, se había convertido en el grito de los Marginados.

Los presentes lo vieron todo desde la ventana del hospital, representado como sobre un escenario que se encontrara bajo ellos.

Los hombres con chaquetas de piel de gamuza salieron de las

sombras. La luz de las antorchas se reflejaba en las espadas de hoja ancha que llevaban, en las cabezas de los arcos que mantenían contra los codos doblados. Su grito salvaje y terrible se elevó y decayó, apagando los gritos indisciplinados de la multitud.

Los hombres empezaron a acercarse y a rodear a la multitud. Los hombres de la ciudad comenzaron a juntarse cada vez más hasta que la larga hilera, poco organizada, se convirtió en un círculo más o menos compacto, completamente rodeado por los hombres del bosque. Al principio, se escucharon gritos de «¡Matadlos! ¡A por ellos!», por parte de los hombres de la ciudad, y otros gritos de desorden se escucharon incluso a través de las ondulaciones del grito de los Marginados, pero al cabo de los dos o tres primeros minutos se podía decir ya quién dominaba la situación.

No es que no se produjera ninguna lucha. Los hombres que se encontraban al frente de la multitud tenían que hacer algo. Lo hicieron... o trataron de hacerlo. Pero fue poco más que una simple refriega en cuanto los hombres del bosque estrecharon su cerco.

—Como ven, sólo son hombres de la ciudad —dijo tranquilamente Hobson, como si estuviera explicando la escena de una película—. ¿Habían pensado alguna vez lo mucho que ha desaparecido la profesión de la lucha desde la Explosión? Ahora, los únicos hombres organizados para luchar se encuentran ahí afuera —e indicó con un gesto hacia los Marginados, aunque nadie se dio cuenta de su movimiento.

Todos estaban observando la escena con la incrédula ansiedad de los hombres reprimidos, a medida que los Marginados trataban profesionalmente a la multitud, que estaba convirtiéndose ahora en una chusma desorganizada, con tanta rapidez como el innombrable y poderoso espíritu que la había convertido en una muchedumbre enfervorizada, y que ahora moría misteriosamente en ellos.

Todo lo que se necesitó fue una fuerza y una confianza superiores... la amenaza de las armas en manos mucho más acostumbradas a manejarlas. Durante cuatro generaciones, estas personas habían sido gentes de ciudad cuyos antepasados ya no sabían lo que significaba la guerra. Durante cuatro generaciones, los marginados habían conseguido sobrevivir gracias a su conocimiento de las artes de la guerra, tanto en el bosque como contra la humanidad.

De un modo profesional, los Marginados fueron rodeando y dominando a la multitud.

—Eso no resuelve nada —dijo Burkhalter al final, volviéndose y apartándose de la ventana.

Entonces, dejó de hablar, y, a través de su mente, envió pensamientos rápidos, de modo que los no telépatas no le pudieran escuchar. *¿No tenemos que mantenerlos a todos tranquilos? ¿Aún tenemos que decidir sobre la cuestión de... matarlos a todos? Hemos salvado nuestros cuellos, sí..., pero ¿qué hay del resto del mundo?*

Hobson sonrió con una mueca que parecía malvada en su rostro rechoncho. Habló en voz alta, para que le oyera todo el mundo en la habitación.

—Prepárense —dijo—. Abandonamos el hospital. Todos nosotros. El personal no Calvo también.

Heath, sudoroso y fatigado, contuvo la respiración.

—Un momento. Sé que es usted el jefe, pero... ¡no voy a dejar a mis pacientes!

—También nos los llevamos —dijo Hobson.

Su voz sonaba llena de confianza, aunque no era eso lo que expresaban sus ojos. Estaba mirando a Burkhalter. Aún tenía que resolver el último y más difícil problema.

El pensamiento del Cody llegó a la mente de Hobson. *Todo está listo.*

*¿Dispones de suficientes Marginados?*

*Cuatro tribus. Estaban todas cerca del Fraser Run. La nueva instalación del consulado les había hecho descender desde el norte. Curiosidad.*

*Informa al grupo.*

Esparcidos por todo el continente, los Mudos escuchaban. *Hemos limpiado Sequoia. No hay muertos. Unos cuantos han tenido que ser apaleados, pero todos pueden viajar.* (Un pensamiento de irónica diversión). *Vuestras gentes de la ciudad no son luchadores.*

*¿Preparados para la marcha?*

*Preparados. Están todos juntos, hombres, mujeres y niños en el valle*

del norte. *Umpire Vine está a cargo de ese sector.*

*Comenzad la marcha. ¿Algún problema con los paranoides?*

*Ninguno. Aún no se han dado cuenta de nada. Están todavía en el pueblo, todos juntos, esperando. Sin embargo, tenemos que movernos con rapidez. Si tratan de salir de Sequoia, mis hombres matarán. Se produjo una pequeña pausa y después... La marcha ha empezado.*

*Bien. Vendad los ojos si es necesario.*

*No hay estrellas bajo tierra, dijo el pensamiento del Cody con severidad.*

*No debe morir ningún no Calvo. Recordad, ésa es una cuestión de honor. Puede que nuestra solución no sea la mejor, pero...*

*No morirá ninguno.*

*Estamos evacuando el hospital. ¿Está preparado Mattoon?*

*Preparado. Evacuad.*

Burkhalter se pasó una mano por la barbilla.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó espesamente, mirando a su alrededor, entre la oscuridad de los pinos.

Una sombra se movió por entre los árboles.

—Estamos preparando a los pacientes para su transporte... ¿Recuerda? Fue usted golpeado. Ese momento de violencia.

—Ya recuerdo —Burkhalter se sentía avergonzado—. Tendría que haber vigilado más de cerca su mente. No puede. No estaba pensando... —se estremeció ligeramente y después se incorporó—. ¿Dónde estamos?

—A unos cuantos kilómetros al norte de Sequoia.

—Me siento la cabeza muy rara.

Burkhalter se arregló bien la peluca. Se apoyó contra un árbol, se levantó y parpadeó. Al cabo de un momento había conseguido orientarse. Aquello debía de ser el Monte Nichols, el pico más alto de entre los que rodeaban Sequoia. Bastante lejos de donde se encontraban, más allá de las cimas más bajas que impedían la visión, observó un resplandor distante de luz que era el pueblo.

Pero a unos cien metros por debajo de él, una procesión de sombras se movía por un estrecho camino que se abría en la pared de la montaña. Emergieron a la luz de la luna, y continuaron suavemente su camino, hasta perderse de vista entre las sombras.

Había camilleros y figuras erectas, inmóviles, que eran transportadas por otras; había hombres que caminaban apoyados en

los hombros de otros; había hombres altos con chaquetas y gorros de piel, con los arcos colgados de los hombros, que también ayudaban a los demás a caminar. La silenciosa procesión se dirigió hacia los bosques, perdiéndose en ellos.

—Los Calvos de Sequoia —dijo Hobson—, y el personal no Calvo... y los pacientes. No podíamos dejarles.

—Pero...

—Era la única solución viable para nosotros, Burkhalter. Escuche: hace veinte años que nos hemos preparado... no para esto, sino para el *pogrom*. En el interior de los bosques y en un lugar que sólo conocen los Mudos existen una serie de cavernas que se comunican entre sí. Ahora, aquello se ha convertido en una ciudad. Una ciudad despoblada. Los Codys, de los que en realidad hay cuatro, lo han estado utilizando como laboratorio y lugar donde ocultarse. Hay allí material para cultivos hidropónicos, hay luz solar artificial, y todo lo que necesita una cultura. Las cuevas no son lo bastante grandes como para albergar a todos los Calvos, pero serán suficientemente amplias para toda la población de Sequoia.

—¿Los no Calvos? —preguntó Burkhalter, mirándole asombrado.

—Sí. Serán segregados durante algún tiempo, hasta que puedan darse cuenta de la verdad. Serán prisioneros; no podemos evitar ese hecho. Se trataba de elegir entre matarlos y mantenerles incomunicados. En las cuevas, se adaptarán. Sequoia era una comunidad independiente y encerrada en sí misma. La unidad de las familias no será rota. Se puede seguir el mismo modelo social. Sólo que... será subterránea, en una cultura artificial.

—¿No podrán encontrarles los paranoides?

—No hay estrellas bajo tierra. Los paranoides pueden leer las mentes de los habitantes de Sequoia, pero no se puede localizar una mente por triangulación telepática. Únicamente los Mudos conocen la situación de las cuevas, y ningún paranoide puede leer los pensamientos de un Mudo. Ahora vienen a unirse con nosotros... Mudos suficientes para dirigir a los habitantes de Sequoia hacia su nueva morada. Ni siquiera los Marginados sabrán hacia dónde van.

—Entonces, el secreto estará seguro entre los telépatas..., pero ¿y los Marginados? ¿Qué ocurrirá si ellos hablan?

—No hablarán, y por muchas razones. Por una parte, no tienen medios de comunicación para hablar con el mundo exterior. Por

otra parte se encuentran gobernados realmente por una autocracia. Los Codys saben cómo obligarles a cumplir sus propias reglas. Además, ¿se imagina cómo reaccionarían los normales si supieran que los Marginados habían limpiado todo un pueblo? Para salvar su propia piel, los Marginados mantendrán la boca cerrada. ¡Oh!, claro que se puede filtrar la noticia. Cuando hay tantos individuos involucrados en un asunto, nunca se puede estar lo bastante seguro. Pero creo que para ser un plan improvisado, saldrá bastante bien. —Hobson se detuvo un instante, lanzando una rápida y penetrante mirada exploratoria hacia la mente de Burkhalter—. ¿Qué ocurre, Burk? ¿Preocupado aún por alguna cosa?

—Supongo que es por la gente —admitió Burkhalter—. Por los humanos. Todo esto no parece muy justo. Odiaría que me separaran para siempre del contacto con el resto del mundo. Ellos...

Hobson pensó un epíteto explosivo. Fue mucho más violento que cuando lo pronunció en voz alta.

—¡Justo! Vio usted mismo a esa multitud subiendo por el camino, hacia el hospital... ¿acaso entonces pensaban en la justicia? ¡Si alguien se merece un castigo es esa multitud! —después, su voz se tranquilizó—. Como ve, es algo que tendemos a perder de vista. Hemos crecido con la idea de la indulgencia con respecto a los humanos, hasta el punto de que casi olvidamos que, después de todo, ellos son gente responsable. Un *pogrom* es la acción concertada más indefendible de la que se puede acusar a un grupo. Siempre se trata de un ataque por parte de una gran mayoría contra una minoría indefensa. Esa gente nos habría asesinado a todos sin la menor piedad, de haber podido. Tienen mucha suerte de que nosotros no seamos tan malvados con ellos. Creo que se merecen algo mucho peor de lo que van a recibir. No les pedimos que nos colocaran en una situación como ésta. En todo esto hay una gran injusticia, por todas partes; pero creo que esta solución es la mejor teniendo en cuenta las circunstancias.

Observaron la procesión que se movía por debajo de ellos a la luz de la luna. Después, Hobson siguió diciendo:

—Después de haber puesto toda esta operación en marcha, ha surgido una nueva faceta de la cuestión. Una faceta importante. Por

puro accidente vamos a poner en marcha un maravilloso experimento de laboratorio sobre las relaciones humanas. No se formará una comunidad muerta en las cavernas. Con el tiempo, creemos que los Calvos y los no Calvos contraerán matrimonios mixtos allí. El personal del hospital son potenciales embajadores de buena voluntad. Todo exigirá un tratamiento muy cuidadoso, pero creo que con nuestra facilidad para leer las mentes y la propaganda que podemos desplegar, de acuerdo con las lecturas, las cosas saldrán bien. Ésta puede ser la base de la solución definitiva de todo el problema de las relaciones entre los Calvos y los humanos.

»Esto se convertirá en un microcosmos de lo que puede llegar a ser el mundo entero... de lo que podría haber sido si la Explosión no nos hubiera convertido en telépatas mucho antes de nuestro periodo de mutación normal. Será una comunidad de seres humanos dominada por los telépatas, y controlada por ellos de un modo benevolente. Aprenderemos a regular las relaciones con los seres humanos, y mientras aprendamos no correremos ningún peligro. Puede ser un proceso en el que no habrá castigo por el error, en caso de cometerse. Esto quizá sea algo duro para los humanos, pero no será más duro de lo que ha sido durante varias generaciones y en todo el mundo para la minoría de los Calvos. Hasta podemos confiar que en el término de unos pocos años el experimento se habrá desarrollado lo bastante bien como para que, aun en el caso de que las noticias se filtren, los miembros de la comunidad prefieran permanecer donde están. En cualquier caso, tendremos que esperar y ver lo que sucede. No queda otra solución que llegar a un reajuste entre las razas. Si todos los Calvos del mundo se suicidaran voluntariamente, aún seguirían naciendo Calvos. Eso es algo que no se puede detener. El responsable de esa situación es la Explosión, y no nosotros. Nosotros... espere un minuto.

Hobson volvió su cabeza de repente y, en los susurrantes silencios del bosque, únicamente rotos por los débiles sonidos de la procesión allí abajo, escucharon un sonido apenas inaudible.

Burkhalter no pudo oír nada, pero, al cabo de un momento, Hobson asintió con un gesto de cabeza.

—La ciudad está a punto de desaparecer —dijo.

—Hay otro cabo suelto, ¿verdad? —preguntó Burkhalter,

frunciendo el ceño—. ¿Qué sucederá si acusan a Pinewood de haber hecho desaparecer Sequoia?

—En cualquier caso, no habrá ninguna prueba. Estamos preparados para extender rumores en el sentido de que los culpables pueden haber sido otras dos o tres ciudades, junto con Pinewood. Eso será suficiente para confundirles y ocultar la verdad. Quizá podamos decir que la explosión se ha producido a causa de un accidente en el depósito de Huevos. Eso ha ocurrido anteriormente, ya lo sabe. Pinewood y las demás ciudades acusadas tendrán que soportar una ligera sospecha durante algún tiempo. Se les vigilará estrechamente, y si mostraran cualquier otro signo de agresión..., pero, desde luego, no ocurrirá nada más. Creo que... ¡Mire, Burkhalter!

En la lejanía, y por debajo de ellos, el resplandor de lo que había sido Sequoia se extendía como un lago de luz entre las montañas. Mientras observaban, todo cambió. Una estrella resplandeció con un esplendor incandescente, iluminando los rostros de los hombres y mostrando los pinos con fuertes siluetas negras.

Durante un instante, el éter silencioso se llenó de un rugido ensordecedor que sacudió el cerebro de todos los telépatas que se encontraban lo bastante cerca. Después, se produjo aquel terrible vacío, aquella oscuridad... final y completa hacia la que ningún Calvo quería mirar. En esta ocasión fue un poderoso vórtice, pues un gran número de mentes telepáticas perecieron juntas en aquella explosión. Fue un vórtice que hizo tambalear peligrosamente las mentes que se encontraban cerca de su gran y absorbente borde. Los que perecieron allí pudieron haber sido paranoides, pero sus mentes también eran telepáticas y su desaparición conmocionó todos los cerebros que pudieron percibirla.

En la mente de Burkhalter se produjo una tambaleante ceguera. Pensó: *Barbara, Barbara...*

Fue como un terrible e inesperado grito. No hizo ningún esfuerzo por ocultarlo a la percepción de Hobson.

Como si no hubiera captado nada, Hobson dijo:

—Ése es el final. Dos Mudos, a bordo de helicópteros, arrojaron los Huevos. Ahora están observando. No hay supervivientes.

Burkhalter...

Esperó. Lentamente, Burkhalter se fue recuperando de aquel ciego abismo en el que la hermosa, terrible y mortífera imagen de Barbara Pell se hundió para siempre hacia la nada. Lentamente, volvió a enfocar su atención hacia el mundo que le rodeaba.

—¿Sí?

—Ya han desaparecido los últimos habitantes de Sequoia. Aquí ya no nos necesita nadie, Burk.

Había un significado oculto en aquella afirmación. Burkhalter se estremeció mentalmente y dijo, con una dolorosa perplejidad:

—No acabo... de comprenderle. ¿Por qué me trajo hasta aquí? Yo... —dudó un instante y preguntó—: ¿No voy con los demás?

—No puede ir con ellos —dijo el Mudo con tranquilidad.

Se produjo un silencio; una ráfaga de viento frío silbó por entre las agujas de los pinos. La penetrante fragancia y frescura de la noche rodeó a los dos telépatas.

—Piense, Burkhalter —dijo Hobson—. Piense.

—La amaba —dijo finalmente Burkhalter—. Ahora lo sé.

En su mente se produjo un estado de conmoción y de autorrevulsión, pero él mismo quedó demasiado asombrado al darse cuenta de tantas emociones como ahora sentía.

—¿Sabe lo que significa eso, Burkhalter? No es usted un verdadero Calvo, al menos por completo —guardó silencio un instante y añadió—: Es usted un paranoide latente, Burk.

Durante un largo minuto no se produjo ningún sonido ni intercambio de pensamientos entre ellos. Después, Burkhalter se sentó repentinamente sobre la alfombra de agujas de pino que cubría el suelo del bosque.

—No es cierto —dijo; le parecía como si, a su alrededor, los árboles se tambalearan.

—Es cierto, Burk —la voz y la mente de Hobson se mostraban infinitamente amables y suaves—. Piense. ¿Puede... podría haber amado a una paranoide si fuera usted un telépata normal?

De un modo casi estúpido, Burkhalter sacudió la cabeza. Sabía que era cierto. El amor, entre los telépatas, es una cosa mocho más infalible que entre los humanos que se movían a tientas y a ciegas. Un telépata no podía cometer ninguna equivocación sobre la calidad del carácter de la persona amada. No podía, si él quería.

Ningún Calvo normal podría sentir más que la más fuerte revulsión con respecto a lo que había sido Barbara Pell. Ningún Calvo *normal*...

—Tendría usted que haberla odiado. En realidad, la odió. Pero hubo algo más que odio. Una de las cualidades de los paranoides, Burk, es la de sentirse atraídos precisamente hacia aquello que más desprecian. Si usted hubiera sido normal, habría amado a cualquier mujer telépata normal, alguien igual a usted mismo. Pero nunca lo hizo. Tenía que encontrar a una mujer a la que pudiera mirar y considerar desde una posición superior. Alguien sobre la que poder elevar su ego por medio del desprecio. Ningún paranoide puede admitir que otro ser sea igual a él mismo. Lo siento, Burk. No me gusta tener que decirle estas cosas.

La voz de Hobson era como un cuchillo, despiadada y compasiva a la vez, como si estuviera eliminando tejidos putrefactos. Burkhalter le escuchó y pisoteó el odio latente que la verdad había hecho surgir en su mente doble —y sabía muy bien cuál era la verdad.

—La mente de su padre también fue algo anormal, Burk —siguió diciendo Hobson—. Nació con una actitud excesivamente receptiva para con la adoctrinación paranoide...

—Trataron de aplicar sus trucos con él cuando no era más que un niño —espetó Burkhalter con voz ronca—. Lo recuerdo muy bien.

—Al principio, no estábamos seguros de lo que le sucedía a usted. Los síntomas no aparecieron hasta que se hizo cargo del consulado. Después, comenzamos a construir un diagnóstico. En realidad, no deseaba usted ese trabajo. Al menos, eso era lo que le sucedía a nivel subconsciente. Esas pesadas fatigas que sentía no eran más que una defensa. Hoy, he captado ese ensueño suyo... no es el primero que ha experimentado. Los sueños relacionados con el suicidio son otro síntoma, y otro medio de escapar. Y Barbara Pell fue el momento crítico. No podía permitirse a sí mismo el darse cuenta de cuáles eran sus verdaderos sentimientos, así es que proyectó la emoción opuesta... el odio. Creía usted que le estaba persiguiendo y dejó en completa libertad ese odio. Pero no era odio, Burk.

—No, no lo era. Ella... ¡ella era horrible, Hobson! ¡Era horrible!

—Lo sé.

La mente de Burkhalter se encontraba llena de violentas emociones, demasiado confusa para ver con claridad. Odio, un dolor intolerable, luminosas visiones relámpago del mundo paranoide, el recuerdo de la salvaje mente de Barbara Pell, como una llamarada en el viento.

—Si tiene razón, Hobson —dijo, con cierta dificultad—, tiene que matarme. Sé demasiadas cosas. Si soy realmente un paranoide latente, algún día podré traicionar... a Nosotros.

—Latente —subrayó Hobson—. Hay una considerable diferencia... si puede usted ser honrado consigo mismo.

—No estoy seguro si continúo viviendo. Puedo sentir... la enfermedad, como vuelve ahora mismo a mi mente. Le... odio, Hobson. Le odio por mostrarme a mí mismo tal como soy. Algún día, ese odio puede extenderse a todos los Mudos y a todos los Calvos. ¿Cómo puedo seguir confiando en mí mismo?

—Tóquese la peluca, Burk —dijo Hobson.

Confundido, Burkhalter colocó una mano temblorosa sobre la cabeza. No sintió nada anormal. Miró a Hobson, lleno de confusión.

—Quítesela, Burk.

Burkhalter se quitó la peluca. Parecía más dura; los elementos de succión que la mantenían en su lugar se desprendieron con cierta dificultad. Cuando la tuvo en sus manos, Burkhalter quedó sorprendido al darse cuenta de que aún seguía teniendo algo sobre la cabeza. Levantó la mano libre y con unos dedos temblorosos tocó una delgada tela de malla, como de seda, aferrada a su cráneo. Levantó la vista, y se encontró con los ojos de Hobson. Podía ver alrededor de ellos las finas arrugas y la mirada de amabilidad y compasión reflejada en el rostro rechoncho del Mudo. Por un instante, hasta se olvidó del misterio de la extraña capa que tenía sobre la cabeza. Y gritó mentalmente:

*¡Ayúdeme, Hobson! ¡No deje que le odie!*

Instantáneamente llegó a su pensamiento una serie de pensamientos firmes, fuertes y compasivos procedentes de muchas, muchas mentes. Fue una comunión más íntima y de una calidad diferente a todo lo que había sentido hasta entonces. Y, para su

propia mente, fue como el apoyo de muchas manos que le ayudaran a mantener su cuerpo cuando éste se sentía débil y con una infinita necesidad de encontrar apoyo.

*Ahora, eres uno de nosotros, Burkhalter. Llevas el casquete. Eres un Mudo. Ningún paranoide podrá leer tu mente jamás.*

Fue el pensamiento de Hobson el que llegó hasta él, pero detrás de él se expresaban los pensamientos de otros muchos Mudos, de cientos de mentes entrenadas, todas ellas hablando como en un coro que producía eco y ampliaba todo lo que decía Hobson.

*Pero yo... yo soy un latente...*

Los cientos de mentes se convirtieron en una unidad cohesiva, el coloide psíquico de la discusión colectiva, pero con una unión diferente, mucho más intensa, convertido en algo nuevo gracias a los casquetes que filtraban todos sus pensamientos. La unidad se convirtió en una sola mente, fuerte, sana y amistosa, que dio la bienvenida al recién llegado. No encontró allí ninguna curación milagrosa... encontró algo mucho mejor.

Verdad. Honradez.

Ahora, quedó muy clara la anormalidad de su mente, el rasgo paranoide que había en ella, con sus síntomas y su falta de lógica. Era la más elevada clase de psicoanálisis, como sólo podía conocer y experimentar un Calvo.

*Pensó: Llevará tiempo. La cura llevará...*

Hobson estaba de pie, a su lado: *Estaré contigo. Hasta que puedas permanecer solo. E incluso entonces... todos nosotros estaremos contigo. Eres uno de los Nuestros. Ningún Calvo está nunca solo.*

## Cinco

Creo que me estoy muriendo.

Estoy echado aquí desde hace mucho tiempo. A veces, estoy consciente, pero no muy a menudo. No me puedo mover.

Quería cortarme una arteria en la muñeca y morir, pero ahora ni siquiera puedo hacerlo, y tampoco tengo ninguna necesidad. Mis dedos no se moverán. No me puedo mover en absoluto y ya ni siquiera tengo frío. La luz y el calor aparecen y desaparecen, desvaneciéndose cada vez un poco más.

Supongo que es así como se muere. Sé que es así.

Hay un helicóptero allá arriba. Pero será demasiado tarde. Se está haciendo más grande. Pero yo me voy hundiendo con mayor rapidez de la que él desciende en este cañón situado entre los picos. Me han encontrado, pero no lo bastante pronto.

La vida y la muerte no son importantes.

Mis pensamientos están descendiendo hacia una oscura caverna. Llegaré allí y estaré solo, y ése será el final de todo.

Pero hay algo, un pensamiento, que no puedo dejar de pensar. Es muy extraño tener un pensamiento así cuando uno se está muriendo.

*Humpty Dumpty estaba sentado en una pared.*

Ése fue el pensamiento de Jeff Cody, ¿no?

Si pudiera pensar en Jeff Cody, quizá pudiera también...

Pero ya es demasiado tarde.

Cody y la operación Apocalipsis, allá, en las cavernas... recuerda... recuerda...

...muriendo solo...

## HUMPTY DUMPTY

*Y Dios le dijo a Noé: el fin de todo el género humano ha llegado, pues la Tierra está llena de violencia a causa de los hombres...*

Jeff Cody se encontraba bajo un cielo de piedra, con las manos entrelazadas detrás de sí. Estaba intentando leer la mente de una calculadora electrónica, tratando, al mismo tiempo, de impedir que se pudiera leer en su mente toda la violencia que había. Derribó todas las barreras creadas alrededor de su propia desesperación, presionando con dureza sobre el único pensamiento al que no se atrevía a enfrentarse. Lo mantuvo allá abajo, tratando de deslizarlo bajo la superficie de la tormenta que se estaba desarrollando en su mente. La calculadora tenía una frente amplia, blanda, vítrea, sobre la que oscilaban luces y reflejos. En alguna parte de su interior había un diminuto trozo de cristal que podía eliminar todo signo de vida humana sobre la faz del planeta. No la vida de Jeff Cody, ni la de su gente. Sino toda la vida humana no telepática. La responsabilidad de aquel cristal recaía sobre un solo hombre. Cody.

Detrás de él, Allenby se apoyaba alternativamente sobre un pie, mientras el reflejo de su figura se observaba débilmente en la brillante superficie del panel de control de la calculadora. Sin volverse, Cody dijo:

—Pero si el inductor es un fallo, tendremos que... —una imagen de muerte y agonía se formó como una nube en sus pensamientos.

No dijo esto último en voz alta. Allenby le interrumpió muy rápidamente, sin expresarse tampoco en voz alta, pero cortando con su pensamiento el de Cody, antes de que la imagen de destrucción pudiera formarse por completo en la mente de éste.

—No. Hemos sufrido otro contratiempo. Pero lo volveremos a intentar. Seguiremos intentándolo. Puede que nunca tengamos que

utilizar... eso.

Su mente esbozo el diminuto cristal existente en la calculadora, con la muerte de la mayor parte de la raza humana impresa en él.

—Llámallo contratiempo, o fallo —dijo Cody, en el silencio de su mente—. El objetivo es demasiado elevado. Nadie sabe lo que convierte a un hombre en telépata. Nadie podrá inducir jamás esa capacidad con una máquina. Ningún inductor actuará jamás correctamente. Lo sabes.

—No lo sé —replicó con tranquilidad el pensamiento de Allenby—. Creo que se puede hacer, Jeff. Te encuentras ahora bajo una presión demasiado elevada.

Cody lanzó una breve risilla.

—Merriam se pasó tres meses trabajando en esto —dijo—. Brewster tardó más tiempo... ocho meses. Éste es mi sexto mes. ¿Qué ocurre? ¿Tienes miedo de que renuncie del mismo modo que lo hizo Brewster?

—No —contestó Allenby—. Pero...

—Está bien —Cody interrumpió el pensamiento con irritación—. Olvídalo.

Notó cómo la mente de Allenby tocaba suavemente el borde de la suya, con movimientos incómodos. Allenby era un psicólogo. Y, en consecuencia, Cody le tenía un poco de miedo. No quería que precisamente ahora se centrara sobre él la atención de un experto. Había algo terrorífico y sin embargo atrayente muy cerca, pero por debajo de la superficie de sus pensamientos, y no tenía la menor intención de exponerlo precisamente ahora a nadie. Hizo un esfuerzo de voluntad y acumuló un resplandor de imágenes agradables como una pantalla de humo que poder arrojar a la cara de Allenby. Bosques de pinos, con una lluvia cálida cayendo entre ellos, a unos cuatrocientos metros por encima de sus cabezas, y sobre el cielo de roca que les cubría. La tranquilidad y claridad del cielo vacío sólo era rota por el zumbir de un helicóptero y el suave y continuo girar de sus paletas. El rostro de la esposa de Cody cuando se encontraba de buen humor y sonreía con amabilidad.

Notó cómo la incomodidad de Allenby disminuía poco a poco. No se volvió al escuchar los pasos de Allenby sobre el suelo.

—Entonces, volveré —dijo Allenby sin palabras—. Sólo quería verte cuando te dije que habíamos llegado a otro camino sin salida.

¿Está todo bien, Jeff?

—Perfectamente —contestó Cody—. No te retendré aquí.

Allenby se marchó.

Cody escuchó mientras el sonido de los pasos cruzó la sala, desvaneciéndose después. Oyó cómo se cerraba la puerta. Ahora, se encontró solo, al menos físicamente, pues a través de toda la caverna se movía continuamente el juego entrelazado de pensamientos telepáticos, que tocaban su propio pensamiento y pasaban de largo. Hasta el propio Allenby le envió una vaga sensación de incomodidad mientras se marchaba. Así es que Cody siguió manteniendo las imágenes de los bosques de pinos y del cielo claro y de la mujer riendo, todas ellas jugando sobre la superficie de su mente. Pero sus ojos se movieron, mirando de soslayo, sin girar la cabeza, para ver sobre el borde de una mesa de trabajo, al alcance de la mano, lo que no se había atrevido a admitir en su mente hasta ahora. Había demasiadas mentes observando.

Lo que vio fue un cuchillo, con una pesada y estrecha hoja, muy afilada, dejada allí por algún trabajador poco precavido. Lo que vio ante él fue al hombre que estaba realizando este trabajo y la forma en que Brewster había terminado por renunciar a él al cabo de ocho meses. Brewster había utilizado un revólver. Pero un cuchillo también estaba bien. Hay un lugar en la clavícula, cerca del cuello, y la conciencia se pierde, como un candil que se apaga, en cuestión de segundos, si se introduce el cuchillo en ese lugar exacto. Si la carga es demasiado para ser soportada, como sucedió con Merriam, y con Brewster. Y Jeff Cody.

A su alrededor, en el aire, como unas mentes telepáticas incómodas que le miraban invisiblemente, sin ojos, se estaban acercando a él. Una oleada de pánico recorrió toda la caverna. Algo, en alguna parte, andaba mal. Pero Cody había controlado hábilmente sus pensamientos superficiales. En realidad, no se permitió a sí mismo ver por completo el cuchillo, ni pensar claramente en aquel lugar situado en el interior de la clavícula, hasta aquel preciso instante.

Ahora, lanzó un profundo suspiro y dejó que el maravilloso alivio de aquel pensamiento apenas expresado recorriera con toda claridad la caverna. No podrían detenerle. Nadie estaba lo bastante cerca de él. Estaba libre ahora.

—Así, el inductor no actuará —dijo en voz alta—. Así no se puede inducir la telepatía en la mente humana. ¡Pero hay un medio de detener la telepatía!

Dio un largo paso hacia un lado y el cuchillo se encontró en su mano. Con dos dedos, se tanteó el lugar adecuado, en su clavícula, con objeto de guiar mejor la hoja.

«Dejad que el inductor falle —pensó—. Dejad que llegue el *pogrom*. Dejad que la raza muera. Abandonad Apocalipsis. ¡Ahora ya no es mi problema!»

Desde hacía generaciones, la Explosión había planteado el problema al provocar la mutación de subespecies de telépatas. Y hubo un tiempo en el que los Calvos confiaron en que la eugenesia podría solucionar su problema. Pero ahora ya no era así. El tiempo era demasiado escaso.

Aun cuando la función telepática era portada por un gene dominante, había muy pocos Calvos. De haber dispuesto de tiempo suficiente, y de haberse producido suficientes matrimonios mixtos, el mundo podría haber llegado a verse poblado enteramente por telépatas; pero no había tiempo suficiente. La única respuesta era la que los Calvos habían estado buscando desde hacía años... un invento mecánico, un inductor, capaz de implantar la capacidad de la telepatía en un no telépata.

Era algo teóricamente posible. Las mentes de los más grandes científicos de la Tierra estaban abiertas a los Calvos. Y aquí, en las cavernas, el cerebro electrónico podía solucionar el problema, siempre que se le suministrara una información suficiente. Pero ese problema no había sido solucionado por completo, pues no existía bastante información, a pesar del tesoro de conocimientos robados de cientos de mentes brillantes de los no Calvos.

Sin embargo, era la respuesta. Si todos los hombres y mujeres del mundo pudieran convertirse en telépatas, llevando simplemente un compacto invento mecánico, el milagro se produciría. Las últimas barreras desaparecerían de ese modo. El temor y el odio que los no telépatas sentían por los Calvos se desvanecerían por completo... no instantáneamente, sino que se disolverían poco a poco, en el gran mar de las mentes en interacción. La pared, la

*diferencia*, desaparecería, y con ella el temor que forzaba implacablemente el acercamiento del *pogrom*.

Pero el inductor era aún una teoría. La computadora no había solucionado aún ese problema, si es que lo podía solucionar alguna vez. En lugar de eso, había dado la contestación al problema básico de una forma inesperada, fríamente mecánica, y terriblemente lógica. El problema se podía solucionar, decía la computadora. Mediante la destrucción de todos los humanos no telépatas. ¿El método? Buscó en su vasta biblioteca memorizada y encontró...

### La Operación Apocalipsis.

Existía un virus que, mediante ciertos estímulos, podía ser transformado en una variante capaz de ser llevada por el aire y propagada con rapidez. Destruía los tejidos neuronales humanos. Únicamente existía una clase de tejido neuronal humano que no podía ser dañado.

Los telépatas eran naturalmente inmunes a este virus transformado.

Ningún Calvo sabía lo que era el virus o el método de la mutación. Únicamente la computadora sabía esas cosas, y la mente inhumana de una computadora electrónica no podía ser leída. En alguna parte del interior de la gran máquina se encontraba un diminuto cristal de titanato de bario que llevaba una serie de helados puntos de energía, de acuerdo con un código de dígitos binarios. Y ese código contenía el secreto del virus mortal.

Si Jeff Cody daba tres pasos hacia adelante y se sentaba en el acolchado sillón del operador ante el panel de control, y si tocaba un botón determinado, un monitor, examinaría el modelo electrónico de su cerebro y lo identificaría con tanta seguridad como se pueden identificar las huellas digitales. Únicamente un hombre en todo el mundo podría satisfacer la pregunta que el monitor plantearía en silencio.

Y entonces, empezaría a brillar una luz... en alguna parte, sobre el panel de control, y bajo ella aparecería un número y, viendo ese número, Cody podría hacer que la calculadora revelara su secreto. Antes que Cody, Brewster había soportado aquella carga aplastante. Y antes de Brewster, fue Merriam. Y después de Cody... algún otro tendría que soportar la insoportable responsabilidad de decidir: *El fin de todo el género humano está ante mí... Mirad, les destruiré junto*

*con la Tierra.*

El crujido de las mentes en protesta rompió, mediante la fuerza de su presión, el escudo defensivo con el que Cody se había rodeado al tomar el cuchillo en sus manos. Desde todas las partes de la caverna, los telépatas detuvieron sus actividades y enviaron sus fuertes y urgentes pensamientos hacia el nudo trabado que era Cody.

Fue sorprendente. Nunca, con anterioridad, había sentido un impacto tan fuerte. No le importó titubear, pero la carga de su protesta fue casi tangible, convirtiéndose en algo bajo lo que cualquiera se hubiera tambaleado. Incluso desde el suelo situado sobre él, pudo escuchar y sentir el empuje instantáneo de los pensamientos que bajaban de allí. A cuatrocientos metros por encima del cielo de roca, donde el suelo se retorció con las raíces de los árboles, un cazador con una andrajosa chaqueta de piel se detuvo entre los árboles y envió su propia conmocionada y simpática protesta hacia el interior de la caverna. El pensamiento llegó confuso hasta Cody, a causa de la roca que se interponía entre ellos, y lo recibió mezclado con pequeños y luminosos pensamientos sobre las pequeñas cosas que sucedían en la superficie.

Alguien, desde un helicóptero que se encontraba muy alto, en el cielo azul, entrelazó su mente con las del grupo subterráneo, débilmente y alejado, pero tan instantáneamente como el hombre que se encontraba más cerca de Cody, al otro lado de la puerta cerrada.

*No, no, decían las voces en su mente. ¡No puedes! Tú eres parte de Nosotros. No puedes, Jeff. ¡Tú eres parte de Nosotros!*

Él sabía que eso era cierto. El camino para salir era como un pozo profundo y oscuro, y el vértigo le impulsaba hacia él; pero sabía que estaría matando un poco a toda su raza. Únicamente los telépatas pueden experimentar la muerte y seguir viviendo. Cada vez que un telépata muere, todos los que se encuentran al alcance de su mente sienten la negrura que se cierra alrededor de una mente que se extingue, y, en respuesta, sienten cómo su mente se extingue un poco con la de su compañero.

Sucedió todo con tanta rapidez que Cody aún estaba palpando

con sus dos dedos a lo largo del borde de su clavícula, sin haber empuñado aún el cuchillo con firmeza, cuando el único y entrelazado grito de angustiosa protesta de cien mentes hablando como una sola llegó hasta él, envolviéndole. Cerró sus pensamientos y se obstinó en su propósito. Podía rechazar aquellos pensamientos durante el tiempo suficiente. Aquello sólo duraría un segundo. La puerta estaba cerrada y la fuerza física era lo único que podría detenerle.

Pero se sintió inseguro ante aquella urgente presión de las voces y de la acción. Porque la mente de Allenby no estaba hablando junto con las demás. ¿Por qué?

Tenía el cuchillo firmemente empuñado en la mano. Apartó un poco los dos dedos para dejar el sitio libre, sabiendo ya dónde tenía que hundirlo. ¿Se había sentido Brewster como él cuando se encontró allí mismo, seis meses antes, y se desplomó ante el peso insoportable de la decisión? ¿Le resultó duro apretar el gatillo? ¿O le fue fácil, como ahora era tan fácil elevar el cuchillo y...?

Un trallazo de cegadora luz blanca explotó en el centro de su cerebro. Fue como una estrella en explosión que crujió y se expandió por la textura de la propia mente. En el último instante de conciencia, Cody pensó que ya había dado el golpe autodestructor y que aquél era el aspecto que tenía la muerte desde el interior de sí mismo.

Después, se dio cuenta de que el impacto meteórico que le había dejado conmocionado procedía de la mente de Allenby. Sintió que el cuchillo se le deslizaba de entre las manos; notó cómo se le doblaban las rodillas y ya no volvió a sentir nada más durante un tiempo largo, inconmensurable.

Cuando volvió a recuperar la conciencia, Allenby estaba arrodillado a su lado, sobre el suelo, y la computadora le miraba desde arriba, vítrea, reflejando las imágenes desde un ángulo poco familiar, como la vista del ojo de un niño con una visión de alguien muy alto arrollado a su lado. La puerta estaba ahora abierta. Todo parecía extraño.

—¿Estás bien, Jeff? —le preguntó Allenby.

Cody le miró y sintió cómo la tensión reprimida se acumulaba rápidamente hacia la superficie en una explosión de rabia tan fuerte que las mentes que sentía ayudándole a su alrededor se apartaron

como si fuera fuego.

—Lo siento —dijo Allenby—. Sólo he hecho eso dos veces en mi vida. Tenía que hacerlo, Jeff.

Cody apartó la mano posada sobre su hombro. Frunciendo el ceño, encogió las piernas debajo de él y trató de levantarse. La sala empezó a dar vueltas a su alrededor, en un círculo inestable.

—Alguien tenía que hacerlo —dijo Allenby—. Han sido las probabilidades, Jeff. Ha sido duro para ti y para Merriam y Brewster y aquellos otros, pero...

Cody hizo un gesto violento, cortando el pensamiento.

—Está bien —dijo Allenby—. Pero no te suicides, Jeff. Mata a algún otro. Mata a Jasper Horne.

Una pequeña conmoción se extendió por la mente de Cody. Se quedó inmóvil, sin agitar siquiera su mente, dejando que aquel extraño y nuevo pensamiento se situara en el centro de ella.

*Mata a Jasper Horne.*

¡Oh! Allenby era un sabio. Ahora, estaba sonriéndole burlonamente, con un rostro redondo, rudo y tenso, pero que volvía a parecer feliz.

—¿Te sientes mejor? Lo que necesitas es acción, Jeff... Acción. Actividad dirigida. Todo lo que has sido capaz de hacer durante meses es estar aquí, preocupándote. Hay ciertas responsabilidades que un hombre no puede soportar... a menos que actúe. Bien, utiliza tu cuchillo con Horne, pero no en ti mismo.

Un débil ramalazo de duda cruzó por la mente de Cody.

—Sí, puedes fallar —admitió Allenby—. Él puede matarte a ti.

—No podrá —dijo Cody en voz alta, sonándole la voz extraña, incluso pare él mismo.

—Podría. Pero tendrás que correr el riesgo. Alcánzale si puedes. Eso era lo que querías hacer, aunque no lo supieras en realidad. Tienes que matar a alguien. Ahora, Horne es nuestro problema básico. Él es nuestro verdadero enemigo. Así que mátalos. Pero tú no te suicides.

Cody asintió con un gesto, sin decir una sola palabra.

—Bien. Nosotros nos encargaremos de buscártelo. Te conseguiré un helicóptero. ¿Querrás ver primero a Lucy?

Una pequeña onda de perturbación recorrió la mente de Cody. Allenby la captó, pero no permitió que su propia mente murmurara

nada en respuesta. Tranquilamente, las innumerables mentes unidas de los otros telépatas que se encontraban alrededor, se apartaron, esperando.

—Sí —dijo Cody—. Veré primero a Lucy —y se volvió hacia la puerta de la cueva.

Jasper Horne —y lo que él representaba— era la razón de que los Calvos no se atrevieran a saber el método de la Operación Apocalipsis y la naturaleza del virus selectivo mortal del calculador. Ese secreto no lo tenían que conocer ni Jasper Horne ni sus paranoides. Pues su idea era: *¿Por qué no matar a todos los humanos? ¿Por qué no hacerlo antes de que nos maten a nosotros? ¿Por qué no golpear primero y salvarnos nosotros?*

Se trataba de cuestiones muy difíciles de contestar y Jasper Horne se mostraba demasiado dispuesto a ponerlas en práctica. Si se pudiera decir que el grupo de telépatas paranoides tenía algún líder, ése era Horne. Era incierto determinar lo que él sabía sobre las cuevas. Sabía que existían, pero no dónde estaban. Sabía alguna de las cosas que pasaban en ellas, a pesar de los casquetes de frecuencia que llevaban todos los Calvos que estaban allí. Si conociera la existencia del inductor, habría arrojado un Huevo sobre él —de haber podido—, haciéndolo con la mayor alegría y observando cómo se elevaba la nube de humo. Sin duda alguna, sabía que se había planeado la Operación Apocalipsis, pues estaba haciendo todo lo posible para obligar a los Calvos a poner en libertad el virus que destruiría toda la vida humana no telepática.

Y sabía cómo obligarles a tomar esta decisión. Si y cuando comenzara un *pogrom* total, el virus y el Apocalipsis quedarían desatados sobre el mundo. Entonces, no quedaría otra elección. Cuando la vida de uno depende de matar a su enemigo, no se duda. Pero cuando el enemigo es nuestro hermano...

Ésa era la diferencia. Para los Calvos normales, la raza de los humanos no telepáticos era una rama estrechamente emparentada. Para los paranoides, en cambio, eran subhombres peludos, aptos únicamente para el exterminio. Así es que Jasper Horne actuaba en todos los sentidos que podía para obligar a que los problemas surgieran en la superficie. Para precipitar un *pogrom*. Para

asegurarse de que los Calvos acabarían por poner el virus en libertad y destruir así a todos los hombres peludos.

Y Horne actuaba en una sociedad pos-Explosión y descentralizada, basada en el miedo, un miedo que en otros tiempos fue muy real. En la actualidad ya no parecía posible otro movimiento similar. La sociedad oscilaba entre la vuelta a la contracción y una mayor expansión, y cada hombre, cada ciudad se mantenía en guardia contra todas las demás. Pues, ¿cómo se puede confiar en otro cuando no se conocen sus pensamientos?

En American Gun y Sweetwater, en Jensen's

Crossing, y Santaclare y en todas las demás ciudades que se extendían por el continente, los hombres y las mujeres de las ciudades se ocupaban de sus asuntos, criaban a sus hijos, cuidaban de sus jardines, de sus tiendas y de sus factorías. La mayor parte de ellos eran seres humanos normales. Y, sin embargo, en cada ciudad también vivían Calvos que criaban a *sus* hijos y cuidaban *sus* jardines. La mayor parte de ellos vivían amistosamente con los demás. Pero no siempre... no siempre.

Y desde hacía varias semanas se había extendido por la mayor parte de la nación una húmeda y opresiva ola de calor, en la que las agresiones aumentaban continuamente. Sin embargo, y dejando aparte unos pocos duelos con arma blanca, nadie se atrevió a lanzar el primer golpe. Había otros hombres que también estaban armados y cada ciudad poseía un depósito de Huevos atómicos y podía devolver el golpe con una precisión mortal.

El momento estaba más que maduro para un *pogrom*. Hasta el momento, no se había formado ninguna chusma. Ningún grupo de potenciales linchadores se había fijado en un objetivo concreto.

Pero los Calvos eran una minoría.

Todo lo que se necesitaba era un factor que precipitara la acción... y los paranoides estaban haciendo todo lo posible por proporcionarlo.

Cody miró hacia la roca gris de la cueva y extendió la llave hacia la puerta del apartamento de su esposa. Con la llave ya en la cerradura, dudó, no a causa de la indecisión, sino porque sabía lo

que le esperaba en el interior. Había una profunda arruga extendida entre sus cejas y todas las pequeñas líneas de su rostro estaban en tensión y se mantenían así a causa de la perpetua tensión sentida por todos los Calvos desde el primer momento en que entraron en la cueva.

El cielo de roca lo contenía y lo embotellaba todo en un complejo laberinto de pensamientos que producían ecos contra las paredes y se entrelazaban y entremezclaban en una babel de confusión. La Caverna de Babel, pensó Cody con ironía, haciendo girar la llave con un débil gesto de resolución. Al otro lado de la puerta, cambiaría una Babel por otra. Las paredes le proporcionarían un pequeño escudo frente a las nubes de duro y hosco resentimiento del exterior, pero allí dentro había algo que incluso le gustaba menos. Sin embargo, sabía que no se podía marchar sin haber visto a Lucy y al niño.

Abrió la puerta. La sala de estar era bastante grande, con su amplio diván que corría a lo largo de tres lados; con el suave y verde oscuro musgo situado bajo las estanterías de libros, los muebles de colores y las luces bajas. Un fuego eléctrico brillaba detrás de un entretejido de pantallas al estilo gótico, como una pequeña catedral de cuyo interior surgieran las llamas. A través de la cuarta ventana existente en la cuarta pared podía ver las luces de la sala de estar de Ralph, reflejándose en la calle, y al otro lado podía ver a June y a Hugh Barton en su propia sala de estar, tomando un *cocktail* antes de comer ante su fuego eléctrico. Parecía todo muy agradable.

Pero allí dentro, todos los claros colores y el resplandor se veían ensombrecidos por el aura de desesperación que impregnaba toda la vida de la esposa de Jeff Cody y que durante... ¿desde cuándo? El niño tenía tres meses de edad.

—¿Lucy? —llamó.

No hubo respuesta. Pero una profunda oleada de sufrimiento recorrió el apartamento y, al cabo de un momento, escuchó un crujido en la cama situada en la habitación contigua. Después, percibió un suspiro. Finalmente, la voz debilitada de Lucy, dijo:

—Jeff.

Se produjo un instante de silencio y él ya se había vuelto hacia la cocina cuando escuchó de nuevo su voz.

—Ve a la cocina y tráeme un poco más de whisky, ¿quieres por favor?

—En seguida —contestó él.

El whisky no le haría ningún mal, pensó. Cualquier cosa que pudiera ayudarla a pasar los próximos meses, sería bueno. ¿Los próximos...? No, el final tardaría mucho menos.

—¿Jeff? La voz de Lucy sonaba quejumbrosa.

Llevó el whisky a la habitación. Ella estaba echada sobre la cama, con el rostro vuelto hacia el techo, con los rizos rojos colgándole, con sus delgados pies apoyados contra la pared. En sus mejillas se notaban las marcas de las lágrimas secas que corrían hacia las orejas, pero ahora sus pestañas no estaban húmedas. En una esquina, el niño dormía en una pequeña cuna, envuelto por sus propios pensamientos incoherentes, similares a los de un animal. Estaba soñando con calor y una enorme suavidad que lo abarcaba todo y que se expandía lentamente; era un sueño sin forma, todo él textura y temperatura. Sus rizos, de ligero color rojo, no eran más que una simple indicación en la bien configurada cabeza.

Cody miró a Lucy.

—¿Cómo te sientes? —se escuchó a sí mismo preguntar inútilmente.

Sin mover un solo músculo ella dejó que sus ojos giraran hacia un lado, de modo que le miró desde debajo de unos párpados semicerrados, lanzándole una mirada pétrea, de sufrimiento y odio. Un vaso de agua vacío se encontraba sobre la mesita de noche, al alcance de la mano de ella, que colgaba con flojedad sobre la cama. Cody se adelantó, destapó la botella y vertió una considerable cantidad de líquido en el vaso. Cinco, seis centímetros. Ella no le iba a decir que se detuviera. Lo hizo al llegar a los seis centímetros y devolvió la botella a su lugar.

—No tienes por qué preguntar cómo se siente alguien —dijo Lucy con un tono apagado de voz.

—No te estoy leyendo, Lucy.

—Como quieras —dijo ella encogiéndose de hombros sobre la cama.

Cody no dijo nada. Se limitó a mirar al niño dormido. Pero Lucy se levantó con un gesto repentino, haciendo crujir la cama, asombrando a Cody porque el movimiento fue tan espontáneo que

ni siquiera captó su anticipación en la mente de ella.

—Él no es tuyo. Es mío. Todo mío, de mi clase, de mi raza. No...

—el pensamiento continuó expresándose—. No hay ninguna mancha en su sangre. Absolutamente ninguna. No es un Calvo. Es un niño guapo, normal, sano y perfecto...

No dijo todo aquello en voz alta, aunque tampoco tenía necesidad de hacerlo. Ella captó el pensamiento a medias y después lo dejó marchar deliberadamente, sabiendo que era lo mismo que expresarlo en voz alta. Después, con una voz indiferente, añadió:

—Supongo que *eso* no lo leíste.

Él se adelantó hacia ella en silencio, y le tendió el vaso de whisky.

Habían transcurrido cinco años desde que el Huevo fuera lanzado sobre Sequoia. Cinco años desde que la colonia de la caverna viera la última luz del día que pudieron ver. Y la gente llevada desde Sequoia hasta las cavernas se instaló en ellas de mal humor, con resentimiento o resignada, según el temperamento de cada cual. Disfrutaban de todas las comodidades subterráneas que sus captores podían proporcionarles. Se sentían tan contentos como los más hábiles psicólogos podían conseguir, psicólogos que podían leer sus mentes y conocer sus necesidades casi antes de que aquellas necesidades adquirieran forma. Pero seguían siendo prisioneros.

Los matrimonios mixtos comenzaron al cabo de pocos meses de cautividad. Fue uno de los experimentos a gran escala que sólo pudo tener lugar en las cuevas y bajo tales condiciones controladas. Se trataba de demostrar en parte la buena intención que se abrigaba con respecto a los cautivos, con objeto de hacerles sentirse menos aislados.

En realidad, ningún telépata desea casarse con un no telépata. Entre los no telépatas existe un porcentaje de compañeros potenciales casi tan alto como entre los Calvos; pero, para un Calvo, un ser humano no telépata es una persona defectuosa. Es como una maravillosa muchacha que posee todos los atributos deseables, tanto mentales como físicos, pero que es sordomuda y ciega. Puede comunicarse mediante el lenguaje de los signos, pero la barrera continúa siendo casi infranqueable.

Hay, además, otro factor: alrededor de todo ser humano, aunque comience la vida con las mejores posibilidades en cuanto a herencia y medio ambiente, se va formando un muro, lenta pero inexorablemente, a causa de todos los problemas de la vida que esa persona no consigue solucionar por completo, aún sin darse cuenta de ello. Pero no sucede lo mismo con los Calvos. Siempre hay amigos dispuestos a ayudar. Siempre hay mentes en las que poder apoyarse en casos de crisis o incertidumbres. Existe una continua comprobación y equilibrio, de modo que ningún Calvo sufre esos dilemas interiores, esas nubes de confusión y perplejidad, reconocidas sólo en parte, que enturbian la felicidad de todos los demás seres humanos. En la mente de un telépata existen comparativamente muy pocas cámaras llenas de antiguas dudas y temores. Eso proporciona a la personalidad una claridad que nunca puede alcanzar por completo una persona no telépata.

Un telépata puede llegar a ser un psicótico, desde luego, pero sólo cuando se halla sujeto a tales tensiones y durante un largo periodo de tiempo, que un no telépata sólo podría resistir por un breve espacio de tiempo sin desmoronarse. (Los telépatas paranoides eran de una clase diferente; en su caso, la herencia era un factor muy importante.)

Así pues, el matrimonio entre un Calvo y un no telépata es, en el mejor de los casos, un matrimonio entre un ser alerta, receptivo y totalmente despierto, y otro ser oscuro y confundido, disminuido en sus capacidades de comunicación y siempre, a cierto nivel, algo resentido.

Pero, después de todo aquel tiempo, casi toda persona no telépata en situación de poder contraer matrimonio en las cavernas, había sido laboriosamente cortejada, terminando por casarse con un Calvo. Al mismo tiempo, se habían casado inevitablemente con un agente de espionaje, con un psicoanalista voluntarioso, aunque no siempre bien aceptado, y lo que era más importante, con el pariente potencial de otros Calvos.

El gene es dominante, lo que significa que los hijos eran casi invariablemente telépatas. Sólo cuando un Calvo poseía un gene no telepático recesivo junto con el gene telepático dominante, podía el niño nacer siendo un no telépata.

Eso fue lo que les sucedió a Lucy y a Jeff Cody...

Estaba previsto que ningún humano pudiera abandonar las cuevas jamás. Ningún Calvo que no llevara el casquete de un Mudo se enteraría jamás de la cautividad, pues si el resto del mundo se enteraba de tal cautividad el *pogrom*, tan largo tiempo esperado, se pondría en marcha casi automáticamente. Ningún hijo de padres humanos abandonaría el lugar, a menos que se marchara siendo un niño de pecho, demasiado joven para recordar o contar la historia. Pero un niño telépata era desde su nacimiento un recluta para sus captores. Se había mantenido la esperanza de que al cabo de una generación o dos, los cautivos pudieran haberse mezclado automáticamente con los Calvos o fueran sacados de las cavernas siendo niños, de modo que la colonia volvería a su estado original en el que la población estaba compuesta únicamente por telépatas.

Éste había sido el plan original, pero las crecientes presiones ya lo habían dejado anticuado.

Lucy se secó la boca con la palma de una mano delgada, y tendió el vaso vacío a Cody. Esperó un momento, mientras el whisky le quemaba en su interior, extendiéndose con lentitud como un recubrimiento caliente, sobre las paredes de su estómago.

—Toma un poco —le dijo ella—. Ayuda.

Cody no quería beber, pero vertió un poco en el vaso y lo bebió obedientemente. Al cabo de un rato, Lucy lanzó un breve suspiro y se sentó sobre la cama, con las piernas cruzadas, apartándose de los ojos el pelo que le caía sobre la cara.

—Lo siento —dijo ella—. Es irracional.

Dejó caer la palma de la mano sobre la cama y Cody cerró su propia mano sobre la de ella, sonriéndole con cierta incomodidad.

—Tengo una cita en el exterior —dijo—. He de marcharme dentro de pocos minutos, Lucy.

La mirada de la mujer se dirigió irresistiblemente hacia la cuna de la esquina. Su pensamiento, confuso y claro al mismo tiempo por el alcohol, se desplegó como una bandera. Cody casi parpadeó ante el impacto, pero había aprendido mucho mejor que otros Calvos a mantener la disciplina, debido al hecho de estar casado con una no telépata, y no expresó nada. Únicamente dijo:

—No. No es eso. No me lo llevare hasta que no lo digas.

Ella le dirigió una mirada repentinamente asombrada.

—¿Es demasiado tarde?

—No —dijo Cody con rapidez—. Desde luego que no. Aún no tiene la edad suficiente para recordar... esto.

Lucy se movió incómodamente.

—No quiero que se quede aquí toda la vida. Sabes que no quiero. Ya es bastante malo para mí, sin saber si mi propio hijo podrá alguna vez... —ella cerró inmediatamente el pensamiento de la luz del sol, del aire azul, de las distancias—. Pero todavía no.

Dejó caer los pies sobre el borde de la cama. Se levantó con cierta inestabilidad. Echó una mirada ciega hacia el niño y después se dirigió, dando traspies, hacia la cocina, apoyándose de vez en cuando en la pared. Cody extendió automáticamente su pensamiento hacia la mente de ella, retirándose después y levantándose para seguirla. Ella estaba en la cocina, llenando su vaso de agua. Lo bebió con ansiedad, sin mirar hacia ninguna parte.

—Tengo que marcharme —dijo Cody—. No te preocupes, Lucy.

—Alguna... mujer —dijo Lucy confusamente, sobre el borde del vaso—. Hay... alguien. Lo sé.

—Lucy...

—Una de tu misma clase —dijo Lucy dejando el vaso en el fregadero, haciéndolo rodar en un amplio arco, arrojando el agua que quedaba.

Todo lo que él pudo hacer fue mirarla desamparadamente. No podía decir nada. No podía decirle que se marchaba para tratar de matar a Jasper Horne. No le podía decir nada sobre la Operación Apocalipsis, ni sobre el inductor, ni sobre el puesto de terrible responsabilidad que tenía. No podía decirle: «Si podemos perfeccionar el inductor a tiempo, Lucy, podrás marcharte libremente... tú y tu hijo.» Tampoco le podía decir: «Puede que tenga que matarte... a ti y a nuestro hijo y a todos los no telépatas que hay sobre la Tierra... con la Operación Apocalipsis.»

No, no podía decir nada.

Ella se llevó una mano húmeda a la cara, echándose el pelo hacia atrás, mirándole borrosamente, y luego, avanzando con indecisión, con los pies desnudos sobre el suelo, se acercó a él y colocó la mejilla sobre su hombro, metiendo sus brazos por debajo de los de él, alrededor de su pecho.

—Lo siento —dijo ella—. Estoy... Loca. Para ti también es duro, Jeff.

—Sí.

—La semana que viene enviaremos al niño fuera —prometió—. Después, volveré a sentirme bien. Yo... odio el whisky. Sólo que...

—Lo sé.

Le acarició el pelo, apartándolo de su rostro húmedo, tratando de encontrar palabras con las que expresar las complejas oleadas de amor, piedad, remordimiento, terror y dolor que llenaban constantemente su mente en cuanto se encontraba con su esposa, o en cuanto pensaba en ella. Es curioso, pero los telépatas no encuentran a menudo las palabras cuando necesitan comunicar con ellas matices de sentimiento. Entre los de su propia clase, nunca necesitan emplear las palabras.

—Sé paciente conmigo, Lucy —dijo finalmente—. Se están planteando problemas. No disponemos de mucho tiempo, y puedo fallar. Yo... regresaré a casa tan pronto como pueda.

—Sé que lo harás, querido. Desearía poder hacer... algo.

Él la abrazó.

—Te traeré algo que te guste —dijo—. Una sorpresa. Aún no sé lo que será, pero algo bonito. Y después, Lucy, la semana que viene, si lo quieres, nos cambiaremos. Encontraremos un nuevo apartamento en la caverna siete. Podrás pedir nuevos muebles y, bueno... —apenas sabía lo que estaba diciendo, pues la ilusión y la realidad se confundían demasiado en él.

—Ya pensaremos en algo, querido —dijo ella—. Está bien.

—Entonces, me marchó.

—Te echaré de menos —dijo ella, asintiendo—. Regresa pronto.

Cody cerró la rejilla del ascensor detrás de él y apoyó la cabeza contra la pared de acero, bajándola después pesadamente mientras configuraba en su mente la señal de código para activar los mecanismos. En alguna otra parte, una mente preocupada contestó con otro fragmento de la cifra, y una tercera (que pasaba rápidamente, yendo tarde a comer), emitió los símbolos necesarios que aún faltaban. Para poner en funcionamiento el ascensor se tenían que proyectar simultáneamente tres imágenes mentales. Era una precaución. Las salidas de emergencia sólo podían ser operadas por teléfono.

Se apoyó sobre una puerta inclinada, abriéndola hacia una confusión de hojas caídas y al penetrante y dulce olor de los pinos mojados y de la lluvia. Un conejo asombrado salió corriendo de entre los matorrales. Cody cerró la puerta camuflada y levantó la vista, semicerrando los ojos contra la lluvia que le caía sobre el rostro. Desde alguna parte, más arriba de donde se encontraba, le llegó un saludo inaudible, un motor empezó a zumbir y una espiral oscura rodó hacia abajo surgiendo de la oscuridad. Cody colocó un pie en el estribo y sintió la suave e instantánea elevación de la canastilla que le subía desde el mismo momento en que se sentó en ella. El helicóptero le recibió a través de una trampilla abierta en el suelo.

Arn Friedmann no levantó la mirada de los controles. Tampoco necesitaba hacerlo. De rostro seco, cuadrado, inexpresivo, inclinó su cabeza hacia adelante para mirar a través de la lluvia, dedicando una mínima atención de su mente a enviar un saludo sin palabras.

Por un momento, Cody se limitó a permanecer reclinado, dejando que el silencio frío y tranquilo del cielo abierto le limpiara la mente. Era como permitir el relajamiento de músculos puestos en tensión durante demasiado tiempo. La caverna estaba tan llena de resentimientos reprimidos, de sentidos de culpabilidad, de temores y tensiones que, al cabo de un tiempo, a un telépata hasta le resultaba difícil respirar el aire.

Friedmann tenía algo urgente que deseaba comunicarle. Cody lo sintió en los bordes exteriores de su conciencia, esperando allí a que el recién llegado respirara aire limpio durante un rato. La mente de Friedmann se elevó a medida que se elevaba el helicóptero, paciente, esperando la señal.

Debajo de ellos, los bosques de pinos fueron quedando atrás, semiborrados por la lluvia. El agua corría por los parabrisas. El motor zumbaba agradablemente en el frío. Lucy. Hacía cinco años que no veía la lluvia, ni los árboles, ni el cielo. Y, por delante de ella, toda una vida sin ellos, sin poder disponer siquiera de una muerte rápida o... del inductor.

—Tenemos que conseguir más tiempo —le llegó el pensamiento de Friedmann—. Si ahora empieza un *pogrom*, se extenderá. Creo que los paranoides confían en eso. Han estado infiltrándose en las ciudades clave... los lugares donde existen mayores probabilidades

de que comiencen los tumultos. Como en American Gun. Jasper Horne está allí.

—¿Desde cuándo? —preguntó Cody.

—Desde hace unas tres semanas. Ha estado trabajando muy duramente. Ya sabes cómo lo hacen los paranoides. Leen una mente e instilan en ella la palabra adecuada en el momento justo para mantener la tensión en continuo crecimiento. Probablemente, Horne podría iniciar un tumulto en American Gun en el momento que quiera, incluso ahora.

—No lo hará si esta muerto —dijo el pensamiento de Cody, con una cruel anticipación.

Se reclinó en el asiento, observando cómo pasaba la niebla ante ellos, pensando en American Gun. Era una ciudad de juego. Ésa era la especialización, aunque en la ciudad había un famoso laboratorio de investigación, y aunque allí también vivía un maestro artesano en plásticos. Pero, en la mayor parte de los casos, los hombres acudían a American Gun para jugar.

*Eso es lo que haré yo*, pensó Cody. Observó cómo detrás de él la luz del sol secaba las gotas de agua de las ventanillas.

Friedmann dejó a Cody en las afueras de American Gun, y después se dirigió con el helicóptero hacia el oeste. Tenía que cumplir un recado propio en la ciudad de Bleeding Kansas, a ochocientos kilómetros de distancia. Cody observó cómo el helicóptero se elevaba en un cielo perfectamente limpio y azul.

American Gun se encontraba en una gran llanura, rodeada de colinas y cruzada por un río ancho y lento. Había un cierto número de personas distantes y diminutas en la playa, y una serie de botes en el río; canoas y balandros de plástico transparente que brillaban bajo el sol. Los puntos oscuros, destacados contra el verde plácido, indicaban la situación de los nadadores. Pero el viento que soplaba hacia el río era caliente.

Cody permaneció en las colinas más bajas, mirando hacia American Gun. Una cierta calma le permitió relajarse, ahora se estaba dirigiendo hacia un objetivo que veía con claridad. En la ciudad habría unos cien edificios, algunos de ellos grandes, y ninguno demasiado cerca del otro. Los árboles florecían, o habrían

florecido si sus hojas no hubieran caído limpiamente... todos, a excepción de los que estaban cerca de la ribera del río. Únicamente los niños se movían con rapidez. Debajo de un roble, Cody pudo observar a un pequeño grupo situado alrededor de un amplio rectángulo blanco extendido, haciendo picnic. Sobre el mantel blanco pudo ver el verde y el rojo de una sandía.

Un pequeño perro blanco trotó hacia él, pasando de largo, con la lengua fuera. Le lanzó una mirada aburrida, pero cautelosa. En su mente había una diminuta imagen de una terrible bestia esclavizadora algo mayor que un tigre. Con cierta dificultad, Cody identificó el terror en forma de un perro tejonero, al que temía mucho el perro blanco y pequeño.

Sintiéndose divertido, Cody comenzó a bajar la cuesta que conducía hacia American Gun. No se dio prisa. El aire, húmedo y cálido, le producía una sensación agradable en la piel. Sin pensar, receptivo por el momento, dejó que las corrientes de pensamiento que se entrecruzaban pasaran a través de él como el sonido del mar, mientras se movía a un ritmo semihipnótico, dirigiendo la mirada hacia un largo edificio de estilo bizantino situado ante él, y observando cómo se hacía cada vez más grande, a medida que avanzaba.

...Había espacio suficiente sobre la Tierra. Y, seguramente, había también enemigos suficientes junto a los otros hombres. El hombre había estado guerreando casi desde que se irguió, y nunca se había declarado un armisticio con el más antiguo enemigo de todos, el enemigo que ardía en el cielo azul y caliente, que se mantenía, tóxico e invisible, en el suelo, que se encontraba ahora en el río, pero que podía elevarse e inundarlo todo; el enemigo que seguía sin conocer y sin atender al hombre, cuyo antiguo poder chocaba siempre contra el dique que la inteligencia humana había construido.

Enemigo y amigo a la vez... como un regalo de los dioses. Sin él, sin las fuerzas físicas y químicas que habían creado este aire, esta agua, este valle de tierra fértil, no habría existido vida en absoluto. Un regalo agradable... eso era este planeta. Había que guardarlo, conservarlo, vigilarlo... aprender a predecirlo y a controlarlo... y eso le serviría a todo ser humano. Si se le olvidaba mientras se luchaba contra los demás, el sol ardiente, las aguas desbocadas, el

frío mortal y los fecundos microorganismos actuarían como siempre habían actuado, siguiendo sus antiguas pautas, en las que no había ningún lugar planificado para el hombre. ¡Como un dios!

Cody se encontraba ya en el pequeño parque situado ante el largo edificio bizantino. Los árboles languidecían por encima de los prados acres. Un estanque rectangular contenía unos peces dorados, que boqueaban esperanzadamente cuando nadaban hasta la superficie, para volver a nadar después hacia abajo. Las pequeñas mentes de los peces estaban abiertas a Cody, mentes sin pensamiento como diminutas y brillantes llamas en un pequeño pastel de cumpleaños.

No entró en el edificio bizantino. Físicamente, no tenía la menor intención de hacerlo. Se volvió hacia uno de los elevados pedestales situados en líneas irregulares a lo largo de la parte frontal del edificio, y se detuvo ante uno que no estaba siendo utilizado. Unas pocas personas tenían las cabezas inclinadas sobre los pedestales, mirando por unos oculares. No eran muchos. Hacía demasiado calor, incluso allí, en la sombra.

Cody se inclinó sobre el ocular de su pedestal, encontró una moneda en su bolsillo y la introdujo por la ranura. La negrura hacia la que miraba se transformó en una imagen de luminosas letras: *Radiocobalto*. Después, aparecieron una serie de hileras de números, una tras otra. Cody apretó entonces el botón que indicaba su elección. Aquello puso en marcha el mecanismo. Se encontró mirando hacia una magnífica cámara «Wilson», listada con brazos relumbrantes de actividad subatómica. Justo por encima de la imagen, un contador señalaba el número de colisiones electrónicas. Si su posición fue lo bastante acertada, podría ganar el premio principal y demostrar...

Nada. Nada de nada. Pero a medida que la mente de Cody empezó a extenderse sintió la anhelante y preocupada anticipación en las mentes que le rodeaban y se dio cuenta de que ganar representaría mucho para la mayor parte de ellos.

Porque, en el fondo, aquellas mentes no tenían ninguna confianza. Sobre todas ellas se extendía la pesada amenaza que había ensombrecido el mundo desde la Explosión, colocando en cada mano un arma irresistible, un depósito de Huevos en cada ciudad. En lugar de barreras nacionales, ahora había una barrera

alrededor de cada ciudad... y de cada individuo. La supervivencia seguía dependiendo de la buena suerte... de una suerte ciega.

Y así fue como florecieron las ciudades de juego, como American Gun. Aquí, en los casinos, en la máquina tragaperras, en la ruleta y los tapetes, y el busque usted su suerte, y el faro, los hombres podían demostrar que la ciega diosa de la suerte les favorecía, y que aún estaban a salvo. La incertidumbre social fue convertida en la incertidumbre mecánica de los dados al caer, o de la aguja de la ruleta, mientras que la responsabilidad personal era colocada en manos de la diosa que los griegos llamaron Tuche, y los romanos Fortuna.

Cody sintió cómo la gente pasaba a su lado, entrando y saliendo del casino. Para su mente sensitiva, el aire caliente parecía echar chispas. Quizás eso se debía a la creciente tensión que se había ido acumulando, que no procedía de ninguna fuente capaz de ser identificada por un ser humano, y que, sin embargo, ningún ser humano podía ignorar. Pero Cody conocía cuál era aquella fuente. Jasper Horne no estaba en American Gun desde hacía varias semanas sin un propósito.

Si el *pogrom* podía comenzar en alguna parte, era aquí.

Y aquí, en American Gun, se encontraba la fuerza que había situado a Cody en su dilema, forzándole despiadadamente hacia la elección que ningún hombre podría contemplar durante demasiado tiempo sin intentar buscar antes alguna respuesta más fácil. Aquí se encontraba la presión que le había forzado a empuñar el cuchillo para llevarlo hacia su cuello. Y también aquí se encontraba el hombre responsable de todo ello.

*Jasper Horne*, pensó Cody, mientras las luces de la máquina brillaban ante sus ojos. Su mente se centró en aquel objetivo con una mortal intensidad. Allenby, que permaneció en la cueva, había tenido razón. El verdadero objetivo de Cody era matar a Horne, y no suicidarse... porque lo único que haría de ese modo sería arriesgar su vida; eso no significaría traicionar a su propia gente, librándose de la responsabilidad que llevaba sobre sí por todos ellos. Los paranoides fueron el verdadero enemigo desde el principio. Siempre habían trabajado para destruir la aceptación de los Calvos por parte del resto de la humanidad. Eran ellos los que habían provocado la destrucción de Sequoia y la necesidad de

mantener cautivos en las cuevas a los humanos. De no haber sucedido aquello, probablemente nunca se habría encontrado con Lucy, y ella sería ahora más feliz, del mismo modo que él también lo sería. Ahora, al margen de lo duramente que ambos lo intentarían, no podrían encontrar una verdadera respuesta ni para ellos ni para su hijo. No había forma de escapar. Al margen de lo que sucediera, había heridas que no se podrían curar nunca.

La Tierra misma era hostil y amiga a la vez. Pero los paranoides eran todos enemigos, y, de todos ellos, Jasper Horne se encontraba aquí, en American Gun, al alcance de Jeff Cody. Horne tenía que ser asesinado, aunque no fuera más que por el hecho de que tanto él como sus paranoides habían obligado a los Calvos a convertirse en asesinos.

El brillo de las luces de la máquina se apagó y el visor quedó a oscuras. Cody no había ganado nada. Deslizó otra moneda en la ranura y volvió a observar el bombardeo electrónico, mientras su mente le daba vueltas a su dilema.

Dentro del edificio bizantino una barahúnda de pensamientos giraban de un lado a otro como las ruedas de la ruleta. Éste era un centro de chismorreos de American Gun. De vez en cuando, captaba imágenes allí que identificaba con Horne. Fue comprobando gradualmente aquellos pensamientos, como una antena direccional, hasta que comenzó a obtener una imagen de las costumbres de Horne. Pero también fue clarificando así otras cosas... la creciente presión de los acontecimientos en la ciudad, que ninguna persona no telepata relacionaba con la presencia de los paranoides.

En American Gun nadie se había afeitado durante veinticuatro horas. ¡Oh! Algunos lo habían hecho, desde luego... pero no muchos. Los Calvos no tenían ninguna necesidad de afeitarse y, desde luego, hubo algunos seres humanos lo bastante valientes como para arriesgarse a ser considerados sospechosos. En los cercanos laboratorios de investigación no se había podido implantar el movimiento de no afeitarse. Y había otros, aunque no muchos, cuyas suaves mejillas atraían a menudo un círculo de miradas sospechosas y dejaban tras ellos retazos de murmullos hostiles.

Así, sería doblemente difícil matar a Horne. La violencia podía ser el movimiento que pusiera en marcha el *pogrom*... que era exactamente lo que Cody esperaba poder evitar eliminando al

paranoide. Eso significaba que Horne tendría que ser asesinado en privado y, sobre todo, lejos de cualquier líder potencial de la multitud, que pudiera poner en marcha un tumulto. (En American Gun había esta clase de hombres; Horne ya los había encontrado. Serían los destinados a dirigir a la multitud cuando llegara el momento.)

...*Está en el Last Chance.*

Cody levantó la cabeza, deslumbrado un instante por la profunda sombra azul y por la blanca luz del sol. En su mente se dibujó un mapa de American Gun, gracias a la información que ya había acumulado. El Last Chance se encontraba en el extremo norte de la ciudad, cerca del laboratorio de investigación. Horne podía o no estar allí, pero sería fácil seguir aquella pista.

Cody pasó junto al estanque de peces dorados, sin atender esta vez las diminutas llamaradas de las pequeñas mentes de los peces, y echó a andar por un camino que conducía hacia el norte a través de la ciudad. Sus pensamientos continuaron extendiéndose. En varias ocasiones, captó los pensamientos de otros Calvos. A través de ellos, podría haber localizado a Horne instantáneamente y con toda seguridad, pero ellos no llevaban el casquete de Mudo y sus mentes habrían podido ser leídas entonces por las de los paranoides. Y debía evitar el que Horne fuera advertido de su presencia. Cody levantó la mano para tocarse la fina malla de filamentos oculta bajo su peluca. Mientras llevara el casquete de Mudo, Horne no podría leer su mente.

La gente empezó a reunirse y a aparecer agrupada. Los rumores iban de un lado a otro como calor brillante en el aire abrasador, acumulando detalles confirmativos a medida que pasaban. Alguien (la mente de Cody escuchó el rumor) había hecho saltar la banca la noche anterior en el Gold Horseshoe, marchándose con dos pesados sacos llenos de créditos y, sin ningún cuidado, dejó caer la peluca junto a la puerta de salida, revelando una cabeza pelada. Sí, los Calvos se estaban quitando ahora la máscara y obteniendo créditos de todas las formas que podían, preparándose para la hora cero, cuando se harían cargo del poder en la nación...

Cody echó a andar un poco más rápidamente. Hasta él llegaron pensamientos extraviados de los Calvos que había en American Gun. *Las aguas se están saliendo de su cauce.* La frase cruzó el aire en

silencio, yendo de mente en mente, de un grupo ansioso a otro de Calvos que continuaron estoicamente con sus asuntos entre los humanos, mostrando unos rostros impasibles a medida que sus mentes se tocaban y se mantenían juntas al borde del pánico. Aquel día, las madres habían dejado en casa a sus hijos, y los helicópteros familiares estaban preparados y con los tanques llenos.

Por encima de la gente, Cody vio el letrero luminoso del Last Chance. Se dirigió hacia allí, buscando con la mente la presencia de Horne. A pesar de las inaudibles tensiones que cruzaban el aire caliente, se dio cuenta de que se sentía curiosamente feliz. Todo parecía muy fácil y simple, y era la primera vez que sucedía así en varios meses. *Mata a Horne*. Eso era todo; eso era suficiente. *Mata a Horne*, decía su mente, sin ninguna de las dudas e inseguridades experimentadas durante los últimos meses y años.

Se detuvo junto a las puertas fotoeléctricas, de modelo antiguo, del Last Chance, buscando a su enemigo. Los rumores pasaron junto a él, frescos, como si ninguna voz los hubiera expresado con anterioridad. Los rumores hablaban de la hilera de helicópteros de carga que se encontraba en los alrededores de la ciudad; del hombre que trabaja en el cargamento y que accidentalmente rompió una de las tablas de una caja de naranjas. Dentro de la línea de naranjas había... ¿rifles de aspecto alargado... atómicos? ¿Tres Huevos cuidadosamente envueltos en gomaespuma? ¿Humanos inconscientes en ruta hacia un laboratorio secreto de vivisección perteneciente a los Calvos?

Entonces, una respiración invisible pareció extenderse a través del aire caliente y quieto.

Era el aura paranoide. Del mismo modo que, en términos generales, el ataque epiléptico puede ser presagiado por una indefinible sensación de desastre inevitable, la aproximación física de un paranoide lleva ante sí el halo sombreado que impulsa hacia el exterior la mente enferma. Cody había tenido ya otras veces aquella misma sensación, pero en cada ocasión percibió la misma y débil contracción, como si su contacto con el mundo luminoso, caliente y verde que le rodeaba se viera disminuido por un instante.

Se volvió lentamente y cruzó la calle, pasando junto a los grupos incómodos y murmurantes de hombres sin afeitar, junto a sus miradas hostiles. Delante de él había un pequeño restaurante... el

Copter Vane Eatery. El aura se espesó. Cody se detuvo junto a la puerta del restaurante y se extendió telepáticamente hacia su interior.

Los rumores pasaron junto a él. Había un hombre, que conocía a otro que tenía un vecino Calvo que había perdido tres dedos en un duelo, hacía ya un mes, y que hoy tenía los tres dedos como si fueran nuevos, pues le habían crecido después de ser cuidado en un hospital privado para Calvos. (Pero los Calvos no mantienen duelos... ¡Eso no importa!) Ellos pueden realizar milagros en el campo de la medicina, pero no los verás haciéndolo para los humanos, ¿lo has visto alguna vez? Si no se les detiene pronto, ¿quién puede decir lo que va a suceder después?

Rígida de arrogancia, llena de sospechas, la mente de Jasper Horne, en el interior del restaurante, envió sus propios tenebrosos pensamientos, demasiado egoístas, orgullosos, sensitivos e inflexibles. Y en aquella mente había oculto un diminuto pensamiento, como un rescoldo bajo la ceniza gris, desvaneciéndose y volviendo a brillar en una semiclaridad que obligó a Cody, junto a la puerta del restaurante, a detenerse y quedarse rígidamente inmóvil por temor a que el paranoide telépata pudiera sentir su presencia.

*Horne no ha venido a American Gun para comenzar un pogrom.*

Su verdadero motivo era mucho más mortal. Era...

¿Qué?

Eso era lo que Cody no podía ver... todavía. Había captado la sombra de un pensamiento, y aquello había sido suficiente para que en su mente apareciera una penetrante advertencia, una señal de terrible urgencia. El verdadero motivo de Horne se encontraba profundamente enterrado en su mente. Pero tenía que ser descubierto. Cody se sintió bastante seguro de eso.

Se hizo a un lado, se apoyó contra la pared del edificio y miró estúpidamente a su alrededor, mientras que, desde debajo de su casquete de Mudo, su mente probaba muy delicadamente y con gran sensibilidad a extenderse hacía Horne.

*Suavemente... suavemente.*

El paranoide estaba sentado, solo, en un reservado situado cerca del fondo del restaurante. Sus pensamientos estaban obturados por la represión. Y se concentraba en su comida, sin pensar

conscientemente en lo que se había filtrado a través de la superficie de su mente durante un instante de triunfalismo. A menos que aquel concepto surgiera en la conciencia, Cody no podría leerlo, a no ser que investigara en profundidad, lo que le delataría inmediatamente ante Horne.

Sin embargo, había un modo. Las indicaciones correctas podían hacer aparecer las respuestas adecuadas en cualquier mente. Pero esas indicaciones tendrían que ser implantadas muy delicadamente en los pensamientos de Horne, de modo que parecieran perfectamente naturales. Cody miró a través de la calle, más allá de lo grupos de hombres que seguían murmurando, hacia el Last Chance. Horne había estado allí hacía apenas media hora. Era una indicación adecuada. Envío con toda suavidad el concepto de Last Chance hacia la mente de Horne.

Y aquella mente se encogió con cautela, buscó, no encontró nada (el casquete de Mudo protegía a Cody) y entonces la indicación respondió.

*Jugando en Last Chance, pero yo soy el único que estoy jugando con ellos, el único que puede matarlos a todos si...* La cadena de pensamientos se rompió cuando la videomúsica llenó el restaurante. Horne levantó el tenedor y continuó comiendo.

Cody adaptó el compás de su pensamiento al de la música y envió un nuevo mensaje a Horne.

*Matarlos a todos matarlos a todos matarlos a todos...*

*Liberar el virus*, llegó la respuesta de Horne ante un estímulo que él creía propio. *Pomerance se está acercando más cada día para controlar la mutación de un virus matarlos a todos matarlos a todos ¡MATARLOS A TODOS!*

Cody se protegió contra la rabia roja que surgía de la mente del paranoide.

*Pomerance*, pensó. *Pomerance*.

*Pomerance en el laboratorio*, pensó Horne, formando una imagen sensorial. No muy lejos de ellos, a sólo dos bloques de distancia, se encontraban los laboratorios de investigación de American Gun, y en ellos trabajaba un hombre llamado Pomerance, un bioquímico que no era telépata. Estaba trabajando en cierto experimento que, si tenía éxito, permitiría a los paranoides desarrollar un virus tan mortal y especializado como el virus de la Operación Apocalipsis.

Y ésa era la verdadera razón de la presencia de Horne en American Gun. El plan del *pogrom* no era más que un camuflaje destinado a engañar a los Calvos, mientras Horne continuaba con su verdadero propósito de seguir telepáticamente los experimentos de Pomerance hacia el objetivo de una Operación Apocalipsis desarrollada por los propios paranoides.

Desde luego, Pomerance no pretendía alcanzar aquel objetivo. Él era un bioquímico; su propósito consistía únicamente en desarrollar un bacteriófago mucho más eficiente... pero el método que necesitaría para ello también podría ser aplicado con propósitos mortales.

Suavemente, Cody manipuló la mente del paranoide. Se enteró de poco más. Pomerance podía fallar... Horne se daba cuenta de ello. Pero, en tal caso, se podría poner en marcha el *pogrom*. Sería mucho más fácil encontrar y utilizar un virus que matara a los humanos, pues en un *pogrom* también se perderían vidas de paranoides... pero habría un *pogrom* si no se podía disponer de otra cosa mejor. Las condiciones estaban maduras. Horne había creado la tensión suficiente en American Gun; había localizado a los líderes potenciales de la multitud; podía comenzar el *pogrom* en cualquier momento que lo deseara... y eso sería como una señal dirigida a todos los paranoides de la nación para hacer lo mismo. Aquel *pogrom* universal forzaría a los Calvos a poner en marcha la Operación Apocalipsis... de modo que se conseguiría, en definitiva un poco, sólo un poco, siguiendo muy de cerca los experimentos de Pomerance. Parecía encontrarse muy cerca de alcanzar su objetivo.

*Demasiado cerca*, pensó Cody, oscilando un poco su cuerpo hacia la puerta del restaurante. Estaba perdiendo tiempo. *Mata a Horne, mátalos ahora mismo*, se dijo a sí mismo..., pero aún dudaba, porque había algo más en la mente del paranoide que le intrigaba. Existía demasiada confianza en aquella retorcida e inestable personalidad paranoide. Debía de haber alguna otra razón que explicara aquella sorprendente falta de ansiedad.

Cody volvió a intentarlo con indicaciones cuidadosas que pasaron rozando ligeramente la otra mente. Sí, había una razón. Había una bomba oculta en el laboratorio de Pomerance.

¿Por qué?

Horne poseía aquella información y Cody se la fue sacando muy

cuidadosamente. No se podía permitir que el bioquímico cayera vivo en manos de los Calvos. La bomba estaba dispuesta para estallar en cuanto Horne recopilara en su conciencia un cierto complejo de símbolos —la mente del paranoide se apartó rápidamente de aquella peligrosa ecuación—, y también explotaría en el caso de que la mente de Horne *dejara* de pensar.

O sea, si Horne moría.

Al igual que el modelo de una alarma antirrobo, una interrupción en el flujo de la corriente, las radiaciones emitidas constantemente por la mente dormida o despierta de Horne, rompería el circuito y pondría en marcha la alarma... la bomba que mataría a Pomerance. Cody vio la localización de aquella bomba, extrayéndola con toda claridad de la imagen mental que Horne se había hecho del laboratorio.

Así pues, si mataba a Horne, Pomerance también moriría. ¿Pero por qué aquello era tan importante para el paranoide?

Cody volvió a probar y, de repente, comprendió la razón.

La investigación de Pomerance se centraba en el diferencial de resonancia aplicado a las nucleoproteínas que eran los virus. Pero existía también otro tipo de nucleoproteínas; la misma función telepática dependía de la resonancia de las nucleoproteínas en el cerebro humano. Si el experimento de Pomerance tenía éxito, significaría...

¡Significaría que la telepatía podría ser inducida en un no telépata!

Aquella era la contestación al problema del inductor, la única constatación que podría solucionar el problema universal de un mundo en cisma. En manos de los paranoides, el método de Pomerance podría destruir a todos los humanos normales. En manos de los Calvos, podría convertir a toda la humanidad en una sola familia. Podría...

De pronto, Cody se dio cuenta de que Horne había descubierto su presencia.

Instantáneamente, Horne comenzó a construir en su mente la ecuación que pondría en marcha la bomba oculta en el laboratorio de Pomerance. La mente de Cody saltó hacia el futuro. Podía matar

a Horne antes de que el paranoide terminara, pero si lo hacía, su muerte pondría igualmente en marcha el artefacto. Pomerance moriría... y no debía permitir que eso sucediera. De la supervivencia del bioquímico dependía algo más que las vidas.

No había ningún medio de detener los pensamientos de Horne, excepto uno. La investigación de Cody sobre la mente del otro le había proporcionado una gran información sobre aquella personalidad orgullosa, inflexible e insegura. Ahora, sabía más sobre Horne que él mismo. Y había descubierto un punto vital. Horne no era un psicótico; no había perdido el contacto con la realidad, sino que, al igual que otros muchos paranoides, tenía síntomas psicopatológicos, y uno de ellos era su fuerte tendencia hacia lo que Allenby habría denominado alucinaciones hipnogógicas... vívidas imágenes sensoriales que aparecían durante el estado de adormecimiento que antecede al sueño. Y tales alucinaciones se podían producir fácilmente mediante la hipnosis.

Todo lo que tenía que hacer Cody era convencer a Horne de que había estado momentáneamente alucinado. Eso, y un poco más... un poco más.

Cody disponía al menos de una buena visión interna de las formas que tales imágenes adquirirían para el paranoide, con sus fuertes delirios de persecución y grandeza. Así pues, Cody proyectó la idea de que él, representando a los Calvos, había venido para ofrecer una tregua, para establecer un pacto con los paranoides en contra de los humanos... que era exactamente la clase de vívido deseo fantástico que Horne debía de haber experimentado con frecuencia. Al mismo tiempo configuró la imagen mental de Jasper Horne y permitió que éste la captara.

La acción fue lo bastante natural, incluso en el marco de una alucinación. Cuando uno se comunica con otro, se le visualiza en la propia mente en muchas otras dimensiones que las puramente visuales. Las impresiones propias sobre sus modelos emocionales, sus recuerdos, sus pensamientos, la completa imagen de toda su personalidad, tal y como uno la percibe, es recopilada en forma de una correlación subjetiva del hombre objetivo con el que uno quiere comunicarse. La ardiente luminosidad de esa imagen luciferina se encontró con claridad entre las mentes que se tocaban, penetrante y vívida, de una forma que la mente obtusa del paranoide nunca

había conocido.

Los antiguos griegos ya sabían lo que significa el mecanismo de la identificación... fueron ellos los que contaron la historia de Narciso. Y el cebo fue tragado por Jasper Horne, que no podía identificarse con nadie más, excepto consigo mismo, o con un dios hecho a su imagen y semejanza. Su egotismo paranoide se reflejó en aquella imagen egótica, que fue reflejada una y otra vez, mientras Cody comprobaba y tocaba delicadamente sus pensamientos y observaba atentamente en espera de la primera señal de falta de conciencia.

Finalmente, Horne se detuvo en su formación mental del concepto que destruiría a Pomerance. El paranoide dudó, sintiéndose inseguro, mientras su captación de la realidad le decía que los Calvos no podían, no enviarían nunca a un emisario dispuesto a capitular y que, por lo tanto, sus sentidos, que le habían advertido de la presencia de Cody, le habían engañado. Aquellas sensaciones de pánico no eran nada desconocidas para Horne. Así es que podía aceptar —cautelosamente— la sugerencia de que sus sentidos le habían gastado una pesada broma, engañándole.

Muy, muy suavemente, y manteniendo aún la extraña imagen egótica de Jasper Horne como un cebo brillante ante una trampa, Cody envió tranquilos pensamientos indicativos, haciendo que se deslizaran con toda suavidad en la mente en dudas. Al principio, fueron evidentemente verdaderos pensamientos; verdaderos en el sentido de que concordaban con el sistema de creencias de los paranoides. Eran pensamientos agradables que proporcionaban seguridad en sí mismo. Sosegado, Horne observó la imagen egótica que él mismo había tenido tantas veces de sí mismo... aunque nunca con tanta claridad y espectacularidad. Narciso contempló su imagen en el claro y profundo estanque de la mente de Cody.

Así, sentado solo en el reservado del restaurante, Horne relajó poco a poco su cautela, y el suave asalto de Cody se movió hacia una nueva zona. Los pensamientos que Cody envió ahora no eran completamente ciertos, pero tampoco lo bastante falsos como para asombrar al paranoide, quien los tomó por pensamientos propios. *He tenido estas alucinaciones otras veces. Normalmente, antes de irme a dormir. Las estoy teniendo ahora. Así es que tengo que marcharme a dormir. Me estoy durmiendo. Siento los párpados muy pesados...*

Los pensamientos, adormecedores y monótonos, empezaron a sumergir la conciencia de Horne. Poco a poco, la hipnosis fue aumentando. Narciso observaba a Narciso...

*Duerme, duerme, musitaba la mente de Cody. No te despertarás hasta que no te lo ordene. Nada más te despertará. Duerme profundamente... duerme.*

Y el paranoide se quedó dormido.

Cody echó a correr por la calle todo lo rápidamente que pudo. Ningún otro Calvo en American Gun se encontraba más cerca que él de los laboratorios de investigación, y si se tenía que salvar a Pomerance, él solo se encargaría de hacerlo. Podía fracasar con gran facilidad. Jasper Horne estaba sentado, sumido en su sueño hipnótico, en un restaurante abarrotado de gente y, en cualquier momento, alguien podría dirigirse a él o sacudirle hasta hacerle recuperar la conciencia. La hipnosis no era profunda. Podría mantenerse o romperse en cualquier momento. A pesar de las sugerencias finales de Cody al paranoide, éste podría ser despertado con gran facilidad y por cualquier persona.

Cody continuó corriendo. ¿Y si conseguía sacar a Pomerance a tiempo del laboratorio? ¿Podría regresar de nuevo al restaurante antes de que Horne se despertara?

No, pensó Cody; la hipnosis no era lo bastante profunda. Sería un milagro si Horne permanecía así más de unos pocos minutos. Si pudiera salvar a Pomerance, eso ya sería un buen milagro.

*Pero en cuanto Horne se dé cuenta de lo que está sucediendo, no esperará. Comenzará el pogrom. Todo está preparado aquí, en American Gun; ha colocado la dinamita y todo lo que tiene que hacer es poner en marcha el detonador. Muy bien. Estoy seguro de que lo que estoy haciendo es correcto. Creo que lo es. No puedo estar seguro. Si salvo a Pomerance, Horne iniciará probablemente el pogrom antes de que yo pueda regresar y matarle. Pero no puedo dejar que Pomerance muera; él puede resolver el problema del inductor.*

*¡Date prisa!*

Corrió hacia un grupo de edificios largos y bajos. Conocía el camino; lo había visto en la mente de Horne. Se dirigió hacia uno de los edificios, abrió la puerta y se encontró en el laboratorio.

Un hombre flaco, de pelo gris, con una bata manchada, se volvió para mirarle fijamente. Era Pomerance... y al darse cuenta de ello, Cody también percibió que a dos manzanas de distancia, en el Copter Vane Eatery, Jasper Horne se acababa de despertar y extendía su pensamiento hacia la mente Pomerance, en una repentina oleada de pánico.

Instantáneamente, Cody recorrió el largo laboratorio. Detrás de Pomerance había unas ventanas, a lo largo del suelo, que se abrían a la cálida luz del sol, al cielo azul, junto a la hierba ocre. Sí pudieran llegar a las ventanas...

A Cody le pareció que cruzó la habitación en ningún tiempo. Ningún tiempo y, sin embargo, otra clase de tiempo parecía alargarse infinitamente a medida que, en la mente distante del paranoide, vio cómo la ecuación mortal se iba formando para poner en marcha el mecanismo que haría explotar la bomba. Ahora, la ecuación estaba completa. Ahora, el tiempo se detendría en un explosivo momento de muerte.

Pero aún quedaba tiempo. Cody envió una llamada inaudible, una llamada que sonó como un gran timbre de alarma en las mentes de todos los Calvos que había en American Gun. Al mismo tiempo, cogió a Pomerance y utilizó su propio ímpetu para elevar al hombre y saltar hacia las ventanas. Después, el suelo se elevó y el aire se abalanzó hacia afuera ante la primera compresión inaudible de la onda que se movió enfrente de la explosión.

La ventana surgió ante ellos, luminosa, alta, adornada con pequeños paneles. El hombro de Cody chocó contra algo, y sintió cómo se rompía la madera y los cristales, sin un solo sonido a causa del gran blanco y atronador rugido de la explosión, mucho más fuerte que cualquier otro sonido.

La ráfaga explotó en una ceguedad blanca que le rodeó y, al otro lado del cristal hecho añicos, el vacío se abrió ante él.

Estaba cayendo, junto con Pomerance, a través del aire caliente y seco y de la oscuridad, una oscuridad situada bajo el calor del sol, cayendo y doblándose mientras los cristales caían con ellos, a su alrededor, y el ruido de la explosión continuaba y continuaba, para siempre...

Frente al Copter Vane Eatery, dos transeúntes se peleaban. Jasper Horne, entre la multitud, musitó algo. Otro hombre lo

repitió, en voz más alta. Uno de los transeúntes se sintió oscuramente furioso. (Era una frase clave, destinada a despertar esta agresión humana, análoga a la ecuación destinada a hacer explotar la bomba.) En un momento, un cuchillo salió de su vaina y comenzó a desarrollarse todo un duelo en medio de un círculo de personas que permanecían en silencio. El ganador fue un hombre de rostro peludo, con pelo en el pecho, pero con una cabeza parcialmente calva. Su actuación con el cuchillo había sido muy hábil y segura. Demasiado segura, dijo Jasper Horne con un murmullo audible. Los murmullos se extendieron por todo el círculo de personas. Cualquiera podía ganar un duelo si podía leer la mente de su contrincante. Si ellos podían hacerse crecer los dedos perdidos, quizá pudieran hacerse crecer también el pelo.

Jasper Horne dijo algo, algo que era exactamente lo que tenía que decir, dirigiéndose al líder potencial de la multitud, que estaba a su lado.

El líder potencial frunció el ceño, lanzó un juramento y dio un paso hacia adelante. Hábilmente, cogió al ganador por detrás, mientras éste limpiaba su cuchillo, que salió volando, yendo a caer sobre el pavimento. Otros tres hombres se abalanzaron sobre el que tenía la cabeza pelada, mientras éste caía al suelo. Dos de ellos le sostuvieron, mientras el tercero estiró con fuerza del poco pelo que aún le quedaba en la cabeza. Se sostenía. La víctima gritó, llena de rabia, y se resistió con tanta fuerza que cuatro de los mirones tuvieron que retroceder dando traspiés. Uno de ellos perdió su peluca...

Aquello no era ni dormir ni estar despierto. Era el limbo. Flotó en el vientre del no ser, la única y verdadera intimidad que podía experimentar un telépata, y lo que deseó fue permanecer allí para siempre. Pero era un telépata. No podía pretender lo que no era cierto, ni siquiera en la secreta intimidad de su propia mente, pues ésta se hallaba completamente abierta... al menos con respecto a los Mudos que llevaban casquetes similares al suyo.

Sin embargo, le fue difícil despertar. Fue difícil forzarse a sí mismo, por voluntad propia, a recuperarse y recoger de nuevo las cargas que le pudieran estar esperando, tanto las nuevas como las

antiguas. Si su vida pudiera ser vivida como lo había sido durante el último minuto que recordaba, sin ninguna indecisión ni inseguridad, sino sólo con la certera necesidad de la acción física (*¿está Pomerance vivo?*, preguntó algo en su mente que se iba despertando), entonces sería fácil elevarse para quedarse en ese silencio cálido y gris que era tan infinitamente aliviador, y en el que ni siquiera había sueños (*pero ¿y Pomerance?*).

Y, como siempre, el pensamiento de otro se sumo al esfuerzo de Cody y le elevó con una pesada tenacidad. Se orientó instantáneamente. No necesitaba depender únicamente de sus propios sentidos, ahora confusos y adormilados. En las cavernas, y por encima de ellas, en los helicópteros que se encontraban en el aire, todo era un conmovido y confuso sentido de urgencia y de preocupado movimiento, y cada mente mantenía un pensamiento bajo lo que otros pensamientos pudieran estar preocupándose en los niveles superiores de la mente.

El pensamiento era *pogrom*.

Cody planteó una pregunta: *¿Debería haber matado a Horne, en lugar de tratar de salvar a Pomerance?* Pero no esperó la respuesta. Después de todo, la decisión había sido suya. Abrió los ojos (sabiendo en qué cama de la enfermería y en qué sector de las cuevas se encontraba), y observó el rostro redondo y rojizo de Allenby.

—¿Pomerance? —preguntó.

—Vivo —le contestó inaudiblemente el psicólogo. Algunos de los Calvos de American Gun llegaron hasta donde estabas inmediatamente después de la explosión. Tuvieron que actuar con rapidez. Horne había puesto en marcha el *pogrom*. Pero ya tenían dispuesto un helicóptero rápido y os administraron los primeros auxilios, a ti y a Pomerance, en pleno vuelo. Eso fue hace dos días.

—¿Dos días?

—Pomerance sólo estuvo inconsciente durante unas pocas horas. Pero a ti te mantuvimos así hasta ahora... lo necesitabas. Sin embargo, supongo que vivirás, en el caso de que sea eso lo que te estés preguntando.

—¿Cuánto tiempo podrá vivir cada uno de nosotros? —musitó el pensamiento de Cody.

—Levántate y vístete —ordenó Allenby—. Hay trabajo que

hacer. Aquí están tus ropas. ¿Cuánto tiempo? No lo sé. El *pogrom* se ha estado extendiendo desde hace dos días. Los paranoides lo habían planeado todo muy bien. A estas alturas, parece que se trata de un *pogrom* total, Jeff. Pero tenemos a Pomerance. Y creo que también hemos conseguido el inductor.

—Pero Pomerance no es uno de los nuestros.

—Sin embargo, está con nosotros. Gracias a Dios, no todos los humanos están en contra de los Calvos. En cuanto Pomerance comprendió cuál era la situación se ofreció voluntariamente para ayudarnos en la forma en que pudiera hacerlo. Así es que, vamos. Estamos preparados para intentar hacer funcionar el inductor. Quería que estuvieras allí. ¿Podrás hacerlo?

Cody asintió. Se sentía rígido y bastante débil, y bajo los vendajes de plástico notaba numerosos puntos dolorosos; pero se sentía bastante bien como para levantarse y andar. Siguió a Allenby hacia el pasillo, que recorrieron juntos. La preocupación y la urgencia de numerosos pensamientos se movió alrededor de ellos. Recordó a Lucy. *No todos los humanos son anti-Calvos*. Y no todos los Calvos son anti-humanos, añadió, pensando en lo que se había hecho con seres humanos como Lucy, condenada a una prisión perpetua en el interior de las cuevas.

—Ella estará allí... en el laboratorio —dijo Allenby, dirigiéndose a Cody—. Se ofreció para ser uno de los sujetos. Hemos conseguido un inductor provisional, de acuerdo con la teoría de Pomerance... al menos empezamos a partir de su teoría y continuamos, contando entre nosotros a todos los científicos. Fue una tarea bastante difícil. Espero...

El pensamiento del *pogrom* oscureció momentáneamente la mente de Allenby, y fue reprimido. Cody pensó: *Encontraré tiempo, Cassius. Encontraré tiempo...*

—Sí —admitió el psicólogo—. Más tarde, Jeff. Más tarde. El inductor es ahora nuestro objetivo. Nada más. No has pensado en Jasper Horne desde que te has despertado, ¿verdad?

Cody se dio cuenta de que apenas si lo había hecho así. Ahora, al hacerlo, vio al líder de los paranoides como algo remoto y despersonalizado, una figura en movimiento inmersa en algún gran complejo de acción; no era ya el objetivo, cargado de emoción, de su odio.

—Creo que no siento la necesidad de matarle —admitió Cody—. En realidad, ya no es importante. Lo peor que pudo hacer fue iniciar el *pogrom*, y eso ya lo ha hecho. Le mataría si se me presentara la oportunidad, pero ahora por una razón bien diferente. ¿Funcionará el inductor? —preguntó, mirando a Allenby.

—Eso es lo que vamos a ver. Pero tendría que funcionar... tendría que hacerlo —contestó Allenby, abriendo una puerta situada en la pared del pasillo.

Cody siguió al psicólogo hacia el interior de una de las cavernas, que había sido convertida en un laboratorio experimental.

Se estaba desarrollando una gran actividad en el interior de la caverna, pero Cody no se distrajo con impresiones sensoriales externas; se volvió inmediatamente hacia donde se encontraba Lucy, con el niño entre sus brazos. Se dirigió hacia ella con rapidez. Extendió su mente hacia la de ella y después comprobó el estado de la suya. Quizá había demasiadas cosas que no deseaba saber, ni ahora, ni nunca.

—Estas vendas no significan nada —dijo Cody—. Me encuentro muy bien.

—Me lo han dicho —dijo Lucy—. Ha sido la única vez que me he sentido contenta de que existiera la telepatía. Sabía que podían decirme con toda exactitud si estabas bien... aun cuando estuvieras inconsciente.

La rodeó con sus brazos, mirando al niño dormido.

—No podía decir nada mientras te observaba —dijo Lucy—. Podría haberme... muerto. Pero fue una suerte que Allenby y los otros fueran capaces de mirar en tu mente y estar seguros de que te encontrabas bien. Quería hacer algo para ayudar, pero no había nada que yo *pudiera* hacer. Excepto... esto. Allenby me dijo que necesitaba voluntarios para el experimento del inductor. Así es que me presenté voluntaria. Es una de las formas en que *puedo* ayudar... y quiero hacerlo.

Así es que Lucy conocía ahora la existencia del inductor. Bien, ya había pasado la época en que fue necesario el secreto. Ahora ya no importaba que los prisioneros de las cuevas supieran mucho o poco. Ahora ya no importaba, puesto que el *pogrom* había comenzado.

—Esta vez es un *pogrom* total, ¿verdad? —preguntó ella, y él

notó un segundo irracional de asombro (*¿telepatía?*).

Pero terminó por darse cuenta de que Lucy sólo estaba reaccionando ante las señales indirectas aprendidas a captar a través de una larga familiaridad con el comportamiento de Cody. Todas las parejas casadas tenían a veces destellos de esta clase de pseudotelepatía, si existía una verdadera simpatía entre ellos. Y, a pesar de todo, aquella simpatía existía. Resultaba extraño darse cuenta ahora de aquello, estar seguro de ello y sentir alegría, cuando podía quedarles tan poco tiempo. El *pogrom* aún podía destruirlo todo, incluso a pesar del inductor.

—Lucy —dijo—, si fallamos... nos aseguraremos de que abandones a salvo las cavernas y regreses a casa.

Ella miró a su hijo y después se apartó de Cody. Y, de pronto, él se dio cuenta, como siempre les sucede a los hombres, de que, aun contando con la ayuda de la capacidad telepática, nunca comprendería del todo las reacciones de las mujeres... ni siquiera las de Lucy.

—¿No está preparado aún? —preguntó ella a Allenby.

—Creo que sí —contestó éste—. Deja que alguien sostenga al niño, Lucy.

Ella se volvió hacia Cody, le sonrió y colocó al niño entre sus brazos. Después, siguió a Allenby hacia una silla aislada, preparada provisionalmente con una serie de hilos eléctricos que iban hacia un complicado panel de instrumentos.

La mente del niño tenía en aquellos momentos una pequeña llama, como las diminutas llamas que Cody recordaba haber percibido en los peces dorados del estanque de American Gun. Pero había una gran diferencia. No sabía exactamente lo que era, pero no había sentido ni piedad ni temor mientras observó las mentes de los peces. La mente de su hijo, de su hijo y de Lucy, poseía una pequeña llama que ardía con una ridícula confianza para tratarse de una criatura tan pequeña y desamparada, y, sin embargo, cada ligero estímulo, el adormecedor movimiento de sus brazos, las ligeras contracciones del estómago hambriento del niño, hacían que una frágil llama oscilara y ardiera en una nueva dirección antes de regresar a su estado permanente. Así pues, aquella llama se vería sacudida por muchas cosas, incluso en el mejor de los mundos..., pero, pensó con una repentina claridad, la personalidad del niño se

forjaría y se fortalecería en aquella pequeña llama.

Miró hacia Lucy. Ahora, ella estaba sentada en la silla y le estaban colocando electrodos en las sienes y en la base del cráneo. Un hombre, al que reconoció como Pomerance, flaco y con pelo gris, estaba muy atareado alrededor de ella, actuando en la forma en que suelen hacerlo los experimentadores. En la mente de Pomerance, Cody percibió una ligera irritación que el hombre estaba tratando de reprimir con dureza. *Esta aplicación, esta relación... no comprendo cómo puede adaptarse a la teoría. Dios mío, ¡si yo fuera un telépata! Pero si el inductor actúa bien, podré serlo. Y ahora, ¿cómo se adapta este acoplamiento...?* Y después, los pensamientos adquirieron forma de abstracciones inductivas a medida que el bioquímico trataba de solucionar el problema.

El laboratorio de la cueva estaba lleno de gente. Se encontraban allí los científicos Mudos y un grupo de cautivos de las cuevas... todos ellos voluntarios, cosa que Cody comprobó cálidamente. A pesar de todo, ellos habían deseado ayudar, del mismo modo que Lucy.

Ahora, la prueba estaba empezando. Lucy se relajó en la silla, mientras sus pensamientos consideraban con nerviosismo la presión de los electrodos. Cody retiró su mente. Él también se sentía nervioso. Examinó al grupo y encontró una mente receptiva, reconociendo a Allenby.

—Suponte que el inductor actúa bien —dijo Cody en silencio—. ¿Cómo ayudará eso a detener el *pogrom*?

—Ofreceremos la telepatía a todo el mundo —le contestó Allenby—. Ya existe un sistema de transmisión en vídeo para hacerlo aparecer en todas las pantallas existentes en cada ciudad. Creo que hasta una multitud dispuesta a linchar se detendría para escuchar, siempre que se le ofrezca la posibilidad de ser telépatas.

—Puede ser.

—Por otra parte, hay muchos humanos que están de nuestro lado, como Pomerance. Hemos conseguido... —el pensamiento se detuvo.

Algo le estaba ocurriendo a la mente de Lucy. Era como una onda, una marea de algo tan indefinible como la música abstracta que se elevaba en los pensamientos de Lucy a medida que se iban alterando las nucleoproteínas de su cerebro. *Ella se está convirtiendo*

*en una télépata, en uno de los Nuestros, pensó Cody.*

—Corten la energía —dijo de repente Allenby; después se inclinó hacia adelante y apartó los electrodos—. Espera ahora un momento, Lucy —y dejó de hablar, pero su mente habló urgentemente, en silencio.

*Mueve tu mano derecha, Lucy. Mueve tu mano derecha.*

Ningún Calvo estaba mirando ahora las manos de Lucy. No debía haber señales inconscientes.

Lucy no se movió. Su mente, abierta a Cody, le recordó de repente y horriblemente la mente amurallada de Jasper Horne. No supo por qué, pero percibió una ligera sensación de temor.

*Mueve tu mano derecha.*

No hubo respuesta.

*Trata de darle otra orden, sugirió alguien. Lucy... levántate. Levántate.*

Ella no se movió.

*Puede llevar algún tiempo, sugirió desesperadamente un Calvo. Puede necesitar tiempo para aprender...*

*Quizá, pensó Allenby. Pero será mejor intentarlo con otro sujeto.*

—Está bien, Lucy —dijo Cody—. Ven aquí, conmigo. Vamos a intentarlo con otra persona.

—¿No ha salido bien? —preguntó ella.

Se dirigió hacia él, mirándole a los ojos como si tratara de forzar el intercambio de pensamientos entre ambas mentes.

—Aún no lo podemos saber —admitió él—. Observa a June.

June Barton se encontraba ahora en la silla, encogiéndose un poco a medida que le iban colocando los electrodos.

En los pensamientos de Cody, algo se movió con incomodidad... algo en lo que no había pensado desde que se despertó. Si el inductor fallaba, entonces... volvería a ser de nuevo su problema el mismo y viejo problema que él no había conseguido solucionar hasta entonces. El dilema que le había movido a salir para intentar matar a Jasper Horne. La responsabilidad que, al cabo de un tiempo, resultaba demasiado grande para ser soportada por cualquier hombre. La Operación Apocalipsis. *El fin de todo el género humano...*

Rápidamente, apartó su mente de aquel pensamiento. Se extendió mentalmente con una sensación de pánico, mientras su

brazo apretaba a Lucy con mayor fuerza. (*¿Tendría que matarla... a ella y al niño? Puede que no tuviera que llegar a eso. ¡No pienses en ello!*). Buscó un concepto lo bastante complicado como para apartar de su mente aquel terror obsesivo. *El inductor*, preguntó entonces. *¿Cuál es la teoría? ¿Cómo actúa?*

Otra mente dirigió su atención hacia la pregunta. Era Kunashi, el físico. Desde debajo del casquete de Mudo de Kunashi le llegaron claros pensamientos que no podían ocultar por completo la ansiedad existente en la mente del hombre. Porque Kunashi también estaba casado con una mujer no telépata.

—¿Recuerdas cuando le pedimos a la computadora que nos diera una solución a nuestro problema? —Ahora, los electrodos estaban siendo retirados de la cabeza de June Barton—. Acumulamos la información que pudimos para alimentar a la computadora. Leímos las mentes de todos los científicos humanos y codificamos la información que nos pareció importante. Bueno, una parte de esa información procedía de la mente de Pomerance, desde hacía más de un año. Por aquel entonces, él no había avanzado mucho en su teoría, pero los conceptos clave ya habían sido formulados... la hipótesis que implicaba la mutación de las nucleoproteínas por resonancia. La computadora integró aquella información junto con otras y llegó así a la respuesta más simple: el virus. La calculadora no disponía aún de la información suficiente para seguir la teoría en línea del inductor, aún cuando los dos conceptos dependían de la misma... resonancia básica.

(Otra persona estaba sentada ahora en la silla. Le estaban colocando los electrodos. Cody percibió la creciente tensión y ansiedad en todas las mentes.)

Kunashi siguió diciéndole tenazmente:

—Pomerance es un bioquímico. Ha estado trabajando con un virus —el de la encefalitis japonesa del tipo A—, tratando de transformarlo en un bacteriófago especializado —el pensamiento se desplegó un instante y volvió a recuperarse—. La reproducción de un virus, o de un gen, depende de una elevada resonancia interna; es una nucleoproteína. Teóricamente, cualquier cosa se puede transformar en otra. Pero la probabilidad física de tal cambio depende de la resonancia relativa de los dos estados... es elevada, por ejemplo, para la cadena de proteína aminoácida, y los dos

estados del anillo de benceno.

(La esposa de Kunashi estaba sentada ahora en la silla.)

—El cambio, la reproducción, implica también una elevada especificidad de las sustancias químicas afectadas. Ésa es la razón por la que los telépatas serían inmunes al virus de la Operación Apocalipsis. Ahora bien... la especificidad no sólo puede variar de especie en especie, sino incluso dentro de las mismas especies. Nuestra inmunidad es innata. La (*¿saldrá bien?*, *¿saldrá bien?*) nucleoproteína del virus de la Operación Apocalipsis debe poseer una elevada afinidad para ciertas partículas de alta resonancia situadas en el sistema nervioso central de los no telépatas. Tales partículas poseen una gran capacidad para almacenar información. Así pues, nuestro virus atacaría los centros de información de los cerebros no telépatas.

»Esa afinidad, a su vez, depende del diferencial de resonancia... y los experimentos de Pomerance trataban de hallar una forma de alterar ese diferencial. Un método así haría posible transformar las cadenas de virus con una gran posibilidad de predicción y control. Y también podría ser utilizado para inducir la telepatía. La telepatía depende de la elevada resonancia de las nucleoproteínas que se encuentran en los centros de información del cerebro, y mediante un aumento artificial de la especificidad, se puede inducir la función telepática en... en...

El pensamiento se detuvo. La esposa de Kunashi estaba abandonando la silla experimental y la mente del físico se encontraba llena de dudas, sufrimiento y desamparo. Los pensamientos de Cody se unieron a los de Kunashi, enviando un fuerte mensaje de ánimo, cálido e inaudible... no se trataba de una esperanza intelectual, porque ni él mismo tenía mucha, sino de un profundo puente emocional de comprensión y simpatía. Aquello parecía ayudar un poco. También le había ayudado a Cody. Observó cómo la esposa de Kunashi se dirigía rápidamente hacia éste; ambos se abrazaron y se quedaron allí, esperando.

—Quiero volver a intentarlo —dijo de repente Lucy.

—¿Te sientes...? —empezó a preguntar Cody, pero se dio cuenta instantáneamente de que allí no se había producido ningún cambio.

La mente de Lucy seguía estando amurallada.

Sin embargo, Allenby, desde el otro lado de la habitación, hizo

un gesto de asentimiento.

—Vale la pena intentarlo —dijo—. Hagámoslo esta vez con la energía puesta en marcha. El efecto de resonancia debería durar unos minutos después de haber desconectado los electrodos, pero no dejaremos nada por investigar.

Cody volvió a coger al niño y Lucy se sentó de nuevo en la silla.

—En una situación ideal, todos estos artilugios estarán contenidos en un pequeño paquete energético que será llevado y operado continuamente... ¿Estás bien, Lucy? Conecten la energía.

De nuevo, una mente tras otra intentó tocar la de Lucy. De nuevo, Cody sintió, como había sentido también en las mentes de los otros sujetos, que un extraño aspecto amurallado le recordaba a Jasper Horne. ¡Pero Lucy no era una paranoide!

Sin embargo, la mente de su esposa no se abría. Así pues, aquello era un fracaso... no se trataba de un fracaso mecánico, puesto que la hipótesis de Pomerance había sido verificada en todo, excepto en la última certificación de la prueba experimental. Y, sin embargo, sin aquella prueba, el *pogrom* continuaría extendiéndose y destruyendo.

*¡Ella no es una paranoide!*, pensó Cody. El niño se estremeció entre sus brazos. Envío sus pensamientos hacia aquella mente cálida y sin forma y no sintió allí nada que le recordara a Jasper Horne.

*El niño*, pensó de repente Allenby. *Intentémoslo con el niño.*

Al psicólogo se le plantearon varias cuestiones. Pero no fueron contestadas. No sabía las repuestas. Tenía un presentimiento, eso era todo.

*Intentémoslo con el niño.*

Allenby apagó la energía y quitó los electrodos de la cabeza de Lucy. El niño fue colocado suavemente, sobre sus ropas, encima del asiento que había dejado libre Lucy. Se le colocaron los electrodos con todo cuidado. El niño dormía.

*Energía*, ordenó Allenby.

Sus pensamientos se extendieron hacía el niño.

El pequeño continuaba durmiendo.

...Derrota, la última derrota de todas. Cody lo sabía. Después de todo, los telépatas y los no telépatas eran definitivamente diferentes. Aquel muro nunca podría ser abatido. Nunca se podría establecer un armisticio. El *pogrom* no podría ser detenido.

Los paranoides habían tenido razón. Los telépatas no podían existir, conviviendo con los no telépatas.

Y, de repente, en la mente de Cody surgió el destello y el rugido de la explosión de la bomba, la tremenda y cegadora explosión que ahora se tragaría a todo el mundo...

En la silla, el niño se revolvió, abrió los ojos y la boca y gritó.

En la suave y flotante confusión de su mente se encontraba la informe figura del temor... el repentino destello y rugido y el propio recuerdo de Cody de estar cayendo inevitablemente por el espacio... los más antiguos temores de todos, los únicos temores con los que nacemos todos.

La telepatía había sido inducida por primera vez en la historia.

Cody estaba sentado solo ante el panel de control de la computadora. Ahora no había tiempo que perder. Dentro de un instante comenzaría la telecomunicación de emergencia, la última llamada al grupo de los no telépatas. Se les ofrecía el inductor... condicionalmente. Pues ellos no podrían utilizarlo. Únicamente podrían utilizarlo sus hijos.

Si estaban dispuestos a aceptar el inductor y a detener el *pogrom*, los Calvos lo sabrían muy rápidamente. Ni siquiera los pensamientos más secretos de los hombres podían permanecer ocultos a los telépatas.

Pero si no lo aceptaban... los Calvos también lo sabrían. Entonces, Cody tocaría cierto botón del panel que se encontraba ante él. Comenzaría así la Operación Apocalipsis. Al cabo de seis horas, el virus estaría preparado. Al cabo de una semana o dos, el noventa por ciento de la población mundial habría muerto o estaría agonizando. El *pogrom* podría continuar mientras quedaran humanos normales, pero los telépatas se podrían ocultar bien y no tendrían que permanecer ocultos durante mucho tiempo. La decisión dependía ahora del hombre.

Cody sintió cómo Allenby se le acercaba por detrás.

—¿Qué supones tú que harán? —preguntó.

—No lo sé. Depende del egotismo... de la paranoia, en cierto sentido. Quizá el hombre haya aprendido a ser un animal social; quizá no. No tardaremos en saberlo.

—Sí. Lo sabremos muy pronto. Ahora es el final. El final de lo que comenzó con la Explosión.

—No —dijo Allenby—, todo empezó mucho tiempo antes. Todo empezó cuando el hombre inició su vida en grupos humanos y los grupos continuaron expandiéndose continuamente. Pero antes de que se produjera una unificación final, se produjo la Explosión. Así fue como llegamos a la descentralización y ésa fue una respuesta errónea. Fue la desunión última y el control basado en el temor. Eso fue lo que elevó los muros existentes entre el hombre y el hombre, haciéndolos más altos que nunca. Ahora, la agresión se castiga muy severamente... y en un mundo receloso, preocupado y descentralizado, existe una gran cantidad de agresión que sólo intenta explotar. Pero la conciencia la reprime la conciencia criminal de una sociedad regida por el temor, creada en todas las personas, desde que nacen. Ésa es la razón por la que ningún adulto no telémeta puede permitir el recibir pensamientos... la razón por la que Lucy y los otros no pudieron.

—Ella... ¿nunca será capaz de recibirlos?

—Nunca —contestó tranquilamente Allenby—. Es como una sordera histérica funcional... una sordera telepática. Los no telémetas no saben lo que están pensando otras personas..., pero creen saberlo. Y tienen miedo de eso. Proyectan sus propias agresiones reprimidas hacia los demás; inconscientemente, tienen la sensación de que todos los demás seres son enemigos potenciales... y por eso no se atreven a convertirse en telémetas. Puedes desearlo a nivel consciente, pero a nivel inconsciente existe en ellos demasiado miedo.

—Y, sin embargo, los niños...

—Si son bastante jóvenes, pueden convertirse en telémetas, como tu propio hijo, Jeff. Su superego no se ha formado aún. Puede aprender y puede hacerlo con realismo, con todas las mentes abiertas a él, sin ningún muro que le encierre a medida que crece y aprende.

Cody recordó entonces algo escrito por un antiguo poeta. *Hay algo que no ama un muro*. Se habían construido demasiados muros, durante demasiado tiempo; muros que mantenían a cada hombre apartado de su vecino. En la infancia, quizá sólo durante la más tierna infancia, todos eran capaces de recibir los pensamientos

telepáticos dados por el inductor. En la infancia, la mente del niño estaba entera, sana y completa, capaz de aprender la telepatía del mismo modo que podía aprender la comunicación verbal. Pero pronto, demasiado pronto, se alzaban los muros a medida que el niño iba creciendo y aprendiendo.

El hombre subía a su muro y se sentaba allí como Humpty Dumpty... y de algún modo, en alguna parte durante el largo proceso de la maduración y el aprendizaje, la mente se veía malograda para siempre. Era la caída, no sólo de Humpty Dumpty, sino la caída inmemorial del hombre mismo. Y después...

*Ni todos los caballos, ni todos los hombres del rey pudieron volver a coger a Humpty Dumpty.*

Para Lucy, por ejemplo, ya era demasiado tarde.

Al cabo de un momento, Cody dijo:

—¿Qué hay con los paranoides? Ellos fueron telépatas siendo niños. ¿Qué les ocurrió?

Allenby sacudió la cabeza.

—No sé la respuesta a esa pregunta, Jeff. Puede tratarse de una malformación hereditaria. Pero ellos no importan ahora. Son una minoría entre los telépatas... una minoría muy pequeña. Han sido peligrosos sólo porque nosotros éramos a la vez una minoría entre los no telépatas y, por lo tanto, resultábamos vulnerables como cabezas de turco. Pero ahora ya no lo seremos, si...

—¿Qué me dices de las bandas de onda secreta?

—El inductor puede ser construido para adaptarse a cualquier longitud de onda que pueda transmitir el cerebro humano. Ya no habrá ningún otro muro.

—Si nuestra oferta es aceptada. Si no lo es... si el *pogrom* continúa... entonces, aún me quedará la responsabilidad de iniciar la Operación Apocalipsis.

—¿Es responsabilidad tuya? —preguntó Allenby—. ¿Acaso es nuestra siquiera? Serán los no telépatas los que elijan.

—La teletransmisión está empezando —dijo Cody—. Me pregunto cuántos la escucharán.

La multitud que marchaba a través de la ciudad de Easterday, dirigida en secreto por un paranoide, se dirigió hacia una gran casa

en la que había una amplia veranda. La multitud lanzó un grito al ver la hilera de hombres que se encontraban sobre la veranda, esperando. Pero el paranoide dudó.

El hombre que estaba junto a él no dudó. Se lanzó hacia adelante. Ante él, junto a sus pies, se produjo un fuerte crujido y una nubecilla de polvo se levantó.

—¡Tienen armas! —gritó alguien.

—*¡A por ellos!*

—*¡Linchadles!*

—La gente se movió hacia adelante. Se escuchó de nuevo la detonación de un rifle.

El líder de la multitud —no el paranoide, sino el líder aparente —, lanzó un juramento y cayó al suelo, cogiéndose una pierna con las manos.

Sobre la veranda, uno de los hombres se adelantó.

—Márchense de aquí —gritó, con la voz crispada—. Márchense... rápido.

El líder se le quedó mirando, lleno de asombro.

—¡Doc! —exclamó—. Pero tú no eres un Calvo. ¿Qué demonios estás haciendo?

El médico hizo oscilar su rifle con lentitud.

—Muchos de nosotros no somos Calvos —dijo, mirando en silencio hacia la hilera de hombres.

Entre ellos se encontraban personas de diversas razas, pero a la multitud no le preocupaba ahora ninguna cuestión relacionada con las razas. Los linchadores sólo buscaban a los hombres de quienes sabían que eran Calvos... y encontraron a cada uno de ellos flanqueado por no telépatas fríamente decididos, armados y esperando.

Sin embargo, los defensores no eran muchos.

Este pensamiento se le ocurrió al líder. Se levantó, tocándose la herida de la pierna y echó un vistazo hacia atrás, por encima del hombro.

—Los podemos arrollar —gritó—. Somos diez contra uno. ¡A por ellos!

Fue él quien condujo a la masa.

También fue el primero en caer. Sobre la veranda, un hombre recio, con gafas y un enorme bigote, osciló su arma de un lado a

otro, bajándola ligeramente. Pero no se movió del lugar que ocupaba entre la hilera de hombres decididos.

La multitud retrocedió.

Se produjo una larga pausa.

—¿Cuánto tiempo creéis que podréis detenernos? —preguntó alguien en voz alta.

El hombre muerto se encontraba en el suelo, en el terreno de nadie existente entre los dos grupos.

El aire era caliente. El sol se movía imperceptiblemente hacia el oeste. La multitud se apretó más, formando una masa compacta y asesina, esperando, bajo la luz del sol.

En aquel instante, una pantalla se encendió en el interior de la casa y la voz de Allenby comenzó a hablar, dirigiéndose al mundo.

La teletransmisión terminó.

Las mentes de los Calvos estaban ahora muy ocupadas, investigando, preguntando, buscando la contestación en las mentes que no podían ocultar cuáles eran sus verdaderos deseos. Se trataba de una encuesta que no podía ser inexacta. Al cabo de pocos minutos, la encuesta estaría terminada. Y la respuesta sería conocida. De esa respuesta dependerían las vidas de todos los que no eran telépatas.

Jeff Cody estaba sentado, solo, ante la computadora, esperando la respuesta.

Para un hombre cuerdo, para una gente cuerda, sólo podía haber una respuesta. Por primera vez en la historia humana, el inductor significaba una unidad basada en la realidad. Abría las puertas hacia las más verdaderas y mayores aventuras, la odisea hacía los misterios de la ciencia, del arte y de la filosofía. Sonaba la trompeta por la última y mayor guerra contra la vaciedad de la propia naturaleza... el vasto, tremendo y desconocido universo en el que el hombre se había esforzado, había luchado y, de algún modo, se las había arreglado para sobrevivir.

Ningún adulto viviría lo suficiente para ver más que el principio de aquella vasta aventura. Pero sus hijos la verían.

La gente cuerda sólo podría dar una respuesta. La gente cuerda.

Cody miró el panel de llaves que tenía ante él.

*La Tierra está llena de violencia.*

Sí. Podría haber otra respuesta. Y si era esa otra respuesta la que se daba... *el final del género humano ha llegado.*

*¡Los destruiré, junto con la Tierra!*

La mente de Cody se extendió hacia el futuro. Se vio apretando el botón sobre el panel de llaves; vio cómo la Operación Apocalipsis se ponía en marcha inundándolo todo, como un nuevo diluvio que sumergiera el planeta; vio la raza de los hombres ir desapareciendo, muriendo bajo aquella marea destructora, hasta que únicamente quedaran vivos los telépatas en todo el mundo, quizá en todo el universo. Recordó entonces el terrible y solitario dolor que sentían todos los Calvos cuando moría un Calvo.

Y supo que ningún telépata podría cerrar su mente ante el asesinato apocalíptico de toda la humanidad.

Aparecería entonces la herida que no podría ser curada, que nunca podría curarse entre una raza de telépatas cuyos recuerdos continuarían existiendo para siempre, sin debilitarse por la transmisión de una generación a otra. Podrían pasar cien millones de años e incluso entonces la antigua herida seguiría quemando como el primer día.

La Operación Apocalipsis también destruiría a los Calvos. Porque ellos sentirían toda aquella enorme mortandad; la sentirían con la fatal sensibilidad de todo telépata, y aun cuando pudieran seguir viviendo físicamente, el dolor y el sentido de culpabilidad pasarían de una generación a otra.

De repente, Cody se movió.

Su dedo apretó un botón. Instantáneamente, el monitor de guardia comenzó a operar. Se produjo un suave zumbido que duró menos de un segundo. Después, se encendió una luz en el panel de control y bajo ella apareció un número.

Cody apretó otro botón. Los infalibles selectores buscaron por toda la computadora para encontrar el pequeño trozo de cristal que contenía el código de la Operación Apocalipsis. En cristal, con su cifra de pequeños puntos helados de energía, fue leído.

Mil mentes percibiendo el pensamiento de Cody, se abalanzaron sobre él, le tocaron, le hablaron.

Se detuvo un instante, sabiendo así que el hombre no había tomado aún su decisión.

Las voces se convirtieron en el interior de su mente en un clamor tumultuoso. Pero la decisión última no corría a cargo ni del hombre ni de ellos; la responsabilidad era suya y no esperó más.

Movió su mano rápidamente hacia adelante y sintió el frío y suave plástico de un pulsador que se hundía bajo sus dedos.

En el fragmento de cristal ferroeléctrico que esperaba en la computadora, el modelo de cifras de energía se estremeció, se fue apagando y se desvaneció por completo.

La Operación Apocalipsis había desaparecido.

Los dedos de Cody continuaron moviéndose. Memoria tras memoria fue muriendo en el interior de la máquina. Sus vastos canales de información retiraron su energía, diluyéndola en el océano del universo y perdiéndose allí para siempre. Después, el cerebro de la computadora quedó finalmente vacío. Ya no había forma de crear de nuevo el Apocalipsis... ni forma, ni tiempo.

Sólo quedaba esperar.

Abrió su mente. Alrededor de él, extendiéndose por toda la Tierra, los pensamientos unidos de los Calvos formaron un vasto e intrincado armazón, quizá la última y más poderosa estructura que el hombre pudiera construir jamás. Ellos le incluyeron a él en medio de todos, formando una sola cosa con él. No había ninguna barrera. Ellos no juzgaban. Todos ellos comprendieron, y él era parte de ellos en una cálida y última unidad que era la fuente de una fortaleza y de un coraje lo suficientemente poderosos como para enfrentarse con la decisión que tomara la humanidad, fuera ésta cual fuese. Aquélla podría ser la última vez que el hombre se uniera de aquel modo. El *pogrom* podría continuar hasta que muriera el último Calvo. Pero hasta entonces, ningún Calvo viviría o moriría solo.

Así pues, todos esperaron juntos a conocer la respuesta que el hombre tenía que dar.

## Seis

El helicóptero ha aterrizado. Los hombres echan a correr hacia mí. Son extraños. No puedo leer sus pensamientos. No los puedo ver con claridad; todo está confuso, desvaneciéndose en formas ondulantes, penumbrosas.

Me están pasando algo alrededor del cuello. Algo presiona contra la parte posterior de mi cabeza.

Un inductor.

Un hombre se arrodilla junto a mí. Un médico. Tiene una aguja hipodérmica.

La aguja viene después. Primero el inductor. Porque nadie de nosotros debe morir solo. Nadie de nosotros debe vivir ya solo. O somos Calvos o llevamos con nosotros el inductor que ha convertido a todos los hombres en telépatas.

El inductor comienza a operar.

Quisiera preguntarle al médico si viviré, pero ahora sé que eso ya no es lo importante. Sé que a medida que el calor y la vida regresan al universo, ya no me encuentro solo. Lo verdaderamente importante es que mi mente, yo mismo, ya no estoy cortado, ni incompleto, que estoy expandiéndome, juntándome con mi gente, con toda la vida, a medida que me elevo de este lugar solitario en el que he estado echado y yo soy...

Nosotros somos...

*Nosotros somos uno. Nosotros somos el hombre. La larga guerra ha terminado y se ha dado la respuesta. El sueño ha sido limpiado, y el fuego sobre la Tierra está bien guardado.*

*Ahora, no dejará de arder hasta que no muera el último hombre.*

## Notas

[1] Ver, a este respecto, *El hombre en el laberinto*, de Robert Silverberg (colección NOVA, n.º 4), obra clave de lo que podríamos llamar la “telepatía maldita”. < <

[2] Frase hecha equivalente a “pagar los platos rotos”. < <

[3] En castellano en el original. (N. del T.) < <